

CARIDAD

Len Deighton



Lectulandia

Otoño de 1987. Europa oriental se encuentra al borde de una convulsión histórica. Pero Bernard Samson necesita permanecer al margen para llegar a reencontrar a su mujer Fiona.

Lectulandia

Len Deighton

Caridad

Fe - Esperanza - Caridad - 3

ePub r1.0

Titivillus 03.05.2019

Título original: *Charity*
Len Deighton, 1999

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



más libros en lectulandia.com

NOTA DEL AUTOR

LOS tres primeros libros de la historia de Bernard Samson, *El juego de Berlín*, *El set de México* y *El partido de Londres*, ocurren en el período de la guerra fría que va desde la primavera de 1983 hasta la primavera de 1984.

Winter. Una familia berlinesa fue el siguiente en el orden en que fueron escritos. Los mismos lugares y los mismos personajes se encuentran en ese libro.

Anzuelo para espías y *Sedal para espías* toman el relato desde el comienzo de 1987 y van hasta el final del verano de ese mismo año. *Plomo para espías* utiliza la narración en tercera persona y se centra en Fiona Samson; narra la historia desde el punto de vista de este personaje y revela cosas que Bernard Samson todavía no sabe.

Fe, *Esperanza* y *Caridad* continúan la historia. *Fe* empieza en California al acabarse el verano de 1987, tan terrible para Bernard. *Esperanza* continúa hasta las últimas semanas de 1987. *Caridad* empieza en los primeros días de 1988.

Como todos los demás libros, *Caridad* está escrita como una novela independiente, y se puede leer sin necesidad de consultar los demás relatos.

Agradezco a mis lectores la amabilidad, el aliento generoso y la paciencia que han tenido. Escribir diez libros acerca del mismo grupo de personas ha resultado ser un trabajo exigente, pero también, ciertamente, un trabajo lleno de amor.

Len Deighton
Portugal, 1996.

ENERO de 1988. Tren expreso Moscú-París

La luna, como un vampiro abotargado, se bebía toda la vida y todo el color del mundo. La tierra cubierta de nieve pasaba velozmente junto al tren. Se veía gris y mal definida, marcada sólo por unas cuantas casas de campo de color pardusco y algunos bosques negros sin fin encanecidos por la nieve. No había ningún camino; el trazado del ferrocarril no iba acompañando a carretera alguna, sino que cortaba el terreno como si fuese un cuchillo. Ya había visto suficiente de aquel paisaje tan triste. Bajé la persiana de la ventanilla y luego me ví obligado a sujetarme a una papelera de latón para poder mantener el equilibrio mientras aquel traqueteante tren comenzaba una discusión con cierta sección de vía en mal estado.

A veces, de noche, las personas también sucumben. El cutis de Jim Prettyman, que siempre había sido pálido, se veía ahora bastante ceniciento bajo la tenue luz que venía de la lámpara situada en el techo. Inerte en la litera superior, de su blanca mano colgaba un rosario; en la otra llevaba una alianza de oro y un reloj de pulsera Rolex de oro macizo que marcaba las nueve y media de la mañana. Allí, donde nos encontrábamos, no eran las nueve y media. El reloj se le había parado. O quizá aquélla era la hora correcta en Moscú. Estábamos a una gran distancia de Moscú y todavía era de noche.

Jim se removió, como si al mirarlo fijamente yo le hubiera turbado el sueño. Hizo un ruido, respiró hondo y emitió un gruñido sofocado que acabó en un apagado ronquido nasal al tiempo que metía bruscamente el brazo debajo de la manta y continuaba durmiendo. Jim era duro, fuerte y nervudo, pero nunca había tenido aspecto atlético. Ahora aquella cara blanca, con sólo un vestigio de cejas, le hacía parecer un cadáver maquillado y dispuesto para que lo vieran los familiares.

Jim tenía alguna clase de infección de hígado, o puede que fuera de riñones. Los médicos del hospital ruso le aseguraban que podían tratarlo ellos,

pero como el diagnóstico variaba de un día para otro según lo que bebieran los médicos a la hora de comer, nadie les creyó. Cierta médica que la embajada americana tenía de guardia no quiso aventurarse a dar un diagnóstico concreto; se limitó a aconsejarle que no le convenía hacer un viaje en avión. Y en lugar de dejar que se enfrentase a otros tratamientos propuestos por los médicos de Moscú, la esposa de Jim había preferido mandarle el dinero necesario para que se le pudiera sacar de allí por tren bajo los continuos cuidados y vigilancia de una enfermera. La esposa de Jim era una mujer de considerables influencias. Había dispuesto que su padre, que pertenecía al Departamento de Estado, enviase un fax nocturno para asegurarse de que los de la embajada se movieran de prisa. Pero ella no viajaba con nosotros; tenía que hacer de anfitriona en una cena que su padre daba en Washington.

Aunque el papeleo para el pasaje de Jim lo estaban tramitando los americanos, alguien de la Central de Londres ordenó que yo lo acompañase hasta Berlín. En aquellos días me encontraba en Moscú, y el mensaje que enviaron decía que ello sólo suponía que yo retrasara mi regreso veinticuatro horas. Pero ir en avión de Moscú a Berlín Occidental era muy distinto a hacer el mismo viaje en tren. En tren me encontraría con ejércitos enteros de funcionarios de aduanas muy fisgones, además de agentes de seguridad y la policía fronteriza. Por entonces Jim tenía pasaporte de EE. UU., la enfermera era canadiense y yo seguía con el mismo pasaporte alemán que había utilizado para entrar. Con aquel grupo tan cosmopolita, tenía que atravesar Polonia y luego viajar por una buena parte de la República Democrática Alemana antes de llegar a alguna parte que yo pudiera considerar mi casa. Quizá los de Londres no se daban cuenta de eso. A veces había buenos motivos para pensar que los chupatintas del Foreign Office en Whitehall seguían usando mapas del siglo XIX.

Yo miraba a Jim intentando decidir cómo estaba realmente aquel hombre cuando de pronto se oyó un sonido, algo como una palada de barro denso golpeando contra una pared. El compartimento se balanceó ligeramente. Sin disminuir la velocidad, el expreso golpeó el aire con ruido sordo y pasó a toda velocidad entre unas plataformas de carga vacías, sin dejar atrás más que el eco de un grito ahogado y una bocanada de diésel quemado. El tren iba abarrotado. Se podía notar su peso cuando se balanceaba y se oía el implacable aporreo de los bojes. Los compartimentos del coche cama habían sido reservados hacía meses. Los vagones con asientos más baratos estaban todos llenos y por los pasillos había gente durmiendo en el suelo, entre la

basura o apoyados en el equipaje. Cinco vagones estaban reservados para el ejército: adolescentes robustos con el pelo muy corto y llenos de granos. Los rifles y los petates se hallaban bajo vigilancia en el vagón de carga. Regresaban a los campamentos de instrucción después de jugar a esa clase de juegos de guerra que no incluye tiempo para dormir. Eran reclutas agotados. Los batallones que realmente peleaban habían abandonado los rifles hacía mucho tiempo, pues éstos eran sólo para los jovencitos torpes que estaban aprendiendo a hacer la instrucción.

Más atrás, en el tren, iban hombres de negocios del Este con trajes de plástico y alfileres de corbata; viejas marchitas con cestos cargados de botellas de vodka casero y salchichas de cerdo ahumadas; traficantes del mercado negro con barba de varios días llevaban televisores de segunda mano embutidos en embalajes de cartón recién imprimidos.

Jim se despertó a medias y estiró un pie huesudo y enrojecido de manera que sus dedos se apretaron contra el tabique de metal que formaba el lado de un diminuto armario para la ropa que había en el compartimento. Luego agarró el borde de la manta, se dio la vuelta y se enroscó.

—¿Es que tú no duermes nunca? —me preguntó con un gruñido somnoliento.

De modo que no estaba dormido y soñando; simplemente tenía los ojos cerrados. Quizá así fuera como siempre me había engañado Jim Prettyman. Hacía mucho tiempo habíamos sido muy amigos, un grupo de cuatro personas compuesto por nosotros dos, su petulante primera esposa Lucinda y mi esposa Fiona. En aquella época los cuatro trabajábamos para el Departamento. Luego a Jim lo seleccionaron para trabajos especiales y lo enviaron a trabajar a América como tapadera de sus verdaderas actividades. Allí había cambiado de trabajo, había cambiado de esposa, había cambiado de nacionalidad y había cambiado de amigos, todo ello en rápida sucesión. No era de esa clase de hombres, de pobres hombres indecisos, que dejan pasar una buena oportunidad mientras se preocupan por quién podría salir perjudicado si la aprovechan.

—Hay alguien ahí fuera, alguien de pie en el pasillo —le comenté a Jim.

—Será el revisor.

—No, no es él. Nuestro malhumorado revisor ha ido a ocupar el compartimento número quince. Está apestosamente borracho y pronto caerá inconsciente.

—Pues abre la puerta y mira —me sugirió Jim—. ¿O eso es demasiado fácil?

Tenía la voz gruñona.

—Eres tú el que se está muriendo —le dije—. Yo soy el experto en seguridad, ¿recuerdas?

—¿Había alguien en la terminal del ferrocarril? —me preguntó antes de acordarse de intentar sonreír por mi broma.

Como resultaba evidente que yo no tenía intención de investigar el ruido del pasillo, repitió la pregunta.

—Sí —le contesté.

—¿Reconociste a alguien?

—No estoy seguro. Quizá fuese el mismo gorila al que ví sentado en el vestíbulo de mi hotel.

—Pues ve a mirar de una vez, hombre —me pidió Jim con cansancio.

Después cerró los ojos con fuerza y, con un gesto muy ensayado semejante a una bendición, se envolvió el rosario alrededor de la muñeca.

Me acerqué a la puerta, descorrí el pestillo y abrí; el paisaje, iluminado por la claridad de la luna, parecía pintado como un mural en las ventanas sin cortinas del pasillo, por lo que me cogió desprevenido. Allí, de pie a unos cuantos pasos de distancia, había un hombre. Medía algo más de un metro sesenta y cinco centímetros y tenía una barba bien recortada y un bigote pulcro. Llevaba una bufanda de lana de marca Burberry, lo que ponía una nota de opulencia que desentonaba con el resto de su atuendo: una trenca vieja y manchada y un gorro negro de estilo militar que en Polonia se había convertido en la insignia de los veteranos de guerras pasadas de cierta edad.

Nos miramos. El hombre no dio muestras de simpatía ni de reconocermé.

—¿Cuánto falta para la frontera? —le pregunté en mi polaco titubeante.

—Media hora; quizá menos. Siempre es así. Están dando un largo rodeo alrededor de las obras de la vía.

Le di las gracias con una inclinación de cabeza y volví a entrar en el compartimento.

—No pasa nada —le comuniqué a Jim.

—¿Quién es? ¿Alguien a quien conoces?

—Te digo que no hay de qué preocuparse —le repetí—. Vuelve a dormirte.

—A ti también te iría bien cerrar los ojos durante un rato. ¿Crees que los polacos subirán al tren en la frontera para interrogarnos?

—No, no creo —repuse. Luego cambié de opinión—: Bueno, puede que sí. Pero no pasará nada.

Me pregunté si el rodeo que estaba dando el tren era realmente debido a los daños producidos por la inundación, tal como se anunciaba en la prensa, o si habría algo en la frontera que los soviéticos no querían que nadie viera.

Ya lamentaba haber dicho que sí con tanta presteza a la idea de coger aquel tren desde Moscú para regresar a la oficina de Berlín. Yo no tenía condición de diplomático; habían querido proporcionarme una carta con el escudo real de armas en la parte superior en la que se pedía a todo aquel que nos encontrásemos por el camino que se comportase amablemente con nosotros. Eso también era legado de la mentalidad del siglo XIX del Foreign Office. Tuve que hacerles ver que semejante misiva era algo incongruente si el que la llevaba tenía pasaporte alemán, y que iba acompañado de un americano y una canadiense. No había puesto objeciones a aquella tarea de escoltar a Jim, en parte por los viejos tiempos y en parte porque me había enterado de que Gloria también estaría en Moscú por esas fechas, y el retraso me proporcionaría la posibilidad de estar dos días más con ella. Eso fue otro fiasco. Los planes de Gloria habían cambiado, y cuando yo llegué estaba a punto de marcharse. Sólo tuve tiempo de comer con ella de prisa y corriendo, y encima hasta la comida se estropeó debido a que el intérprete llegó a recogerla media hora antes de lo previsto y se plantó entre nosotros dos con un reloj en una mano y una taza de café en la otra, mientras nos advertía de los atascos de tráfico que había en la carretera que llevaba al aeropuerto. El breve rato que pasé con Gloria resultó aún más doloroso porque ella estaba más encantadora que nunca. Llevaba el largo cabello rubio metido dentro de un gorro de piel, tenía el cutis pálido y perfecto y los grandes ojos castaños se notaban llenos de cariño y de devoción hacia mí.

Ahora tenía tiempo de sobra para lamentarme por aquella presteza mía en aceptar volver en tren. Ahora empezaba a sufrir las consecuencias. Nos estábamos acercando a la frontera polaca, y yo no estaba demasiado bien considerado en la República Socialista de Polonia.

Había reconocido al hombre del pasillo; se trataba de Sneaky Jack, uno de los hombres duros empleados por nuestra embajada en Varsovia. Supongo que Londres le había asignado la misión de no perder de vista a Jim en ningún momento. Yo tenía motivos para creer que Jim llevaba en la cabeza muchos de los secretos más oscuros del Departamento, y ahora me preguntaba qué le habrían ordenado a Sneaky que hiciera si aquellos secretos se veían comprometidos en algún momento. ¿Tendría que asegurarse de que Jim no cayese vivo en manos enemigas?

—¿Dónde está esa puñetera enfermera? —me preguntó Jim mientras yo cerraba con llave la puerta corredera. Se dio la vuelta para mirarme—. Tendría que estar aquí para darme la mano cuando hiciese falta.

La enfermera era una linda joven natural de Winnipeg, Canadá. Estaba pasando seis meses en un hospital de Moscú para trabajar en un programa de intercambio y había acogido con grandes muestras de contento aquella oportunidad de interrumpirlo. Cuidaba de Jim como si fuera su pariente más próximo y querido. Sólo cuando ya no podía más y se estaba cayendo a causa del agotamiento se retiró a su compartimento de primera clase, que estaba en el mismo vagón, un poco más adelante.

—La enfermera ha tenido un día muy pesado, Jim. Déjala que duerma un poco.

Supongo que se había percatado de mi ansiedad. Jim nunca había trabajado de agente en activo; había empezado como matemático y había llegado a la planta superior vía Departamento de Códigos y Claves. Sería mejor que no supiera que Sneaky era uno de los nuestros. Y decírselo era malo por razones de seguridad. Pero ¿y si Jim se metía en problemas y Sneaky tenía que decirle lo que había que hacer...? Oh, demonios.

—En el pasillo... hay un individuo bajito con barba. Si nos vemos metidos en un lío y yo no estoy cerca de ti, haz lo que él te diga.

—No tienes miedo, ¿verdad, Bernard?

—¿Yo? ¿Miedo? Deja que les eche mano.

Jim reconoció mi bien ensayada imitación de mi jefe Dick Cruyer, y esbozó una sonrisa que fue lo bastante contenida como para recordarme que estaba enfermo y sufría.

—No pasará nada —le aseguré—. Con un hombre de la embajada a la puerta del compartimento, no creo que ni siquiera lleguen a entrar aquí.

—Vamos a jugar sobre seguro —me dijo Jim—. Haz que esa enfermera vuelva aquí con el uniforme y que agite un termómetro, un gráfico de fiebre o lo que sea. Para eso está aquí, ¿no?

—Claro. Si eso es lo que quieres...

Me pareció que un hombre que estaba en la situación en que se hallaba Jim necesitaba que lo tranquilizasen, pero probablemente me equivocaba acerca de eso como me equivoqué acerca de todo lo demás que ocurrió en aquel viaje.

Fui a buscar a la enfermera. No tenía que haberme preocupado por interrumpirle el sueño, pues estaba levantada y vestida con aquel uniforme de enfermera bien blanco y almidonado, al que le había añadido ahora un

elegante abrigo de lana y un gorro de punto para calentarse. Bebía un poco de café caliente de un termo. Mientras se sujetaba para no perder el equilibrio con el balanceo del tren, echó un poco de café para mí en una taza de plástico sin preguntarme si me apetecía.

—Gracias.

—Debo de parecer un cromo con este estúpido gorro. Lo compré para mi hermano pequeño, pero me estoy helando de frío. No tienen una gran calefacción en estos trenes.

Probé el café. Lo había hecho con leche condensada de lata y estaba demasiado dulce. Supongo que a aquella chica debía de gustarle así.

—He hecho este horrible viaje un millón de veces y nunca he tenido cerebro suficiente para traer conmigo un termo de café —le comenté.

—Yo traigo seis termos como éste —me dijo la chica—. Fueron prácticamente lo único que pude encontrar en las tiendas de Moscú para hacerles un regalo útil a mis tíos y a mis tías de América. Y todos esperan que les lleve un recuerdo. ¿Puede creer que ni siquiera tienen imanes para la nevera? Yo buscaba algo que representara el Kremlin.

—Hombre, es que Moscú no es un buen sitio para ir de compras —le aseguré.

—No es un buen sitio para nada —me corrigió—. Hay un clima de pena, una comida apestosa y los nativos son muy huraños. Marcharme de allí antes de tiempo ha sido lo mejor que me ha pasado en mucho tiempo.

—No a todo el mundo le gusta —convine—. Personalmente yo borraría de mi itinerario muchas ciudades. Para empezar, la ciudad de Washington.

—Oh, no diga eso. Trabajé más de un año en Washington. ¡Qué fiestas dan allí! Me encantó.

—Por cierto, los camaradas que suben al tren en la frontera a veces se ponen muy difíciles con las joyas. Yo que usted guardaría ese broche de zafiros en algún lugar para que quedase fuera de la vista.

—Oh, ¿éste? —preguntó la muchacha mientras lo acariciaba con los dedos; lo llevaba prendido en la solapa del abrigo—. Me lo ha regalado el señor Prettyman. Lo llevo puesto para demostrarle que se lo agradezco. —Debió de verme cierta actitud inquisitiva en la cara, porque añadió rápidamente—: Bueno, en realidad fue un regalo de los señores Prettyman. Su mujer habló con él por teléfono. Le encargó que me lo regalara. Están convencidos de que yo le he salvado la vida.

—¿Y no es así?

—Bueno, impedí que el médico que estaba de guardia la noche que lo ingresaron le cortase el apéndice. Fue un diagnóstico a lo loco, pero creo que habría sobrevivido igualmente si se lo hubiesen quitado. —Hizo una pausa—. Pero el médico de aquella noche era muy viejo. E iba a intentar hacerlo él mismo. No se creería usted las cosas que ví en ese hospital. Así que, pensándolo bien, puede que sí le haya salvado la vida.

—¿Está muy grave?

—Está mal. Esta clase de infecciones no siempre responden a los medicamentos como sería de desear... La verdad es que nadie sabe gran cosa al respecto. —Se le fue apagando la voz mientras jugueteaba con el alfiler del broche, preocupada porque quizá me había revelado demasiadas cosas acerca de su paciente—. Pero no se preocupe. Si pasase algo de repente, yo podría hacer que lo bajasen del tren en Berlín. Los de la embajada me dijeron que Varsovia no es un buen lugar. —Sostuvo el broche en la palma de la mano y lo miró—. Es un recuerdo estupendo. Me gusta porque tiene forma de margarita; siempre me han encantado las margaritas. Desde luego, se lo agradezco, pero... ¿de veras cree que algún ruso va a arriesgar su carrera por esto? Yo creo que sería una locura quitarle a una turista como yo un broche pequeñito chapado en plata con los lados de plástico y brillantes de colores. —Sonrió con aire travieso—. ¿Quiere mirarlo más de cerca?

—No necesito mirarlo más de cerca —le contesté, aunque se lo cogí de todos modos—. No es una flor, ni una margarita; se trata de un diseño antiguo en forma de rayos de sol. Y eso no es plástico negro, sino plata muy deslustrada, con oro amarillo en la parte de atrás. La piedra grande luminosa y de color azul pálido que hay en el centro es un zafiro de excelente calidad; puede que de treinta quilates. Está muy descuidado, muy estropeado, y tiene muchos arañazos, pero podría pulirse. Todos esos «brillantes de colores» que puntúan cada uno de los rayos son diamantes montados formando un empedrado.

—Está usted bromeando.

—El cierre es un simple alfiler, sin cierres de seguridad. Es antiguo... de hace bastante más de cien años. Vale un montón de dinero.

—¡Cielos! ¿Está usted seguro? ¿Dónde ha aprendido tanto de joyas?

—En Berlín, en los años sesenta, estaban derribando unas casas viejas en Neustadt. La excavadora tiró abajo una pared y encontró una parte del sótano tapiada. Estaba llena de cajas de embalar y de otras de metal. Mi padre era el jefe supremo de seguridad en Berlín para los británicos. Y tuvo que encargarse de ello. Intentó escabullirse, pero algunos de los bienes de valor

fueron marcados con etiquetas del Reichsbank. Eso abrió toda una caja de gusanos... —Me interrumpí—. Perdona, estoy dándole la lata.

Le devolví el broche.

—No, no me está dando la lata en absoluto. Quiero que me lo cuente. —Examinaba el broche con mucha atención—. No sé nada de la guerra ni de los nazis, aparte de lo que he visto en películas en América.

—Oro, plata, monedas, billetes de moneda extranjera, libras y dólares incluidos. Y cajas de joyas, cuberterías antiguas y cosas así; la mayor parte de plata maciza. Las etiquetas del Reichsbank convirtieron el asunto en algo político. Las ss habían almacenado su botín en el Reichsbank. Y lo mismo hicieron Goring y algunos otros. Podría acabar siendo propiedad de la República Federal, o también era posible que lo reclamasen los gobiernos de los países que los nazis invadieron durante la guerra. Algunas piezas se cree que formaban parte de las joyas de la familia de la Casa de Hesse que fueron robadas por soldados americanos en 1945. En otras palabras, nadie tenía la menor idea de qué era todo aquello. La primera tarea era hacer una lista de todo e individualizar cada una de las piezas a fin de que las descripciones empezasen a circular por ahí. Mi padre hizo que se pusieran a ello tres joyeros de Berlín, grandes expertos. Lo habían puesto todo en el antiguo pabellón de la piscina de Hauptstrasse, en Schöneberg. El lugar era como un gran granero hecho de baldosas blancas brillantes; en aquella época ya estaba abandonado, pero todavía conservaba un débil olor a cloro y a lejía. En la piscina, que estaba vacía, se instalaron mesas plegables procedentes de la cantina del ejército; las joyas, la plata y todo lo demás se colocó sobre las mesas y cada artículo se marcó con grandes números impresos. Parece que lo estoy viendo. Había policías sentados en el trampolín de tres metros, y nos miraban desde arriba. Mi padre me pidió que tuviera los ojos abiertos y vigilara que los joyeros no robasen nada.

Bebí un poco de café.

—¿Y robaron algo?

—Yo era muy joven. No estoy seguro de si robaron algo o no, pero en aquellos tiempos los alemanes eran escrupulosamente honrados; ése era uno de los aspectos de Berlín que yo daba por hecho hasta que fui a otros sitios. Aquellos viejos joyeros me enseñaban cada uno de los objetos antes de escribir la descripción. Aquello duró cuatro días y medio. Para mí fue un curso intensivo de joyería. Pero se me ha olvidado la mayor parte. Esa piedra está tallada como *der Achteck-Kreuzschlif*. Sólo conozco la expresión en

alemán. Supongo que significa en talla octogonal. El zafiro es una talla de cojín; muy antigua.

—¿Qué fue del tesoro?

—No estoy seguro. Lo que recuerdo es que tuve que descifrar toda la caligrafía, parte de ella en escritura germana, y escribirla a máquina, con ocho copias de papel carbón. Tardé una semana. Y me acuerdo de lo contento que se puso mi padre cuando por fin consiguió una firma para aquello.

—Es una historia de lo más interesante —comentó la muchacha—. Antes nunca había tenido joyas auténticas. Ahora, si es usted tan amable de darse la vuelta y mirar a otra parte, meteré mi valioso broche en el cinturón del dinero.

El expreso aminoró la velocidad al acercarnos a la frontera, y luego, después de muchos bufidos y siseos de frenos y maquinaria, se fue moviendo lentamente hasta el último puesto avanzado occidental de la Rusia soviética, donde unos focos sobre altos postes inundaban el área de chequeo con luz deslumbrante que se derramaba sobre la vía como agua espumosa e inundaba el terreno. Un tren de carga, cubierto de una capa de barro seco, estaba inmóvil y abandonado; una locomotora de maniobras echaba vapor y brillaba a causa del aceite. En el lado que quedaba en la sombra se veían los bloques de barracones del batallón local fronterizo y las torres de vigilancia. Bajo aquella iluminación feroz, de los pies de los centinelas, de los funcionarios del ferrocarril y de los agentes de inmigración y de aduanas brotaban sombras en forma de estrella. Los focos iluminaban hasta la última salpicadura de fango helado en los camiones del ejército que estaban esperando a los reclutas soviéticos. Los soldados se apearon primero en medio de un frenesí de voces, saludos y golpeteo de pies. Luego se oyó el ruido que los vagones de ferrocarril del ejército, muy usados, hicieron cuando los desengancharon y comenzaron a maniobrar con ellos hasta un apartadero distante.

Dentro del tren expreso tuvo lugar un procedimiento casi interminable de papeleo que los funcionarios soviéticos, cuyo porte variaba desde lo oficioso hasta lo estúpido, llevaron a cabo. No echaron más que una mirada rápida a los papeles de nuestro grupo. A mí me dirigieron un saludo irónico; a la chica, una mirada obscena; y a la forma inerte de Jim, una ligera inclinación de cabeza. Finalmente, el tren volvió a ponerse en marcha. Se movió despacio hasta situarse fuera del área fronteriza brillantemente iluminada y, con numerosas paradas y puestas en marcha, viajamos haciendo ruido hasta el otro lado de la frontera donde los polacos, y otro punto de control, nos aguardaban.

Allí las luces eran menos brillantes y los soldados iban menos armados, aunque tenían aspecto amenazador. Me quedé de pie en el pasillo mirando todo aquel circo. Los gorros de piel iban y venían por todas partes. Primero subieron a bordo los soldados. Luego vino el revisor a pedir los billetes; más tarde, el oficial de aduanas; y finalmente, dos inspectores de inmigración acompañados de un oficial del ejército y un funcionario de seguridad vestido de paisano. Era un proceso largo.

Una mujer inglesa de edad avanzada se acercó por el pasillo arrastrando los pies. Llevaba puesto un abrigo de pelo de camello estilo raglán encima del camión. Tenía el cabello gris bastante despeinado y apretaba con fuerza un bolso de piel de cocodrilo contra el pecho. Yo ya me había fijado en ella en el andén en Moscú, donde entabló una discusión con un funcionario del ferrocarril por los asientos que se les habían asignado a ella y al adolescente con el que viajaba.

—Los soldados han detenido a mi hijo —me dijo con una voz semejante a un graznido sin aliento. Estaba muy alterada, casi histérica, pero lograba controlar las emociones de ese modo en que lo hacen los ingleses en presencia de extranjeros—. Es un chico bastante tonto. Le han descubierto una revista política que llevaba en la bolsa de mano. Yo quiero acompañarlo para aclarar las cosas, pero no me lo permiten, me obligan a continuar mi viaje a Berlín porque dicen que no tengo visado polaco. ¿Qué voy a hacer? ¿Puede usted ayudarme? Le he oído hablar en polaco y sé que habla usted inglés.

—Dele al sargento un poco de dinero occidental —le sugerí—. ¿Tiene usted diez libras en moneda británica?

Se llevó la mano al cabello suelto y un mechón le cayó sobre la cara.

—Es que no lo he declarado. —Formó las palabras con los labios, pero sin emitir sonido alguno para que no la oyeran—. Lo tengo escondido.

Con un gesto nervioso se echó el cabello hacia atrás y luego, con un rápido movimiento de los dedos, se lo sujetó con una horquilla que pareció salir de la nada.

—Pues eso es lo que quieren —le aseguré—. Deles diez libras esterlinas.

—¿Está seguro?

No me creía. Ya se había dado cuenta de que su aspecto no era precisamente el de una señora. Avergonzada, se abrochó el botón superior del abrigo.

—¿Por qué, si no, le iban a permitir a usted venir aquí para hablar conmigo? —le dije.

La mujer frunció el entrecejo y luego sonrió con tristeza.

—Comprendo.

—Al sargento —le indiqué—. Llévase aparte al sargento y dáselo a él. Después él lo repartirá con el oficial, para que nadie lo vea. Si las cosas salen mal, todas las culpas son para el sargento. Así es como funciona.

—Gracias.

Con toda la dignidad de que pudo hacer acopio con aquel camisón lleno de puntillas y las zapatillas rojas de terciopelo, la mujer volvió a toda prisa a su compartimento. Cuando llegó allí, alguien le abrió la puerta; luego el sargento asomó la cabeza y me miró. Le sonreí. Sin expresión alguna en el rostro, el soldado volvió a meter la cabeza.

Otros funcionarios uniformados empezaron a recorrer el tren con calma, resueltos y hostiles como una columna de hormigas de la selva. Pero el agente de seguridad polaco que me condujo al compartimento del revisor era un civil de edad avanzada, un hombre rollizo que llevaba el pelo ondulado lo bastante largo y desaseado como para distinguirse claramente de los soldados. Vestía un abrigo de pana marrón con cinturón y se había puesto una pajarita a rayas rojas. Estuvo examinando mi pasaporte a la luz de una linterna de rayos ultravioleta que funcionaba con pilas. Mis documentos estaban en regla, pues era un documento auténtico de la República Federal Alemana, pero hizo caso omiso del nombre que figuraba en el pasaporte y me saludó:

—Bien venido a Polonia, señor Samson.

Si sabían quién era yo, también sabían cómo me ganaba la vida. De manera que no iban a dejarse convencer si intentaba explicarles que yo no era más que un ejecutivo de Hamburgo que se dedicaba a la publicidad.

No me devolvió el pasaporte; en lugar de hacerlo, se lo guardó en el bolsillo. Aquello era siempre una mala señal. Me hizo algunas preguntas en alemán y en inglés. Me dijo que se llamaba Reynolds y que su padre era inglés, un hombre que había nacido en Manchester. Todos los polacos tienen un pariente inglés escondido en la manga, igual que a los ingleses les gusta tener en reserva una abuela irlandesa.

Fingí que no entendía el inglés. Reynolds volvió a decírmelo todo en alemán. Era un hombre de mucha paciencia. Fumaba puros cortados por los dos extremos y no hacía más que referirse a un fajo de documentos que él aseguraba estaban dedicados a mí y a mis actividades. Era una carpeta gruesa, y un par de veces pareció que aquel montón de páginas sueltas acabaría cayendo en cascada al suelo del tren, pero Reynolds siempre lograba salvarlas en el último momento.

Le dije que se trataba de un simple caso de confusión de identidad. El señor Reynolds encendió un puro nuevo con la colilla del anterior y dejó escapar un suspiro. Pasaron otros diez minutos de interrogatorio infructuoso, y a continuación me hicieron bajar del tren. Sneaky Jack se limitó a permanecer de pie en el pasillo, echándome un vistazo de vez en cuando por la puerta y esforzándose por escuchar cuánto podía. No lo culpé por ello. Sin duda, la misión que se le había asignado era cuidar de Jim. De manera que resolver los apuros de un agente en activo no era algo de lo que dependiera su carrera.

Por lo que pude ver, fui la única persona a la que obligaron a bajar del tren. Salté afuera y noté el frío del suelo duro y helado a través de las suelas de los zapatos. Ahora estaba más oscuro, pues la luna se había ocultado detrás de las nubes. No me esposaron. Seguí a los dos soldados, un sargento jefe y un trompeta si las insignias que llevaban en los brazos iban en serio. Cruzamos las vías levantando mucho los pies por encima de los raíles y teniendo cuidado de no tropezar mientras avanzábamos a través de montones de traviesas rotas y otros escombros. El señor Reynolds respiraba con dificultad cuando trepamos por el terraplén. Tuvimos que esperar a que nos alcanzase.

Me di la vuelta para mirar el tren. Había muchísimo ruido y vapor, y también todo ese chirriante estruendo que conforma el ritual de los trenes cuando se preparan para moverse. Vi cómo la persiana amarilla del compartimento de Jim subía, y en la ventanilla quedó enmarcada la enfermera. El vidrio estaba empañado y ella limpió una parte con la mano. Miró hacia un lado y luego hacia el otro, pero estaba demasiado oscuro para que me viera. No era empleada del Departamento, se trataba sólo de una enfermera canadiense a la que se le había encomendado que acompañase a un enfermo a Londres. Sin duda, perder de repente a un compañero de viaje le resultó desconcertante.

Permanecí de pie tiritando al lado de Reynolds y sus soldados y todos nos quedamos mirando cómo el tren arrancaba lentamente. Cuando hubo desaparecido, la noche se hizo todavía más oscura, y me sentí muy solo. Miré hacia el otro lado, más allá de la frontera, hacia el puesto de control soviético, que se encontraba a unos ochocientos metros de distancia. Seguía bañado en luz, pero toda la actividad frenética que se veía poco antes había cesado; los camiones del ejército y los funcionarios habían desaparecido. Los focos seguían brillando sobre el óvalo de nieve endurecida, pero el único movimiento que se veía era el paso medido de un único centinela, un

soldado del ejército. Era como un estadio de *hockey* sobre hielo del que los equipos y los espectadores hubieran huido inexplicablemente.

—Vámonos —ordenó Reynolds.

Tiró la colilla del puro de manera que salió por los aires soltando chispas rojas.

Antes de que yo pudiera reaccionar, el sargento me golpeó con desprecio en la espalda con la culata metálica de su arma. Me cogió desprevenido, por lo que perdí el equilibrio. Primero resbalé y luego, al doblárseme las rodillas bajo el peso del cuerpo, caí por el terraplén agitando los brazos en el aire. En el fondo había una zanja de drenaje. El hielo espeso se rompió y metí el pie dentro de aquella agua fangosa y helada.

Cuando conseguí ponerme en pie estaba mojado y sucio. Soplaban un viento que sacudía los árboles y se me metía hasta los huesos. Pensé que ojalá me hubiera puesto el abrigo antes de salir del compartimento para ir a responder a todas aquellas preguntas. Al cabo de cinco minutos de ir dando tumbos a oscuras, se oyó el ruido de un motor diesel que arrancaba y luego los faros de un camión del color verde oscuro del ejército iluminaron una carretera estrecha y algunos árboles.

No me llevaron a Varsovia ni a ninguna otra ciudad grande. El camión iba dando botes por carreteras rurales mientras el amanecer carmesí avanzaba y parecía salir de los bosques. El cielo empezaba a aligerarse cuando llegamos a un castillo de aspecto siniestro en Mazury. Allí, sin decir gran cosa, me encerraron en una habitación. El cuarto no estaba mal; había soportado peores alojamientos en hoteles polacos. Lo preocupante era que estábamos muy cerca de Rastenburg, donde hacía poco tiempo había disparado contra unos agentes de la *Urzad Bezpieczenstwa* polaca y no había regresado para tomarles el pulso. Pensar en aquello hizo que tardase mucho en quedarme dormido.

Al parecer, el hombre al que le gustaba que le llamasen Reynolds estaba al cuidado de mi persona. Vino a verme a la mañana siguiente y me acusó de haber matado a dos oficiales de seguridad y de resistirme a la detención. Reynolds habló mucho, y siguió hablando aunque yo no le contestaba. Me dijo que me retendrían y me juzgarían allí, en el cuartel general del distrito militar. En el transcurso de la investigación, y en la subsiguiente corte marcial, los testigos del ejército, los fiscales y los jueces irían a visitar el lugar donde yo había cometido el crimen. No mencionó nada acerca de un abogado defensor.

El segundo día era miércoles. Me estuvo interrogando toda la mañana y gran parte de la tarde, y me acusó de no tomarme en serio las acusaciones. Yo no admití nada. Le dije que era alemán, pero no me creyó.

—Está usted convencido de que su gobierno tiene puesto todo su empeño en solicitar denodadamente, a través de canales diplomáticos, que le soltemos, ¿no es así?

Lo miré y sonreí. Aquel hombre no sabía gran cosa de mi gobierno ni de su servicio diplomático, pues de lo contrario habría estado al corriente de que conseguir que hiciera cualquier cosa denodadamente era algo que estaba mucho más allá de cualquier expectativa razonable.

—No tiene motivos para sonreír —me dijo Reynolds al tiempo que le daba un golpe con la palma de la mano a un expediente que había encima de la mesa.

Cuánta razón tenía.

—Exijo ver al cónsul de la embajada de la República Federal Alemana —le pedí.

Había exigido lo mismo muchas veces, pero en aquella ocasión Reynolds se enfadó y aplastó el puro en el cenicero con tanta fuerza que se abrió.

—¿Quiere dejar de repetir esa historia que le sirve de tapadera? —La voz mostraba auténtico enfado—. Sabemos quién es usted. Los alemanes no han oído hablar nunca de usted.

Quizá se había saltado la comida.

Me tenían en una vieja fortaleza laberíntica que Reynolds llamaba «la ciudadela». Se trataba de esa especie de castillo propio de cuento de hadas que Walt Disney habría construido en la cima de una montaña, pero aquélla era una región de lagos y pantanos, y el promontorio sobre el que se alzaba el castillo no era más que un pequeño altozano.

Los edificios que formaban el complejo proporcionaban un compendio de historia de las fortificaciones: mazmorras del siglo XII, un torreón casi igual de antiguo y una torre del siglo XVII. Había tres patios empedrados; el que se hallaba debajo de mi ventana estaba lleno a rebosar de cabañas de madera destartaladas y de otras construcciones que el ejército alemán había añadido cuando el castillo se convirtió en una escuela regional de higiene militar durante la segunda guerra mundial. Los muros eran gruesos y tenían almenas, con una imponente cancela de entrada que en otro tiempo había albergado un puente levadizo. En lo alto de las murallas, todo a lo largo de las mismas, había un pasillo por el que patrullaban centinelas armados, cosa que sin duda había estado ocurriendo durante siglos. Hasta qué punto aquellos

desgraciados estaban allí para darse golpes a sí mismos a fin de entrar en calor o para advertir de algún peligro que se aproximase era difícil de saber. Pero en los tiempos que corrían, en aquella región fronteriza oriental la perspectiva de una invasión soviética era algo que no se le iba a nadie de la cabeza. Algunos políticos de la línea dura de Moscú proclamaban que los polacos habían llegado demasiado lejos con las reformas, y que el único modo de conservar el poder comunista por todo el bloque del Este era haciendo una fraternal demostración de la represión militar soviética.

Ya fueran reformadores, comunistas o filántropos vestidos de caqui, el gobierno militar de Varsovia no daría la bienvenida a ningún blindado soviético que se atreviese a cruzar la frontera. Quizá por eso aquel engrosado batallón de infantería polaco se encontraba allí de guarnición, y quizá también por ese motivo la jornada comenzaba a las cinco treinta con la ceremonia de izar la bandera, ceremonia que iba acompañada de redobles de tambor y de esa clase de toque de trompeta un poco discordante que lleva a los hombres a la batalla. Y a lo mejor también ése era el motivo por el cual la tropa que se alineaba en la santa misa que se celebraba a continuación estaba en perfecto orden de batalla.

Habían bajado mi maleta del tren. En mi presencia la habían abierto, habían registrado el contenido y habían fotografiado algunos objetos que seleccionaron entre los demás. Ahora la maleta estaba abierta y la habían colocado en una mesa baja que había en mi habitación. No encontraron en ella nada incriminatorio, pero no me gustó cómo se estaban desarrollando las cosas. La maleta, las fotografías, las preguntas amables y todo lo demás que hacían parecían los preparativos para un juicio público. ¿Lo han maltratado? No. ¿Lo han torturado? No. ¿Lo han alimentado debidamente? Sí. ¿Le han proporcionado una habitación cómoda? Sí. ¿Estas respuestas las ha dado usted libremente y sin coacción? Ésa era la clase de diálogo que yo olfateaba en el aire, y no me gustaba ni pizca aquella perspectiva.

La ventana de mi habitación del tercer piso daba a un pequeño patio interior. Más allá se encontraba el patio principal, donde tenía lugar el desfile matinal y el vespertino. La habitación no era una celda. No me aplicaban ningún tratamiento con empulgueras, potro de tortura o descargas eléctricas. No me quitaron el reloj, no sellaron las ventanas para desorientarme ni intentaron ningún otro truco de manual parecido. La única tortura que sufrí era cuando Reynolds me echaba el humo del cigarrillo en la cara, y era más porque eso me recordaba los placeres de fumar que porque los humos tóxicos me molestasen.

La habitación que me habían dado en lo alto de la torre también olía a humo de tabaco antiguo. Y también olía a rancio y a miseria. La gruesa mampostería estaba fría como el hielo, la habían blanqueado y rezumaba humedad. En la pared había clavado un crucifijo de plástico y la cama contaba con sábanas limpias, aunque gastadas, remendadas, duras, grises y arrugadas. La mesilla de noche era de madera y tenía una pata calzada con una bola de papel higiénico. Sobre la mesa había media docena de hojas de papel de notas y dos lápices, como si me estuviesen invitando a escribir una confesión. Sujeto a la pared, justo encima de la mesa, había un estante que contenía una docena de libros encuadernados en rústica; se trataba de *bestsellers* polacos, de algunos clásicos alemanes y de antiguas ediciones en inglés de Tauchnitz que se habían leído muchas veces: Thomas Hardy y A. E. W. Mason. Supongo que Reynolds esperaba sorprenderme leyendo uno de los libros en inglés, pero nunca lo consiguió. Costaba mucho abrir aquella pesada cerradura maciza, por lo que yo siempre lo oía venir.

También había un radiador de agua; gruñía y traqueteaba mucho, pero nunca se puso más caliente que la temperatura de la sangre, así que yo siempre tenía una manta echada sobre los hombros. Pasaba gran parte del tiempo mirando por la ventana.

El patio interior pequeño estaba empedrado, y en el rincón junto al pozo había una estatua de bronce. La estatua había sido separada de su pedestal con un soplete que había fundido la parte inferior de las piernas, lo que hacía que parecieran pétalos o púas. Boca abajo, aquel guerrero postrado agitaba un alfanje en un último gesto desesperado. Nunca llegué a averiguar la identidad de aquel soldado dos veces caído, pero estaba claro que se consideraba que tenía suficiente importancia política como para que el hecho de estar expuesto en la calle fuera un peligro para el orden público. Aunque sólo una pequeña porción del patio principal quedaba a mi vista, sí que podía ver la parte trasera del comedor de oficiales, donde se cepillaba incesantemente y se ponía a hacer ejercicio a media docena de inquietos caballos. Cada mañana temprano, cuando todavía estaban frescos al regresar de un paseo a medio galope, les hacían desfilar alrededor del patio, resoplando y echando vapor. Una vez, ya tarde por la noche, ví a dos subalternos borrachos que intercambiaban algunos golpes. Así que la vista limitada del patio y de los secretos del comedor de oficiales que quedaban al descubierto era como la que proporcionan los asientos baratos en lo alto de la platea del teatro, donde la vista parcial del escenario se ve compensada por la oportunidad de presenciar la actividad que se produce entre bastidores. También tenía ocasión de ver al sacerdote

haciendo a media luz, por la mañana temprano, los preparativos para la misa. Veía también a dos hombres que desplumaban incontables pollos, de manera que las plumas volaban alrededor como humo, y durante la hora de la comida los que servían el rancho a veces salían un momento a dar un trago a escondidas de una botella de vino.

El patio mayor también estaba lleno de actividad. Durante casi todas las horas en que había luz del día se encontraba lleno de soldados jóvenes que saltaban, corrían y se elevaban por el aire siguiendo las órdenes de dos instructores de educación física. Los soldados iban vestidos con pantalones cortos y camiseta de color caqui, y se movían con furia para mantenerse calientes en aquel ambiente helado. Los instructores salían corriendo de mi campo de visión, boxeando con su propia sombra como si no pudieran contener sus energías sin límite. Cuando, por la tarde, la última compañía de soldados terminaba el entrenamiento físico, el sol solía salir de su escondite. Su luz cruel ponía de manifiesto el polvo y las telarañas que había en el vidrio de la ventana. Hacía que pareciera que el bosque se había incendiado y rodeaba las almenas de una luz dorada, mientras dejaba el patio sumido en una sombra fría y azul, luminoso y reverberante como si estuviera lleno a rebosar de agua clara.

Mi habitación no era menos cómoda que las que les asignaban a los oficiales de menor rango que compartían el rellano conmigo. A menudo, cuando me dirigía al cuarto de baño y al retrete o cuando Reynolds me llevaba abajo, a su despacho, yo veía a algunos subalternos que iban elegantemente uniformados. Me miraban con una curiosidad mal disimulada. Luego descubrí que una compañía de seguridad usaba parte de la ciudadela para cursos de entrenamiento, y que los oficiales habían sido seleccionados para llevar a cabo obligaciones políticamente sensibles supervisando a las autoridades municipales. Porque Polonia era una tierra gobernada por sus soldados.

Unas cuantas veces recibí algunos puñetazos y bofetadas. Pero nunca fue Reynolds quien me los dio. Y nunca sucedió en presencia de Reynolds. Ocurría siempre después de que él se exasperase por mis respuestas propias de un listillo. Le daba chupadas al puro, suspiraba y salía del despacho durante diez minutos o así. Y uno u otro de los guardias me daba un par de bofetadas como si lo hiciera por su cuenta. Nunca llegué a descubrir que lo hicieran por orden de Reynolds, ni siquiera con su conocimiento. Pero Reynolds no se ensañaba. No era un interrogador serio, lo cual probablemente era la razón por la que le habían destinado a aquel remanso militar. No

esperaba que yo revelase ningún secreto que diera lugar a que en Varsovia se hiciesen preguntas, ni siquiera que nadie se extrañase de algo allí. Reynolds se contentaba con llevar a cabo su trabajo. Me hacía las mismas preguntas cada día; de vez en cuando cambiaba el orden y la sintaxis, pero sin esperar demasiado tiempo una respuesta. La última parte de la sesión del día solía consistir en que Reynolds me hablase de su hermana Hania, del holgazán e inútil de su cuñado y del negocio de *delicatessen* al por mayor que poseían en Detroit.

El viernes por la tarde el viento amainó y los árboles se mostraron anormalmente quietos. Los rayos de sol, largos y oblicuos, salían de debajo de unas nubes grises e iban a dar en las almenas. Un centinela se adelantó y se detuvo a pleno sol para capturar algo de aquel escaso calor. Al mirarlo noté un ligero temblor en el aire. Eran diminutas puntas de alfiler doradas, como motas de polvo atrapadas en el interior de una catedral. Copos de nieve. El invierno había vuelto. Como para celebrarlo, de una de las habitaciones que daban al pasillo, Tauber estalló con una voz de tenor rasposa en una interpretación de *Dein ist mein ganzes Herz*. Sonaba terriblemente viejo.

A la mañana siguiente la nieve ya no era de oro. Había extendido una sábana blanca sobre la tierra y el guerrero de bronce estaba empolvado con ella. La nevada no paró. El sábado por la tarde la nieve lo cubría todo. Oí los chirridos de los camiones que llevaban de regreso a los centinelas que salían de guardia en la cercana estación de radar. Venían en una marcha corta, con los motores gruñendo y las ruedas dando vueltas en el tramo de carretera traicioneramente liso que se aproximaba a la puerta principal. La nieve se había arremolinado en mi patio formando profundos montones junto a la pared, y el guerrero de bronce estaba enterrado en ella. Abrí la ventana y asomé la cabeza al hiriente frío. El mundo estaba inusitadamente callado, con ese silencio que la nieve siempre lleva consigo. Entonces oí algunas voces fuertes y ví que un centinela me apuntaba con el arma. Metí la cabeza rápidamente y cerré la ventana. Contento de ver una reacción tan inmediata por mi parte, agitó el arma y se estuvo riendo tanto que su felicidad se condensó en el aire frío.

El miércoles por la noche, después de cinco días bajo custodia, vino un soldado a buscarme en mitad de la noche. Lo reconocí, era uno de los instructores de educación física; un tipo delgado con ese rostro inescrutable que parece desarrollarse en los gimnastas, como si el ejercicio prolongado animase la condición contemplativa. Me condujo abajo por las escaleras de la parte trasera y me hizo cruzar una parte del edificio que yo no había visto

antes. Atravesamos las cocinas bochornosas y una sucesión de almacenes que en otro tiempo habían sido bodegas. Por fin me indicó que lo precediera.

Cuando incliné la cabeza bajo el marco de la puerta, me golpeó en la espalda. A continuación me dio otro puñetazo que me acertó en los riñones y me produjo un tirón de dolor en todo el cuerpo, desde los talones hasta la cabeza. Fue como una descarga eléctrica, y casi perdí el sentido mientras luchaba contra aquel dolor intenso. Caí como un árbol.

Estaba muy oscuro, pero había otro hombre en la negrura. Salió de entre las sombras, me cogió y me dio un par de golpes en el vientre que hicieron que la cena me subiera a la boca. Agaché la cabeza e intenté protegerme de los golpes, pero aquellos dos tipos no se arredraron ni se incomodaron. Evidentemente eran expertos. Trabajaron conmigo sistemáticamente, sin dejar de golpearme como si yo fuera un costado de buey que se prepara para el estofado. Al cabo de unos minutos uno de ellos estaba aguantando todo mi peso, me sujetaba para que el otro me aporrease. Cuando me soltó me estrellé medio inconsciente en el suelo de piedra. No podía pensar con claridad. Todas y cada una de las partes de mi cuerpo cantaban de dolor. Debajo de mí noté una estera tosca, y al alargar la mano hacia el borde toqué pavimento liso. Me moví lo bastante como para apretar la cara contra la piedra fría. Vomité y noté sabor de sangre en la boca.

Los dos hombres estaban de pie y me miraban; conseguí ver un atisbo de luz y los zapatos de ambos. Luego se marcharon, sin duda satisfechos del trabajo que habían hecho. Oí que sus pasos se iban desvaneciendo, pero no traté de levantarme. Apreté la cabeza contra un saco de cebollas. En el fondo del saco algunas cebollas podridas habían fermentado hasta convertirse en un líquido maloliente que rezumaba a través de la tela. Me desvanecí y recobré el conocimiento varias veces. A pesar del hedor, permanecí allí tendido cuan largo era durante mucho tiempo antes de darme la vuelta muy, muy despacio, ponerme a reptar por el suelo, levantarme lentamente con la espalda pegada a la pared e incorporarme centímetro a centímetro. No me habían roto ningún hueso; no tenía magulladuras ni lesiones permanentes en la cara. Lo suyo no había sido un acto espontáneo de brutalidad o de despecho. Les habían encomendado la misión de hacerme daño, pero sin dejarme lesiones permanentes, y habían hecho un trabajo de primera. Sin rencores, muchachos, hay de todo en un día de trabajo para un soldado que sirve en una tierra gobernada por generales. Por suerte para mí, no les habían dicho que me descuartizaran miembro a miembro, porque estoy seguro de que lo hubieran

hecho con la misma eficacia inescrutable. Después de llegar a esa conclusión, perdí de nuevo el conocimiento.

Alguien debió de llevarme hasta la habitación de la torre. No recuerdo nada al respecto, pero, desde luego, no llegué allí sin ayuda. Pero ¿por qué, después de una semana de Señor Amabilidad, de pronto me sacaban de la cama y me daban una paliza de muerte sin interrogatorios ni promesa alguna? Sólo había una explicación a aquello, y poco a poco se me fue aclarando. Alguna autoridad más alta tenía que haber ordenado que me soltasen. Aquél era el modo tácito que el señor Reynolds tenía de protestar por tal decisión y de despedirse de mí.

Supongo que la autoridad más alta estaría satisfecha. Los generales de Varsovia no intentaban provocar la tercera guerra mundial. Sólo querían mostrar a sus oponentes de Londres que no les gustaba que extranjeros entrometidos entrasen en su territorio e hicieran la clase de cosas que yo había hecho las pasadas Navidades en Rastenburg. No querían que hiciera demostraciones aéreas de despegue y aterrizaje poco tiempo después de anochecer, ni que secuestrase a espías polacos útiles. No les gustaba que incendiase relucientes coches nuevos de marca Volvo propiedad del gobierno, de los que en Polonia había escasez en 1987. Y tampoco les gustaba el modo como yo había disparado y había herido a varios agentes de seguridad polacos que, tras fracasar en su intento de detenerme, se habían asegurado de poner carteles de busca y captura por todo el país.

Bien, ése fue mi gran error; tenía que haber matado a aquellos cabrones.

Reynolds me metió en el tren la noche siguiente. Me llevó a la estación en un coche, sin dejar de hablar durante todo el trayecto de su hermana, la que vivía en América, mientras fingía que no había notado que sus hombres habían estado a punto de matarme de una paliza. Era el mismo tren expreso de Moscú a París, el mismo día de la semana. Incluso volvieron a ponerme en un compartimento con el mismo número. Mi abrigo, que yo no había visto durante mi encarcelamiento, estaba doblado y colocado en la rejilla. A propósito, mi pasaporte se encontraba puesto en equilibrio sobre la pequeña papelera que el ferrocarril proporciona para los desperdicios. Todo estaba igual, excepto que Jim y la enfermera no se encontraban allí.

El compartimento del tren estaba caldeado. Afuera nevaba otra vez. Goterones de nieve resbalaban por el vidrio de la ventanilla. Me derrumbé en la litera y me estiré en ella. El dolor producido por la paliza no había disminuido y seguía teniendo metido en el cerebro aquel nauseabundo olor de

cebollas putrefactas. Las magulladuras y raspaduras se hallaban justo en ese punto de su desarrollo en que el dolor es más agudo. Cerré los ojos. Ni siquiera era capaz de reunir fuerzas suficientes para levantarme y cerrar del todo la puerta corredera. Desde el compartimento contiguo me llegaron las fuertes voces de una pareja americana joven que discutía con un soldado.

—Dicen que esto es una revista política —estaba diciendo la mujer.

Tenía una voz bonita, con el acento musical de Boston que la familia Kennedy ha hecho patricio.

—Pues yo no la había visto nunca antes —aseguró el hombre.

Luego repitió la negativa en voz alta y en alemán.

Hubo un momento de silencio; la mujer tosió y el hombre soltó una carcajada breve y enojada.

Oí que mi puerta se abría. Entreabrí los ojos y ví que un oficial polaco entraba y se quedaba mirándome. Después el sargento se reunió con él y los dos se fueron pasillo adelante. Supongo que la pareja americana había adoptado las tradiciones locales sin necesidad de mi ayuda.

Engancharon algunos vagones más y los acoplaron a nuestro tren en medio de unos traqueteos y chirridos que me llegaron hasta la médula. Al cabo de mucho silbar y dar órdenes a gritos, el tren se puso en marcha con estruendo. Me coloqué la almohada sobre las orejas.

RESIDENCIA del sSI, Berlín

—Ese puñetero Kohl —comentó Frank Harrington hablando del canciller de la República Federal Alemana con una amargura desacostumbrada en él—. Todo es obra suya. Invitar a ese hijo de puta de Honecker a visitar la República Federal es algo que ha desmoralizado por completo a todos los alemanes decentes... de ambos lados del Muro.

Hice un gesto de asentimiento. Lo más probable era que Frank tuviese razón, y aunque no la hubiera tenido yo habría asentido igual, pues era lo más prudente dadas las circunstancias. Frank era mi jefe. Y dondequiera que yo fuera en Berlín no encontraba más que pesimismo si se trataba de encontrar alguna oportunidad de reformar el Estado de Alemania Oriental, o acerca de sustituir a los obstinadamente inflexibles *apparatchiki* que lo gobernaban. Sólo unos meses antes, en septiembre de 1987, Erick Honecker, presidente del Consejo de Estado, presidente del Consejo de Defensa Nacional y omnipotente secretario general del Partido de la Unidad Socialista, había sido invitado a realizar una visita de Estado a Alemania Occidental. Pocos alemanes, orientales u occidentales, habían pensado que a un tirano sinvergüenza como aquél se le podría tener una consideración así.

—Kohl es una serpiente que va moviéndose entre la hierba —dijo Frank—. Sabe perfectamente lo que todo el mundo piensa aquí de ese monstruo de Honecker, pero haría cualquier cosa con tal de ser reelegido.

Ciertamente, Kohl había jugado sus cartas con habilidad. El hecho de invitar a Honecker a visitar Alemania Occidental había sido un bombazo político que a los rivales de Kohl les había resultado difícil de asimilar. A Oskar Lafontaine, primer ministro de Saarland, lo habían engañado lo suficiente como para que accediera a posar con el despreciado Honecker para una fotografía de periódico. El clamor de protestas resultante supuso un revés político para los socialdemócratas de Lafontaine. Esto, además de algunas

inteligentes ambigüedades, declaraciones patrióticas y promesas vagas, hicieron revivir al aparentemente muerto canciller Kohl y lo reafirmaron en el poder.

Aquellos que todavía albergaban esperanzas de que la visita de Honecker a Occidente estuviera marcada por cierta reducción de la tiranía, le pidieron que diera las órdenes oportunas para evitar que los guardias fronterizos acabaran a tiros con cualquiera que intentase escapar de sus inhóspitos dominios.

—Los sueños caseros están lejos de nuestras mentes —contestó—. Damos por sentada la existencia de dos Estados soberanos en el suelo alemán.

—Kohl y sus comparsas se los han llevado a todos a dar un paseo —intervine.

Los occidentales veían la manipulación política que Kohl hacía de la visita de Honecker con esa mezcla de desprecio amargo y ardiente fidelidad que los alemanes han otorgado siempre a sus líderes. Al otro lado del Muro los ciudadanos orientales, confinados en la triste República Democrática Alemana, se sentían frustrados y llenos de enojo. Reunidos ante los televisores, habían podido contemplar cómo Kohl y otros políticos de Alemania Occidental le daban jabón a su despiadado dictador, lo acogían y proclamaban tranquilamente que la división de Alemania era algo que perduraría en el futuro.

—Pues a Strauss lo envejeció diez años esa visita —indicó Frank.

Yo nunca sabía cuándo Frank bromeaba; no era célebre por su humor, pero sus chistes tenían cierta propensión a ser crueles y oscuros.

Desde su sede de poder en Múnich, Franz Josef Strauss había proclamado algo que había repetido muchas veces antes:

—El Reich alemán de 1945 nunca ha sido abolido legalmente; la cuestión alemana permanece abierta.

No era eso lo que Honecker quería oír. Quizá podría haberse ganado a Kohl, pero Strauss seguía siendo el crítico más efectivo de Honecker a largo plazo.

Estábamos en la planta baja de la casa de Frank en Grunewald, casa que traía consigo el puesto de jefe de la oficina de Berlín. Era última hora de la tarde y el cielo gris y nublado contribuía poco a hacer que aquel gran salón se viese menos sombrío. Zonas de luz amarilla procedente de lámparas eléctricas de sobremesa caían sobre una feroz alfombra de flores en tonos rojos y verdes vivos. Un piano de cola Bechstein relucía en un rincón. Sobre su pulida superficie, una fila tras otra de fotografías de familia se mostraban en marcos

muy caros. En el centro de todo aquel despliegue destacaba una fotografía enmarcada en plata del hijo de Frank, que había sido piloto de líneas aéreas pero que había encontrado una segunda profesión como editor de libros de aviación técnica. Detrás de aquellas apretadas filas de parientes había un jarrón de cristal tallado con rosas importadas de algún país extranjero de clima benigno, rosas que pretendían servir de ayuda para olvidar que los jardines alemanes estaban enterrados profundamente en nieve, en una nieve llena de suciedad. Por toda la habitación había cuadros Victorianos que representaban un Londres lleno de hollín y bruma; Primrose Hill, el Palacio de Cristal y la abadía de Westminster colgaban todos con gruesos marcos dorados y estaban casi a punto de desaparecer tras la capa de barniz agrietada y oscurecida. Dispuestos alrededor de una mesita de café había dos sofás grandes e incómodos tapizados de damasco azul, junto con sillones de orejas con la tapicería a juego. Frank mantenía uno de ellos colocado exactamente frente a los enormes altavoces de su sofisticado sistema de alta fidelidad, que tenía la maquinaria oculta dentro de una cómoda alta Biedermeier de madera de abedul a la que le habían sacado todo el interior para que pudiese contener el equipo de música. A veces Frank se sentía obligado a explicar que la cómoda ya estaba gravemente estropeada antes de que la sometiesen a aquella última cirugía.

Frank estaba relajado en aquel sillón suyo lleno de bultos. Tenía las piernas largas elegantemente cruzadas, una copa al lado del brazo y una pipa Dunhill mordisqueada en la boca. De vez en cuando desaparecía de mi vista oculto tras una neblina sombría, parecida a la capa de barniz que oscurecía las vistas de Londres, excepto que ésta tenía un olor muy penetrante. Después de un período de renuncia que le había causado a él, y desde luego a todos los que trabajaban con él, un estrés físico y mental, Frank se había rendido ya a su adicción a la nicotina con vigor y enorme deleite.

—He leído el informe —dijo mientras se quitaba la pipa de la boca y hurgaba en la cazoleta con la hoja de una navaja del ejército suizo.

Visto así, en su hábitat natural, Frank Harrington era el inglés típico. Un hombre educado pero no un intelectual, un bebedor que nunca estaba borracho, el pelo encanecido y el rostro huesudo surcado de arrugas sin parecer un anciano, un traje a rayas diplomáticas de corte impecable algo usado, y todo ello llevado con cierto aire de descuido: el aspecto y los modales que los extranjeros entendidos tan a menudo admiran y los más osados incluso imitan.

Di un sorbo de *whisky* y esperé. Se me había convocado a aquella reunión en casa de Frank mediante una nota escrita a mano que el propio Frank me había dejado en persona sobre la mesa. Sólo él la habría prendido en mi donut *berliner* matutino sirviéndose de una chincheta. Órdenes formales como aquella no eran frecuentes, por lo que yo sabía que no se me había hecho ir allí para oír los puntos de vista de Frank acerca de las estrategias bizantinas de los aventureros políticos de Alemania. Me pregunté qué era lo que realmente le estaba pasando por la cabeza. Hasta el momento había habido poca reacción oficial por mi retraso al regresar a Berlín y por la detención que sufrí en Polonia, que fue lo que lo motivó. Cuando llegué informé a Frank; le dije que me habían detenido y que luego me habían soltado sin cargos. Estaba hablando por teléfono cuando entré en su despacho. Tapó el auricular con la mano, murmuró algo acerca de que preparase un informe para Londres y me indicó con la mano que me marchase. Reanudé mis deberes como ayudante suyo, como si nunca hubiera estado ausente. El informe escrito que yo había presentado era breve y formal, y en él llegaba a la conclusión subyacente de que todo había sido una cuestión de confusión de identidad.

Yo estaba sentado en uno de los sofás en un intento por mantenerme a distancia de la contaminación producida por la combustión de Frank. Ante mí había una bandeja de plata con un cubo para el hielo de cristal, unas pinzas y un vaso de cristal tallado en el que Tarrant me había servido exactamente una medida doble de *whisky* Laphroaig. Se había llevado otra vez la botella, pero había dejado en la mesa agua Apollinaris, de la que yo me iba sirviendo. Unos platos de plata en forma de concha contenían cantidades calculadas de frutos secos salados y patatas fritas, y también había una caja grande de plata que yo sabía que contenía un surtido de cigarrillos. Tarrant, el mayordomo de Frank, había dispuesto un servicio similar al lado de Frank en la misma mesita de café. Aparte del equipo de alta fidelidad de Frank, muy caro, Tarrant se había encargado de que aquella casa y sus rutinas no se vieran modificadas por los avances de la ciencia ni de la moda. Y por lo que yo podía ver, Frank estaba haciendo lo mismo por el Departamento.

Sobre una mesa de trípode había dispuestos en forma de abanico algunos folletos y expedientes, como las revistas en la sala de espera de un dentista. Frank cogió de la mesa el pasaporte de Alemania Occidental que yo había utilizado para viajar cuando me detuvieron en Polonia. Comenzó a pasar las páginas con desagrado; miró la fotografía, luego me miró a mí y luego otra vez la fotografía.

—Esta fotografía... —comentó al cabo de un buen rato—. ¿Eres tú de veras?

—Se hizo todo con un poco de prisa —le expliqué.

—Atravesar aquello con la foto borrosa de otra persona en el pasaporte es una manera muy estúpida de hacer las cosas. ¿Por qué no una foto auténtica?

—Una foto para identificarte es como la comida étnica —le comenté—. Cuanto menos auténtica, mejor.

—¿Puedes aclararme eso un poco? —me pidió Frank haciéndose el inocente.

—Pues porque la UB, la Urząd Bezpieczeństwa, fotocopia y archiva siempre todos los pasaportes que pasan por sus manos —le expliqué.

—Ah —exclamó Frank, que no parecía muy convencido.

Puso el pasaporte sobre la mesa y lo empujó hacia mí. Era una señal de que no iba a continuar con aquel tema. Lo cogí y me lo guardé en el bolsillo.

—No vuelvas a usarlo —me dijo Frank—. Guárdalo con tus discos de los Beatles y con la chaqueta de Nehru.

—No volveré a usarlo, Frank —le aseguré.

Nunca me había puesto una chaqueta de Nehru ni nada que se le pareciese remotamente, pero para Frank yo siempre sería el adolescente que era cuando me conoció. No había manera de escapar de eso.

—Ahora eres miembro del personal superior. Ya ha pasado la época de todas esas travesuras. —Cogió mi informe y lo agitó en el aire como si pudiera caer algo de entre las páginas—. Londres tendrá que leer esto. No hay manera de que yo pueda retenerlo aquí para siempre. —Hice un gesto de asentimiento—. ¿Y sabes qué van a decir?

Aguardé a ver si decía que en Londres sospecharían que yo había ido a Moscú sólo para ver a Gloria. Pero Frank dijo otra cosa:

—Que estabas sonsacando información a Jim Prettyman. Eso es lo que van a decir. ¿Qué le sacaste a él? A mí bien puedes decírmelo, para que ponga el culo a cubierto.

—¿A Jim Prettyman?

—No hagas eso, Bernard —me pidió Frank con sólo un toque de irritación.

Si era un movimiento de ajedrez, fue muy logrado. Para eludir la acusación de que yo había estado interrogando excesivamente a Prettyman, no me quedaba más remedio que decir que estaba allí con la intención de ver a Gloria.

—Prettyman estaba más o menos inconsciente. No tuve muchas oportunidades de hacer nada, como no fuese meterlo en la cama y cambiarle la cuña, y para hacer eso ya le habían puesto una enfermera. Y además, ¿sobre qué demonios iba yo a interrogar a Prettyman?

—Venga, Bernard. ¿Ya te has olvidado de todas las veces que me dijiste que Prettyman era el hombre que manejaba a los que querían asesinar a tu cuñada?

—¿Yo te dije eso? ¿Cuándo?

—No con esas palabras exactamente —me aclaró Frank retractándose un poco—. Pero ése era el meollo de la cuestión. Tú creías que Londres había maquinado la muerte de la hermana de Fiona para poder dejar su cadáver plantado allí, para que nuestros amigos del KGB estuvieran tranquilos pensando que Fiona había muerto y que ya no podía contarnos todos sus secretos.

Fortalecido por el modo como Frank había puesto en pasado mis sospechas de Londres, dejé el vaso y lo miré impassible. Supongo que hice un buen trabajo con la expresión facial, porque Frank se removió incómodo y dijo:

—No irás a negarlo ahora, ¿verdad, Bernard?

—Pues sí, ciertamente —le contesté sin añadir más explicaciones.

—Si lo que quieres es llevarme al huerto, me haré unas ligas con tus tripas.

El vocabulario de Frank estaba liberalmente provisto de expresiones de colegial de los años treinta.

—Estoy intentando dejar atrás todo eso —le expliqué—. Me estaba deprimiendo.

—Eso está bien —convino Frank, quien junto con el director general y su adjunto, Bret Rensselaer, con frecuencia me habían aconsejado que dejara atrás todo aquello—. Algunos agentes en activo son capaces de cumplir perfectamente con su trabajo y combinarlo con una vida familiar más o menos normal. No es fácil, pero algunos lo hacen.

Asentí y me pregunté qué vendría a continuación. Me daba cuenta de que Frank estaba en uno de sus estados de ánimo filosóficos que solían acabar con un resumen crítico llevado a cabo con suavidad, que me ayudaba a resolverlo todo.

—Eres uno de los mejores agentes que hemos tenido trabajando fuera de esta oficina —me dijo Frank para dorarme la píldora—. Pero eso quizá se

debe a que vives tu trabajo día y noche, trescientos sesenta y cinco días al año.

—¿Tú crees, Frank? Es agradable que lo digas.

Frank percibió la ironía en mi voz, pero hizo caso omiso de ello.

—Nunca le dices a nadie toda la verdad, Bernard. A nadie. Cada uno de tus pensamientos está encerrado en ese cerebro tuyo y clasificado como secreto. A mí me dejas fuera; a tus colegas los dejas fuera. Supongo que haces lo mismo con tu mujer y con tus hijos; supongo que sólo les cuentas lo que consideras que deben saber.

—A veces ni siquiera eso —puntalicé.

—Vi a Fiona anteayer. Aniquiló a un pobre carroza aturdido del ministerio, hizo que el presidente se disculpase por unos minutos inexactos de la reunión anterior y, aprovechándose del silencio embarazoso que vino a continuación, consiguió el voto para cierto proyecto de entrenamiento que los demás intentaban eliminar. Es dinamita esa esposa tuya. Todos le tienen miedo; me refiero a los del Foreign Office.

—Sí, ya lo sé.

—Hace falta mucho para asustarles. Y ella se las arregla a las mil maravillas. Últimamente tiene el aspecto de una modelo joven y encantadora. ¡Realmente maravillosa!

—Sí —convine.

Yo siempre tendría que disentir de Frank en el tema de las modelos jóvenes llenas de encanto.

—Me dijo que a los niños les iba bien el colegio. Me enseñó fotos de tus hijos. Son unos niños muy guapos, Bernard. Debes de estar muy orgulloso de tu familia.

—Sí, en efecto.

—Y ella te quiere —añadió después de pensarlo un poco—. Pero tú, ¿por qué no haces más que buscarte problemas? —Frank esbozó una de aquellas sonrisas victoriosas ante las que la mitad de las mujeres de Berlín habían caído rendidas—. Ya ves, Bernard, sospecho que lo planeaste todo: el viaje en tren desde Moscú con Prettyman. Creo que te encargaste de que no hubiera nadie más disponible allí para hacerlo.

—¿Cómo iba a conseguir eso?

—¿Se te han olvidado los destinos que dispusiste los días antes de marcharte?

Al decir esto estaba jugueteando con la pipa y mantenía la voz distante y objetiva.

—Yo no arreglé los destinos. No conozco a esas personas. Hice lo que Operaciones me sugirió.

—Pero tú firmaste.

Levantó los ojos y me miró inquisitivamente.

—Sí, yo firmé —acepté con cansancio.

Frank estaba decidido, por lo menos de momento. Lo mejor que yo podía hacer era dejarle pensar en todo aquello. Con el tiempo se avendría a razones; siempre sucedía así. Nadie en sus cabales creería que yo había urdido y planeado cuidadosamente la manera de coger a Prettyman a solas para interrogarle acerca de la muerte de Tessa. Pero si Frank lo sospechaba, se podía apostar cualquier cosa a que Londres lo creía implícitamente; porque allí era, sin duda, donde se había originado toda aquella basura. Y en aquel contexto, Londres significaba Fiona y Dicky. O por lo menos los incluía a ellos.

—¿Has probado una de esas patatas fritas? —me preguntó Frank al tiempo que señalaba hacia uno de los platos de plata—. Tienen sabor a cebolla.

—A curry —le corregí—. Tienen sabor a curry. Y son demasiado picantes para mí.

—¿De verdad? No sé qué le ocurre a Tarrant últimamente. Sabe muy bien que odio el curry. Me pregunto cómo se las arreglan para ponerles todos esos sabores diferentes a las patatas fritas. En mis tiempos las cosas sólo sabían a lo que eran —comentó Frank con pesar.

Me puse en pie. Cuando la conversación tomaba aquel giro culinario yo suponía que Frank ya había dicho todo lo que era importante para él. Dejó reposar la pipa en un pesado cenicero de cristal y lo apartó hacia un lado mientras suspiraba. Ello hizo que me preguntase si Frank fumaba para proporcionarse cierta clase de actividad cuando celebraba aquellas reuniones. Por primera vez se me ocurrió que quizá Frank temía aquellas conversaciones tanto como yo; o incluso más.

—Esta mañana has vuelto a llegar tarde —me recriminó con una sonrisa.

—Sí, pero llevé un justificante de mi mamá.

Seguro que sabía que yo iba a la clínica cada mañana; me habían encontrado dos fisuras en las costillas, y me estaban dando una dosis de píldoras calmantes de brillantes colores y haciéndome docenas de radiografías. En realidad yo no tendría que haber estado bebiendo alcohol, pero no podía afrontar una conferencia de Frank sin una copa en la mano.

—Pásate a tomar una copa esta noche —me indicó—. Sobre las nueve. Tengo algunos invitados... A no ser que ya hayas hecho otros planes.

—Le dije a Werner que nos veríamos.

—Pues lo dejaremos para otra noche —dijo Frank.

—Sí.

Me pregunté si habría probado una de aquellas patatas fritas y se habría encontrado con que tenían sabor a cebolla, después de todo. No sé qué fue lo que me impulsó a decirle que eran de curry, quizá sólo fue cierta esperanza remota de que el odioso Tarrant cargase con las culpas. Quizá yo no tendría que haber mezclado alcohol y calmantes.

Cuando llegó mi confirmación oficial como adjunto de Frank yo ya estaba instalado en mi confortable despacho sacándole provecho a mi ayudante, a mi secretaria y a un turismo marca Rover con chófer; todo me lo habían asignado personalmente. A menudo había comentado que Frank mantenía absurdamente alto el plantel de Berlín, pero ahora estaba recogiendo algunas de las recompensas de aquellas habilidosas manipulaciones suyas.

Frank, que se había resistido a nombrar un adjunto durante algo más de dos años, le sacaba todo el partido que podía a mi presencia allí. Asistía a conferencias, simposios, congresos y reuniones, actos todos ellos de un tipo que en los viejos tiempos siempre había evitado. Incluso fue a una de esas horribles asambleas en la ciudad de Washington para observar a sus colegas americanos de Operaciones de la CIA, que intentaban parecer alegres a pesar de las aparentemente interminables filtraciones de inteligencia que procedían de la copa del árbol de la CIA.

En teoría, las frecuentes ausencias de Frank de hecho me convertían a mí en el jefe en Berlín, pero yo sabía que Lydia, su supereficiente secretaria, nunca dejaba pasar un día sin tenerle informado con todo lujo de detalles, aunque ello significase llamarlo por teléfono en mitad de la noche. De manera que yo nunca salí de la sombra de Frank, lo que quizá era, en cierto modo, una ventaja.

Mi recién estrenada autoridad me concedió la oportunidad de proporcionarle a mi viejo amigo Werner Volkmann un contrato estable. Werner siempre estaba diciendo que necesitaba dinero, aunque los honorarios que le pagábamos no podían hacer frente al estilo de vida de Werner. Sus negocios (arreglar pagos bancarios por adelantado para exportaciones de Alemania Oriental) se estaban acabando. Las cosas se le estaban poniendo cada vez más difíciles porque los banqueros tenían miedo de que la República Democrática Alemana dejara de pagar los plazos de sus deudas a Occidente

de un momento a otro. Pero tener un contrato con el Departamento al parecer le ayudaba a mantener la autoestima. A Werner le encantaba lo que en una ocasión le oí llamar la «mística del espionaje». Fuera lo que fuera eso, se consideraba parte de ello y yo me alegraba por él.

—Tenerte aquí en Berlín, y con destino permanente, es como volver a los viejos tiempos —me comentó Werner—. ¿De quién fue la idea?

—Me envió Dicky para que espiese a Frank —repuse sólo para fastidiarle.

Estábamos en el Babilonia, un sombrío club subterráneo. El propietario era un sinvergüenza divertido y enigmático llamado Rudi Kleindorf, un hombre que afirmaba proceder de una familia de aristócratas prusianos y al que en broma se le conocía por *der grosse Kleine*. Estábamos sentados a una espantosa mesita dorada, debajo de un aplique de luz lleno de borlas. Nos había invitado a tomar una copa para darnos la oportunidad de ver cómo iba todo. Acabamos la inspección enseguida y ahora estábamos tomándonos la copa.

El club no funcionaba todavía; estaba aún en proceso de cambio de decoración. Los obreros se habían marchado, pero quedaban escaleras de mano y botes de pintura sobre el escenario, así como encima de la barra del bar. Habían circulado rumores de que iban a cambiarle el nombre por el de Alphonse, pero la Potsdamerstrasse no era el lugar apropiado para un club que se llamase Alphonse. Le dieran el nombre que le dieran, lo pintasen del color que lo pintasen, fuera cual fuese la calidad de las cortinas nuevas para el escenario, y aunque pusieran algunas chicas nuevas más jóvenes y más delgadas, nunca sería un lugar que los turistas, o la *Hautevolee* de Berlín, quisieran frecuentar, a menos que se tratase de una excursión de borrachos para ver cómo vive la parte más baja de la sociedad. Me pregunté si a Werner lo habrían engatusado para que pusiera dinero en la empresa de Rudi Kleindorf. Era la clase de cosas que Werner hacía; era capaz de ponerse románticamente nostálgico acerca de los tugurios que habíamos frecuentado de jóvenes.

Werner cogió la botella de la mesa que había entre los dos y me sirvió otra copa. Sonrió de aquella manera tan extraña en que lo hacía cuando representaba los móviles ocultos y las maneras retorcidas de hombres y mujeres. Con la cabeza un poco echada hacia atrás, cerró casi por completo los ojos y apretó con fuerza los labios. Era fácil ver por qué a veces lo tomaban por uno de los *Gastarbeiter* turcos que alcanzaban un porcentaje bastante elevado de la población de la ciudad. No era sólo por el cutis atezado de Werner, por el cabello basto y negro, por el bigote negro y cuadrado y por

la complexión musculosa propia de luchador que tenía. Es que además tenía un cierto porte oriental. El término bizantino quizá lo describiera con toda exactitud; pero los bizantinos eran griegos.

—¿Y Frank? —preguntó Werner.

No necesitaba decir nada más. Dicky era joven, con el pelo rizado, enérgico, ambicioso y retorcido; mientras que Frank era flemático, cansado y perezoso. Pero en cualquier pugna que hubiese entre ellos, Frank tenía siempre las de ganar. Frank había pasado gran parte de su larga carrera salpicado con la sangre y la porquería de Berlín, mientras que Dicky se concentraba en agendas Filofax de tapas de piel de cocodrilo y plumas estilográficas Mont Blanc. Tanto Werner como yo conocíamos una faceta de Frank que Dicky nunca había visto. A pesar de aquel encanto amistoso, nosotros habíamos tenido ocasión de ver la sangre fría con la que Frank tomaba decisiones de vida o muerte que habrían llevado al indeciso Dicky al sofá de un psiquiatra en una habitación en penumbra.

—¿De qué tiene miedo Dicky?

—De nada —respondí—. En honor a la verdad, puedo decirte que no tiene miedo de nada, excepto quizá de una auditoría sobre sus cuentas de gastos.

Se oían voces procedentes de detrás del minúsculo escenario; poco después salió un hombre y se puso a tocar unos cuantos compases al piano. Los reconocí como una vieja melodía de Gus Kahn: *Dream a little dream of me*.

—Entonces, ¿fue idea de Frank? —preguntó Werner.

Werner era un pianista impresionante; me di cuenta de que escuchaba la música con oído crítico.

—No fue idea de nadie. No del modo al que tú te refieres. El puesto estaba vacante y yo vine a ocuparlo.

—Frank se las ha arreglado muy bien durante años sin ningún adjunto —dijo Werner—. ¿No te hace falta estar en Londres... cerca de Fiona y de los niños? ¿Cómo les va?

—Siguen con los padres de Fiona. Colegio privado y clases particulares cuando hacen falta, un poni para Sally y una bicicleta de montaña para Billy, las veladas con abuelo y fruta y verdura frescas en abundancia.

—¿Qué vas a hacer?

—¿Que qué voy a hacer? No puedo arrebatárselos al cabrón ése si no estoy en condiciones de proporcionarles algo mejor, ¿no te parece? —le contesté esforzándome por reprimir el enfado y la frustración.

De pronto el pianista dejó de tocar aquellas melodías experimentales, se levantó y empezó a decir a gritos que aquel piano no servía para nada. Una voz invisible le gritó a su vez que no había dinero para comprar otro. El pianista se encogió de hombros, nos miró, volvió a encoger los hombros, se sentó y probó con Gershwin.

—¿Y no podrían vivir en Londres, con Fiona? —quiso saber Werner.

—Fiona vive en un apartamento; nada parecido a seis hectáreas de paisaje ondulado... y además trabaja hasta la última hora que Dios Todopoderoso le envía. ¿Cómo íbamos a organizarnos así? Yo me los traería aquí si se me ocurriera alguna manera factible de hacerlo.

Me miré las manos; había apretado un puño con tanta fuerza que una uña me había producido un corte en la palma, me había hecho sangre.

Werner me miró y trató de animarme:

—Bueno, no tienes que estar en Berlín para siempre, y seguro que hay mucho que hacer aquí.

—Suficiente. Un jefe de oficina adjunto forma parte del plantel. Supongo que Frank tuvo miedo de que si el puesto seguía vacante acabarían por hacerlo desaparecer. Y de todos modos eso le proporciona a Frank la oportunidad de desaparecer cuando le da la gana.

—Pero a ti te ata aquí.

—Bueno, en teoría dispongo de un fin de semana largo en Londres una vez al mes.

—Tendrás que luchar por ello —me recomendó Werner.

—Por eso me voy este fin de semana —le indiqué.

Quizá Werner tenía razón al mostrarse escéptico. Me daba cuenta de que los acontecimientos probablemente no me permitirían ir a Londres con tanta regularidad. Con las frecuentes ausencias de Frank, yo sólo aprovecharía un día o dos cuando se presentase la oportunidad.

—Este fin de semana me voy —le prometí otra vez; y al hacerlo me lo prometí también a mí—. Ya he hecho la reserva de avión; voy a ver a los niños. Y si empieza la tercera guerra mundial en el punto de control Charlie, Frank tendrá que arreglárselas para actuar solito.

—¿No crees que quizá lo que pretende Londres es quitarte de en medio?, ¿qué te ha enviado aquí para que no tengas acceso al material principal?

—Yo me ocupo de todo el material que pasa por aquí. Para eso hace falta la más alta acreditación.

—Menos los secretos que maneja Frank y que guarda junto a su pecho.

—No, Frank no —le contesté.

Pero, por supuesto, Werner tenía razón.

Yo no había podido ver ninguna de las transmisiones que trataban de Prettyman, ni las cuestiones relativas a su traslado, ni las complicaciones que surgieron con su pasaporte estadounidense hasta que llegué a Moscú. Quién sabe si hubo otras transmisiones en las que se hablaba de mi pasada amistad con Prettyman o en las que se mostraba interés por mis sospechas indiscretamente expresadas en voz alta del papel que él había desempeñado en la muerte de Tessa.

—Frank me invitó por la tarde a tomar una copa y me estuvo leyendo la Ley de Disturbios. Los de Londres debieron de decirle que lo hiciera. —Werner me miró como diciendo que él ya me lo había dicho—. ¿Crees que los de Londres andan tras de mí? ¿Por qué a mí? ¿Y por qué ahora?

—Porque sigues con el asunto de Tessa, por eso. Londres te ha dado de lado.

—No —repuse.

—Y esto sólo es el principio. Acabarán por librarse de ti por completo. Si te despiden mientras tú te encuentras en Berlín, pueden estar seguros de que no armarás la pataleta que podrías armar si te dejasen en el paro mientras estás trabajando en la Central de Londres.

—Pues no tengo intención de olvidarme de Tessa así por las buenas, sin más.

—Me habías dicho que ya lo habías olvidado.

—¿Cuándo?

—No sé, ¡pero me lo dijiste!

—No me grites, Werner, que no estoy sordo.

Despacio y con una pedantería exagerada, Werner continuó hablando:

—Le dijiste a Frank que estabas intentando dejar atrás la muerte de Tessa. Le explicaste que todo aquello te estaba deprimiendo. Tú mismo me lo has contado, Bernie, y no hace ni media hora.

—Sí —convine—. Pero eso no significa que vaya a olvidarme de esto.

—¿Pues qué significa, Bernie?

—Quiero decir que voy a dejar a un lado todas mis sospechas e ideas anteriores. Que voy a empezar de nuevo. Voy a investigar la muerte de Tessa como si acabase de enterarme ahora mismo de la noticia. Estoy convencido de que Bret Rensselaer anda detrás de todo esto.

—Ahora es Bret. ¿Y por qué Bret? Bret estaba en California, ¿no?

—Si yo pudiera coger a Bret del humor adecuado, le haría confesar. No es como los demás.

—Pero ¿qué podría saber Bret?

—Bret tenía acceso a una buena rebanada de la pasta del Departamento. Parecía que había malversado fondos y algún idiota intentó detenerlo, ¿te acuerdas?

—Sí, y fuiste tú quien lo salvó. Aquella vez salvaste a Bret. Espero que él recuerde el episodio cuando acuda corriendo a ti en Berlín.

—No es probable que lo olvide. Aquel tiroteo en la estación cambió a Bret. Creyeron que iba a morir. El pelo se le puso blanco y nunca volvió a ser el mismo.

—Pero ¿no robó Bret dinero del Departamento?

—Bret era el que daba la cara en un plan secreto del Departamento para desviar dinero bajo mano. Apartando unos cuantos millones lograban financiar en secreto las operaciones de Fiona en el Este.

—Eso me explicaste.

—Pero Prettyman estaba también en ese comité. Y él se guardó algo de ese dinero en el bolsillo. Me enviaron a Washington para que me trajese a Prettyman, pero resultó que no tenía nada.

—Eso no puede ser cierto, Bernie. Hoy día Prettyman es un enchufado.

—Porque hizo un trato con ellos. Y me gustaría muchísimo saber en qué consistió ese trato. Pero esas cosas las entierran siempre bien hondo. Por eso me gustaría conseguir que Bret hablase. Bret formaba parte del comité junto con Prettyman. Y fue Bret quien planeó la deserción de Fiona. Bret debería de saber todo lo que pasó.

—Dios mío, Bernie. Bueno, nunca vas a darte por vencido, ¿verdad?

—No sin intentarlo todo antes —le aseguré.

—Deja ya este asunto. Los de Londres no van a quedarse quietos mientras tú enciendes la hoguera debajo de ellos.

—Si ninguno de los de allí es culpable, no tienen por qué preocuparse.

—Pareces muy seguro de ti mismo. Si nadie de allí es culpable, se pondrán más furiosos, más enfadados, más vengativos cuando descubran que un empleado está intentando colgarles una acusación de asesinato.

—Si estás en lo cierto, Werner, si estás en lo cierto al decir que me han enviado aquí como el primer paso de un plan para librarse de mí, no tengo nada que perder, ¿verdad?

—Si tú lo dejases correr, quizá también ellos harían lo mismo.

—Sí —le dije—. Y todo sería precioso en el jardín. Pero tengo intención de averiguar quién dio las órdenes para que asesinaran a Tessa, y voy a descubrir al que dio la orden de apretar el gatillo aquella noche. Me enfrentaré

a ellos con alguna prueba, con declaraciones o con cualquier clase de evidencia que pueda descubrir. Y mucho antes de que puedan sacar la alfombra de debajo de mis pies, pienso tenerlos a ellos bailando al son que yo toque con mi silbato.

—Lo que pasa es que estás enfadado. Estás enfadado porque Dicky consiguió el puesto que deberían haberte dado a ti. Sólo te estás inventando una excusa para vengarte.

—¿Yo? Pues déjame que te cuente una cosa, Werner. Había una enfermera canadiense en aquel tren para acompañar a Prettyman. Y es posible que hubiera estado haciendo manitas con él. La muchacha ha pasado muchas veladas felices en Washington, o eso fue lo que me contó.

—Prettyman siempre ha sido así.

—Sí, pero la enfermera llevaba puesto un broche que pertenecía a Tessa.

—¿Que llevaba qué?

Werner se tragó la bebida de golpe.

—Oh, me alegro de que sigas teniendo todavía cierta capacidad para sorprenderte, Werner. Ya estaba empezando a pensar que no había nada a lo que tú no asintieras con un movimiento de cabeza. Sí, era uno de los broches preferidos de Tessa. Uno que tiene un gran zafiro montado en oro amarillo y plata y que está incrustado de diamantes a juego.

—¿Cómo puedes estar seguro de que no se trataba de un broche parecido al que tenía Tessa?

—Es un broche antiguo, no una reproducción moderna. Las probabilidades de encontrar otro broche exactamente igual son muy pocas. Era el broche de Tessa, Werner. Y la enfermera me contó que era un regalo que le había hecho el señor James Prettyman. Ah, sí, y de la señora Prettyman también. Pero por lo visto la enfermera pensaba que era sólo bisutería, chatarra. ¿Es que pensarían lo mismo todos?

—¿Le preguntaste a Prettyman sobre el asunto?

—No, por desgracia no. Me hicieron bajar del tren antes de que tuviera ocasión de sacarle una respuesta a palos.

—¿Quieres que le siga la pista al broche? ¿Dónde está la enfermera ahora?

—No tengo ni la más remota idea. En su casa, con su familia en su querida Winnipeg, supongo. Déjala en paz, Werner. Esa chica no sabe nada. Quizá resulte mejor si yo sorprendo a Prettyman con las preguntas.

Werner parecía desgraciado.

—Por favor, Bernie. Estás pasando por encima de lo más alto. Estoy seguro de que todo esto acabará en desastre. ¿Qué harás si te despiden? Haré lo que tú quieras, pero, por favor, deja estar este asunto.

—Frank y tú me tratáis como si acabase de volver de una borrachera e informase de que he visto un platillo volante. No voy a dejarlo correr hasta que esté satisfecho.

Me bebí de golpe lo que me quedaba de la copa; luego me puse en pie y volví a echar un vistazo al local. Werner estaba decidido a hacerme de niñera, y yo no estaba de humor para que me trataran como a una criatura. Ya tenía bastante con que lo hiciera Frank durante toda la semana.

—Pues al menos no me hables de ello —me dijo Werner—. Es lo único que te pido.

No lo dijo de prisa ni enfadado; lo dijo despacio y con tristeza. Entonces no le presté atención a aquel hecho. Y quizá debería haberlo hecho.

—Este olor a pintura es terrible —comenté—. ¿Cuándo se supone que ese puñetero idiota va a abrir este tugurio?

Observé con tristeza que el viejo mural había desaparecido debajo de un par de litros de pintura blanca. Aquel mural representaba una composición imaginativa de unos jardines colgantes, con un gran zigurat y mujeres desnudas bailando entre palmeras. Lo había pintado un pintor borracho que nunca había viajado más allá de los jardines botánicos de Steglitz. Me pregunté qué pondrían en su lugar.

—Los constructores dijeron que el martes que viene, pero ahora tienen sus dudas. Los carpinteros no han acabado y los pintores apenas han empezado. Tendrán que terminar y recogerlo todo antes de que empiecen a pulir el suelo. Llevará bastante tiempo. Rudi está buscando otro local para celebrar la fiesta de inauguración. Algún local más grande. Puede que un hotel.

—Es que no puedo dar media vuelta sencillamente y olvidarme de Tessa —le dije—. Sencillamente, no puedo.

Werner estaba examinando atentamente unas manchitas de pintura que habían salpicado la lámpara de sobremesa.

Cuando me marché, el pianista estaba tocando una pieza de Bach en clave menor. No resultaría fácil de bailar.

3

COLINAS del Norte, Surrey, Inglaterra

Cuando alguien le pide a uno que tome una decisión objetiva que afecta a su futuro, se puede suponer confiadamente que esa persona ya ha decidido el rumbo que piensa tomar. De manera que cuando mi suegro me llamó por teléfono para asegurarse de que yo acompañaría a Fiona cuando ella fuese a ver a los niños el fin de semana, noté que tenía algo más en la cabeza y yo ya no esperaba oír nada consolador.

Pero aquellos vagos presentimientos se habían disipado un poco mientras iba con Fiona en su reluciente Jaguar nuevo. Era una de las prebendas de su nueva posición. El Departamento no veía con buenos ojos que el personal de categoría superior utilizase coches extranjeros, y un Porsche como el que ella tenía antes habría causado bastante rechazo.

Fiona estaba espléndida. Le gustaba conducir. Tenía el pelo oscuro brillante, suelto y ondulado, y se lo había dejado crecer, de modo que casi le llegaba por los hombros y se balanceaba holgadamente enmarcándole el rostro cuando ella se daba la vuelta y me sonreía. Aquella sonrisa relajada, la natural textura de la piel y las mejillas sonrosadas me recordaban a la joven de la que me había enamorado desesperadamente. Nada permitía ver en ella los sufrimientos que había experimentado en la Alemania Oriental ni la exigente carga de trabajo que ahora asumía sin permitirse el menor respiro.

Escapar de la sordidez al parecer interminable de Londres y de sus siniestros suburbios no resulta fácil. Las aldeas seductoras que en otro tiempo habían rodeado la capital se habían convertido en pequeñas versiones de plástico de Times Square. Ni siquiera la nieve conseguía disimular por completo aquella fealdad. Pero finalmente llegamos a algunos tramos de campo abierto y a la preciosa casa antigua donde el señor David Kimber-Hutchinson y su esposa les proporcionaban un hogar a mis hijos. Construida en una parte particularmente atractiva del sur de Inglaterra, la casa quedaba

un poco apartada. Había árboles por todas partes, sobre todo pinos y abetos, árboles de hoja perenne que aseguraban que el escenario sufriese pocos cambios en invierno y en verano. La casa era jacobita, pero sus sucesivos y acaudalados propietarios, junto con algunos arquitectos de renombre, habían hecho todo lo posible por borrar cualquier huella de la estructura original. Desde mi última visita, David había logrado sacarles a los burócratas locales el permiso para deformar aún más la propiedad con un garaje para seis automóviles. El nuevo edificio tenía una veleta de latón lacado sobre el tejado de plástico rojo y puertas automáticas en ambos extremos, de manera que podía entrar y salir a través del garaje en lugar de tener que afrontar los riesgos e inconvenientes de dar marcha atrás.

Fiona salió de la carretera y metió el coche por la entrada donde unas puertas de hierro forjado tenían entrelazado el monograma de mi familia política.

—Qué horror —exclamó Fiona al ver el garaje nuevo.

Quizá lo dijo como primera medida, para prevenir cualquier reacción grosera por mi parte. Las puertas de acordeón se abrieron hacia atrás lo suficiente como para dejar a la vista el Rolls plateado del padre de Fiona y el Range Rover negro, que era el coche que utilizaba por entonces su madre. Ésta solía cambiar a menudo de coche, porque cada vez que abollaba uno decía que «perdía confianza en él». Aquel último vehículo lo había elegido David y, siguiendo instrucciones específicas de éste, le habían instalado parachoques de acero macizo tanto en la parte delantera como en la trasera. Como si se tratase de un tácito aviso para los otros usuarios de la carretera, estaba pintado con unos dibujos de llamas en los costados.

Fiona dio un bocinazo y estacionó en el exterior, junto a un desvencijado Citroën con matrícula de París que llevaba una pegatina en el parachoques que decía «Profesores contra la bomba». Bajamos del coche y entramos en el garaje, que era lo bastante grande como para dar cabida a media docena de Rolls-Royce, y todavía quedaba sitio para bancos de trabajo, fregaderos, mangueras pulcramente enrolladas y un compresor de aire. Inspeccioné el último gozo y orgullo de David, un Bentley descapotable de tres litros, uno de esos brillantes iconos verdes de los años veinte. Los coches antiguos se habían convertido en su pasión desde que una serie de caídas graves y una dura disputa con el amo de los sabuesos le había impedido cazar zorros.

El padre de Fiona estaba ante el banco de trabajo cuando llegamos. Le hizo señas con las manos para que avanzara, con los dos brazos levantados como si estuviera dirigiendo a un Boeing para que entrase en el espacio

asignado del aeropuerto. Llevaba puesto un mono azul oscuro como los que suelen llevar los mecánicos de los talleres, pero por el cuello le asomaba un jersey amarillo de cachemir.

—Has venido muy bien de tiempo, querida —anunció con aprobación mientras Fiona bajaba trabajosamente del asiento del conductor y le daba un beso.

—Sí, hemos tenido mucha suerte con el tráfico —le explicó ella.

—Y Bernard... ¿qué te ha pasado en la cara, Bernard?

Era agudo, tengo que reconocerlo. Yo sólo tenía la cara ligeramente hinchada, y poca gente lo había notado.

—Nada, que me metí en una jaula de pájaros.

—Bernard, tú...

Fiona interrumpió lo que fuese que su padre iba a decir:

—Bernard se cayó por las escaleras... en Berlín. Se ha roto una costilla. Aún no se ha recuperado del todo.

Fiona sabía perfectamente dónde me había hecho yo las magulladuras, por supuesto. No habíamos hablado de ello hasta entonces, pero era evidente que había leído mi breve informe acerca del fiasco polaco y había adivinado los fragmentos que yo había tenido a bien omitir.

—Cuídate, Bernard —me recomendó su padre; nos miró primero al uno y luego al otro, como si sospechase que le estábamos ocultando la verdad—. Ya no eres un muchacho joven. —Y luego, ya más animado, añadió—: He visto cómo mirabais el Bentley. Es ciento por ciento auténtico; no se trata de una réplica, ni está hecho con partes nuevas.

—Hace frío, papá. Entremos en la casa.

—Sí, desde luego. Más tarde te lo enseñaré, Bernard. Puedes sentarte dentro si quieres.

Nos condujo por una puerta que habían abierto en una de las paredes laterales de la casa original para tener acceso directo a ella desde el garaje.

—Anoche hubo una buena helada —dijo al tiempo que abría la puerta que daba al salón, lleno de alfombras—. Es posible que haya matado los eucaliptos. Me sentiré destrozado si se mueren... después de todo el amor, el trabajo y el dinero que he puesto en ellos.

—¿Dónde está mamá?

—Esta tarde viene a verlos un experto. Dicen que es el mismo hombre que trabaja para el príncipe Carlos.

—¿Dónde está mamá?

—Está descansando un poco. Se levanta de madrugada y se pone a hacer todas esas cosas del yoga. ¡Bah! Y luego le extraña que esté cansada.

—Pero asegura que le va muy bien —comentó Fiona.

—Pero levantarse a las seis de la mañana es levantarse demasiado temprano. Abre el grifo de la bañera y me despierta, y luego a veces me cuesta volver a dormirme —nos explicó David. Después dio una palmada—. Bueno, ya es la hora del té de las once. ¿O preferís una bebida auténtica?

—Para mí es demasiado temprano —dijo Fiona—, pero seguro que puedes convencer a Bernard para que te acompañe.

—No —dije.

Aquello era una trampa cultural. El sagrado ritual de Inglaterra, consistente en pararlo todo para sentarse y tomar té dulce con leche a las once en punto de la mañana, se echaría a perder si un disidente decidiese engullir alcohol, o incluso tomar café.

—Entonces pediré té —dijo David; levantó un teléfono y apretó un botón que lo ponía en contacto con alguno de los numerosos criados—. ¿Quién es? —preguntó. Y después de oír el nombre de una de las sirvientas, le indicó—: Dígale a la cocinera que prepare té matutino para tres en la sala persa. Con los acostumbrados hojaldres tostados y todo eso. Y llévenle té también a la señora Hutchinson; Earl Grey sin leche ni azúcar. Pregúntele si va a comer con nosotros.

—Qué bien estar en casa otra vez —dijo Fiona.

Sé que sólo lo decía para satisfacer a su padre, pero hizo que yo me sintiera como si nunca le hubiera proporcionado un hogar como es debido.

—Pues tú no tienes muy buen aspecto —le dijo a Fiona su padre. Luego, al darse cuenta de que comentarios como aquél podían interpretarse como una crítica, David añadió—: Y seguro que es por ese maldito trabajo tuyo. ¿Sabes lo que podrías estar ganando en la City?

—Creía que estaban despidiendo a gente a centenares después del crac del año pasado —comentó Fiona.

—Sí, pero yo conozco a mucha gente —le aseguró David mientras inclinaba significativamente la cabeza a un lado—. Si tú quisieras un trabajo en la City, se pelearían por ti. —Se inclinó un poco hacia su hija—. Deberías venir mañana con nosotros a la clínica de salud. Cinco días de descanso, ejercicio y comidas ligeras, y te convertirías en una mujer nueva. Y además conocerías a gente muy interesante.

—Pero tengo demasiado trabajo urgente que hacer —le aseguró Fiona.

—Llévatelo contigo; eso es lo que hago yo. Me llevo una pila de trabajo y la grabadora, ésa tan pequeñita, y lo hago lejos de todo el ruido y el barullo.

—Tengo una reunión en Roma.

David movió la cabeza de un lado al otro.

—Pues vaya una vida que lleváis. ¿Y quién la paga? Los pobres contribuyentes. Pues muy bien, es tu vida.

—Y los niños, ¿todavía están estudiando? —le preguntó Fiona a su padre.

No era sólo un modo de cambiar de tema. Quería que yo oyera las cosas maravillosas que sus padres estaban haciendo por nuestros hijos. Enseguida David empezó a describir los carísimos profesores particulares que acudían a la casa para darles a mis hijos clases de matemáticas y de gramática francesa, para que les fueran bien los exámenes y pudieran ir a la clase de colegio a la que había ido él.

Cuando llegó la bandeja del té, lo colocaron todo en la mesa delante de Fiona. Mientras ella servía el té, David se despojó del mono que llevaba, lo que dejó a la vista un suéter de cachemir amarillo canario, unos pantalones *beige* de pana y unos cómodos zapatos con borlas. Luego se recostó en un sofá tapizado de cretona.

—Bueno, ¿qué habéis hecho con el pobre y pequeño Kosinski? —nos preguntó.

Como David me miraba a mí mientras hacía aquella pregunta, repuse:

—Hace siglos que no lo veo.

—¡Venga ya! ¡Venga ya! —exclamó David con viveza—. Seguro que lo habéis encerrado en alguna parte y le estáis aplicando el tercer grado.

—Papá, por favor —intervino Fiona con suavidad mientras me servía té.

Complacido porque aquella provocación había producido la esperada nota de exasperación en su hija, David soltó una risita y dijo:

—¿Qué le estáis sacando al mierdecilla ese? ¿Eh? Puedes confiar en mí, soy de confianza.

No era una persona de confianza, no era en modo alguno seguro decirle nada y era el último hombre al que yo le hubiese confiado un secreto de importancia. Así que le sonreí a David y a Fiona le dije que quería sólo un terrón de azúcar en el té, que sí, que me apetecía mucho un hojaldre tostado, y que no, nada de mermelada casera de fresa. Y le prometí que no me quitaría el apetito para la hora de comer.

—Viajé a Varsovia en avión para verle —nos confió David al tiempo que sacudía en el aire una servilleta de lino con el famoso monograma y la extendía sobre las rodillas—. Justo antes de Navidad; lo avisé con tan sólo

cinco minutos de antelación. Tuve que sufrir interminables molestias para conseguir un asiento en el avión.

—¿Ah, sí? —inquirí insertando una nota de sorpresa suave en la respuesta, aunque ya me habían enseñado una fotografía que habían hecho los de vigilancia en la que aparecían Kosinski y David en Varsovia en aquella época.

—Me dijo que Tessa seguía viva.

Observé la reacción de Fiona ante aquel anuncio sorprendente: se limitó a mover la cabeza en señal de negación y bebió un poco de té.

—Todo fue un ardid —le expliqué a David—. Lo más probable es que él se lo creyera, pero no fue más que un cruel intento de explotarte.

—Y de explotarme a mí —añadió David.

Aceptó un hojaldre con mantequilla que le daba Fiona y lo mordisqueó como si estuviera pensando en aquella visita que le había hecho a su yerno.

—Sí, también para explotarte a ti —convine, aunque resultaba difícil imaginar cómo los mañosos embusteros del servicio de seguridad polaco iban a ser lo bastante ingenuos como para hacer una cosa así—. Ahora está trabajando para nosotros. Y eso es todo lo que sé.

—¿No sabes más o no quieres decirlo?

Fiona se puso en pie, miró al techo como si estuviese escuchando y dijo:

—Me parece que la clase de francés está acabando.

—Sí —convino David después de dar unos cuantos puñetazos al aire para que el reloj de pulsera de oro quedase a la vista y poder ver la hora—. No nos regala ni un minuto de más. Los franceses son todos así, ¿verdad?

Reacia a censurar la banalidad francesa en términos tan generales, Fiona dijo:

—Subiré a saludarla y le preguntaré cómo les va.

Inteligente Fiona; sabía bien cómo escaparse. Debía de ser algo que había aprendido mientras trabajaba con el KGB. O con Dicky Cruyer.

—Me cuesta quince libras a la hora —me confió David—. Y encima tiene la cara dura de añadir los gastos de viaje desde Londres. El problema es que en el pueblo no encuentro a nadie que pueda hacerlo. Y hace falta el auténtico acento *seizième arrondissement*, ¿no es cierto?

Bebí un poco más de té hasta que, en el piso de arriba, oí a Fiona probando su francés barriobajero con la profesora. Dio en el clavo, a juzgar por el súbito estallido de risa femenina sincera que siguió a la siguiente frase.

Me puse de frente a David y empecé a comerme el hojaldre sin dejar de sonreír entre los bocados. Los dos permanecemos allí sentados mucho rato,

silenciosos y solos, como si estuviésemos en una merienda campestre pasada por agua y nos hubiésemos guarecido bajo unos árboles chorreantes para esperar a que cesaran los truenos.

Terminé de comerme el hojaldre antes que mi anfitrión, me levanté y me acerqué a la ventana. David se unió a mí y se situó a mi lado. Estuvimos observando a Fiona, que caminaba por el jardín nevado. La profesora de francés estaba con ella y llevaban de la mano a los niños. Todo el grupo estuvo examinando el muñeco de nieve. La nieve había empezado a derretirse y formaba isletas blancas con los bordes de hielo sobre las que los niños caminaban deliberadamente. Billy, que estaba a punto de cumplir catorce años, se consideraba ya demasiado mayor para hacer muñecos de nieve, pero se había encargado de supervisar la construcción de aquél con el pretexto de que lo hacía sólo para entretener a algunos niños pequeños del lugar que habían asistido a una fiesta en la casa el día anterior por la tarde. No obstante, por el modo como actuaban, comprendí que Billy y su hermana Sally se sentían orgullosos de aquella elaborada escultura de nieve. Ya no duraría mucho. Un ligero deshielo lo había lisiado convirtiéndolo en una figura jorobada, vidriada con el brillo helado que se había formado sobre ella durante la noche.

—Todos la respetan —comentó David.

—Sí —convine.

Era cierto que todos respetaban a Fiona, pero qué significativo era que su padre lo afirmase. Ni siquiera su padre y su madre la amaban de verdad. Ellos habían derrochado su amor, todo el que les sobraba, en Tessa, la hermana pequeña, el eterno bebé. Fiona tenía demasiada dignidad, demasiados logros, demasiado de todo para necesitar amor de la manera en que la mayoría de las personas lo necesitan.

Recordé el día en que conocí a los padres de Fiona y la información que ella me proporcionó mientras íbamos hacia allí a verlos en mi viejo Ferrari. Sería la última salida que hiciese en aquella preciosidad de coche. Por entonces ya lo tenía vendido, el trato estaba cerrado e incluso el primer plazo del dinero se hallaba ya depositado en mi cuenta del banco. Necesitaba el dinero para poder comprarle a Fiona un anillo de compromiso con un diamante de unas dimensiones que su familia juzgase aceptables a simple vista. «Diles que me quieres —me había aconsejado ella—. Es lo que esperan oír. Siempre han creído que necesito a alguien que me quiera». Así lo hice. Se lo habría dicho de todos modos. La quería y nunca dejé de quererla.

—Tú la quieres —me dijo David como si necesitase oírmelo decir de nuevo—. La quieres, yo lo sé.

—Pues claro que sí —le aseguré—. La quiero muchísimo.

—Fiona se lo guarda todo dentro —me indicó David—. Ojalá yo supiera qué le pasa por la cabeza.

—Sí —convine.

A muchas personas les habría gustado saber lo que le pasaba a Fiona por la cabeza, incluido yo. Por lo que yo alcanzaba a saber, incluso Kennedy, el agente del KGB que había recibido órdenes de seducirla y de desvelar sus pensamientos, había fracasado. En lugar de hacer aquello, se había enamorado de ella. Lo que resultaba hiriente era que Fiona se había tomado en serio aquella sórdida aventurilla. Desde luego, lo había engañado. No había traicionado su papel de doble agente que trabajaba para Londres porque Fiona era Fiona: una mujer que no le revelaría a su amante sus pensamientos más íntimos como tampoco se los revelaría a su padre, a sus hijos ni a su marido.

La estuve observando allí, acompañada de mis hijos; a aquella mujer que me había sorbido el seso y de la que nunca podría escapar, a aquel dechado de virtudes tan distante, a aquella estudiante aplicada, ganadora infalible de todos los concursos a los que se presentaba. Hasta era capaz de emerger victoriosa en la amarga competencia por el poder que tenía lugar en el Departamento. Supongo que lo que yo sentía por ella se basaba en el respeto tanto como en el amor. Quizá demasiado respeto y no suficiente amor, porque si no, Gloria no me habría hecho volver la vida del revés. Gloria no era tonta, aunque tampoco era una mujer sabia; era fulminante y perspicaz, tenía bastante mundo y estaba desesperadamente enamorada de mí. Yo me había dividido en dos: estaba enamorado de dos mujeres a la vez. Eran mujeres completamente diferentes, pero pocas personas encontrarían que eso era una excusa adecuada. Yo me decía a mí mismo que aquello estaba mal, pero eso no hacía que el dilema fuese menos mortificante.

—Hay que ver qué oscuro está; nunca se hace del todo de día últimamente —comentó David. Se apartó de la ventana y se sentó—. Odio el invierno. Quería irme a algún sitio cálido, pero hay cosas aquí que debo hacer yo mismo. No se puede confiar en nadie para que haga las cosas como es debido.

Elegí una silla y me senté frente a él. Era una habitación muy bonita, esa clase de retiro familiar que sólo se encuentra en Inglaterra y en sus casas de campo. Hasta el momento aquella sala había escapado a los «cambios de cara» que David le había ya infligido a gran parte de la casa. Los muebles eran una mezcla de estilos, una combinación de cosas valiosas y otras

cosas sin valor alguno. La vitrina holandesa de marquetería y la colección de cristal Lalique expuesta en su interior habrían alcanzado una fortuna en cualquier subasta. Al lado de la misma había dos sofás muy usados que sólo tenían valor sentimental. El precioso espejo de marquetería William y Mary reflejaba una alfombra oriental antigua, algo manchada y gastada. La chimenea de leña crepitaba y escupía chispas sobre los útiles para encender el fuego. La luz amarilla de las llamas formaba dibujos en el techo e iluminaba el rostro de David.

—Intentó asesinarme, ¿sabes? —me comentó; y después se dio la vuelta para ponerse a mirar por la ventana, como si tuviera la cabeza dedicada a la parte de la familia que estaba en el jardín—. George —añadió finalmente.

—¿George? —Yo no sabía qué decirle; al fin conseguí tartamudear—: ¿Y por qué iba a querer hacer eso? George es de la familia.

David me miró como si se negara a responder a una broma particularmente ofensiva.

—Eso hace que me pregunte qué le ocurrió en realidad a Tessa.

Fue a ponerse de pie junto a la ventana, con las manos en las caderas.

—George no mató a tu hija, David. Si es que es ahí adónde quieres ir a parar.

—Entonces..., ¿por qué intentó envenenarme?

De nuevo me quedé sin habla durante unos instantes.

—¿Tú qué crees? —le pregunté a mi vez.

—Siempre actuando como un inspector de policía, así eres tú, ¿no, Bernard?

Lo dijo acompañándolo de un gruñido afable, pero yo sabía que hacía mucho tiempo que aquel hombre me había catalogado como un fisgón del gobierno. Decía que la sociedad estaba llena de funcionarios de poca monta que se estaban entrometiendo y se estaban adueñando de nuestras vidas. A veces me preguntaba si David no tendría razón. No cuando hablaba de mí, pero sí cuando se trataba de los demás.

Aventuré una conjetura temeraria:

—¿Porque sospechabas de él? ¿Porque le acusaste de tomar parte en el asesinato de su esposa?

—Muy bien, Bernard —dijo con aire solemne, pero con evidente admiración—. Estás muy cerca. Se ve que eres el primero de la clase.

—¿Y cómo reaccionó George?

—¿Que cómo reaccionó? —Lanzó una carcajada breve y amarga—. Acabo de decírtelo, trató de matarme.

—Ya.

Yo estaba decidido a no preguntarle nada más entonces. Me daba cuenta de que David reventaba de ganas por contármelo.

—Ése es uno de mis bastones de paseo —comentó de pronto.

Seguí la dirección de su mirada y ví que fuera, en medio del césped cubierto de nieve, Billy estaba remendando el muñeco con nieve nueva, y mientras lo hacía le había quitado el bastón al muñeco. Me pregunté si David iba a decir que también era suyo el sombrero del muñeco.

—No sabía que querían el bastón para ese condenado muñeco de nieve —dijo.

Billy y Sally añadieron a base de palmaditas un poco más de nieve a la tripa del muñeco. Supuse que al deshelarse se había adelgazado un poco.

David se volvió de nuevo hacia mí y dijo:

—En Polonia me quejé de dolor de cabeza y George me dio unas píldoras blancas. Unas píldoras que estaban en un envase polaco. No me las tomé, desde luego.

—No, claro que no.

—No soy un puñetero imbécil. Todo estaba escrito en polaco. Cualquiera sabe qué clase de inmundicias toma esa gente... ni siquiera su aspirina es auténtica... prefiero sufrir el dolor de cabeza.

—¿Y qué pasó?

—Las traje conmigo. No el envase, George lo había tirado; o al menos eso me dijo.

—¿Te las trajiste a Inglaterra?

—¿Ves ese cerezo pequeño? A sus pies enterré a Félix, nuestro viejo gato. El pobre cabrón se murió cuando le di una de aquellas pastillas. No se lo conté a mi señora esposa, desde luego. Y no quiero que Fiona lo sepa.

—¿Tú crees que fue por culpa de la pastilla?

—Tres píldoras. Aplastadas en leche caliente.

—¿Se las tomó el gato voluntariamente o le obligaste tú a tomarlas?

—¿Adónde quieres ir a parar? —me preguntó con indignación—. No hice que el gato se atragantara con ellas, si eso es lo que pretendes decir. Yo ya estaba medicando a animales de granja antes de que tú nacieras.

Se me había olvidado en qué alta estima tenía su identidad de caballero rural.

—Si era un gato muy viejo...

—No quiero que comentes esto con mi hija ni con nadie —me ordenó.

—¿Era esto lo que querías preguntarme? —inquirí—. ¿Querías contarme que el gato había muerto para preguntarme a quién tenías que informar?

—Ésa era *una* de las cosas —confesó David de mala gana—. Quería que tomaras nota de ello de manera extraoficial. Pero luego he decidido que es mejor olvidarlo todo. No quiero que se lo cuentes a nadie.

—No —convine, aunque aquellos repentinos reparos apenas cuadraban con el modo en que él me identificaba con los poderes del gobierno.

Consideré aquella «anécdota confidencial» acerca de las inclinaciones homicidas de su yerno como algo que David quería que yo me llevara conmigo al trabajo y lo comentase con Dicky y los demás. En realidad, ví aquel pequeño acto teatral como la manera que David tenía de golpear a su yerno con otra pregunta sin respuesta, mientras él se mantenía al margen. El único hecho objetivo que pude deducir de ello era que David y George se habían enfadado. Y me preguntaba por qué.

—Olvídalo, Bernard —me indicó David—. No te he contado nada, ¿me oyes?

—Sólo es un asunto de familia —le respondí.

Pero aquel sombrío chistecillo pasó desapercibido.

David seguía de pie junto a la ventana, y giró la cabeza para mirar de nuevo al jardín. Fiona y los niños estaban regresando hacia la casa. Al ver a David de perfil, y en conjunción con el muñeco de nieve que había al fondo de la extensión de césped, me pregunté si los niños habrían pretendido que éste fuera una caricatura de su abuelo. Ahora que le habían restaurado el vientre y le habían reconstruido un poco los hombros tenía bastante de la constitución de David, y aquel sombrero viejo y el bastón le proporcionaban los toques definitivos. En cierto modo fue una sorpresa darme cuenta de que mis hijos juzgaban ya el mundo que les rodeaba, y además con mucha agudeza. Tendría que vigilar mis propios actos.

—Están creciendo —dijo David.

—Sí, eso me temo.

No respondió. Supongo que aquel hombre comprendía cómo me sentía yo. No es que yo fuera a quererlos menos de adultos que de niños. Simplemente era que me gustaba mucho más a mí mismo siendo un papá infantil con ellos, un igual, el compañero de juegos que ocupaba todo su horizonte. Ahora mis hijos estaban ocupados con los amigos y con el colegio, y yo no podía acostumbrarme a ser una parte tan pequeña de sus vidas.

—Tengo dos maletas que pertenecen a esa amiga tuya. —David se refería a Gloria, desde luego—. Cuando nos trajo a los niños aquí dejó dos maletas con la ropa de los niños, los juguetes y sus cosas. Son unas maletas que parecen caras. No sé cómo ponerme en contacto con ella en otro lugar que no sea la oficina, y allí no quiero hacerlo porque sé que a vosotros no os gusta recibir llamadas personales en el trabajo. He pensado que a lo mejor tú podrías llevártelas y devolvérselas.

—No —le dije—. No voy a la oficina de Londres, ahora trabajo en Berlín.

—Es que no quería pedírselo a Fiona.

Mostraba una delicadeza característica al no querer preguntarle a Fiona por el paradero de mi antigua amante. En realidad, aquello no le importaba lo más mínimo. Todo el asunto sobre las maletas que Gloria le había dejado allí no era más que un aviso, una advertencia que me estaba lanzando. Luego continuó abordando asuntos más importantes.

—Todavía no está bien del todo.

Estaba mirando a Fiona y los niños.

—Está cansada —comenté—. Trabaja demasiado.

—No estoy hablando de estar cansada —puntualizó David—. Todos trabajamos demasiado. ¡Dios mío...! —Dejó escapar una breve carcajada—. En fin, no me gustaría nada enseñarte las citas que tengo en mi agenda para la próxima semana. Como no hago más que repetirles a esos mierdas de los sindicatos, si yo trabajara cuarenta horas a la semana habría terminado el martes a la hora de comer. No me queda ni un hueco libre para comer por lo menos en las seis próximas semanas.

—Pobrecillo —dije.

—Mi pobre hija está enferma. —Nunca le había oído hablar así de Fiona antes. David tenía la voz tensa y cierta intensidad en el semblante—. De nada sirve que los dos os empeñéis en decir que sólo está cansada y que unas vacaciones de descanso y un refuerzo de vitaminas van a hacer que se ponga en forma y bien otra vez.

—¿No?

—No. Esta noche van a venir a cenar unas cuantas personas. Uno de los invitados es un hombre de los mejores de la calle Harley, un psiquiatra. No un psicólogo, un psiquiatra. Eso significa que es médico.

—¿Ah, sí? Tendré que hacer esfuerzos para recordarlo.

—Más te valdría —me recomendó David malhumorado, pues sospechaba que yo lo había dicho con sarcasmo, pero no estaba seguro del todo. Se apartó de la ventana y añadió—: Ese hombre está de acuerdo conmigo; Fiona nunca

se encontrará lo bastante bien como para volver a hacerse cargo de los niños. Eso tú lo sabes, ¿verdad, Bernard?

—¿Ha examinado a Fiona?

—Por supuesto que no. Pero ha tenido ocasión de verla varias veces. Fiona piensa que no es más que un compañero, un compinche mío de copas.

—Pero la ha estado estudiando.

—Sólo te digo esto por tu bien, por el bien de Fiona y por el de tus maravillosos hijos.

—Mira, David, si esto es un prelude para decirme que intentas conseguir la custodia legal de los niños, olvídate del asunto.

Suspiró y puso la cara larga.

—Está enferma. Fiona poco a poco va reconociendo esa verdad, Bernard. Me gustaría que tú también te hicieras cargo. Podrías ayudarnos a ella y a mí.

—No se te ocurra intentar ninguno de tus trucos legales conmigo, David.

Yo estaba enfadado y no me estaba mostrando todo lo precavido que debía ser.

Con una calma insolente, David me anunció:

—El doctor Howard ya me ha comunicado que está dispuesto a apoyarme en ese asunto. Y juego al golf con un abogado de primera fila que asegura que yo podría conseguir la custodia fácilmente llegado el caso.

—Eso le partiría el corazón a Fiona —le recordé probando desde un ángulo diferente.

—No lo creo, Bernard. Soy de la opinión de que si no tuviera que ocuparse de los niños, Fiona se quitaría un gran peso de encima.

—No.

—¿Por qué crees que lo está posponiendo tanto tiempo? Lo de llevarse consigo a los niños, quiero decir. Podría haber venido aquí en cuanto regresó de California. Podría haberse llevado a los niños al apartamento de Mayfair; hay habitaciones de sobra, ¿no es cierto? Y podría haber hecho los arreglos necesarios para enviarlos al colegio y demás. De manera que... ¿por qué no lo hizo? —Se hizo una larga pausa—. Dímelo, Bernard.

—Porque sabía lo mucho que os gusta tener a los niños con vosotros —le confié—. Lo hizo por vosotros.

—En lugar de hacerlo por ti —dijo sin molestarse mucho en disimular el júbilo que le causaba mi respuesta—. Yo habría dicho que a ti te habría gustado tener a los niños contigo, y que a ella le habría gustado tener a los niños consigo.

—A ella le encanta estar con ellos. Mírala.

—No, Bernard. No vas a enredarme con eso. A ella le gusta venir aquí a ver a los niños. Está contenta de verlos tan felices y de saber que les va tan bien en el colegio. Pero no quiere asumir la responsabilidad y la faena monótona, que lleva tanto tiempo, de volver a hacer de madre. No puede cargar con ello. No está capacitada mentalmente.

—Te equivocas.

—Me sorprende oírte decir eso. Según me ha contado Fiona, tú mismo le has dicho estas cosas a ella... —Hizo un gesto con la mano al ver que yo hacía amago de ir a protestar—. No con esas mismas palabras, pero se lo has dicho de un modo u otro. Le has dicho repetidamente que está tratando de evitar volver a tener a los niños en casa.

—No —le aseguré—. Nunca he dicho nada así.

Sonrió. Sabía que yo estaba mintiendo.

Parecía que la cena que ofrecía David fuera a durar toda la noche. Mi suegro se había puesto un esmoquin nuevo con las solapas de satén y unos zapatos Gucci con calcetines rojos de seda a juego con el pañuelo de bolsillo, y estaba de humor para contar largas historias acerca de su club, de sus torneos de golf y del Bentley de época. Los invitados eran amigos de David, hombres que se pasaban la semana laboral en clubes de St. James y en bares de la City, pero que de todos modos hacían dinero. Me dejaban perplejo, pero no por su encanto precisamente.

Cuando se hubieron marchado los invitados a la cena y la familia, tras darse las buenas noches, se retiró arriba para dormir, yo me sentí hecho migas, pero creí que era mi obligación hacerle una pregunta directa a Fiona. Sin darle importancia, mientras me desnudaba dejé caer:

—¿Cuándo tienes pensado que los niños vengan a vivir con nosotros, querida?

Estaba en camisón, sentada ante el tocador cepillándose el pelo. Tenía la costumbre de cepillarse siempre el pelo por la mañana y por la noche, creo que aquello era algo que la obligaban a hacer mientras estuvo en el internado. Mirando por el espejo para verme mejor, me dijo:

—Sabía que me preguntarías eso.

—¿Ah, sí?

—Lo veía venir desde que llegamos aquí.

—Bueno, ¿y cuándo crees que será?

—Por favor, cariño. Me parece que el futuro de los niños no podemos decidirlo a esta hora de la noche, cuando los dos estamos agotados.

—No puedes seguir rehuyendo el tema, Fi.

—No lo rehúyo —me aseguró; pero al decirlo levantó la voz un tono o así.

Si yo seguía adelante con aquello, acabaría por producirse una discusión. Me sentía realmente enojado. Me lavé, me cepillé los dientes y me acosté sin decirle nada más que unas brucas buenas noches.

—Buenas noches, cariño —respondió Fiona muy contenta cuando apagó la luz.

Cerré los ojos enrojecidos y no me enteré de nada más hasta que me di cuenta de que Fiona me estaba dando golpes y gritándome algo que yo no llegaba a comprender.

—¿Qué?

—¡La ventana! ¡Alguien está intentando forzarla!

Salté de la cama aunque sabía que no era nada. Estaba acostumbrado a los sobresaltos de Fiona durante el sueño. Me acerqué a la ventana, la abrí y miré al exterior. Me quedé helado por el frío gélido de la noche.

—Aquí no hay nada.

—Bueno, debe de haber sido el viento —se excusó Fiona. Estaba completamente despierta, y se la veía bastante contrita—. Perdóname, cariño.

Se levantó de la cama y se acercó a la ventana con un cansancio desanimado que me hizo sentir pena por ella.

—Ahí no hay nada —le aseguré.

Y le di un abrazo.

—Quizá me ha sentado mal algo que he comido.

—Sí, será eso.

Fiona siempre le echaba la culpa a la digestión cuando se despertaba de aquella manera. Siempre decía que no podía recordar nada de lo que había soñado. Así que yo ya no se lo preguntaba. En lugar de eso le seguía la corriente con las explicaciones que me daba.

—Creo que la salsa de hinojo del pescado estaba muy cremosa —le comenté.

—Pues habrá sido eso —dijo Fiona.

—Has estado trabajando demasiado. Deberías tomártelo con un poco más de calma.

—No puedo. —Se dejó caer en la silla que había delante del tocador y comenzó a cepillarse el cabello en un estado de ánimo de triste introspección—. Estoy directamente implicada en todos los intercambios que se realizan entre Bonn y la República Democrática Alemana. Se les está entregando

enormes sumas de dinero. Me pregunto cuánto se estarán embolsando Honecker y compañía, y cuánto llega a su destino. Estoy preocupada por ello. Y cada vez se ponen más exigentes.

La observé con calma. El médico le había dado unas pastillas. Ella decía que no eran más que píldoras estimulantes, «un tónico». Las tenía encima del tocador; cogió dos y bebió un poco de agua para tragarlas. Lo hizo de forma automática. Siempre las llevaba consigo. A mí me daba la impresión de que se las tomaba cada vez que se sentía deprimida, y eso quería decir que lo hacía con frecuencia.

—¿Cómo les pagáis? —le pregunté.

—Depende. Hay cuatro categorías: pagos en moneda occidental al Estado de Alemania del Este, pagos en moneda occidental a individuos privados, créditos comerciales garantizados por Bonn y un popurrí de tratos comerciales que no se harían si no fuera porque nosotros o, más frecuentemente, Bonn los impulsa. No tengo mucho que ver con ese extremo. A nosotros sólo nos interesa realmente el dinero que va destinado a la Iglesia.

—¿Está implicado el Departamento en alguna de las transferencias monetarias?

—Es complicado. Nuestro contacto es un hombre llamado Stoppl. Es un fundador de la llamada Iglesia Protestante en el Socialismo, un comité de eclesiásticos alemanes del Este que negocian con sus líderes del régimen y hacen tratos. Algunos tratos implican también a otras Iglesias de Occidente, hay un fideicomiso eclesiástico que administra el dinero, o, a veces, lo hace Bonn. Todos estos tratos son muy secretos, se hacen las cosas pero nunca se revelan. A veces Honecker y Stoppl negocian mano a mano en casa de Honecker, en Berlín o en el Wandlitzsee.

—Entonces, los peces gordos comunistas deben de estar al corriente de esos tratos, ¿no?

La morada palaciega de Honecker estaba en el complejo residencial del Politburó. Los líderes comunistas tenían allí casas ostentosas junto con una abundancia de lujos capitalistas, desde cámaras de vídeo y audio y ordenadores portátiles hasta suave papel higiénico. Todo el lugar estaba vigilado por centinelas armados y rodeado de una alambrada de tela metálica y alambre de espino. Yo conocía bien aquel escenario y sabía que era un lugar intimidante para las visitas. La identidad de las personas que visitaban el sanctasanctórum se comprobaba cuidadosamente, y los nombres de las mismas se registraban en un libro que tenía el comandante encargado de la vigilancia.

—Oh, sí. Todos se reparten el botín. Nuestra línea de actuación oficial es que ellos pueden robar un montón de dinero, pero siempre le tiene que llegar algo a la gente de Stoppl, y ese dinero es vital.

—Vital. Sí.

—En los salones de las iglesias y en las vicarías, en los locales eclesiásticos de todo tipo la gente habla de problemas sociales locales, de contaminación ambiental y de injusticia. Hablan de paz y de temas de derechos humanos.

—Ya cojo la idea, Fi.

—El tema subyacente es la protesta cristiana.

—Estáis jugando con fuego —le dije.

—Valores cristianos.

—Hablas exactamente igual que tu padre.

—Eso es lo que siempre dices cuando pierdes una discusión conmigo.

—No he debido decirlo.

Se echó a reír con ironía.

—¿Te retractas o es sólo una disculpa?

Pero, desde luego, Fiona era como su padre, no podía negarse. E igual de evidente era que a ella no le gustaba nada ese parecido. Creo que Fiona quería con ternura a su madre, pero no así a su padre. Le daba miedo parecerse demasiado a su madre; miedo de acabar tiranizada y silenciada como lo había estado esa mujer durante años. Aquella determinación por escapar de sus padres era la clave de la compleja personalidad de Fiona. Porque también le daba miedo volverse igual que su padre. Por lo menos así es como yo lo veía, pero yo no era psiquiatra. Ni siquiera era psicólogo. En realidad, ni siquiera tenía un contrato como es debido para mi trabajo de chupatintas en Berlín.

—¿Y cuánto tiempo estará el Oeste bombeando dinero hacia el régimen en bancarrota de Honecker? —le pregunté.

—Los comunistas son extremadamente buenos agasajando a la prensa visitante y a los de la televisión. La Feria de Leipzig es su escaparate. La prensa mal informada no hace más que repetir en Occidente que la economía de Honecker es fuerte, y que cada vez es más fuerte. Tendrías que leer la basura que los cronistas de los periódicos producen a cambio de un billete de primera clase y un par de días de agasajos y adulaciones. El mes pasado, el Banco Mundial hizo que sus tontos especialistas publicaran unas alocadas estadísticas que demostraban que la renta per cápita en la República Democrática Alemana es más alta que en el Reino Unido. Ayer ví un resplandeciente recorte de prensa de cierta periodista de Berlín que les decía a

sus lectores que Occidente tenía mucho que aprender de lo que los alemanes del Este estaban haciendo. Esa clase de tonterías se traducen y circulan en el Este, y sirven para mantener la tapadera puesta sobre las cosas domésticas en el reino de Honecker.

—Honecker es muy astuto. Es un Estado policial, pero los alemanes del Este están protegidos del crimen, les dan apartamentos, comida barata y empleo, no hay paro en el Estado de los trabajadores, las vacaciones son baratas, la educación gratis, la atención médica también. No vale decir que es una atención médica malísima, que los empleos están mal pagados o que los trabajadores viven hacinados en apartamentos pequeños y feos. O que mueren millares a causa de la contaminación asquerosa del aire, y que los ríos y canales están llenos de espuma venenosa y peces panza arriba. Los ciudadanos de ese gigantesco campo de prisioneros tienen lo que los alemanes llaman *geborgenheit*, es decir, seguridad y techo, y no van a echarse a la calle a pelear para librarse del régimen. —Fiona suspiró. Sabía que yo tenía razón—. La República Democrática Alemana está arruinada. Occidente tiene que recortar los pagos sin previo aviso —le recomendé—. Es la única manera de producir el cambio. Dejar que el régimen se derrumbe. Demostrarles a los alemanes orientales que viven una mentira, que están viviendo de limosnas de Occidente.

—Pero Washington y Bonn tienen miedo de que si nosotros le negamos el apoyo, intervenga Moscú para apoyar a Honecker —me comentó Fiona.

—¿Moscú? No empieces a pensar que Gorbachov es una especie de capitalista amante de la libertad. Es un camarada devoto que hace unas cuantas concesiones a Occidente para conservar cierta apariencia de lo que Lenin creó. Hace falta un hombre más valiente que Gorby para reformar la URSS. Toda la federación está resbalando. Dentro de unos años Moscú estará tan arruinada como Honecker.

—Dentro de unos años, sí. Por eso Gran Bretaña y los americanos se negaron a concederle a Honecker una visita de Estado a pesar de que Bélgica, Francia y España accedieron a ello. ¿Cómo podían hacer eso? Y entonces va ese tonto de Kohl y lo invita a Alemania Occidental. Honecker se tambalea, pero... ¿cuánto durará? Con unos líderes tan estúpidos en Occidente para ayudarlo, nadie puede estar seguro.

—Si Moscú quiebra, ¿aislará Occidente a Honecker y lo dejará sin un *Pfenning*? Valdrá la pena esperar para verlo.

Fiona se acercó a la ventana. El cielo ya empezaba a clarear. Cuando habló de nuevo lo hizo con una determinación que rara vez manifestaba.

—Sí, y el régimen de Honecker se hundirá. Y entonces los grupos eclesiásticos que hemos entrenado harán falta para que las cosas no se derrumben.

—¿Así que ése es el escenario?

—Es a lo que he dedicado media vida —me dijo como si ahora estuviera midiendo la profundidad de su sacrificio más que su duración.

Con suavidad descorrió la cortina para ver el cielo del amanecer. Había una franja de bruma a lo largo del horizonte. Oscuros macizos de copas de árboles flotaban sobre ella formando islas tropicales en medio de un océano luminoso. Yo no quería desafiar las ideas de Fiona, pero todos los informes que nos llegaban procedentes de agentes que estaban sobre el terreno decían que la Stasi había aumentado el número de sus componentes y su influencia mes a mes durante los últimos cinco años. Puede que fuera la reacción de un régimen que estaba condenado, pero eso no significaba que fuera menos peligroso. La Stasi se estaba infiltrando en aquellos preciados grupos eclesiásticos de Fiona en Alemania Oriental. En Allenstein bei Magdeburg el pastor estaba trabajando para la Stasi hasta que, justo antes de Navidad, alguien le puso una bomba debajo del coche. Y cada mes la Stasi, «escudo y espada del socialismo» a su estilo, fortalecía un poco más la seguridad. Se oponían a todos los intentos de liberalizar el régimen. La Stasi pisoteaba a cualquiera que se atreviera a pedir cualquier cosa. Incluso las publicaciones rusas estaban prohibidas por ser demasiado liberales. Ahora, en lo que seguramente debía de ser el último eco de las predicciones de George Orwell, a los alemanes del Este se les había prohibido cantar la letra de su propio himno nacional porque las palabras «Alemania patria unida» podían dar ideas a los comunistas leales acerca de cooperar con Alemania Occidental.

Quizá Fiona también pensaba en aquellos versos, porque no continuó con el tema.

—No tenemos que marcharnos demasiado tarde —me indicó sin darse la vuelta—. Últimamente no me gusta nada conducir de noche. Supongo que eso es una señal de que me hago vieja. Y el lunes cenamos con Dicky.

—¿Sabes cómo funciona este aparato?

Yo estaba accionando los botones de la máquina de hacer té. David había instalado una de aquellas máquinas en todas las habitaciones de invitados.

—Es más fácil usar la olla eléctrica —me dijo Fiona.

La enchufó y la puso en marcha. Encendió también las luces y luego volvió a meterse en la cama.

—Todavía es demasiado temprano para levantarnos, cariño —dijo.

—Tomaremos té en la cama.

—Muy bien, pero si no contesto a tu siguiente pregunta durante un rato, es posible que me haya dormido.

—Estaba pensando en librarme de la cena de Dicky, pero no se me ocurre ninguna excusa convincente.

—Pero es que tenemos que ir, cariño. Todo el mundo estará allí. No es un acontecimiento social, y la asistencia no es opcional. Las cenas de Dicky no son más que reuniones del Departamento disfrazadas.

—No me siento lo suficientemente fuerte para pasar una velada entera con la charla imbécil de Dicky.

—¡No tienes ganas! —dijo Fiona con un repentino estallido de resentimiento—. ¿Crees que a mí me apetece estar sentada alrededor de la mesa con todos los demás?

Me incliné y le di un beso en la oreja. No hacía falta que fuera más explícita conmigo. Al decir «todos los demás» se refería a que Gloria, mi antigua amante, asistiría a la cena. Y todos los presentes estarían pendientes de cada mirada furtiva, de cada palabra y de cada sonrisa que intercambiásemos los tres. Era realmente difícil para Fiona, pero para mí tampoco era una merienda en el campo precisamente. A lo mejor Gloria pensaría en alguna excusa convincente.

Eché un vistazo a la habitación mientras esperaba a que el agua hirviese. Nos habían instalado en la mejor de la media docena de habitaciones para invitados. Aquélla era la «habitación de Mozart», y en las paredes había colgados manuscritos de música enmarcados y algunos instrumentos musicales primitivos de madera: una concertina, un violín y una mandolina. Para ahorrar espacio, cada instrumento había sido cortado por la mitad y montado sobre un espejo. Supongo que así también ahorrarían en instrumentos musicales.

—¿Y si George realmente intentó asesinarlo? —me preguntó Fiona con calma; estaba incorporada en la cama y me miraba mientras yo preparaba el té—. No es algo que pueda descartarse por completo, ¿verdad?

—¿Con qué fin? —quise saber.

Y durante un instante me arrepentí de haberle contado confidencialmente aquella conversación. Pero no veía la manera de evitar informar de todo ello a la oficina, y eso significaba que Fiona tenía que enterarse.

—¿Tiene que haber un propósito? Siempre has dicho que no todo acto tiene un propósito.

En realidad lo que yo «siempre he dicho» es que las personas se «vuelven locas» o más bien que actúan de modos completamente irracionales e inexplicables. No había pruebas que sugirieran que el padre de Fiona estuviese loco. Por lo menos no estaba más loco de como yo siempre lo había conocido.

—Supongo que podemos llevar el asunto al equipo de interrogatorios de Berwick House y ver si ellos pueden hacer que a George le produzca alguna reacción.

—Félix era muy viejo —observó Fiona.

—Mira, cariño, si eso hubiera sido de verdad un veneno letal, el pobre gato habría muerto como es debido.

—¿Qué quieres decir?

—Habría mostrado síntomas de envenenamiento.

—¿Cómo puedes estar tan seguro?

—Nunca he visto venenos indoloros, excepto en las novelas —le expliqué.

Hice el té y llevé la bandeja, con la tetera y tazas y la jarra de leche, hasta la mesilla de noche de Fiona. Era muy ceremoniosa con el té y le gustaba servirlo ella misma.

—¿Nunca?

—Tendría que ser de uno de los grupos importantes: arsénico, cianuro o estricnina. Cualquiera de ellos le habría causado a Félix síntomas espectaculares.

—Papá no es muy observador.

—¿Después de darle lo que sospechaba que era un veneno destinado a él? Estaría observando hasta el último movimiento del condenado gato, lo sabes perfectamente.

—Supongo que tienes razón —convino Fiona—. ¿Y eso pasa con todos los venenos?

—El cianuro provoca espasmos de asfixia y convulsiones; la estricnina, convulsiones aún más violentas. Pero lo más probable es que el veneno fuese arsénico o algún otro metal. Es lo primero que elige el envenenador.

—Sí, tuvimos un caso de envenenamiento por arsénico mientras yo estaba en Berlín. Tuve que testificar. No tenía que ver con seguridad. Fue una pelea doméstica. Uno de los empleados intentó envenenar a su mujer. El forense de la policía me dijo que, de todos los venenos, el arsénico es el que produce síntomas más parecidos a los de muerte natural.

—Bueno, eso es porque los forenses no acuden al lugar del crimen hasta que ya se ha producido la muerte. La próxima vez que lo veas explícale que el arsénico produce vómitos, temblores y diarrea con sangre. Si tu padre hubiera visto sucumbir al gato a causa de una dosis letal de arsénico, no habría podido esperar hasta nuestra siguiente visita de fin de semana para hablarme de ese asunto.

—Supongo que tienes razón, como acostumbras a tenerla en casos así. — Se refería a que yo solía tener razón en asuntos brutales de los que era mejor no enterarse—. El forense era una mujer —me dijo como si se le hubiera ocurrido después.

—Tu padre en realidad no creía que fuera veneno.

—Papá no es un paranoico —me aseguró esquivando diestramente la cuestión.

No, pensé yo, sólo es un megalómano. Para las personas que sólo piensan en ellas mismas todo el tiempo, la paranoia es simplemente una manera como otra cualquiera de confirmar lo importantes que son.

—Sólo tenía que desenterrar al gato y enviarlo a un laboratorio —le indiqué.

—Creo que deberíamos dejar de emitir juicios.

Su lenta sonrisa revelaba lo que opinaba de verdad: que mi prejuicio era irrazonable e inflexible. Desde luego, podía haber estado dando a entender que había montones de venenos que no producen dolor, toxinas exóticas que los químicos elaboran en laboratorios secretos financiados por el gobierno. Pero eso nos habría llevado al mundo del asesinato autorizado oficialmente; y de momento ninguno de nosotros quería creer que George pudiera haber tomado parte en un asesinato de esa clase.

—¿Quieres que te sirva té? —me preguntó.

—Estupendo. ¿Qué estás leyendo?

Cogió el libro de la mesilla para que yo pudiera ver la portada: *Buddenbrooks: Verfall einer Familie*.

—Cielo santo, Fi, llevas siglos leyendo este mismo libro —dije.

—¿Ah, sí? ¿Y qué prisa hay? ¿Tienes bastante leche?

—Sí —repuse al tiempo que le cogía el té de la mano, aunque en realidad no me gustaba el té con leche; era una de las muchas ideas inglesas a las que nunca me había adaptado como es debido—. Así que Billy ha entrado en el equipo de fútbol del colegio. Vaya, vaya, vaya. Nunca lo consideré un atleta.

—Sí, eso es maravilloso —comentó Fiona.

A ella no le gustaba el deporte de ninguna clase, pero trataba de hacer ver que estaba satisfecha.

—No había nadie intentando entrar por la ventana, Fi —le recordé.

—Sólo era el sonido del viento —afirmó—. No sé qué me pasó. Escucha cómo suena por la chimenea.

—Sí.

Aunque yo no oía el viento en la chimenea ni en ninguna otra parte. La noche estaba en una calma casi anormal.

LONDRES: hogar de los Cruyer

—Ahora que por fin Bernard se ha unido a nosotros, la ceremonia puede comenzar —anunció Dicky Cruyer con un matiz de impaciencia en la voz.

Dicky vestía un traje de etiqueta de color azul marino. Se lo había comprado en los tiempos en que todos decían que el azul oscuro quedaba mejor en televisión. Pero Dicky no había aparecido nunca en televisión, y ahora el traje parecía sencillamente poco corriente. En respuesta a las urgentes señas que Dicky hacía con la mano, alguien bajó el volumen del equipo estéreo del que salía Stan Getz tocando *One-Note Samba*.

Yo había sido el último en llegar porque Dicky me había puesto encima de la mesa un expediente sólo dos horas antes, y había tenido que quedarme trabajando para acabarlo antes de marcharme de la oficina. Capté la mirada de Fiona, que sopló para mandarme un beso.

Bret también estaba allí con un traje de etiqueta nuevo. Le sentaba muy bien el negro a su esbelta figura. Llevaba el pelo blanco muy aplastado contra el cuero cabelludo, y la cara angulosa la tenía muy bien afeitada y empolvada, lo que le proporcionaba un aire en cierto modo amenazador, como esa clase de figura de gánster que se inventó Hollywood cuando George Raft y Jimmy Cagney dejaron de hacer musicales.

Retomando su enérgica voz de campamento de instrucción, Dicky continuó hablando:

—Sé que todos los que estáis aquí esta noche... Daphne, cariño, dale una copa a Bernard... desearéis uniros a mí para ofrecerle a Augustus mi tardía felicitación por haberse convertido en el jefe supremo de Operaciones. Venga, date prisa, Daphne. Estamos todos esperando.

Daphne Cruyer estaba sirviendo copas de champán de una botella grande de Pol Roger. En ocasiones como aquélla, en que su marido invitaba a casa a algunos colegas para una cena y la fiestecita consiguiente, se ponía nerviosa.

No tenía que haber repartido las copas vacías a los invitados antes de pasar ella con la botella, pues ahora, cuando éstos le tendían la copa, a Daphne se le hacía difícil servir de aquella botella tan grande sin derramar un poco de líquido cada vez.

—Gracias, señora Cruyer —dijo Augustus Stowe cuando el champán desbordó su copa y le corrió burbujeando por los dedos para caerle en el zapato.

Stowe no había estado nunca en casa de los Cruyer y, a juzgar por la expresión distraída de su rostro, en aquel momento se estaba preguntando qué hacía allí. Era un australiano eficiente, sin pelos en la lengua e irritable en extremo. Como alguno de los muchachos que trabajaban de mensajeros había demostrado en la pared del lavabo de hombres, Stowe era extraordinariamente fácil de caricaturizar debido al pelo que le salía de las orejas y de los orificios nasales, y también al hecho de que tenía la cabeza brillante, rosa y completamente calva.

Desde luego, decir que aquella cena era para celebrar el nombramiento de Stowe no era más que una estratagema. Eso se había celebrado, debatido y deplorado muchas semanas antes. A Stowe habían vuelto a colocarlo en el puesto cuando a Dicky lo nombraron para el «Supremo de Europa». Sólo era un arreglo provisional. A Augustus Stowe, que había ocupado aquel puesto europeo durante algún tiempo, se le necesitaba urgentemente para que se encargase de una de las calamidades que formaban parte corriente de la vida en Operaciones. Stowe seguía allí, pero no podía durar mucho más. Nadie se mantenía durante mucho tiempo en Operaciones. Despedir al jefe de Operaciones era el acto de contrición habitual que el Departamento ofrecía al Comité de Inteligencia Conjunta cada vez que los políticos nos lanzaban una salva de quejas. Y últimamente aquellas salvas se habían convertido en una andanada.

Pero Dicky era el hombre de escritorio por excelencia. Con mi mujer de ayudante, se había agarrado a la oficina alemana y al puesto europeo al mismo tiempo. Aquella cena era una manera de decirle a Stowe y al mundo en general que Dicky iba a luchar por mantenerse en la oficina europea. Era una manera de decirle a Stowe que no volviera por ese camino.

—Bueno, creo que ahora todo el mundo tiene una copa. Así que... ¡Felicidades, Augustus! —le deseó Dicky al tiempo que alzaba la copa.

Con diversas dosis de entusiasmo y gestos de buena voluntad, los allí reunidos cumplieron a Stowe; luego dieron un sorbo de la copa y miraron a su alrededor.

—Ésa no será una pajarita hecha, ¿verdad, Bernard? —me preguntó Dicky según pasaba por mi lado para ir a ver por qué la camarera de los cacahuets y las aceitunas no los distribuía con la suficiente rapidez.

La camarera hablaba con Gloria, y estaban comparando los tacones de sus respectivos zapatos.

—Vamos —le dijo Dicky a la muchacha—. Ya deberías estar haciendo las salchichas calientes.

—Se le ha olvidado la mostaza —dijo Daphne—. Es la primera vez que utilizamos este servicio de comida a domicilio. Han enviado seis paquetes de minipizzas congeladas sin preguntarnos si teníamos microondas. Confiaba en que se descongelasen, pero están duras como piedras.

—No puedo ocuparme también del *catering*, cariño —le dijo Dicky en un tono distante—. No es mucho pedir que te asegures de que esta gente del servicio de comidas traiga la comida apropiada. Dios mío, ya les pagamos bastante.

—Parece hecha, pero eso es porque soy muy bueno haciendo el nudo —le contesté.

—¿Qué dices, Bernard? Ah, sí. Bueno, venga, sé buen chico y pásales las aceitunas a los demás. ¿Me harás ese favor? —Se dio la vuelta hacia Daphne y le dijo—: Pon las pizzas en el horno normal, cariño. Yo continuaré sirviendo «champú» hasta que estén listas.

Encontré la mesa donde Daphne había dejado aquella botella grande de champán y me serví otra copa. Junto a la botella había dos floreros llenos de flores caras. Supuse que algunos de los otros invitados las habrían llevado como regalo y me sentí culpable por no haber hecho lo mismo hasta que ví que un alto ramo de rosas rojas oscuras tenía una tarjeta que decía: «Con mucho cariño, Bernard y Fiona».

—Nos encanta ese cuadro de Adán y Eva —le oí decir a Dicky detrás de mí.

Me di la vuelta y ví que les estaba confiando sus sentimientos a Bret Rensselaer y a Gloria. Les ofrecí a todos aceitunas, pero sólo Gloria cogió una. La mordió con aquellos dientes sorprendentemente blancos y luego me entregó el hueso. Había cierta intimidad en aquella acción, y creo que ella también se dio cuenta. Le sonreí. Parecía que aquello iba a ser lo más íntimo que sucediera entre nosotros durante mucho tiempo. Dicky le estaba contando a Bret cómo Daphne había comprado el cuadro en un mercadillo de Amsterdam. Yo había oído aquella historia mil veces, y recordaba con

claridad a Bret de pie en el salón de los Cruyer escuchando educadamente el relato difuso y más bien dudoso de Dicky acerca de aquella adquisición.

Augustus Stowe estaba de pie en el rincón, junto a una vitrina, examinando el contenido de ésta, la valiosa colección de plumas estilográficas antiguas de Dicky Cruyer. Parecía una colección apropiada para un hombre que había llegado tan alto en el mundo de los burócratas. Quizá Stowe pensó lo mismo, porque hizo una mueca y se adelantó para reunirse con dos personas de su sección de Operaciones que estaban hablando con Fiona. En realidad, no importaba si Augustus Stowe era el invitado de honor o era sólo uno más. La velada realmente se había organizado para que Dicky pudiera aclarar su relación de trabajo con Bret. Aquella era una velada para decidir entre la fortuna o la ruina. Podía ser que se hablase del trabajo en la oficina o podía ser que no, pero cuando acabase la velada aquellos dos hombres habrían firmado la paz o se habrían declarado la guerra.

A Dicky le había resultado difícil adaptarse a la manera inesperada en que Bret había llegado a Londres. Había salido de la alfombra mágica y había entrado en la oficina del director general adjunto como Cleopatra ante el sobresalto de César, y se había hecho con el control del Departamento. Al parecer, su único superior auténtico, el director general, le estaba dando más o menos carta blanca.

—Ya no se puede tratar Europa como un extraño surtido de gente que habla idiomas raros y tiene costumbres raras —le estaba explicando Dicky con toda seriedad a Bret—. Europa junta reúne a más gente, más talento y más riqueza que todos los Estados Unidos de América juntos.

Bret no dijo nada. Y sin embargo yo sabía, debido a la larga temporada que había pasado con Bret en California, que aquella era la clase de comentario que solía producir en él una ácida pregunta acerca de por qué Europa no podía pagar servicios armados para defenderse y necesitaba la ayuda militar americana. Bret era anglófilo, pero eso no significaba que se sintiera europeo. El enamoramiento que sentía Bret por Inglaterra y por los ingleses lo hacía ser excesivamente escéptico en lo tocante a la vida que llevaban los extranjeros al otro lado del canal de la Mancha. Le sonrió a Dicky.

—Desde que me trasladé a la sección de Europa me he hecho el firme propósito de visitar todas nuestras oficinas europeas. Me encanta Europa. En algunos aspectos considero París como mi auténtica casa —comentó Dicky.

—¿Y cómo te las arreglas para compartir la autoridad con Fiona? —le preguntó Bret.

—¿Se ha quejado?

—Está tan atareada recorriendo el mundo que rara vez tengo el placer de hablar con ella.

—Me apoya en todo lo que hago —le aseguró Dicky—. Difícilmente sabría cómo... —Hizo una pausa y se humedeció los labios. Sospecho que había estado a punto de decir que no sabría cómo se las arreglaría sin ella, pero cambió de opinión en el último momento: No sabría cómo sustituirla.

—No hace falta que te preocupes por tener que sustituirla, Dicky —le dijo Bret.

—¿Ah, no? —le preguntó Dicky con nerviosismo.

Y sorbió un poco de champán.

Había sido en una reunión como aquélla, celebrada con anterioridad en casa de Dicky, donde Bret había anunciado que era el recién nombrado director general adjunto. Y aquella traumática experiencia había dejado a Dicky preocupado, y ahora estaba nervioso al pensar que podía ser que Bret eligiera aquella velada para dejar caer otro bombazo parecido.

Pero Bret no añadió nada más a aquel veredicto sobre la seguridad de Fiona en el puesto que ocupaba. Obrando en cierto modo con intención, se separó de Dicky para ir a hablar con ella. Le oí decir:

—Estás arrebatadora esta noche, Fiona.

Mi esposa llevaba puesto un vestido de corte austero verde oscuro con los zapatos a juego. Cuando Bret empezó a hablar con ella, Fiona frunció el entrecejo y bajó la cabeza como si estuviese concentrándose. O quizá se estaba mirando los zapatos de seda. Me había dicho muchas veces que era difícil mantenerlos en buen estado. Nunca se los ponía cuando conducía, se los quitaba y accionaba los pedales con los pies cubiertos por las medias. Todo el mundo llevaba traje de etiqueta. El mío estaba arrugado por todas las zonas donde no le convenía estarlo. Lo había metido de cualquier manera en la maleta al regresar del fin de semana en casa de mi suegro y lo había sacado de allí sólo media hora antes de ir a casa de Dicky.

Como para disimular cualquier confusión que hubiera sufrido a manos de Bret, Dicky se volvió hacia mí y dijo:

—Bret está un poco nervioso esta noche. Esta tarde ha habido una alerta sobre seguridad personal de todos los altos cargos. Le dije a Bret que tendría que ir armado, pero me contestó que eso le estropearía la línea del esmoquin.

Dicky se echó a reír de una manera que hacía difícil averiguar si se estaba burlando de la tontería de Bret o memorizando aquellas palabras para utilizarlas él.

—Nadie me había dicho nada —observé.

Dicky bebió un sorbo de la copa y paseó la mirada por la habitación para ver quién hablaba con quién.

—Bueno, es que tú no formas parte exactamente del personal superior, muchacho —me aclaró con una sonrisa de adolescente. Aquella noche Dicky aparecía joven, fresco y enérgico. Y el pelo se le había rizado casi de un modo artificial. Me pregunté si no se haría la permanente de vez en cuando—. No hay por qué alarmarse. A los gorilas de la embajada se les ha pedido que proporcionen cierto respaldo. Y eso es cuanto hemos descubierto. Dudo si será alguna clase de golpe. Sospecho que tiene que ver con los disidentes. Podría ser cualquier cosa. Podría ser un robo o un pinchazo de las líneas telefónicas.

Daphne acudió al lado de Dicky. Llevaba puesto un vestido largo liso con grandes flores bordadas. Daphne había comprado un retal de tapicería defectuosa en uno de los mercados de antigüedades que frecuentaba y le había quitado las flores.

—¿Crees que serás capaz de trinchar el cordero? —le preguntó a Dicky.

—Te dije que no trajeran una pierna.

—Es que la espalda tiene mucha grasa —se excusó Daphne.

—Pues que lo trinche Bernard —se le ocurrió a Dicky—. A él se le dan bien esas cosas.

—¿Serías tan amable de hacerlo, Bernard? He hecho afilar el cuchillo.

—Claro que sí —respondió Dicky por mí antes de que pudiera hacerlo yo—. Es mi esclavo, ¿no? Hará cualquier cosa que yo le diga. —Me pasó una mano por los hombros y me abrazó—. ¿Verdad que sí, Bernard?

—Vale, lo trincharé, Daphne —convine—. Pero no soy un experto.

—Vaya, cómo tienes la cara —observó Daphne—. ¿Qué te ha pasado, Bernard?

—Que se ha aplicado la borla de empolvase con demasiada energía —dijo Dicky.

—No me digas —comentó Daphne mientras me miraba llena de lástima.

—Es un secreto —le explicó Dicky—. Déjalo en paz. A Bernard le pagan para que reciba unos cuantos golpes cuando el trabajo lo exige.

Desde luego, yo sabía que Dicky me estaba tratando como le habría gustado tratar a Bret. Aunque yo no había seguido las implicaciones exactas de la conversación con Bret, la irritación que la misma le había producido bastaba para decirme que Dicky no se sentía completamente seguro en su puesto de la oficina europea. Me preguntaba si Bret estaría a punto de hacer

que Fiona diese un salto malabar y la convertiría en jefe de Dicky. Era la clase de dispositivo que Bret utilizaría para agitar el Departamento. Y a Bret se le había oído decir que lo que el Departamento necesitaba con urgencia era una buena sacudida. El problema radicaba en que siempre era yo quien recibía el fuego antiaéreo de Dicky.

—Es la crisis de la mitad de la vida —me comentó Daphne cuando llegamos a la cocina y yo, tras valorar la pierna de cordero asada, estaba poniendo uno de los extremos bajo el cuchillo de trinchar—. Eso es lo que me dice el médico.

Daphne se había puesto un delantal de cocinera de algodón blanco almidonado. El nombre, Daphne Cruyer, estaba bordado en la parte frontal en letras rojas, al estilo de los que Paul Bocuse había hecho famosos.

—Todavía eres joven, Daphne —le dije.

—No me refiero a mí, sino a Dicky —me aclaró mostrando un destello de resentimiento—. Dicky está pasando la crisis de la mediana edad.

—¿Y el médico te ha dicho eso?

—El médico sabe lo trastornada que estoy —me explicó—. Y sabe lo insensible que puede llegar a ser Dicky. Es a causa de todas esas chicas jóvenes de las que está rodeado todo el día. Se ve obligado a demostrar constantemente su masculinidad. —Trajo una gran fuente ovalada del brillante horno profesional de acero que había instalado desde mi última visita—. Puedes trincharlo ahora y lo servimos ya trinchado, Bernard.

—Prefiero hacerlo en la mesa, Daphne. Sé que así es como a ti te gusta servir la cena.

—Eres un verdadero encanto —me dijo—. Si fuera a ti a quien persiguiesen todas las chicas, lo encontraría más fácil de comprender.

—Sí, yo también —convine.

Después de aquello los invitados se sentaron y la fiesta continuó cómo solían continuar las cenas de Dicky. Daphne se encargó de que Gloria y Fiona se sentasen tan alejadas como fue posible. Y se lo agradecí.

Al día siguiente hice un viaje que me llevó al auténtico campo de Inglaterra. Aquél era un contraste completo con la acogedora tierra de juguete que mi suegro compartía con los corredores de bolsa, banqueros, jueces y ginecólogos de Londres.

Las visitas a *tío* Silas siempre habían marcado mi vida desde que yo era niño. Siempre me había encantado Whitelands, su estupenda granja laberíntica en el borde de los Costwolds. Incluso en invierno era magnífica.

La casa, construida con piedra marrón de la región, con la puerta principal de roble tallado antigua y las ventanas divididas con parteluces, proporcionaba una imagen perfecta de la vieja Inglaterra tal como a la industria de las tarjetas de Navidad le gustaba representarla. Incontables veces me había escondido en el desván lleno de telarañas o me había sentado en la habitación del billar, que tenía las paredes forradas de madera, en el banco que había debajo de los soportes para los tacos y me había quedado mirando las lastimeras cabezas de los ciervos disecados, ahora apolillados y casi sin pelo. Yo no podía pensar en Whitelands sin recordar el olor de los hojaldres recién horneados que la señora Porter sacaba de aquel temperamental y antiguo horno de carbón. Y al igual que me resultaba imposible acordarme sin estornudar de mis exploraciones en aquel vasto granero de piedra, tampoco podía recordar sin estremecerme aquellos viajes a la iglesia las frías mañanas de domingo.

Para mí lo mejor de aquellas visitas infantiles a Whitelands eran las comidas a base de buey asado que la señora Porter, el ama de llaves, cocinaba con tanto afán y amor. Los domingos siempre había para comer caza de la región: si no era perdiz o faisán, seguro que Silas trinchaba y servía liebre o conejo. Cuando crecí y aprendí a contar, se me permitió llevar la puntuación del marcador del billar. Ello me proporcionaba una excusa para estar allí, me daba la oportunidad de observar a mi padre, a Silas y a las otras lumbreras del Departamento mientras se fumaban los puros cubanos de Silas, bebían *brandy* Hine de cosecha y discutían sin malicia sobre que había que arreglar el mundo y exactamente cómo y cuándo lo harían.

Whitelands había pertenecido a la familia Gaunt desde que uno de sus más opulentos antecesores se la compró a un magnate de la cerveza que decidió trasladarse a otra propiedad más grandiosa. Sólo después de jubilarse, Silas fue a vivir allí durante todo el año, y su hospitalidad se hizo legendaria. Allí iba toda clase de gente rara a pasar el fin de semana; a los músicos, ya fueran destacados o no tuvieran un céntimo, se les acogía especialmente bien, porque Silas era un gran aficionado a la música. Rara vez se trataba de personas famosas, pero siempre eran sociables e interesantes. Los fines de semana tenían un ritual que no cambiaba: un paseo por el campo hasta el río, servicio eclesiástico, partidas de billar llenas de humo sólo para hombres y una cena formal para la que se esperaba que los invitados se vistiesen con vestido largo y traje de pingüino.

Silas era pariente lejano de la familia de Fiona, y fue el padrino de mi hijo. Los amigos se convertían en parientes y los parientes se convertían en

amigos. El Departamento siempre había sido así, una curiosa mezcla de muchachos brillantes procedentes de colegios caros y de sus parientes masculinos incapaces de encontrar otro empleo. Quizá el Departamento hubiera sido mejor y más eficiente si su personal se hubiera reclutado de un espectro más amplio de la vida británica, pero entonces no habría sido tan divertido ni tan frustrante.

Ahora Whitelands y todo lo que representaba iba a acabarse para siempre. De algunas habitaciones ya se habían sacado las pertenencias personales de Silas. Una extensa sábana de polvo blanco había transformado las sillas, y la mesa larga y pulida del comedor se había convertido en un dirigible arrugado. La mesa del comedor, sin paneles extensibles, era más corta de lo que yo recordaba. Me entristecí al pensar que nunca volvería a ver aquella mesa llena a reborar de comida, con una muchedumbre a su alrededor discutiendo ruidosamente.

—Volveré —aseguró Silas con firmeza como si me hubiese leído el pensamiento—. Sólo voy a alquilar este lugar... por un breve tiempo. Y a unas personas que conozco bien. Les he dicho que volveré. Incluso voy a confiarles la llave de mi bodega.

—Bueno, espero que así sea, Silas —le dije—. ¿Y la señora Porter?

—Vivirá cerca. Puse esa condición. Necesito saber que hay alguien aquí que no pierde de vista las cosas por mí. ¿Vendrás a verme?

Asentí. Estábamos sentados en lo que Silas llamaba «salón». La mayor parte de la luz procedía del fuego de la gran chimenea abierta sobre la que acababa de colocar un leño cubierto de musgo. Aquél era el santuario al que Silas se había retirado cuando empezó a encontrarse mal. Se había rodeado de sus posesiones más preciadas: su sofá favorito lleno de bultos y un cuadro igualmente ruinoso que representaba a su abuelo montado a caballo. Silas también estaba lleno de bultos. De por sí corpulento, su afición a la buena comida y una absoluta indiferencia por el aspecto personal habían dado como resultado que se volviera gordo y desaseado. El pelo que le quedaba era como rizado, tenía las mejillas pesadas, la camisa rozada y el cárdigan de lana se iba deshaciendo poco a poco, como el propio Silas.

—Has plantado árboles nuevos —observé.

—Se me partió el corazón cuando perdí los olmos.

—Pronto crecerán.

—Son arces canadienses o algo parecido. Los de la repoblación forestal dicen que crecen rápidamente, pero son árboles que tienen mal aspecto. No me gustan.

—Dales una oportunidad, Silas. No debes mostrarte tan impaciente.

—Un apartamento —dijo Silas—. ¿Cómo será la vida en un bloque de apartamentos?

—Creía que había sido idea tuya.

—Bueno, fue un compromiso —me explicó—. Al principio fue sólo mi médico local, que me amenazó. Pero luego el Departamento se unió a él. Dicen que todo es por mi bien, pero yo preferiría quedarme y aguantar aquí lo que ocurriera. Todos tenemos que morirnos algún día.

—No hables así —le aconsejé—. Todavía tienes años de vida y trabajo por delante.

—¿Y mi música? —me preguntó Silas—. Me llevo todos mis discos y mis cintas. Espero que ningún desgraciado me aporree la pared sólo porque son más de las once de la noche.

—Que te pongas bien, eso es lo importante. Ponte bien y vuelve a casa, a Whitelands.

—No estoy enfermo —me aseguré. Aunque estaba viejo y jadeaba un poco, parecía gozar de buena salud y también de una evidente claridad mental—. Pero el Departamento me obligó a dejar que su estúpido médico me hiciese un reconocimiento físico. Se trata de una norma nueva de los fondos de pensiones. Y ahí empezó todo el alboroto. Si no, no habría accedido a marcharme de aquí de ninguna manera. Antes de que te vayas, a lo mejor quieres echar un último vistazo, ¿no, Bernard?

—Sí —le dije.

—Y quiero que te lleves un par de cajas de vino. Elige lo que quieras. —Y antes de que yo pudiera responder, añadió—: Yo no podría bebérmelo todo aunque viviese cien años.

Lo miré y aguardé a oír el motivo por el cual había reclamado mi presencia. Silas era un viejo ruidoso y extravertido, llañote pero retorcido, y ciertamente no era probable que me hubiera hecho ir allí sin una razón específica. Se levantó y cerró la puerta. Alto, rollizo y desaseado, tenía muchas debilidades, de las cuales el juego era la que más se asociaba con él, tanto en lo referente al trabajo como a los juegos de azar.

—Hay cosas que nunca se confiaron al papel, Bernard —continuó diciendo—. Cuando yo me vaya, los hechos se irán conmigo. ¿Comprendes?

—Claro.

—Siempre he sido un jugador. A veces he ganado. Cuando he perdido he pagado sin quejarme. Pero en todos los años que he pasado en el

Departamento nunca he jugado con la vida de personas. Eso lo sabes muy bien, Bernard.

No contesté. La verdad era que yo no sabía qué se decidía en los diálogos secretos que los hombres como Silas sostenían en el piso superior.

—El año pasado, cuando creí que íbamos a perder a Fiona, estaba realmente preocupado. Ellos, esa gente de allí, no son como nosotros, Bernard. No hacen preguntas, explican y aíslan. —Sonrió; aquélla era una de las máximas del Departamento—. Si les hubiera llegado la onda de lo que Fiona le estaba haciendo a su precioso imperio socialista, el fin de tu mujer habría sido demasiado salvaje hasta para pensar en ello. Metieron a ese tipo... cómo se llamaba... vivo en un horno. Al principio aquí nadie quería creerlo, pero luego interceptamos el informe oficial. Se hizo delante de testigos.

—¿Qué pasa, Silas? ¿Qué intentas decirme?

—Yo no sabía que iban a matar a Tessa —me aseguró—. Lo único que me dijeron fue que habría una identidad falsa. La identidad de ella.

—¿Quién te dijo eso?

—Les entregamos todo el proyecto a los yanquis —dijo Silas—. Necesitábamos distanciarnos de ello.

—Eso no encaja con lo que yo sé —le comenté—. Lo hizo un hombre llamado Thurkettle, ¿no?

—Thurkettle. Sí, un americano.

—Un mercenario americano. Lo que yo he oído decir es que lo sacaron de una prisión de alta seguridad para que hiciera cierto trabajo sucio para la CIA. Un trabajo muy sucio.

—Puede que sí —concedió Silas—. Yo creí que era un agente de Washington. Me convencieron para que le diera carta blanca.

—¿Para hacer qué?

—No para asesinar a nadie, ciertamente —dijo Silas con indignación—. No llegué a conocerlo en persona, desde luego, pero me aseguraron que podía proporcionarnos una cortina de humo mientras sacábamos de allí a Fiona.

—¿Proporcionar una cortina de humo? ¿Y qué te pensabas que iba a hacer?

—Era vital que la gente de la Stasi, y también la de Moscú, creyeran que Fiona había muerto. Si hubieran sabido que estaba a salvo, y en California, dándonos una imagen detallada de todo lo que ellos habían hecho... Bueno, sencillamente habrían entrado en acción, se habrían puesto en estado de emergencia: habrían cambiado los códigos, habrían cambiado los métodos,

habrían cambiado los agentes, lo habrían cambiado todo. Los años de valor y peligro de Fiona habrían sido en vano.

—Pero Tessa fue asesinada. Y quemaron su cuerpo para contribuir al engaño.

—¿Qué puedo decirte? No puedo decir que yo esté libre de culpa, porque no es así. Confié en aquel cerdo. Pensé que iba a ser sólo una cuestión de papeleo.

—¿Sin un cadáver? ¿Cómo habría podido funcionar eso? —le pregunté.

—Con el cuerpo de un muerto quizá. Con un cadáver sacado del depósito de un hospital. Eso ya se había hecho antes, y sin duda volverá a hacerse. Lo malo no es el uso del cadáver, ¿verdad? Lo malo es el asesinato.

—Sí, es el asesinato —convine.

—La muerte de Tessa ha traído terribles consecuencias —dijo Silas—. Ninguno de nosotros volverá a ser el mismo. Ni tú, ni Fiona ni el pobre marido de Tessa. Y yo tampoco, desde luego. Desde que me enteré de la noticia no he dormido una noche de un tirón. Fue el final de mi relación con el Departamento, claro está. El director general quería que yo continuase en mi habitual papel de asesor siempre a mano, pero le dije que no podía hacerlo más. Aquello me partió el corazón.

—¿Dónde está ahora Thurkettle?

—Se fue a Oregón, es lo último que supe de él. Pero puede que se haya marchado de allí. Los americanos le proporcionaron una nueva identidad para que pudiera hacer más o menos lo que le diera la gana. Se dijo que iban a arreglarlo todo para que se enfrentase a cierta acusación por asesinato, pero eso habría significado negociar con los americanos. Y aunque ellos hubieran accedido, nosotros difícilmente podríamos sacar a la luz en un juicio las acciones que habíamos llevado a cabo como tapadera. Ocultar el hecho de que Fiona estaba sana y salva era exactamente lo que habíamos pensado hacer desde el principio.

—Ya.

—Y hasta cierto punto Thurkettle probablemente opine que hizo lo que debía hacer.

—Sí —dije—. Y hasta cierto punto sospecho que tú también opinas lo mismo.

Silas frunció el ceño.

—Creí que lo comprenderías —me dijo—. Tu padre lo habría comprendido.

—Desde luego que lo habría comprendido. A él lo acusaron de disparar contra unos alemanes llamados Winter en mil novecientos cuarenta y cinco. Era inocente. Pero el Departamento mantuvo la acusación porque no quería que se enfrentara a los interrogatorios de abogados americanos en otra jurisdicción.

—Eso es una simplificación excesiva —protestó Silas.

—Eso echó a perder su carrera, ¿no es cierto?

—Tu padre comprendió que era necesario.

—Muy bien. Pero no esperes que yo siga la corriente y acepte tonterías de esa clase como tuvo que soportar mi padre. Mi padre no es yo, y yo no soy mi padre. El tiempo ha pasado, y lo mismo ocurre con todo lo demás.

—Odio las peleas —me confió Silas quejumbrosamente.

—Sí, ya lo creo que sí. Yo también si puedo salirme con la mía sin tener que pelearme.

Cuando salí de la habitación, Silas se apoyó en el respaldo y cerró los ojos como si le doliera algo. Busqué a la señora Porter con la intención de despedirme de ella. Esperaba que me diera su opinión confidencial acerca de Silas y de los planes que éste tenía en la cabeza. La encontré en la cocina, y estaba decidida a guardar silencio.

—Sé de qué quiere usted hablar, señor Bernard —me dijo—. Pero yo sé cuál es el lugar que me corresponde. Y no es cosa mía tener una opinión acerca de nada. —Sacó el pañuelo y se limpió la nariz—. No puedo librarme de este constipado. Y hay mucho que hacer en la casa.

Me sonrió. La señora Porter había contribuido a crear el ambiente mágico de Whitelands. Era difícil adivinar cuántas cosas de todo lo que yo amaba quedarían después de que se mudaran allí los nuevos inquilinos.

Subí al coche y me encontré con que estaba temblando. No sé por qué, quizá se debió al enfado y al resentimiento, o a los recuerdos de la humillación de mi padre. Conduje hasta el pueblo y me detuve en el Brown Bess. Era una pequeña taberna pasada de moda, embutida entre un estanque de patos con espuma incrustada y un monumento de guerra muy descuidado. Los aldeanos que podían permitírselo, así como los habitantes de fin de semana, frecuentaban el otro bar, el Queen Victoria, un local lleno de espejos que daba al parque de la aldea, donde los jugadores de críquet del fin de semana y sus familias, que iban a admirarlos, podían disfrutar de comida congelada con nombres extranjeros y de champán con un chorro de zumo de grosella negra. El Brown Bess era un lugar íntimo de reunión para granjeros

que jugaban a los dardos. El patrón me sirvió lo que le pedí con una falta de amabilidad atroz que rayaba en la hostilidad.

Cogí la cerveza y el sándwich de queso Cheddar y me senté en los escalones del monumento de guerra para comérmelo, sin apenas notar el frío. Quería pensar con calma. El hecho de haber tenido que soportar los modos retorcidos de mi suegro y luego los de Silas Gaunt en una sucesión tan inmediata era más de lo que se le podía pedir a cualquiera. Me rebelé. Después, cuando ya era demasiado tarde, hasta mis amigos más leales y mis partidarios más incondicionales aseguraron que mi plan de acción había sido impetuoso y que yo había estado muy mal aconsejado. Los que se comportaron con mayor amabilidad dijeron que no era propio de mí. Se preguntaban por qué había actuado impulsivamente sin confiárselo a ninguno de ellos, o por qué no había pensado más en las consecuencias.

Lo que más me preocupaba era la reclamación que David hacía sobre mis hijos, y la aparente indiferencia con que Fiona parecía tomarse el asunto. El problema y sus posibles soluciones me daban vueltas sin parar en la cabeza. Aquel día, sentado en los escalones del monumento de guerra con la pinta de cerveza en la mano, hice una lista en una sola página de mi cuaderno de todas las alternativas que se abrían ante mí, sin importarme lo absurdas o poco prácticas que fueran. Estuve repasando todas las respuestas una a una y rechacé sólo aquellas que no tenían la menor posibilidad de éxito. La cosa era como sigue: discutir con David no iba a servir de nada, y enfrentarme a él a través del caro sistema judicial de Gran Bretaña sólo tendría como resultado que él acabaría por conseguir la custodia de los niños y yo tendría que sufragar el pago de unos honorarios legales que me llevarían a la bancarrota. Con la conversación acerca del arsénico fresca todavía en el recuerdo, consideré incluso la alternativa de asesinarlo. También habría podido hacerlo. Pero me pareció que aunque no se descubriera, aquello les proporcionaría a los niños un legado aún peor que tener a David por *padre*.

Para añadir otra dimensión a mi apurada situación, me resultaba imposible olvidar el aviso que un inglés de la embajada de Varsovia me había dado hacía poco. Ese hombre creía que los del otro lado podían vengarse, por el modo como los había engañado Fiona, matando a los seres queridos de ésta uno a uno y a intervalos impredecibles. Le habían hecho eso anteriormente a un desertor ruso llamado Simakaitis, y había acabado en un asilo para desequilibrados mentales. Bien, la hermana de Fiona estaba muerta y su cuñado se hallaba en un lío que bien podría haber sido ideado por Moscú. Fiona distaba mucho de estar bien; a veces me parecía que se hallaba al borde

de una crisis nerviosa. Quizá realmente existía algún plan diabólico para vengarse de toda la familia. Y quizá estaba funcionando ya.

Saqué todo el provecho que pude de mi prolongada estancia en Londres. Al día siguiente acudí a una cita en el sótano de una de las librerías de segunda mano que atestan el extremo de la calle Charing Cross que da a Leicester Square. El encuentro había sido a petición mía, así que difícilmente podía discutir sobre el lugar de la reunión. Yo había estado antes en aquella tienda. Era un lugar de encuentro bastante útil, y los conocía a todos; me dirigí por las estrechas escaleras de madera a un sótano que se convertía en un laberinto de pequeñas habitaciones. Todas ellas estaban atestadas de libros viejos. Aquí y allá algunas estanterías al aire dividían los espacios de manera que había que apretarse para pasar entre ellas. Había libros apilados en el suelo y otros permanecían sin desembalar en polvorientas cajas de cartón.

Las habitaciones subterráneas eran húmedas, porque Londres es una cuenca y no estábamos lejos del río. Los libros despedían olor a mohó. Enciclopedias de todas las formas y tamaños compartían los estantes con generales de batallas de guerras vueltas a luchar, deslustradas estrellas del mundo del espectáculo y memorias de políticos olvidados, cuyas percepciones habían sido pulidas por la perspectiva del tiempo.

Había libros esparcidos por todas partes. Algunos estaban volcados, a otros los habían metido de lado en los estantes y el resto se encontraba en el suelo como si los hubieran desechado. Parecía que una emergencia inesperada hubiera interrumpido el trabajo en aquel lugar. Mientras pasaba por las puertas bajas de una sombría cámara a otra, me daba la impresión de estar explorando una tumba prehistórica y las depredaciones de ladrones desaparecidos hacía ya mucho tiempo.

Reconocí algunos de los libros: estaban exactamente en la misma posición que cuando estuve allí hacía un año o más. Y lo mismo ocurría con el Sueco.

El Sueco era piloto profesional. Tenía un físico poderoso e incuestionablemente valiente, pero era cauto por naturaleza. Poseía el temperamento perfecto para un hombre que había hecho aterrizar aviones en medio de una oscuridad total o en terreno desconocido y había vuelto a salir volando. Sistemático y serio, estaba atormentado por los dolores de espalda y las hemorroides crónicas, que son gajes del oficio de piloto. En otro tiempo había sido un joven apuesto y todavía quedaban vestigios de ello, pero los dientes descuidados, la nariz rosada y el pelo escaso lo convertían en uno de tantos ciudadanos de edad.

Llevaba puesta una trenca Burberry nueva, un sombrero de lana a juego y una bufanda a cuadros escoceses, tributo totémico al turismo británico. Cuando me reuní con él en el lugar acordado del sótano, el Sueco estaba de pie debajo de un letrero tosco que decía: «Estudios bíblicos». Aunque parecía enfrascado en un volumen grueso encuadernado en piel, levantó la vista y volvió a poner el libro en el estante.

—Siempre con los estudios bíblicos, Sueco —le dije—. ¿Y eso por qué?

Tenía una mano metida en el bolsillo de la trenca *beige*; de repente la sacó y blandió un revólver enorme Colt Navy, un arma antigua que yo sabía que era de una precisión letal.

—¡Manos arriba!

—No seas pesado, no estoy de humor para bromas.

—Bang, bang. Estás muerto.

Era bajo y curtido, y su inglés hablado estaba marcado por una entonación nasal que había adquirido en América.

—Sí, ya lo sé. Hazle eso a uno de nuestros muchachos más nuevos y te liquida.

—Es una réplica. La compré en una tienda que vende maquetas de coches y aviones. Es una reproducción perfecta. ¿No es estupendo? Exactamente igual que la auténtica. Mira.

Me ofreció el arma. Era una reproducción hecha con todo lujo de detalles. Sólo el peso, muy liviano, la traicionaba. Le eché un vistazo rápido a la pistola y se la devolví. Supongo que conservar una fe infantil en los artilugios forma parte del carácter de los hombres que vuelan. Si no, quizá empezarían a creer en la fuerza de la gravedad.

—Salió bien... ese trabajo de recogida que hice para ti.

—Sí —le dije.

No era propio de él hablar de los trabajos pasados. ¿Qué pretendía, una medalla? ¿Una recomendación? ¿Una mención? A aquellas alturas el Sueco ya debía haber aprendido lo mucho que el Departamento odiaba a cualquiera de los que denominaban «pegotes», y eso significaba cualquiera que aspirase a una recompensa como es debido.

—Era tu cuñado, ¿verdad? Me refiero al tipejo aquél tan nervioso que trajimos.

—No.

—Pues eso he oído decir.

—¿Eso has oído decir? ¿Y a quién se lo has oído decir? —le pregunté.

El Sueco jugueteaba con el arma apuntando a las bombillas y a la puerta.

—Es que nosotros los aviadores nos movemos mucho por ahí. —Me miró—. ¿A qué viene todo este secreto tan especial? ¿Por qué en Londres? ¿Por qué no te pusiste en contacto conmigo a través de vuestro hombre en Estocolmo? ¿Es que estás metido en problemas, Bernd?

—Escúchame, Sueco —le pedí.

Y le conté brevemente lo que quería que hiciera. Una tarea sencilla consistente en recoger a alguien, la misma clase de trabajo que llevaba haciendo veinte años.

—¿Es para el Departamento?

—¿Crees acaso que me he puesto a trabajar por mi cuenta?

—Pero eso costará mucho dinero. De cualquier manera que lo hagamos, saldrá muy caro.

—Ya lo sé.

—En los viejos tiempos el mar de Irlanda era un vuelo de rutina. Pero desde que vuestros rebeldes irlandeses empezaron a traer sus Armalites y Semtex, los británicos han apuntado en esa dirección su radar y lo tienen controlado día y noche. —Se metió el arma en el bolsillo—. ¿Dónde tengo que recoger a los tuyos? ¿En Inglaterra? No me pidas que me deje caer de noche en alguna pista de aterrizaje abandonada de los tiempos de la guerra, ya no hago trabajos de éstos en los que hay que aterrizar dando saltos alrededor de algún bache de un kilómetro de profundidad y luego acertarle a una máquina cosechadora. ¿Vale la pena, Bernd? Lo que quiero decir es que no hay control de pasaportes entre Inglaterra y la República Irlandesa. Los de inmigración apenas miran. He oído decir que es un paseo. ¿Qué haces tú metiendo gente ilegalmente por avión a través del mar?

—No es tan fácil. Inmigración sigue intacta. En cuanto nombras Irlanda creen que perteneces al IRA y llaman por teléfono a la policía.

—Pues trae una barca irlandesa veloz, ¿no te parece?

—Todavía más llamativa —dije—. Los motores fuera borda los roban y también otras cosas valiosas, de modo que las comunidades costeras siempre están muy bien vigiladas por si pasa un extranjero que robe las barcas.

Se rascó la cara.

—Entonces, cuanto más pequeño, mejor. Quizá se podría alquilar un avión de uno de esos pequeños clubes de vuelo de East Anglia o de cualquier otra parte. En efectivo, nada de hacer preguntas. No sé. Tendré que hacer algunas pesquisas. ¿Cuándo quieres que se haga?

—Pronto. Cuanto antes.

—Entonces, los clubes quedan descartados. No funcionan hasta que el tiempo mejora un poco. En esta época del año ni siquiera es fácil alquilar un avión comercial decente.

—Ya.

Para él iba a ser complicado. Tendría que hacerlo utilizando identidad falsa y todos los documentos que se necesitan en Europa para conseguir un avión y pilotarlo tendrían que ser falsos. Últimamente habían circulado rumores de que el Sueco estaba dispuesto a hacer toda clase de cosas que antes se había negado a hacer, como asuntos de drogas, armas y oro, y la gente decía que cada vez era menos selectivo en la elección de sus clientes. Esa clase de cosas desagradables decían los rumores. Yo no los creía, desde luego, pero cuando los filibusteros como el Sueco se hacen viejos, uno nunca puede estar seguro de qué camino seguirán. Y la fascinación infantil que demostraba por aquella pistola de imitación no resultaba tranquilizadora.

—No será para los yanquis, ¿verdad? —me preguntó.

—No.

—Porque yo ya no quiero trabajar para los yanquis. Hacen sus planes detallados y luego, cuando llega el momento, vuelven todo del revés. No trabajo para los yanquis.

—Sí, ya lo sé —le dije.

En realidad, aquel hombre al que todos llamaban el Sueco era alemán, un ribereño del Rin llamado Franz Bender. En 1944 era un joven piloto civil que trabajaba para Messerschmitt, en Augsburgo. Cuando acabó la guerra, especialistas de las fuerzas aéreas americanas fueron y cogieron a los pilotos de aviones de combate, a los ingenieros, a los diseñadores y también a los pilotos de Messerschmitt. Sólo puedo suponer las historias que les contaría, pero lo cierto es que los convenció de que estaba capacitado para pilotar aviones ligeros. El caso es que los americanos le creyeron. Consiguieron uniformes del ejército americano que les sirvieran a todos y se los llevaron consigo ilegalmente a Estados Unidos. No sé si alguna vez tuvo que probar que sabía pilotar uno de aquellos reactores de guerra, pero lo mantuvieron allí. Estuvo viviendo en la base americana de Wright Field durante casi tres años, enseñando todo lo que sabía de pilotaje y de mantenimiento de aviones a reacción, e inventándose el resto. Se le daba bien traducir los manuales de entrenamiento de la Luftwaffe al inglés americano. Le pagaron un salario civil generoso; le proporcionaron un coche y un apartamento. Tenía montones de amigas. Era un muchacho guapo y aquel acento suyo las encantaba.

Luego, una noche, al volver a casa de una fiesta, un policía lo detuvo por exceso de velocidad. Franz no tenía carnet de conducir ni tarjeta de seguridad social, y cuando reconoció que era extranjero resultó que no tenía ni siquiera pasaporte para demostrar quién era. El policía era un duro veterano de guerra y no les tenía la menor simpatía a los alemanes de cualquier forma o condición. Y Franz tampoco recibió mucha comprensión de los demás funcionarios con los que se topó. La guerra había terminado y los americanos que eran amigos suyos, los que podrían haber movido algunas cuerdas para ayudarle, se habían convertido en civiles y habían desaparecido del mapa. Nadie se mostró dispuesto a ayudarle. Los de inmigración de Estados Unidos lo tuvieron en la cárcel casi seis meses, pero ningún abogado se ocupó de su defensa, y finalmente lo deportaron a Alemania. Aunque retiraron todos los cargos contra él, se le prohibió la entrada en Estados Unidos para siempre. Él nunca perdonó a los americanos por lo que consideraba un acto de traición.

—A lo mejor estás sacando un gran provecho de ello —le dije—. ¿Podríamos disponer de un ciudadano sueco, en un avión sueco con los papeles en regla, de vacaciones... para que volase de aquí para allá a fin de divertir a sus amigos?

Sin dejar de agitar la pistola por todas partes, el Sueco dijo de pronto:

—Se trata de tus hijos, ¿verdad?

Si hubiera hecho un agujero en el *Information Please Almanac* de 1965 y lo hubiera hecho sangrar, no habría podido conmoverme más. ¿Tan evidente resultaba? ¿Es que sabía todo el mundo tanto sobre mi vida personal que podían adivinar lo que yo iba a hacer a continuación?

—Basta ya —le pedí.

—Los encontrarán y los volverán a traer aquí. Es el Convenio Hague, según el cual los juicios por custodia siempre tienen lugar en la jurisdicción donde los niños residan normalmente. Y, además, esos estúpidos jueces siempre envían a los niños al país donde han pasado más tiempo. Lo sé a ciencia cierta, mi primo pasó por todo eso. El juez era un payaso y los servicios sociales lo tuvieron agarrado por la nariz todo el tiempo. Al final te cogerán como acabaron cogiéndolo a él.

—¿Cobras por esta clase de consejos? ¿O va incluido en el billete de avión?

El Sueco se encogió de hombros.

—Vale. No es asunto mío, pero luego no me pidas que me involucre.

—Tú sólo tienes que pilotar el gran pájaro, Sueco.

—¿Seguro que no estás metido en líos, Bernd?

—Ya te he dicho que no.

—¿Con tu gente? ¿O con la oposición? Si quieres desaparecer, puedo decirte muchos lugares que son un millón de veces mejores que Irlanda. —No contesté. Se quedó mirándome mientras la mente le daba vueltas—. ¿O vas a ir hasta Cork para subir a bordo de esa conexión Aeroflot que vuela directo a La Habana? —Sonrió lentamente—. Eres un cabrón astuto. Y de Cuba, ¿adónde?

—¿Por qué todas esas preguntas?

El Sueco siempre había sido taciturno y positivo, y ahora se había vuelto un tonto gárrulo.

—Porque todo esto apesta, Bernd —me contestó de corazón—. Tal como tú lo cuentas, apesta. Nunca he notado peores vibraciones que las que me llegan ahora.

Se quitó el sombrero nuevo mientras suspiraba y se frotó la línea de un rojo vivo que le había dejado en la cabeza.

—Te hace falta un sombrero de una talla mayor —observé—. O quizá una cabeza una talla más pequeña.

Arrastró los pies, me dirigió una sonrisa tonta y luego se miró los zapatos. Los dos sabíamos que el Sueco acabaría por hacer el trabajo. Yo no me habría comprometido a mí mismo de aquel modo si no hubiera estado seguro de ello. Durante años el Departamento le había proporcionado regularmente trabajos muy bien remunerados. Fuera lo que fuese lo que sospechase acerca de que aquel trabajo era un asunto privado, el Sueco no iba a arriesgarse a perder un contacto como yo.

—Mira, Bernd, hace ya mucho tiempo que nos conocemos, y durante todos estos años nos hemos hecho unos cuantos favores el uno al otro, así que no sé cuál de los dos está en deuda con el otro. Pero el único motivo por el que estoy aquí condescendiendo contigo en esta idea loca es porque sé que no existe la más mínima oportunidad de que consigas a otro que esté dispuesto ni siquiera a plantearse si aceptarlo.

—Despegue y aterrizaje en breve tiempo. Un solo motor, yo creo; no hay mucho espacio en el punto de destino en Irlanda. Hierba, desde luego, pero lo utiliza un club, así que no habrá más obstáculos que los setos. Haré que alguien eche un vistazo a las condiciones en que se encuentra el lugar cuando estemos más cerca del momento.

Durante un momento guardó silencio; luego dijo:

—Esto no es un Nintendo; lo que estamos haciendo no es un juego de ordenador en el que borras los puntos y la pantalla se pone oscura. Hacer

aterrizar un avión en un basurero en plena oscuridad es algo definitivo. Los pilotos no salen beneficiados de sus errores, Bernd. Los pilotos no salen beneficiados de sus propios errores porque los pobres cabrones no viven lo suficiente después del primer error para sacar provecho de él.

Todo eso yo ya lo había oído antes, desde luego. Aquellos pilotos que volaban en cielo oscuro querían que uno supiera que se estaban ganando sus honorarios.

—Vale, Sueco —le dije—. Guarda el violín.

—No te preocupes, sé tener la boca cerrada —me aseguró—. Yo piloté el avión para tu amigo Volkmann aquella noche, cuando ocurrió todo. Y lo he mantenido en secreto, ¿no es así? Tú no lo sabías, ¿verdad?

—No —reconocí, y mis orejas empezaron a aletear. Estaba intentando recordar si el Sueco había llegado a conocer alguna vez a Werner; y, caso de ser así, cuándo y dónde—. ¿Voló Volkmann aquella noche?

—Volkmann no. El avión no era para él, Volkmann sólo me envió la orden para hacer el encargo. El avión era para tu amiguito Prettyman.

—¿Para Prettyman?

—No te hagas el tonto, Bernd. Hablo de Jay Prettyman, el asesino a sueldo que el Departamento tenía siempre a mano. El de la cara blanca... ese tipo que es como un espectro... que no tiene cejas.

—Sí, Jay Prettyman. Lo conozco.

—Pues claro que lo conoces. Era uno de tus amigos más íntimos, ¿no?

—Yo no tengo ningún amigo íntimo —le aseguré.

—Y estoy empezando a comprender por qué —me dijo el Sueco—. Prettyman me puso al corriente de todo. Yo tenía que esperar no importa cuánto tiempo hasta que él llegase. Y llevaba un paquete para él. Prettyman iba a subir a bordo y yo tenía que sacarlo de Inglaterra. Todo tenía que estar muy bien cronometrado, eso era importante. Encontraron un espacio para que aterrizase en Gatwick por la mañana temprano. Yo no quería llegar allí demasiado pronto y llamar la atención de los de la torre de control. Son todos de la Gestapo.

—Sí —convine. El Sueco tenía en muy mala consideración a cualquier autoridad. Incluso a los controladores de vuelo los tenía clasificados como enemigos mortales en lugar de como salvadores—. Cuéntame más.

—Se hizo casi de día antes de que llegase nadie. Cuando llegó el coche resultó que no era Prettyman. El plan era que Prettyman iría en bicicleta. Y yo me llevaría la bicicleta en el avión. Eso le daba la oportunidad de esconder el coche en alguna parte. Yo había quitado los asientos para hacerle sitio a la

bicicleta. Incluso probé metiendo una bicicleta dentro para asegurarme de que no hubiera dificultades al pasarla por la puerta.

El bueno y precavido del Sueco.

—¿Pero fue un coche lo que llegó?

—Supuse que algo había salido gravemente mal. A tu mujer iban a sacarla por carretera, ¿no?

—En efecto —reconocí—. ¿Y quién iba en el coche?

—Una mujer. No quiso volar conmigo. Se limitó a decirme que me marchase de allí lo antes posible. Me dijo que me fuera a casa y me olvidase de todo aquel asunto. Dijo que se me pagaría un plus por haberme hecho esperar. Yo sabía que aquello no era verdad. ¿Has oído que alguna vez le pagasen más a un piloto clandestino por hacerlo esperar?

—¿Quién era? ¿La conocías?

—No lo sé —repuso el Sueco—. Le di el paquete, despegué y me fui de allí.

—No empieces a hacerte el listo conmigo, Sueco.

—He dicho que no lo sé. Eso significa que no lo sé, ¿te enteras?

De pronto se puso agresivo al darse cuenta de que quizá estaba diciendo más de lo que tenía intención de decir.

—Estás demasiado viejo, tienes demasiadas cicatrices y eres demasiado pobre para empezar a entregar paquetes a personas que no conoces. ¿Cómo se identificó la mujer?

El Sueco agitó el revólver de cañón largo.

—Con un pasaporte. Según éste, se trataba de la señora Prettyman. Era un pasaporte válido del Reino Unido. ¿Qué querías que hiciera yo?

—No gimotees. ¿Qué había en el paquete?

—No lo sé. Estaba sellado. Era una maleta cerrada con llave. Pesaba una tonelada. Se la di y ella se largó inmediatamente. La condenada señora Prettyman subió al coche sin darme las gracias ni decirme adiós siquiera. Pasó mucho tiempo antes de que yo lo averiguase.

—¿Que averiguases qué, Sueco?

—Que era una especie de golpe. Nunca tuvieron intención de que yo sacase a Prettyman en avión de allí. ¿Qué iba a hacer yo con un paquete para él? Demonios, íbamos a dirigirnos a Gatwick. ¿Qué había en aquel paquete para que tuviera que llevarlo él en el avión? ¿El maquillaje? ¿Las vitaminas?

—El Sueco se echó a reír—. No, Prettyman estaba involucrado en un golpe. Y yo estaba allí para recoger el cadáver. Lo que supongo es que el maletín

contenía documentos de identidad para el que iban a matar. Por eso era todo tan secreto. Por eso Prettyman tenía que recibirlo.

—¿Has vuelto a ver a Prettyman desde entonces?

—Nunca he hablado de ello desde aquel día hasta hoy. Sé tener la boca cerrada.

—Hasta ahora —le dije.

De pronto el Sueco pareció lamentar su indiscreción. Se puso firme como un soldado cuando se prepara para recibir una medalla o para que le besen en ambas mejillas. O las dos cosas.

—Por lo menos necesitaré un mes para hacer los preparativos —me dijo—. Necesitaré a alguien que me ayude en el punto de destino inglés. Alguien con un poco de autoridad.

—Te he traído algo de dinero en efectivo.

Le había llevado un sobre cerrado que contenía dos mil libras en billetes de veinte. Se lo entregué.

El Sueco cogió el sobre y descuidadamente se lo guardó en un bolsillo interior.

—Necesitaré por lo menos cinco de los grandes por adelantado y no podré devolvarte mucho si lo cancelas. Ya me lo habré gastado para entonces. Y una vez que entregue a tus pasajeros, despego y se acabó el trato.

—¿Alguna vez lo he hecho de otro modo?

—Estás loco, Bernd.

—Son mis hijos —le dije.

—Tus pasajeros —me corrigió el Sueco decidido a no tomar parte en mi delito—. ¿Les has dicho a ellos lo que piensas hacer? No les des la sorpresa en el último minuto, haz el favor, ¿eh? No quiero tener que forcejear con jovencitos que se me resistan. Eso podría traer auténticos problemas.

—Sólo poco a poco, al compás de cuatro por cuatro, Sueco. Tú límitate a pilotar el avión; deja de mi cuenta el asunto de los pasajeros, ¿de acuerdo?

—Es lo mejor —me contestó el Sueco con una sonrisa tonta en la cara.

Sólo entonces caí en la cuenta.

—Cabrón. Estás borracho como una cuba.

—No, no, no —me aseguró.

Di un paso adelante para abofetearle o para sacudirlo, no estoy seguro. Blandió ante mí la réplica del Colt de un modo más cómico que amenazador.

—No menees demasiado la máquina o acabarás por quedarte sin cacahuets —me dijo.

—Si me fallas, te mataré, Sueco.

—Sí, sí. Ya te conozco. —No lo dijo en tono de aprobación afectuosa—. Gabrielle me ha dejado —añadió con lástima—. Por un analista del mercado inmobiliario, que es como se llama ese tipo a sí mismo. ¿Eso qué es? ¿Qué demonios hace un analista del mercado inmobiliario? Es un jovencito. Ella dice que gana cien mil dólares al año. ¿Te lo puedes creer?

—Claro que me lo puedo creer —repuse.

Nunca había oído hablar de Gabrielle; no sabía si era su mujer, su novia o su piraña de compañía. Pero fuera quien fuera, me resultaba fácil creer que quisiera alejarse de él.

—¡Gabi! ¡Gabi! —repitió el Sueco en voz más alta para ayudarme a recordar—. La que te prestó el coche.

—Ah, sí.

Ahora ya la recordaba. Gabi Semmler, una berlinesa de treinta años que trabajaba de secretaria particular en una compañía de vuelos chárter con la que el Sueco quería hacer negocios. En realidad hacía poco que yo la había visto en Berlín. Me pregunté si había sido antes, durante o después de la desintegración. Pero no me importaba mucho.

—No te preocupes, Bernd, viejo. El Sueco no te estropeará el asunto. El Sueco nunca te abandona.

—Ponte sobrio —le pedí—. Y date prisa.

—Sí.

Se puso el extremo del arma de cañón largo en la sien y gritó «Bang» con tanta fuerza que me sobresaltó.

—Venga, Sueco, vamos. Ya es hora de ir de paseo. Guarda ese juguete.

Hacía un tiempo espantoso. Salimos a la calle Charing Cross justo cuando un rayo desgarraba el cielo oscuro con una línea azul e irregular. El estallido del trueno que lo acompañaba resonó por toda la calle. Coches, furgonetas de reparto, taxis negros, incluso los autobuses rojos de dos pisos, relucientes por la lluvia, quedaron paralizados de pronto por el destello del relámpago. Los arroyos que corrían por la calzada, rápidos y turbulentos, barrían grandes cantidades de basura hacia el torbellino que se formaba ante las alcantarillas. El feroz chaparrón formaba altos tallos en la acera, y la lluvia azotaba con estruendo los vidrios de los escaparates y me empapaba. El Sueco salió a la calle y los dos nos cobijamos agazapados en un portal tratando de divisar algún taxi libre.

—A veces me pregunto qué pasa dentro de esa cabeza tuya, Bernd —me dijo el Sueco—. ¿Es esto el sueño de una nueva vida lejos de aquí?

—Si le cuentas a alguien los sueños, no se hacen realidad —le recordé.

—Sí, sí, ya lo sé —convino el Sueco.

Y se echó a reír. Tenía una risa horrible, como el rebuzno de una mula enfadada. De pronto vio un taxi. Echó a correr hacia la calzada esquivando algunos coches que se vieron obligados a frenar y virar para no atropellarle. El Sueco no dejó en todo el tiempo de llamar al taxi en voz alta, una voz como un bramido, para atraer la atención del taxista.

—Heathrow, terminal uno —le gritó al taxista cuando subió al coche.

Me dirigió un breve saludo de agradecimiento, quién sabe si de burla, antes de cerrar la ventanilla del taxi. Lo miré mientras se alejaba y sospeché que en cuanto se perdiera de vista le daría al taxista alguna otra dirección.

Entonces un Ford Transit se separó del bordillo y se adentró en el tráfico. Llevaba pintados letreros que decían que se trataba de un abastecedor de alimentos de lujo para restaurantes. La cara del chófer me resultaba familiar, pero no logré situarlo. Alguien del cuerpo de *ballet* del Departamento, quizá. Si estaban siguiendo al Sueco, quizá me estarían siguiendo a mí también. Preferí creer que se trataba de algún compinche del Sueco. Me dije que aquel tipo era dado a mostrarse cauto en exceso incluso cuando se encontraba con viejos amigos. Requerir los servicios de un escolta solía ser señal de mala conciencia, de mala compañía o de llevar demasiado dinero encima.

Por fin conseguí un taxi. Mi siguiente parada era Mayfair y el despacho del agente de la propiedad inmobiliaria. Le dije al taxista que no sabía la dirección exacta, y dejé que diera la vuelta dos veces a Grosvenor Square mientras yo observaba muy atentamente a los otros coches que circulaban por allí. Aquella paranoia incómoda, insana y neurótica que me había ayudado a seguir con vida tanto tiempo me hacía pensar que me estaban siguiendo. Me preguntaba si, al fin y al cabo, aquel tipo del Ford Transit, en vez de ser amigo del Sueco, no sería el vehículo de recambio para seguirme a mí. Pero si había alguien siguiéndome ahora, tenía que ser un verdadero experto. O quizá simplemente alguien que ya estaba al corriente de cuáles eran las citas que yo tenía y había llegado allí antes que yo.

Llegué diez minutos tarde. Uno de los muchos abogados de mi suegro estaba esperando también, y tamborileaba con los dedos sobre un grueso fajo de papeles. En 1983, cuando Fiona nos abandonó de repente a los niños y a mí y se marchó a Alemania Oriental, alquilamos nuestro hogar a cuatro jóvenes americanos. Pero ahora los americanos iban a marcharse. A tres de ellos los habían destinado a bancos de Singapur y Hong Kong, y el que quedaba no encontraba a nadie con quien compartir el alquiler. El agente quería que yo firmara unos documentos mediante los cuales le volvía a ceder

la propiedad a mi suegro. Yo no tenía demasiadas alternativas, porque la inversión financiera más importante para comprar aquella casa la había hecho él; nuestra inversión, en realidad, no había sido más que amor y esfuerzo.

El despacho del agente era una habitación elegante decorada con muebles antiguos; en las paredes había grabados y mapas del Londres histórico enmarcados. Los mapas son, desde luego, la decoración que adoptan los hombres que no quieren mostrar públicamente su gusto en cuanto a arte. La única nota discordante la daba un procesador de textos de plástico gris que ocupaba una mesa en el rincón y zumbaba sin parar.

—Ha sido muy amable al llegar tan puntual —comentó el agente de la propiedad inmobiliaria como si le hubieran advertido de que podía ser que yo no apareciera por allí.

Me sonrió tranquilizador y yo le devolví directamente la sonrisa. Mi suegro no era un delincuente; Fiona y yo saldríamos de aquel asunto con una compensación razonable por nuestra tajada en la hipoteca, pero yo odiaba la manera que aquel hombre tenía siempre de hacer las cosas a través de sus empleados. ¿Por qué convocarme repentinamente en aquel despacho? ¿Por qué no hablar con nosotros acerca de la propiedad de la calle Duke mientras estábamos con él el fin de semana?

Firmé encima de las cruces marcadas a lápiz.

Cuando volví al trabajo, Dicky me estaba esperando. Se encontraba sentado en su despacho, una habitación grande y confortable en la que había auténticas pieles de león extendidas en el suelo; las dos ventanas tenían una espléndida vista sobre los árboles. Entre las ventanas había colocado la bonita mesa de palisandro, cuya superficie estaba prácticamente despejada. Dicky tenía el convencimiento de que los escritorios de oficina corrientes, los teléfonos y los procesadores de texto no eran necesarios para el trabajo, y para la clase de trabajo que hacía Dicky evidentemente no lo eran. Sólo tenía un teléfono, y el único motivo por el que tenía además un fax era porque últimamente había estado aplazando la elección del lugar para ir a comer hasta haber estudiado los menús diarios de sus lugares favoritos, menús que le enviaban por fax.

—Toma un poco de café —me sugirió.

Aquél era un ofrecimiento significativo, pues demostraba que Dicky tenía algo importante que pedirme. Trajeron el café de la habitación contigua, donde Dicky almacenaba toda la maquinaria fea de oficina y también las muchachas bonitas con las que competía Daphne.

—¿Has visto al tío Silas?

—Sí —le contesté.

Yo estaba sorbiendo café sentado en el blando sillón de cuero blanco que Dicky había instalado hacía poco para las visitas. También había cortinas nuevas, y el retrato oficial en color sepia de la soberana se había enmarcado en palisandro para hacer juego con la mesa.

—¿Te mandó llamar? —Y por si yo no lo había entendido, añadió—: ¿Te mandó llamar Silas Gaunt?

Dicky estaba sentado detrás de la mesa, y tenía los brazos cruzados. Llevaba puesto un traje azul a rayas diplomáticas de un estilo muy corriente. Supuse que había estado hablando con los políticos.

—Recibí un mensaje un poco confuso... —le expliqué.

Creí que Dicky iba a quejarse por haberme tomado algún tiempo libre para ir allí sin pedirle permiso.

—Se ha estado negando insistentemente a ver a nadie —me dijo Dicky mientras se tocaba los labios con la punta de los dedos. Era aquél un gesto frecuente en él, pero yo a veces lo interpretaba como cierta clase de miedo inconsciente a estar hablando demasiado—. La semana pasada se negó a ver al director general. Dijo que estaba enfermo. Cuando Bret intentó ir a verlo se mostró insultante en extremo.

Saboreé el café. Procedía de la tienda del señor Higgins. Dicky decía que era el mejor café de Inglaterra, y Dicky era muy ceremonioso con el café.

—Oh, dioses, Bernard. No te quedes ahí sentado bebiendo café y sonriéndome. Te estoy haciendo una pregunta.

—¿Qué es lo que me quieres preguntar, Dicky?

—¿Por qué tú? ¿Por qué iba tío Silas a mandarte llamar a ti mientras se niega a ver a nadie del piso superior? Ni siquiera quiere ver al director general. Le dijo a Bret que no estaba dispuesto a permitir ni que el primer ministro fuera a su casa. Insultó a Bret como un marinero borracho. Bret grabó la llamada. Estuvo realmente insultante. Así que ¿por qué tú, Bernard? ¿Qué es todo esto?

—Quería hablar de mi padre.

—¿Nada más?

—No, nada más —le dije.

—Muy bien, pero no te ofendas por cualquier cosita. Nada de reproches acerca de tu padre.

El teléfono de Dicky sonó.

—Es para ti, Bernard.

Me pasó el teléfono. Era Bret, que me llamaba por una línea interior. Con aquel acento enérgico e inconfundible no tenía necesidad de identificarse.

—Bernard —puso el acento en la segunda sílaba—, ha llamado una mujer muy irritable por una línea exterior. Trataba desesperadamente de localizar a Fiona.

—Pues está en Roma —le informé—. En el simposio sobre terrorismo.

—Claro, ya lo sé —me dijo Bret imperiosamente—. He sido yo quien la ha mandado allí. ¿Quieres hablar con Gloria? Ella te dirá quién recibió la llamada.

—¿Hay algo para Dicky? —le pregunté.

No acababa de comprender por qué tenía que ocuparme yo del montón de trabajo de mi mujer.

—No se trata de trabajo —me dijo Rensselaer—. Es un asunto de familia. Privado. —Su voz sonó enormemente preocupada cuando añadió—: No tienes coche aquí, ¿verdad?

—No.

—Coge el de Gloria.

—¿Para hacer qué?

—Si te hace falta, si te hace falta —me indicó Bret, que estaba a punto de perder la calma. Luego, más tranquilo ya, continuó hablando—: Gloria tiene aquí su coche. Ella lo resolverá, Bernard. Se le dan bien esas cosas.

Estuve a punto de preguntarle cuáles eran esas cosas, pero Bret ya había colgado el teléfono.

Me excusé apresuradamente ante Dicky y después me dirigí al despacho que yo utilizaba. Estaba buscando el número de Gloria en el listín interno cuando ésta asomó la cabeza por la puerta. Llevaba un traje de chaqueta de color carmesí. El cabello rubio lo tenía peinado hacia atrás, y la frente estaba cubierta por un pulcro flequillo. El cambio de aspecto era asombroso.

—¡Bernard! —me llamó—. ¿Dónde has estado? He llamado a todas partes intentando localizarte. No tienes teléfono móvil, no había ningún número de contacto. Habías desaparecido, sencillamente. Hice que los de seguridad recorrieran todo el edificio.

No sonreía; parecía molesta.

—A veces lo hago —le dije.

Entró en la habitación y empujó la puerta hasta cerrarla detrás de sí como si estuviera a punto de confiarme un secreto.

—¿Te lo ha dicho Bret?

Ahora podía verla con más claridad. Parecía rebosar de rabia. Su cara estaba llena de ella, sus labios formaban una mueca como un puchero y tenía los ojos castaños muy abiertos y brillando de animosidad.

—¿Qué? ¿Decirme qué?

—Han llamado del colegio. Yo los llamé luego. Puede que no sea nada. —Hizo una pausa antes de soltar el resto como un chorro—. El minibús del colegio se salió de la carretera y volcó. En general no se han hecho nada, se trata de cortes y magulladuras, pero algunos niños, cinco, según me dijo la gobernanta, tendrán que pasar la noche en el hospital.

—¿El colegio de Billy?

—Sí. Perdona, tenía que haber dicho eso. Sí, el colegio de Billy. Una colisión con una motocicleta... cuando se dirigían a jugar un partido de fútbol contra un colegio del sur de Londres. El conductor está malherido y el motorista en cuidados intensivos. ¡Oh, Bernard!

—¿Dónde está?

Gloria estaba intentando ponérmelo más fácil, me di cuenta de ello.

—No estamos seguros de que Billy esté herido. Había varias ambulancias y llevaron a los niños a hospitales diferentes. Una de las chicas de abajo dice que lo han dicho por la radio. He llamado a la BBC, pero me han dicho que ellos no han sido, que debió de ser en algún boletín de noticias de alguna emisora local.

—¿Sabes a qué hospitales los han llevado?

—En el colegio me dijeron que llamarían tan pronto como supieran más cosas al respecto. Pero creo que lo mejor será que vayamos al colegio. Otros padres ya están allí. Ellos sabrán lo que está pasando.

—Está bien. Conozco el camino.

—Déjame que conduzca yo, Bernard. Mira, te tiemblan las manos.

—No seas tonta.

Pero me sorprendí metiendo las manos en los bolsillos por si ella tenía razón.

—Tus suegros no están. El ama de llaves, o quien fuera la persona con la que hablé, me dijo que no sabía cómo ponerse en contacto con ellos.

—Están en una clínica para adelgazar. No dejan números de contacto, no quieren que nadie les moleste cuando se encuentran allí.

—Voy a dejar todo esto. Te llevaré al colegio.

Fue un trayecto para destrozarle los nervios a cualquiera; Gloria conducía como un ladrón de coches mexicano, la lluvia caía a raudales y había los

consabidos atascos que siempre se producen con esas tormentas. Gloria tenía puesta toda su atención en la carretera, lo que le servía de excusa para no entablar conversación conmigo, pero yo sabía muy bien cuánto la había trastornado la noticia.

En otras circunstancias, aquélla podría haber resultado una oportunidad perfecta para hacerle confidencias. Me puse el cinturón de seguridad, me recosté en el asiento y la miré. Era inútil negar que la necesitaba. La necesitaba ahora que la noticia me había deprimido, y necesitaba desesperadamente oírla decir que me quería. Necesitaba oírla decir que con gusto cambiaría su vida en Inglaterra por una vida vulgar y sin un centavo conmigo. Una vida en algún país lejano sin tratado de extradición. Pero no abordé ninguno de aquellos temas complejos y de largo alcance. Iba sentado, encogido en el coche, un viejo Saab que Gloria había preparado para conducirlo en *rallies*, pero que se había estropeado por completo en un viaje de reconocimiento antes siquiera de empezar el primer *rally* de verdad. Ahora se había convertido en su transporte por Londres, una bestia rugiente y fiera que estaba pidiendo interminables remiendos y una técnica de conducir que se adecuara a sus muchos vicios.

El colegio privado de Billy se distinguía más por sus elevados honorarios y por su exclusividad que por su excelencia académica. Lo había elegido el padre de Fiona. El colegio se había instalado en una estupenda mansión antigua cubierta de enredaderas que hacía mucho tiempo que habían adaptado, subdividido y doblado para cubrir las necesidades de la vida académica. Cuando llegamos, el patio delantero de grava estaba lleno de coches mal aparcados, los coches de padres locos de inquietud. Las marcas BMW, Volvo, Mercedes y Rolls medían las aspiraciones de los padres cuya fe en la meritocracia tantas veces prometida por el gobierno era menos que absoluta.

La gobernanta del colegio era una mujer rolliza de pelo gris que vestía una blusa blanca de cuello alto, falda plisada de *tweed* y zapatos planos. Le habían encomendado que saludase con una sonrisa cansada y abundante té dulce con galletas a los familiares que habían incumplido las instrucciones dadas por teléfono de quedarse en casa.

Gloria y yo estábamos sentados en la sala de profesores debajo de un cartel de colores que representaba los miembros más fieros de varias especies de animales en peligro de extinción. Yo ya iba por la segunda taza de té, y estaba eligiendo una galleta rellena de mermelada de la fuente que Gloria me ofrecía, cuando un joven delgado ataviado con un chándal malva nos dijo, sin

dejar de mirar una tablilla para evitar nuestra mirada, que se llamaba Hemingway y que era el encargado de la sección de mi hijo.

—No creo que su hijo fuera en el autobús —nos explicó sin levantar la vista de los papeles—. Claro, porque no pertenece al equipo de fútbol.

Cuando le contesté que yo creía que Billy formaba parte del equipo, el señor Hemingway pasó la punta de un dedo manchado de nicotina por la lista mecanografiada que llevaba en la tablilla y dijo:

—Su nombre no está aquí. Así que no podía ir en el autobús. No iba ningún alumno como espectador para acompañar al equipo; sólo los miembros del equipo y dos profesores.

—Si no pertenece al equipo y no iba en el autobús, ¿por qué nos han llamado por teléfono? —le pregunté.

—¿Llamarles?

Levantó la mirada hacia mí.

—Al despacho de mi esposa. Alguien llamó a mi esposa y dejó un mensaje.

—Pero la llamada no se hizo desde aquí —me aseguró mientras se metía la tablilla debajo del brazo—. Nadie de aquí llamó a ninguno de los padres.

—Pero...

—Nadie del colegio llamó. Respondemos a las llamadas, pero no estamos alarmando a la gente. —Sonrió. Era evidente que lo habían elegido porque era un hombre capaz de enfrentarse con resolución a los padres airados—. El director me ha estado diciendo, sólo hace media hora, que era increíble que la noticia se hubiera extendido con tanta rapidez. Nosotros no hemos avisado a ningún padre ni pariente cercano. Dieron la noticia por la radio, desde luego, y unos padres fueron llamando a otros. Debe de haber sido algún amigo quien les ha telefoneado, pero no el colegio. El director decidió esperar hasta que tuviéramos un informe en regla del hospital y una lista de los que tendrán que pasar la noche hospitalizados. Todavía no lo hemos recibido, pero, como ven, hay por lo menos dos docenas de padres aquí.

—¿Cómo puedo estar seguro acerca de Billy? ¿Cómo puedo saber que está a salvo?

—El muchachito debe de estar aquí. Los días laborables no se permite que ningún niño salga de los terrenos del colegio si no tiene un permiso escrito. ¿Quieren que envíe a uno de los muchachos a buscarlo? Esta tarde debería estar en clase de conciencia social... ah, no, la señora Phelan está enferma. Esperen un momento, la clase de su hijo estaba nadando... no, miento... asuntos actuales...

Por fin lo encontraron. Billy estaba en la biblioteca, sentado en la parte de atrás cerca del radiador, memorizando los nombres de las montañas más altas del mundo para un examen de geografía. Iba en pantalón corto, calcetines largos y una camiseta en la que se veía escrito el eslogan «Los que tenéis mala ortografía en el mundo... soltaos». Billy era un niño diferente allí, en el entorno de su colegio, con la raya del pelo esmeradamente hecha y los zapatos limpios. Y sus movimientos eran tímidos y refrenados. Por un momento me costó reconocerlo como mi pequeño Billy.

—Lo siento, papá —me dijo.

—Estábamos preocupados —le comenté mientras lo abrazaba.

Le dio un beso a Gloria. Ésta reprimió un sollozo pequeño y luego se puso a sonarse la nariz ruidosamente con un pañuelo diminuto que había sacado del bolso después de revolver en él durante un rato.

—Me dijeron que podían ponerme en la reserva. A uno de los medios tenían que sacarle una muela del juicio, pero se recuperó demasiado de prisa.

—¿Les gustaría a usted y a la señora Samson llevarse a su hijo a pasar la tarde fuera? —nos preguntó Hemingway mientras le daba unas palmaditas en la cabeza a Billy y le dedicaba una sonrisa a Gloria—. Estoy seguro de que no pasará nada si se pierde la hora de estudio.

—Sí —respondió Gloria asumiendo sin esfuerzo el papel de señora Samson—, nos gustaría.

—¡Vaya! Muchas gracias, señor. ¿Te parece bien, papá? Hay un restaurante chino nuevo que está súper; lo han abierto en la calle High, justo donde estaba antes aquella librería tan cochambrosa que vendía libros de segunda mano. Empiezan a servir muy temprano. Se llama El pato de Pekín... pero todos mis amigos lo llaman Piping Hot.

—Suenan bien —dije mirando inquisitivamente a Gloria. Ésta asintió con la cabeza—. Hemos venido en el coche de Gloria —le expliqué a Billy.

—Ese Saab tan estupendo. Sí, todavía se nota dónde estaban los números de *rally*. Y tiene una antena de radio de coche. Es súper. ¿Qué neumáticos tienes?

—Ve a buscar el abrigo y una bufanda —le dije a mi hijo—. Y un jersey, que hace frío.

Miré a Gloria. No tuve necesidad de decirle nada. Estaba claro que Billy nos había visto llegar y había ido a esconderse a la biblioteca.

—¿A quién le importa que esté o no en el equipo de fútbol? —le dije a Gloria.

—Quiere que tú lo quieras —observó—. Quiere hacer algo que te haga sentirte satisfecho.

—Pero si yo lo quiero —le dije con enojo.

¿Acaso era yo semejante ogro? Era de esos días en que todo el mundo hablaba en acertijos.

—Y quiere que estés orgulloso de él.

—Pero yo odio el fútbol. Odio todos los deportes, hasta el ajedrez —le recordé.

El oído del señor Hemingway debía de ser extraordinariamente fino, porque me fijé en que se puso rígido cuando dije aquello, aunque estaba de espaldas a mí mientras hablaba con otros padres al otro extremo de la sala.

—A Billy en realidad no le gusta la comida china —me dijo Gloria—. Insiste en que vayamos a ese restaurante que hay en la desviación; se llama El viejo granero, o El Manoir... o algo así de postizo. Allí puede tomarse una hamburguesa, espagueti y ese postre de manzana al que le prenden fuego en la mesa.

—Entonces, ¿por qué me ha dicho que fuéramos al chino? —le pregunté yo siseando.

Quizá hablaba demasiado alto, pues la gente nos miraba.

—Porque hubo un día en Islington, un día en que llovía mucho y estábamos buscando un sitio para comer antes de ir a ver *Hamlet* en la primera sesión, que tú dijiste que te gustaba mucho la comida china. Por entonces Billy estaba haciendo la función en el colegio. ¿Te acuerdas?

—Ah, sí.

Qué memoria tenía Gloria. Yo habría dado el salario de seis meses con tal de poder recordarle qué llevaba ella puesto aquel precioso, feliz y perfecto día que a mí se me había olvidado por completo.

—Yo creo que si vosotros dos, Billy y tú, sencillamente dejaseis de intentar hacer cosas buenas el uno por el otro, vosotros...

No llegó a terminar lo que estaba a punto de decir porque Billy, que se había cambiado de ropa como un relámpago, había aparecido ahora vestido con el uniforme de franela gris que llevaba el lema del colegio escrito en latín en el bolsillo del pecho. Bajaba corriendo las escaleras balanceando el impermeable en la mano.

El hecho de que llevásemos a Billy a cenar espagueti y albóndigas de carne no lo privó de la oportunidad de hacer chistes y de demostrar lo enterado que estaba, utilizando el nombre del nuevo restaurante chino. Los chistes iban desde juegos de palabras con los fideos hasta los perros chatos

pequineses y el hombre de Pekín, y si no nos reíamos lo suficiente, Billy nos explicaba el chiste. Y lo hacía con detalles exhaustivos. En algunos aspectos se parecía mucho a mí.

Cuando hubo devorado hasta la última hebra de espagueti y todos los crêpes de manzana estuvieron flambeados y doblados y se los hubo comido, cuando ya hubo contado todos los chistes y hubo examinado los neumáticos del Saab, volvimos a llevar a Billy al colegio, donde se dirigió al dormitorio. Gloria me llevó a Londres en el coche. Aquélla era una oportunidad perfecta para mantener con ella la seria conversación que yo ya había estado posponiendo durante demasiado tiempo.

Quizá no elegí el modo más prudente de empezar.

—Voy a sacarlo de ese puñetero colegio. Crecerá y será un detestable esnob si se queda ahí. ¿Te has fijado en el chiste del policía tonto?

—Oh, Bernard, ¿qué te pasa? Tú haces constantemente chistes a costa de la gente... agentes de bolsa lerdos y políticos codiciosos. No seas tan criticón. Billy nunca será un esnob así. Es encantador y muy divertido.

—A veces me dan ganas de salir huyendo con él —le confié a Gloria.

Metí la punta del pie en aquel terreno con tanta cautela como fui capaz. Gloria Kent, de extracción húngara, presintió inmediatamente el peligro. Una niña extranjera no crece en un colegio inglés sin saber que hay un campo de minas a ambos bandos de cada diálogo social inglés.

—Él nunca se iría —dijo.

—Parece que estás muy segura.

—Sería desgraciado. Es que no te conoce lo bastante bien, Bernard. —Por el tono que empleaba comprendí que ella se esperaba un torrente de objeciones por mi parte, pero yo no dije nada, me limité a aguardar—. Billy te quiere y sabe que tú lo quieres, pero en realidad tú no lo conoces bien.

—Sí que lo conozco.

—Conoces al niño que era antes.

Pensé en el señor Hemingway. Billy había hablado del jefe de su sección del internado varias veces durante la cena. No digo que Billy adorase al señor Hemingway como a un héroe, ni siquiera que lo admirase, pero cualquier insinuación de alabanza que él le dirigiera era un galardón que Billy con gusto compartía con nosotros.

—Eso se arreglaría con el tiempo —observé.

Gloria no estaba tan segura de ello.

—Tiene amigos y una rutina establecida. Se adivina por todo lo que ha contado esta noche. Puede que tú consideres ese colegio como una fábrica que

produce ingleses filisteos con el cerebro como un alfiler, de una clase que tú desprecias de corazón, pero es la única realidad para Billy. Y a él le gusta.

—Gracias, Gloria.

—¿Qué querías, que te diera la razón como a una criatura? Has esperado demasiado. Llévatelo contigo a tu lujoso apartamento de Mayfair si quieres, pero allí será un extraño. Todo llevará tiempo, Bernard. Olvídate de cualquier idea de blandir una varita mágica. Billy es ya un muchacho joven. Tiene mente propia.

—Supongo que tienes razón —reconocí mientras apretaba los dientes.

—¿Crees que tu esposa le habría dado su número de teléfono al colegio?
—me preguntó de pronto Gloria como si hubiera estado pensando en ello.

—No —respondí.

—¿Y a algún otro padre?

—No, con mucha menos razón se lo daría al padre de algún alumno.

—Entonces, ¿quién llamó al despacho?

—¿Y por qué? —añadí yo.

Gloria controlaba el coche con una habilidad maníaca que no llegaba nunca a convertirse en frenesí. Mientras avanzábamos velozmente por las brillantes calles de los suburbios, las luces de neón formaban halos de colores vivos, rosa, verde y azul, alrededor del cabello de Gloria y le pintaban la cara con dibujos salvajes. No parecía el momento de preguntarle si le gustaría huir conmigo. Pero no tuve que preguntárselo; Gloria me leyó el pensamiento. Y no iba a dejar que me bajase del coche sin decirme lo bien que me lo había leído.

—No estás en Berlín, Bernard —me comentó cuando nos detuvimos delante de mi apartamento. Hice ademán de buscar la manilla de la puerta, pero no me esforcé mucho por encontrarla—. No puedes manejar a dos mujeres de ese modo psicótico en que corres de un lado al otro del Muro. —No le respondí. Me daba cuenta de que Gloria tenía algo que decir—. Sé que me quieres, y yo también te quiero —me dijo con esas prisas con que los anunciantes dan consejos de salud—. Pero tú ya tienes mujer e hijos. Ahora tienes que dejarme en paz y permitirme hacer mi propia vida.

—Pero Gloria...

Apretó el acelerador lo justo para hacer rugir el motor.

—Déjame en paz, Bernard —me imploró frenéticamente—. Por Dios, déjame en paz.

Se puso a mirar hacia adelante sin moverse mientras yo bajaba del coche.

—Buenas noches, Gloria —le deseé—. No pretendo hacerte ningún daño.

No giró la cabeza ni contestó; se limitó a alejarse de allí con el coche.

BERWICK HOUSE, Inglaterra

Me dolió que me mandasen al Centro de Información de Londres para exprimir a mi cuñado George Kosinski y provocar en él alguna reacción. Lo tenían detenido con una orden judicial, que era el modo que el Departamento tenía de llamar a los prisioneros a los que no se les pensaba hacer juicio. Que lo tuvieran retenido en una preciosa y antigua casa solariega del siglo XVIII y que le permitieran pasear por sus casi tres hectáreas de césped y bosques, por no decir nada de los rosales y del huerto, no alteraba el hecho de que Berwick House estuviese rodeada de un alto muro. Y tampoco cambiaba el hecho de que los hombres de aspecto inocuo que trabajaban en los jardines fueran armados. Desde luego, mi intranquilidad se veía aumentada porque había sido yo en persona quien había traído a George de Polonia. Y había entregado un informe que describía al detalle el largo período de servicio de George como agente del gobierno comunista de Polonia. Aquello había provocado algunas medidas inmediatas; las otras sugerencias que yo había hecho se pasaron por alto. Había dejado de lado mis sentimientos personales hacia George. La ira que había provocado en mí su traición y estupidez ya había ido amainando. Según como se mirase, en realidad George no era gran cosa, pero incluso un agente de poca monta como él podía proporcionar, si se le sabía manejar con habilidad, información bastante valiosa sobre contactos, pisos francos y todo el batiburrillo de actividades del enemigo allí, en Gran Bretaña. Pero a George no lo habían manejado con habilidad, sino que lo habían dejado arrinconado. Eso se debía en parte a que cualquier información vital que él nos diera tendríamos que entregársela a Cinco, los rivales del Departamento, lo que les daría una buena oportunidad para dejarnos en un segundo plano cuando llegase la hora de presumir ante nuestros amos políticos.

De manera que yo no estaba en un estado de ánimo demasiado feliz cuando entré por las puertas de Berwick House. Los neumáticos crujieron en

el sendero de grava cuando me detuve para el chequeo de identidad. Saqué la tarjeta de la cartera, pero no tuve necesidad de ella. La barrera se alzó inmediatamente y pasamos directamente. Supongo que los dos vigilantes reconocieron al chófer y el coche oficial, e incluso uno de ellos pareció reconocirme a mí. Puso mala cara.

Habían hecho un esfuerzo drástico por limpiar aquel lugar desde mi última visita. Las antiguas cabañas del ejército y aquel característico y penetrante olor a conservador de alquitrán habían desaparecido de lo que en otro tiempo fue el campo de *croquet*.

En el barro había clavados letreros que rezaban: «No pisen el césped». Los habían erigido allí con la esperanza de que el verano trajera consigo la hierba suficiente para ocultar los cimientos rotos de hormigón de las cabañas que se habían resistido a las perforadoras y a las excavadoras.

La lluvia había cesado, pero goteaba agua de los árboles y había profundos charcos en el camino de grava para coches. Dos hombres ataviados con mono estaban tendiendo cables a lo largo del lecho del recién drenado foso que rodeaba el edificio principal de ladrillo rojo. Habían arrancado los lirios, las azucenas y los juncos y los habían amontonado junto al camino, dispuestos para añadirlos al montón de abono. Al pasar por el puente de ladrillo rojo que llevaba al patio ví que estaban sustituyendo las alarmas subacuáticas por otras de nueva tecnología. Me pregunté cuánto estaría costando todo aquello. Parecía que los economistas del Foreign Office no estaban dispuestos a apostar por un pronto término de la guerra fría.

La entrada tétrica y llena de corrientes de aire aportaba más pruebas aún de los muchos cambios que había sufrido Berwick House a lo largo de los años. Su historia se veía en los letreros que desfiguraban las paredes, cubiertas de preciosos paneles de madera. El letrero más antiguo tenía el tamaño de un cartel, estaba protegido por un grueso vidrio y enmarcado en roble. En él se afirmaba que, por orden del secretario de Estado, Berwick House era un «lugar prohibido» (Ley de 1911, sección tres). La tipografía era victoriana, y el estilo parecía el de un cartel de teatro serio. Enmendado y suplementado por la Ley de Secretos Oficiales de 1920 y 1939, debía de haber sido fijado a la pared al poco de que las autoridades ocuparon el edificio una semana después de que se declaró la guerra. Había otros carteles de antigüedad variada que trataban de todo, desde las precauciones que había que tomar para entrar allí hasta el empleo de transistores o la prohibición de fumar. Ahora que había tantos empleados del Ministerio del Interior, así como otros empleados de seguridad y algunos funcionarios de ramas especiales, que

iban armados con pistola, había un armario cerrado para las armas y carteles nuevos y brillantes: «Se prohíbe terminantemente llevar armas de fuego más allá de este punto». En una de mis visitas anteriores habían traspapelado la Walther PPK que yo llevaba y en su lugar querían darme una Astra española chapada en níquel. Tardé una hora en resolver el problema. Desde entonces me había propuesto decir siempre que no iba armado.

Después de firmar en el libro y fijarme en que la firma del visitante anterior databa de cuatro años atrás, recogí mi «pase de entrada» y luego me acompañaron arriba a ver a George. Me complació ver que le habían asignado unas habitaciones relativamente cómodas. La *suite* número cinco era uno de los mejores alojamientos, después de los despachos del personal y del apartamento del gobernador. Era bastante grande. Estaba situada en una esquina del primer piso, lo que permitía que tuviera dos ventanas en el salón y amplias vistas sobre los terrenos circundantes. La habitación se encontraba excepcionalmente ordenada, con un orden casi neurótico. Las zapatillas rojas de terciopelo de George estaban colocadas junto a la silla, los almohadones mullidos se hallaban en su posición exacta, incluso los periódicos estaban pulcramente doblados y apilados como dispuestos para la reventa. El libro que estaba leyendo, *The Last Grain Race*, de Newby, tenía una página marcada con un pedacito de papel de periódico. Tanto el libro como el estuche para las gafas estaban cuidadosamente colocados sobre los periódicos.

George Kosinski se encontraba de pie ante la ventana; estaba mirando hacia los árboles pelados y los altos muros que rodeaban aquella propiedad. Se quitó las gruesas gafas como si quisiera verme mejor.

—Hombre, Bernard. Me habían dicho que ibas a venir.

Su acento, aquel acento de tono agudo de la zona portuaria de Londres, ponía de manifiesto sus orígenes a pesar de la ropa del West End.

George Kosinski contaba cuarenta años. Era un londinense bajo e intranquilo, de padres polacos, que había heredado todos los cambios de humor y la melancolía de sus antepasados. Tenía buen aspecto, aunque parecía un poco deprimido. Se había recortado el bigote y se había cortado el pelo, de color gris y ondulado. Ahora, a pesar de los pantalones de buen corte, la camisa con el monograma y los suaves mocasines italianos que llevaba, no ví en él gran cosa de aquel ostentoso magnate que yo recordaba de tiempos anteriores.

—Me han ordenado que venga —le dije—. Sabía que si tú hubieses querido verme, me habrías enviado un mensaje.

La sonrisa estrafalaria que esbozó sugería que si llegaba a encontrarse en la necesidad de tener que pedir ayuda o sustento, mi nombre no sería el primero que le viniera a la cabeza de modo natural.

—¿Quieres que demos un paseo? —le pregunté. George caminó hasta el otro lado de la habitación para coger el abrigo—. Abrígate, hace frío fuera.

—Por lo menos hace una semana que no salgo a tomar el aire —me dijo.

No era cierto. Yo había pedido que no le permitieran dar su paseo diario los dos días anteriores a mi visita, pero simplemente porque quería que se sintiera un poco enjaulado. Sabía por el registro que, normalmente, pasaba cada día una hora en el exterior. Sabía qué comía y de qué se quejaba. Incluso estaba al corriente de cuántas veces al día iba al retrete. Los informes acerca de los prisioneros son, en algunos aspectos, muy concienzudos.

—Odio este lugar —me dijo.

—Ya lo sé.

Difícilmente podía odiarlo él más que yo. Nunca era nada agradable ir allí para oír las historias inventadas de hombres que sólo veían que se habían equivocado en su manera de actuar después de que los habían cogido.

Pero el motivo más profundo por el que yo odiaba tanto aquel lugar era por el aroma a desesperación que durante las visitas que realizaba allí me llenaba los orificios nasales. Berwick House suponía, para los hombres a los que encerraban allí, la pérdida del juicio, del sentido común. Ni siquiera aquéllos a los que soltaban sin que hubiesen recibido oficialmente un castigo salían sin escarmiento. Nadie escapaba al descontento que el examen de conciencia suele causar a aquellos que intentan servir a dos amos. De los hombres que yo había visto encerrados allí, por lo menos cuatro habían acabado quitándose la vida. Luego estaban los casos trágicos, como Giles Trent, al que asesinaron por error cuando salió mal un plan de desinformación. Y Erich Stinnes, un hombre del KGB al que yo había matado en un tiroteo embarullado y cuya sangre arterial chorreaba sobre mí en una de mis pesadillas recurrentes.

George se puso el abrigo y se miró en un espejo para colocarse el sombrero y la bufanda de cachemir. A un detenido siempre le anima que lo saquen de las habitaciones que ocupa, donde es posible que haya micrófonos ocultos. El Centro de Información de Londres no había manejado a George Kosinski como era debido. Parecía que el personal del Centro no fuera capaz de aprender lo importante que es el período de preparación, y cuánto afecta al interrogatorio posterior. George no estaba enfadado, no se sentía inquieto y no

paseaba sin parar arriba y abajo lleno de frustración. Había demasiado silencio, demasiadas comodidades, y no le habían proporcionado nada que hacer. Y eso le daba mucho tiempo para pensar. Pensar por la noche, cuando se pierde el sueño, es bueno; pero pensar de día generalmente es malo. Y las oportunidades de pensar no son deseables cuando se mantiene retenido a un hombre como George. Al darle tiempo para reflexionar se le da tiempo también para reconsiderar, para inventarse historias de tapadera, para tejer mentiras elaboradas, para suprimir la culpabilidad y justificar la traición. Además, yo no era un interrogador experimentado; no era más que un miembro de la familia de George.

—Sé por qué has venido —me dijo. Habíamos rodeado sin hablar un huerto vallado, y el silencio sólo lo había roto George al identificar algunas hierbas muertas y medio muertas que se habían plantado formando una pauta cruciforme muy elaborada—. Quieres saber si Tessa estaba implicada.

Se agachó para recoger unas hojas.

—¿Y lo estaba?

—A ti no te importo yo. Lo que te preocupa es Tessa. Tessa y lo que tu mujer podría haberle contado durante todos esos años. Lo que ella podría haberme dicho a mí y lo que yo haya podido pasar al otro lado de la línea.

—No puedo decir que me haya preocupado demasiado por eso —le respondí.

—¿Ah, no? Pues será mejor que empieces a preocuparte ahora. Puedes apostar a que eso es, en parte, lo que les preocupa a tus amos.

Tiró las hojas y se colocó bien las gafas empujándolas con el dedo índice. Siempre le resbalaban por la nariz. No sé por qué elegía unas monturas tan pesadas.

—¿Eso es lo que te han estado preguntando aquí? —le pregunté a mi cuñado.

Yo sabía que no era así, pues había tenido ocasión de leer las transcripciones.

George hizo una mueca.

—Sí y no. No hacen más que darle vueltas a lo mismo. Ayer estuvimos hablando de mi época de colegial. Uno de los tipos que me interrogan es psiquiatra, un hombre que trae un despliegue de diapositivas y todo. E incluso tiene un libro con esos dibujos que son borrones de tinta. Yo creía que esas cosas va eran historia antigua.

—Los tests de dibujos de Rorschach. Sí, ésa es la rutina normal —le comenté por si se había formado alguna clase de resentimiento paranoide al

respecto.

—Tess estuvo implicada en el asunto desde el principio —me dijo George. No respondí—. Acedera —continuó diciendo George al tiempo que se agachaba para coger una gran hoja verde, la aplastaba en la mano y la olía—. Supongo que crece durante todo el año. No lo sabía. No tiene mucho aroma.

—¿Dónde fuiste al colegio, George? Supongo que en Londres, si tenemos en cuenta ese acento del que haces gala. ¿Era un colegio de Poplar?

George giró la cabeza y se quedó mirándome, apenas capaz de creer que yo siguiera el tentador codazo que me había dado acerca de la traición de su esposa Tessa y la posible implicación de mi mujer y mía también.

—Sí, en Poplar. Qué tiempos aquéllos —repuso aumentando el acento cockney—. Pero tú ya lo sabías, claro. Dicen que los abogados en los juicios no deben hacer nunca preguntas cuya respuesta no conozcan.

—Yo no soy abogado —le recordé.

—Pero has hecho los deberes, Bernard. Y admiro cómo te desvías del tema de Tessa, como si no te interesase.

—No es cuestión de que me interese o no, George. Sencillamente es que reconozco que eso no es más que una puñetera tontería. Tendrás que hacerlo mejor para conseguir atraer mi atención por completo.

—¿Ah, sí, Bernard? Bueno, tú niégalo. Tendrás un buen montón de cosas que negar cuando yo haya terminado de vomitárselo todo a esa gente.

—¿Por ejemplo? —quise saber.

George ya se estaba poniendo nervioso. Eso era lo que yo quería. Fingía estar poniendo toda su atención en las hierbas. En la palma de la mano tenía todo un muestrario de ellas, algunas enrolladas, quebradizas y ennegrecidas por la helada, otras duras, verdes y aromáticas. Presionó las hojas con un dedo, como si les dedicase toda la atención.

—Menta. Ésa no la reconozco. Orégano. Laurel... aunque su verdadero nombre es *Lauras nobilis*. Algunos autores de libros de cocina lo traducen como laurel, pero las hojas de laurel son un veneno mortal.

—Y además saben a demonios —comenté afablemente, como si no me importase en absoluto aquel absurdo y disparatado reconocimiento de hierbas.

Me miró perplejo.

—Igual que las almendras amargas, por lo menos eso he leído en alguna parte. Son los escritores los que comete todos los errores, Bernard. Las personas que adoran los papelitos escritos. Los cocineros y los jardineros nunca se equivocan porque no les importa cómo se llamen.

Lancé un gruñido. Supongo que aquello era un intento espontáneo y torpe de demostrarme que yo estaba equivocado al situarlo a él en la categoría de enemigo. La verdad, como sin duda él sabía, era que el viejo y decente George había intentado hacer un juego que no perjudicara a ninguno de los dos bandos. Adiviné el significado subyacente en la alegoría de George sólo porque casi todos los que encerraban allí se convencían a sí mismos de que la verdad era algo que se encontraba en esas líneas.

—Me pides que te ponga un ejemplo —continuó diciendo—. Bueno, pues por ejemplo yo podría contarles la relación de Tessa con ese tal Trent, el agente comunista. Era uno de los vuestros, ¿no es así? Luego está también aquella reunión tuya con Posh Harry, aquel disidente de la CIA. Un encuentro que arreglaste en mi despacho de Southwark.

—Eso fue hace muchos años, George.

Lo dije con tanta calma como pude. Allí encerrado, rumiando acerca del modo en que yo lo había llevado a fichar, George tenía un montón de tiempo, un montón de motivaciones y toda la ingenuidad necesaria para tejer un millar de incidentes desconectados que formasen una telaraña de la que yo no escaparía. Quizá sus invenciones no convencerían por completo a aquellos que le interrogasen, al director general ni a la Junta de Apelaciones de que yo era un traidor, pero era posible que el resultado les diese una excusa para despedirme como persona de poco fiar sin que se sintieran culpables por ello.

—Los que hacen los interrogatorios no son tontos, George. Ya se han encontrado antes con gente que cuenta mentiras por despecho. Implicar a amigos y a parientes... no es algo infrecuente en nuestra clase de negocio.

George tiró las hierbas, se frotó un poco las manos y después me miró.

—¿Ah, no? ¿Con cuánta frecuencia tenéis encerrado aquí a un prisionero que revele todo lo que sabe sobre parientes que ocupan altos cargos en vuestra «clase de negocio»? ¿A un cuñado? ¿A una cuñada? ¿A una esposa? Dime con qué frecuencia, Bernard. Oh, sí que me harán caso. Cuando empiece a hablar, me harán caso. Puedes apostar.

Ahora estaba empezando a salir todo: amenazas abiertas hechas con una intensidad maliciosa. Oculto bajo la calma que había asumido George, se encontraba un hombre desesperado que se ahogaba, un hombre que con sus manoteos arrastraría hasta el fondo a cualquiera que pudiera agarrar.

—Pues no sucede muy a menudo —reconocí—. Tú eres un caso especial. Asintió y sonrió con aire fúnebre.

—Sí, lo soy. Así que si has venido en busca de una confesión servil, olvídalo.

—Yo no soy tu enemigo, George —dije—. Lo más prudente que puedes hacer es decir la verdad.

Me habían enviado a Berwick House siguiendo instrucciones de Bret Rensselaer. Éste me había dicho que consiguiera que George empezase a hablar. Pues bien, en ese aspecto mi visita parecía que había sido un éxito. El problema era que al parecer George había enfocado en mí toda su animosidad.

—Tienes razón, Bernard. Aquí fuera hace un frío de narices. Vamos adentro para entrar en calor.

No había nada que ganar permitiendo que George me utilizase como saco de arena para descargar toda la frustración y el resentimiento que sentía. Pero como todavía estábamos en el jardín, lejos de los micrófonos, intenté aprovechar la ocasión para dejar clara mi posición.

—Escúchame con atención, George —le dije—. He venido aquí hoy porque me ordenaron que viniese. Pero antes de venir he dejado fuera todos los sentimientos personales que he podido reprimir. Y, con grandes dificultades, aún sigo haciéndolo. Pero tú prefieres hacer de ello algo personal y te dedicas a amenazarme. Me amenazas con tus podridas mentiras y cuentos de hadas. —George me miraba con los ojos abiertos. Creo que nunca me había visto enfadado de verdad hasta aquel momento—. Escúchame bien, George. Cuando te enfrentes a los que van a interrogarte les dirás la verdad, toda la verdad, y les darás todas las excusas que puedas inventar. —Le agarré por la parte superior del brazo y apreté todo lo que pude. Supongo que aquello le hizo daño, porque hizo una mueca, aunque no gritó—. Pero si cuentas cualquier mentira sobre mí, te daré una paliza que no olvidarás. No te mataré ni te dejaré lisiado, pero te haré mucho daño, George, te lo aseguro. —Lo sacudí tanto que los dientes le castañetearon. Confié en que no hubiera nadie vigilándonos—. Aunque ello me cueste el empleo, la pensión o pasarme seis meses en chirona, te voy a moler a palos. Y te encontraré aunque tenga que echar abajo algunas puertas.

En cuanto aflojé la presión del brazo, George dio unos pasos hacia atrás para apartarse de mí. Mis palabras habían sido bastante suaves, pero él debía de haber visto la rabia que rebosaba dentro de mí. La tenía que haber visto en mis ojos y en mi cara, porque ahora me miraba sin apartar sus pupilas de mí, como si le diera miedo mirar a otro lado, no fuera a ser que yo lo atacase. Los ojos le brillaban detrás de los cristales de las gafas y tenía las mejillas hundidas y pálidas.

—Estás loco —me dijo sin aliento—. Deberían ponerte bajo cuidados psiquiátricos, Bernard. ¿Qué te ha pasado? Yo soy de la familia. Soy de la

familia.

Se llevó la mano a la cara como si lo hubiera abofeteado. Era como si la sola idea de que le hicieran daño físico le hubiera causado dolor.

—No me vengas ahora con Bernard esto, Bernard lo otro, hijo de puta.

Había controlado la rabia demasiado tiempo y ahora estaba a punto de volverme salvaje. Respiré profundamente y me quedé allí plantado, mirando fijamente a George mientras recobraba la compostura. Me dije que aquél no era el momento ni el lugar adecuados; y que en realidad George no era el enemigo. George era una nulidad, el muchacho de los recados, un niño de la piscina infantil que se había caído en la parte profunda de la misma. George era un niño que estaba de visita en el zoo y metía un dedo entre los barrotes de la jaula para distinguir entre una alfombra de pelo apolillada y un gorila malhumorado. Ahora ya conocía la diferencia. Pero ya era tarde para que eso importase demasiado. No le dije nada más. Lo acompañé de vuelta a su habitación, obtuve un «recibo personal» conforme había entregado al prisionero firmado por el empleado de la planta, firmé mi salida, llamé al coche y me fui a casa.

Regresé directamente a Londres. Durante el trayecto hicimos una breve parada en un hotel grande de las afueras de Londres. Se hacía llamar posada, y aquel engaño estaba aumentado por el modo en que algún arquitecto con una sobredosis de películas del Oeste, de las de Hollywood, lo había provisto de un interior brillante, lleno de espejos de anuncios Victorianos y paredes recubiertas de paneles de plástico. También había máquinas para jugar, semejantes a tebeos de cristal, que centelleaban y hacían clic continua y ruidosamente, y el sonido hacía eco por todo el lugar, en el que no había clientes excepto el chófer y yo.

El chófer sólo quiso tomar zumo de naranja, pero yo necesitaba un *whisky*. Un *whisky* de malta, un Laphroaig. El camarero no encontró nada más que Glennfiddich, así que me tomé dos en lugar de uno. Fortalecido con el sabor ahumado, hice un par de llamadas desde el teléfono público del vestíbulo. Me gustan los teléfonos públicos, son más privados que los particulares y las llamadas resultan más o menos ilocalizables. Pero ninguna de las llamadas obtuvo respuesta al otro lado de la línea. El Sueco no había ido a casa. Me puso de mal humor pensar que había cogido el dinero que yo le había dado y continuaba de juerga, de borrachera. Sólo Dios sabía dónde estaría. El contestador de su casa de Suecia estaba apagado. No obtuve respuesta del campo de aviación que él solía utilizar, y su número de contacto

en Londres emitía esos chillones sonidos que indican que la línea está desconectada. Me maldije por mi estupidez. Había oído algunos rumores de que el Sueco sufría ataques de melancolía y le daba por irse por ahí, pero no me los había creído. Durante muchos años, en las muchas misiones que habíamos llevado a cabo juntos, el Sueco había resultado siempre un modelo de competencia y sobriedad. Desde luego, tenía que haber sido el gran fajo de dinero en metálico lo que lo había tentado. Pero ¿por qué tenía que ser precisamente mi dinero?

Colgué el teléfono y me dirigí al servicio. Oí que la puerta daba un golpe y levanté la mirada. Dos hombres vestidos con cazadoras de cuero y pantalones vaqueros me habían seguido hasta allí. Los dos parecían obreros, pero había una marcada diferencia de edad entre ellos. El mayor tendría unos treinta y cinco. Se detuvo y se situó de espaldas a la puerta para asegurarse de que nadie nos interrumpiera. Era un hombre fuerte, más alto que yo, con manos encallecidas y la cara bastante castigada. Un boxeador, a juzgar por la postura que adoptó. Los boxeadores nunca pueden perder del todo la costumbre de estar de pie con la punta de los pies hacia dentro.

El más joven tendría unos veinte años, con pelo ondulado y largas patillas. Sólo les eché una breve ojeada. Me acerqué al lavabo, abrí ambos grifos y cogí jabón líquido como si fuera a lavarme. Inclinado sobre el lavabo, miré por el espejo y ví que el joven se me acercaba. Creyó que me cogía por sorpresa, así que no andaba con demasiada cautela. Me di la vuelta y le lancé a la cara el jabón líquido. Debió de pensar que era amoníaco o algo dañino, porque retrocedió con los ojos cerrados y la boca abierta en un balbuceo lleno de ira. Le golpeé con fuerza en el vientre y le di un puñetazo en la nariz cuando se inclinó hacia delante. Soltó el puño de hierro que llevaba en la mano, que cayó sobre las baldosas con estruendo. Pero el tipejo aquel era duro. Se rehízo, sacudió la cabeza a ambos lados y vino de nuevo a por mí. Me golpeó con un directo de esos que son producto de haberse pasado muchas horas dándole puñetazos al saco de arena, y el puño me alcanzó en un lado de la cara, pues intenté echarme a un lado. Fue una suerte para mí que hubiera perdido los nudillos de hierro, porque si no, incluso aquel golpe de refilón me habría hecho tambalear. Así y todo, el dolor me sacudió de arriba abajo. Le agarré por la cazadora y lo sujeté al tiempo que trataba de darle un cabezazo en la cara, pero el jabón líquido que yo le había arrojado estaba ahora por todo el suelo. Resbalé y sólo conseguí mantener el equilibrio agarrándome a la cazadora.

Había algo absurdo en la manera en que bailábamos el vals en aquel suelo de baldosas, resbalando, deslizándonos, dándonos puñetazos y agarrándonos sin que ninguno de los dos fuera capaz de lanzar el golpe decisivo.

Debajo del abrigo, en una pistolera bajo el brazo, yo llevaba un ejemplar de la mejor ferretería de Heckler y Koch. La llevaba siempre desde aquel aviso de seguridad personal. No había hecho caso de las mofas de Dicky, pues me figuraba que la clase de hombres duros que el otro bando utilizaba en los últimos tiempos quizá no eran capaces de distinguir bien que yo no formaba parte del personal de alto rango.

Al encontrar mis pies un pedazo de suelo más seco, me sentí lo bastante firme como para agarrar a aquel tipo con más fuerza. Lo empujé hacia atrás y lo hice chocar con su compañero con fuerza suficiente como para dejarlos a ambos sin respiración. Cuando el más joven giró la parte superior del cuerpo para intentar esquivar mis golpes, le di una patada en la rodilla. La punta de mi zapato encontró el lugar apropiado, pues la pierna se le dobló y cayó cuan largo era al suelo. Le di otra patada y la cara se le llenó de sangre. Era una cosa bastante cruel, pero aquéllos eran unos tipos realmente duros.

Eso me proporcionó suficiente tiempo para abrir el abrigo y llegar a la pistola. Sujetándola con fuerza, la utilicé para golpear al hombre de más edad en un lado de la cara. Aquel tipo era un pájaro duro, pero el arma era de acero muy pesado, y le di con la fuerza suficiente para hacerle un corte. Jadeó de sorpresa tanto como de dolor, lo que me proporcionó la oportunidad de darle una patada fuerte en las pelotas. Cuando caía al suelo lo aporreé de nuevo con la pistola y di un paso atrás para apuntarlos a ambos con ella.

El mayor de ellos levantó las manos a una altura suficiente como para cambiar las bombillas. Una VP70 suele ir cargada con una bala en la cámara, y no hace falta ser Superman para disparar sus ocho balas como si fuera una metralleta.

—Estate quieto, viejo —le ordené—. Te liquidaré y encima me reiré.

No contestó. Lo cacheé, luego me agaché hacia el más joven, que se encontraba en el suelo, y me cercioré de que no tuviera una pistola. Cogí los nudillos de hierro del lugar donde habían caído y se los metí por la nariz.

—La próxima vez os mataré —les prometí alegremente—. Y si no soy yo, os matará un amigo mío. Sea como sea, acabaréis muertos. ¿Lo entendéis? —Ninguno de los dos replicó, pero ví que habían cogido la idea—. Debería meteros una bala a cada uno ahora mismo. Aquí hay un desagüe y baldosas, así que no ensuciaría demasiado. —Dejé que lo pensaran durante un minuto—. Largaos... largaos ahora que estoy de buen humor.

El mayor de los dos hombres se agachó y sin ningún esfuerzo aparente levantó del suelo a su compinche para ayudarlo a ponerse en pie.

—Deja que te lo explique, viejo —me pidió.

—Cierra la boca.

—No es a ti a quien buscamos. Es al Sueco.

—Largaos de aquí antes de que cambie de opinión.

Me limpié la cara y me adcenté. Metí la pistola en el bolsillo del abrigo para poder cogerla de nuevo con rapidez si era necesario y volví al bar. Yo no iba a conducir, así que rápidamente engullí otro *whisky*.

Fuera hacía bastante frío. Eché un vistazo por el aparcamiento, no fuera a ser que hubiese allí algún desconocido, pero los coches estaban todos vacíos. Mi chófer se encontraba ya al volante esperándome.

—¿Hay algún problema? —me preguntó cuando subí al asiento trasero del coche; supongo que yo estaba temblando, nervioso o despeinado. No sé qué sería.

—Estúpido cabrón —le espeté—. Te quedas ahí sentado bebiéndote ese puñetero zumo de naranja mientras la oposición me liquida, ¿verdad?

—¿Qué ha pasado?

—Nada, olvídalo —le indiqué—. Pero la próxima vez bébete un *whisky* escocés; ese ácido cítrico que tomas te está destrozando el cerebro.

El chófer era un expolicía. Se suponía que su obligación era proteger a los pasajeros que llevaba en el coche. Para eso le pagaban.

De pronto todas las fuerzas me abandonaron y me desplomé en el asiento. Quizá me había pasado un poco al reaccionar de aquella manera contra los dos hombres. Me ocurría a menudo. Gracias a ello me había mantenido vivo durante tanto tiempo. Pero ninguno de aquellos hombres iba armado, aparte de los nudillos de hierro. Me pregunté qué pensarían hacer y quién los habría enviado. Si realmente estaban buscando al Sueco, ¿en qué clase de delito estarían metidos con él?

Llegamos a las afueras de Londres cuando anochecía. Los carriles que salían de la ciudad estaban atascados de coches pertenecientes a aquellos que vivían fuera y venían a trabajar a la ciudad, que a aquella hora regresaban a casa. Divisé una floristería que todavía estaba abierta. Siguiendo un impulso le dije al chófer que detuviese el coche, entré e hice que le enviasen a Gloria una docena de rosas rojas de tallo largo. En la tarjeta escribí: «¿Cómo puedo agradecértelo lo suficiente?». No la firmé. En aquel momento me pareció un modo tierno, comedido y apropiado de darle las gracias.

El Departamento tenía una norma desde hacía mucho tiempo sobre los ladrones de pisos. Cualquier empleado que hallase marcas extrañas alrededor de la cerradura de la puerta principal estaba obligado a llamar al oficial de guardia antes de entrar. Desde luego nadie obedecía aquella orden tan inconveniente y rigurosa. La habían implantado después de que una mecanógrafa se dejó unos documentos oficiales en el metro y se inventó una historia acerca de que habían entrado ladrones en su apartamento en Fulham. Nadie se creyó aquella historia excepto un bobalicón llamado Henry Tiptree, el oficial investigador, a quien se le ocurrió redactar la nueva norma para justificar el tiempo y el dinero que había gastado haciendo un montón de preguntas tontas a todos los que trabajaban en el metro de Londres.

Yo no hice nada de eso cuando llegué a casa y encontré que la puerta no estaba cerrada con dos vueltas de llave. Hice girar la llave con mucho cuidado para no hacer ruido y abrí la puerta muy despacio. Asomé la cabeza y oí movimiento en el piso de arriba. Cerré la puerta detrás de mí y comencé a subir las escaleras de puntillas. Avancé por el pasillo que conducía a los dormitorios.

—¡Oh, qué susto me has dado!

—¡Dios mío, Fi! ¡Pensé que eras un ladrón!

—Bonito saludo, cariño. Tú siempre sabes decir lo más apropiado.

Fiona estaba de pie a la puerta del diminuto vestidor, que se había convertido en almacén y cuarto trastero. Tenía en la mano un vestido negro de cóctel, como si estuviera tratando de decidir si enviarlo a Oxfam. Detrás de ella, la maleta más grande que teníamos se encontraba en equilibrio sobre la cama abatible con ruedas, donde su hermana había dormido a menudo cuando se peleaba con su marido George.

Guardé la pistola y me acerqué a mi esposa para darle un beso. Ella sonrió y me devolvió el beso, pero lo hizo sin soltar el vestido.

—¿Te encuentras bien, cariño? —me preguntó—. Te veo un poco raro.

—Creía que estabas en Roma.

—Lo estaba. Ahora me tengo que ir a Dusseldorf. Dicky no puede encargarse de la conferencia de seguridad de la Comunidad, y Bret dice que alguien tiene que viajar hasta allí para hacer ondear la bandera.

Se inclinó sobre la maleta para contar los paquetes de medias y añadió uno más.

—¿Cuándo tienes que estar allí?

—He vuelto para coger más ropa. Y me están imprimiendo los apuntes en sucio y encuadernándolos para impresionar. Tengo que ir al despacho a

recogerlos... —Miró el reloj—. ¡Dios mío! ¿Ya es esa hora? Voy a perder el avión.

—¿Te has enterado del accidente de autobús? El del colegio de Billy. El equipo de fútbol.

—Sí. Billy me envió un fax y me lo mandaron del despacho. Hice que mi secretaria llamase al despacho para decírtelo. ¿Por qué fuiste al colegio corriendo, cariño? Tenías preocupados a todos en la oficina. Y para los niños es malo que hagas una crisis de cualquier cosita.

—¿Telefoneaste tú?

—No. Ya te lo he dicho, la que llamó fue mi secretaria. No quería que te preocupases.

—¿Un fax?

—Billy le envió un fax a mi padre en cuanto ocurrió el accidente. A menudo le envía algún fax desde la oficina del colegio. Papá lo acordó con el encargado de su sección. Y papá le dijo a Billy que si no me mandaba un fax por lo menos una vez a la semana, se quedaría sin paga. Tengo que decir que eso ha obrado maravillas. Mi padre entiende terriblemente bien a los niños. —Cogió un traje de fiesta de color azul cobalto y se lo puso por encima; luego hizo lo mismo con otro de color gris oscuro—. ¿Cuál te parece más apropiado, cariño?

—Son un poco formales, ¿no?

—Estos europeos siempre dan una cena de gala y un baile la última noche.

—El verde —le indiqué—. La otra noche en casa de Dicky estabas preciosa con él.

—Es bonito, ¿verdad? Pero los zapatos que van a juego están un poco gastados. —Fiona volvió a meter el traje verde en el armario y metió el vestido azul en la maleta—. ¿Cuándo tienes que volver a Berlín?

—Quieren que esté aquí en Londres para la reunión de mañana y para otra que hay el martes.

—A menos que George diga algo sorprendente, habrá pocas cosas en la agenda —comentó Fiona.

—El director general estará allí, y Bret ocupará la presidencia. Es una patata caliente. Me parece que quieren ponerle unas pesas de plomo y dejarlo caer en los archivos. Dicky está alentando la idea de que cuanto antes se olvide el fiasco polaco, mejor para todos. Y eso significa olvidar también las actividades de George.

—¿Has visto a George? ¿Van a soltarlo?

—Ni siquiera el director general puede tomar esa decisión él solo, pero sí, creo que acabarán soltándolo. Es posible que los del Cinco piensen que lo estamos reteniendo, pero no pueden estar seguros. En cualquier caso, es probable que no pongan dificultades, siempre que salga limpio y luego vuelva directamente a Suiza y se mantenga *stumm*.

—¿Cómo puedes estar tan seguro de que los del Cinco estarán de acuerdo con eso?

—He preguntado por ahí.

—¿Tan bien conoces a la gente del Cinco?

Por el tono de voz parecía como si Fiona no aprobase que yo tuviera amigos en el servicio de seguridad. Sonreí débilmente y no le contesté.

—No seas desleal al Departamento, cariño —me recomendó Fiona en ese tono gutural que siempre he encontrado tan seductor—. No hay nada más importante que eso.

—No —convine—. Nada hay más importante que eso.

—Sólo te lo he preguntado —añadió enseguida poniéndose a la defensiva—. No voy a dar informes acerca de ti ni al director general ni a Seguridad Interna —añadió con sarcasmo—. ¿Por qué quieren que asistas tú? ¿No es Frank quién acude siempre a esos encuentros para tratar de cuál es la política que conviene seguir? ¿Pasa algo malo?

—Mi papel consiste en decir que sí a cualquier cosa. Y así, cuando todo salga mal, Frank puede decir que yo no se lo había dicho.

—¿Y todo saldrá mal?

—No lo sé —le dije—. Y no me importa demasiado.

Entré en el dormitorio, donde había visto una taza de café que Fiona había dejado a medias. Tomé un sorbo. Por primera vez pude decir de todo corazón que algo no me importaba. Había sufrido agonías de dolor por abandonar a Fiona y llevarme a los niños conmigo, pero ahora derramé aquellos sentimientos de penitencia en un súbito instante de gozo. No estaría allí para preocuparme de cómo el Comité de Evaluación se deshacía de George Kosinski y barrían sus chapuzas en Polonia y en los demás sitios metiéndolas debajo de la alfombra. Ya no me preocupaba saber cómo Fiona y el egoísta de su padre organizaban sus vidas. Yo ya no formarían parte de sus vidas y mis hijos tampoco.

Sé que no debía sentir rencor ni envidia porque Billy le hubiera estado mandando regularmente un fax a su madre, pero ¿no podrían haberlo acordado sin amenazarlo con dejarlo sin paga si no lo hacía? ¿Y no podrían haberme hecho llegar a mí una copia? Bueno, no importaba. Cuando yo

tuviera a Billy y a Sally para mí solo me aseguraría de que se comportaran correctamente con su madre e incluso con los padres de ésta. Y además, si todo salía de acuerdo con mis planes, yo tendría a Gloria.

Miré hacia la habitación contigua y ví a Fiona, que estaba de pie debajo de la despiadada bombilla desnuda que la iluminaba. Intentaba cerrar la tapa de la maleta sobre una alta pila de ropa primorosamente doblada e intercalada con capas de papel de seda. Estaba arrodillada en la cama de ruedas y apretaba la tapa con todas sus fuerzas, aunque no conseguía cerrarla. Sin darse cuenta de que yo la estaba mirando, soltó un sollozo apenas audible que combinaba el enfado con la desesperación. Las lágrimas le brillaban en las mejillas y tenía los ojos brillantes y enloquecidos. ¿Estaba agotada, sólo reventada, enfadada y al borde de la histeria debido a sus preocupaciones acerca del trabajo que hacía y a su agenda inacabable? ¿O era aquello un asomo del estado real de su mente?

—¿Te encuentras bien, cariño? —le pregunté desde el dormitorio sin permitir que se diese cuenta de que la había visto desmoronarse y llorar.

Lentamente Fiona se puso en pie y se dirigió a la puerta a paso de caracol. Apoyó un brazo en el dintel y me dijo en un susurro:

—¿Te importaría ayudarme, cariño? Parece que nunca soy capaz de cerrarla.

Nunca podía cerrarla porque metía diez veces más ropa en la maleta de la que cabía. Y como todas las mujeres, creía que lo único que hacía falta era el peso y los músculos de un hombre para poder bajar la tapa y cerrar la maleta. Nunca se le ocurría que las bisagras se tensaban hasta el punto de llegar a romperse. Cogí la maleta y la puse en el suelo. Después de un forcejeo, logré cerrarla y echarle la llave.

—Será mejor que le pongas una correa alrededor —le recomendé—. Has metido demasiadas cosas dentro. Un día de éstos se reventará y tus medias de seda se esparcirán por toda la cinta transportadora.

—No seas tonto, cariño. Lo he reducido al mínimo; en realidad debería haber metido los zapatos de tacón plano, el sombrero nuevo y algunos jerséis más, desde luego. Seguro que en Düsseldorf hace frío en esta época del año —añadió con aquella indiscutible lógica suya.

Luego se fijó en que en la alfombra, a sus pies, estaba la flor de tela, una camelia blanca que debía de haberse caído del traje de Chanel mientras yo intentaba cerrar la maleta. La recogió y, fingiendo olerla, me miró y sonrió. Se había recuperado, se había limpiado las lágrimas y había pulido la sonrisa.

Cogió un cepillo y empezó a pasárselo por el pelo tal como hacía cada noche antes de acostarse.

¿Qué le habría pasado después de desertar, durante aquellos terribles años en que fue agente doble? Rara vez hablaba de ello, pero en cierta ocasión me había confiado que lo peor había sido el interrogatorio a que la sometieron al principio, nada más llegar. Los soviéticos tenían gente que era muy hábil haciendo interrogatorios; es un talento que les viene de la paranoia que sufren. Y no había la menor relajación de aquel rigor suyo ni siquiera cuando estaban interrogando a «una heroína de la batalla por el socialismo». Fue una misión solitaria, me confió Fiona, y luego se convirtió en un asunto en soledad.

—Pero después de sobrevivir a todas aquellas preguntas interminables, nunca volví a sentirme realmente sola —me había explicado—. A veces me sentía aislada y a veces me sentía abandonada, pero nunca me sentía sola. Sabía que tenía suerte sólo por el hecho de haber sobrevivido.

Pobre Fiona.

—Daría cualquier cosa por saber qué estás pensando, cariño —me dijo Fiona.

—Nada —le contesté.

Y antes de que tuviera que inventar una mentira sonó el teléfono. Yo era el que estaba más cerca, y cuando contesté, el empleado de noche me dijo que el coche estaba en camino. Cuando le comuniqué el mensaje a Fiona, ésta negó con énfasis que pudiera ser para ella.

—Yo no tengo coche. El chófer de Bret es quien me va a llevar al aeropuerto. Creo que voy a llamarle para pedirle que me traiga el informe mecanografiado de la oficina. No, no puede ser para mí, cariño.

—¿Para quién es el coche? —le pregunté al vigilante nocturno.

—Para usted, señor Samson. El señor Rensselaer y el señor Cruyer irán a recogerlo dentro de cinco minutos. Haga usted el favor de bajar y esperarlos. Me han dicho que es muy urgente. Muy, muy urgente.

MAYFAIR, LONDRES

—¿Quién es? ¿Bernard? ¡Estupendo! Ponte los patines y baja corriendo. Estoy en un coche delante de tu puerta y es urgente. Muy urgente.

Era la voz de Dicky Cruyer que sonaba aflautada por el interfono del apartamento. Yo acababa de colgar el teléfono sólo hacía dos minutos, y ya estaba a mi puerta. No se arriesgaba a que me escapase de él.

—¿Qué ha pasado? —le pregunté por el interfono.

—Sí, ya sé que has tenido un día muy largo, Bernard. Como todos nosotros. Date prisa, sé buen chico.

Tuve ganas de apuntar que los días largos de Dicky invariablemente estaban tachonados de placenteras comidas seguidas con frecuencia de una siesta en su despacho mientras el letrero que decía que se estaba celebrando una reunión se mantenía encendido.

Fiona estaba jugueteando con la camelia de tela, preguntándose quizá si decirme que volviera a abrir la maleta. Me miró cuando colgué.

—Es Dicky —le dije—. Está abajo, esperándome.

—Es muy tarde —comentó Fiona.

—¿Sabes tú de qué puede tratarse? —le pregunté.

Fiona hizo un gesto negativo con la cabeza. Abrí con llave mi escritorio y saqué la pistola VP70 que me había resultado tan útil contra los matones. Resultaba un poco pesada, pero utilizada con una pistolera blanda era un arma suave que no me rompía el forro de las chaquetas. Fiona me observó mientras yo la probaba y examinaba la recámara, pero no hizo comentario alguno. Las cosas habían cambiado; hubo una época en que el hecho de verme coger un arma para llevármela conmigo despertaba todas sus ansiedades.

—Bueno, me marcho —le dije.

—Adiós, cariño —repuso ella—. Te echaré de menos.

Me tendió los brazos.

Nos abrazamos y la besé.

—Que tengas buen viaje —le deseé.

Fiona se estremeció.

—Oh, se me olvidaba —me susurró al oído como si estuviese canturreando una canción de amor—. Esa chica tan tonta... la que Dicky me ha asignado como secretaria provisional, abrió una carta que era para ti.

—¿Se trataba de algo emocionante? —le pregunté, todavía abrazándola con fuerza.

—Del banco. Estabas en números rojos hasta un punto terrible. Tres mil y pico... tres mil cuatrocientas... no me acuerdo exactamente cuánto. Te transferí un poco de dinero de mi cuenta para cubrir el descubierto.

—No debiste hacerlo. Me deben pagas atrasadas... en realidad, muy atrasadas.

—No somos tan ricos como para pagarles a esos vampiros más intereses por estar en números rojos —me recordó Fiona—. ¿O crees que sí?

—Gracias —le dije.

—No hay necesidad de que me des tanto dinero para los gastos de la casa. Por lo menos mientras estés en Berlín.

—Eres mi esposa —insistí tenazmente.

—Estoy preocupada por ti —me confió—. Papá me da más dinero del que necesito. Y debe de ser terriblemente caro para ti vivir en Alemania mientras el marco sube cada día más.

—Me las arreglo bien.

—Ojalá pudiera estar contigo. —Me exploró la cintura con los dedos—. Has adelgazado.

Volví la cabeza y la miré a los ojos, que estaban húmedos. Nunca resultaba fácil saber exactamente qué tenía Fiona en la cabeza. Quizá era ése el motivo por el que era capaz de mantenerse entre todos aquellos inescrutables rufianes de colegios caros. No me convenció de que aquel deseo fuera verdad. ¿Por qué iba a querer estar conmigo? La iban a confirmar en el cargo de adjunto para Europa dentro de un par de meses. Ninguna mujer había llegado nunca tan arriba en el escalafón. Es posible que Fiona adivinara lo que yo estaba pensando, porque después de un rato que a mí se me antojó una eternidad, me preguntó:

—¿Me quieres, Bernard?

—Sí, te quiero. —Era cierto. La quería igual que la había querido siempre. La única diferencia era que ahora yo también quería a Gloria y, por mucho que lo intentase, no podía dejar de pensar en ella—. Cuídate, cariño.

Esperándome en la calle había un Rolls-Royce negro con tres antenas de radio. No se trataba de un coche nuevo; era alto y anguloso, construido en aquellos tiempos, antes de que todos los Rolls se aplastasen para parecer Mercedes.

El chófer me abrió la puerta.

—Sube —me dijo Dicky al tiempo que señalaba el trasportín plegable sobre el que había estado apoyando las botas.

Dentro del coche hacía calor, el motor ronroneaba y la calefacción estaba encendida. Dicky se encontraba apoltronado en el asiento trasero de cuero negro y Bret Rensselaer en el extremo más alejado del mismo asiento.

Bret me saludó con la cabeza. Estaba encorvado y apoyado rígidamente en el reposabrazos; llevaba un traje oscuro, una corbata gris carbón, camisa blanca almidonada y unos resplandecientes zapatos estilo Oxford pulcramente atados. Tenía el rostro abatido y las manos juntas como si estuviese rezando. El lustroso Rolls era de Bret; de edad avanzada, respetado, formal y encerado como el hombre que era su dueño. Como otros americanos anglófonos que yo había conocido, Bret tenía una verdadera obsesión por los coches ingleses antiguos de renombre siempre que tuviesen la distancia entre los ejes muy larga y una elaborada carrocería hecha de encargo con apliques de latón y flecos de seda.

Dicky vestía pantalones vaqueros gastados y un suéter de ochos de color azul oscuro, por cuyo cuello apenas asomaba el de la camisa de pana. Tal como estaba ahora, tenía una pierna descansando en la otra rodilla. Se le veía la suela de la moderna bota estilo campero. A su lado, enrollada, tenía la cazadora de cuero. Al parecer, Bret lo había sacado de casa a toda prisa.

—¿Cuál es el problema? —quise saber cuando el chófer puso el coche en marcha y lo hizo avanzar.

—Verás —comenzó a decir Dicky—. El problema es uno de tus amigos...

—No lo sabemos con seguridad —le interrumpió Bret.

Había hablado por encima de la voz de Dicky con un tono irritado que dejó seco a éste, que pareció contrito y comenzó a morderse una uña con energía como si intentase volver a meterse las palabras en la boca.

Durante unos minutos ninguno de los dos habló.

—¿Es que vamos a estar dando vueltas en el coche alrededor del parque hasta que los espíritus intenten ponerse en contacto con nosotros? —les pregunté.

Bret esbozó su famosa sonrisa fugaz. Pero al cabo de unos minutos el coche había salido de Park Lane, había pasado por delante del palacio de

Buckingham y se dirigía al sur.

—Los de la rama especial están ya allí. Los del Cinco también. Eso va a ser un puñetero circo. Yo no quiero tomar parte en ello a menos que necesitéis de mi influencia. Dicky y tú entrad a echar un vistazo. Aparcaremos a la vuelta de la esquina; yo me quedaré en el coche.

—¿A echar un vistazo a qué? —pregunté.

—A un cadáver —repuso Bret—. Se están impacientando. Lo trasladarán en cuanto hayáis tenido ocasión de echarle el vistazo. Ya habrán hecho fotos y habrán tomado todas las medidas cuando nosotros lleguemos.

—¿Es uno de los nuestros?

—Eso es lo que afirman los del Cinco —me explicó Bret—. Dicen que uno de los suyos lo reconoció.

—Llevaba pistola —puntualizó Dicky.

—Puede que sí, que llevase una pistola —concedió Bret—. He recibido informes contradictorios acerca de la pistola.

—¿Un agente de servicio? —quise saber.

Me preguntaba por qué no se limitaban a decirme sencillamente todo lo que sabían, pero me di cuenta de que aquello les molestaba. Dicky se retorció las manos con interludios regulares durante los cuales se mordía las uñas. Bret parecía agotado, estaba rígido y sin aliento. Los de los despachos rara vez entraban en contacto con la sangre y la mierda del Departamento. Cualquier cosa que les recordase que no trabajaban en el Tesoro o en el Ministerio de Agricultura les resultaba una impresión desagradable.

—No será Harry Strang, ¿verdad?

—¿Harry Strang? —el grito de Dicky tenía un tono de mofa—. ¿Por qué iba a ser Harry Strang?

—No sé —repuse.

—Vaya unas ideas con las que nos sales, Bernard. A veces me pregunto qué pasa por esa sesera tuya. —Soltó una breve risita sin alegría y miró fugazmente a Bret, que contemplaba el paisaje por la ventanilla—. Harry Strang —repitió con aire reflexivo—. Harry Strang se jubiló hace siglos.

—Tienen retenido a alguien —me dijo Bret—. A un joven. Él fue quien encontró el cuerpo.

—Tendrán que acusarlo o soltarlo —nos recordó Dicky—. Pensamos que quizá querrías echarle un vistazo. Sólo por si...

—¿Por si qué?

—Por si lo reconoces —dijo Dicky—. Tú estás dentro y fuera al mismo tiempo. Estás en Berlín y en Londres. Siempre andas moviéndote de un lado a

otro. Y conoces a todo el mundo. —Miró a Bret; en esta ocasión, éste le sostuvo la mirada—. A la gente del Departamento, me refiero.

—¿Ah, sí? Bueno, puede que sí.

¿Pues qué clase de gente conocían aquellos dos? Tenía la sensación de que me habían hecho acompañarlos por algún otro motivo, por algún motivo que no querían admitir.

Wimbledon. En otro tiempo había sido una bonita aldea a las afueras de Londres. Pero cuando se convirtió en el punto donde el poderoso ferrocarril suroccidental se encontraba con las redes que servían a los suburbios del sur de Londres, Wimbledon dejó de ser una aldea. Un servicio de trenes de cercanías frecuentes, entradas de temporada y viviendas asequibles habían contribuido a que Londres se la tragase. Los grandes letreros luminosos que veíamos al pasar ofrecían comida tailandesa para llevar, big macs, saunas unisex, alquiler de vídeos y los productos brillantemente iluminados de la tienda de chocolate belga hecho a mano.

Amplia y de tres carriles, la calle trasera en la que nos detuvimos se encontraba tranquila. Las casas eran grandes, con fachadas de madera de imitación, césped en la parte delantera y anchos caminos de grava para los coches. Estaban construidas para familias a quienes les gustaba tomar té Assam y miel de romero sobre tostadas Hovis ante un fuego de carbón, hasta que una niñera con el delantal almidonado venía a decir que era la hora de que los niños tomaran el baño.

Pero ya no eran casas familiares, por lo menos no seguían siéndolo muchas de ellas. Letreros cuidadosamente pintados anunciaban, mirando hacia los setos de alheña, que eran parvularios o residencias de ancianos. Mientras que en los países católicos hombres y mujeres comparten altruistamente sus hogares y sus hijos con los parientes ancianos, en los países protestantes hombres y mujeres igualmente altruistas se gastan hasta el último penique en encerrar a sus parientes ancianos para que languidezcan en esos lugares. Allí los familiares inoportunos, calentitos y bien alimentados, pasan sus últimos años sentados uno al lado de otro mirando la televisión con el volumen muy alto. Los agasajan con té dulce, pastel de frutas y cenas congeladas unas enfermeras procedentes del subcontinente de la India, el mismo sitio de donde procede el té Assam. Y pasan sus últimos días en una desesperación refinada.

Bret se quedó en el caldeado automóvil, aparcado fuera de la vista. Dicky echó a andar delante de mí y, sirviéndose de la linterna, encontró la puerta de

la verja de la casa que estábamos buscando. El edificio se hallaba a oscuras y estaba encasillado en un elaborado andamio de empresa constructora, como una versión angulosa de los árboles desnudos que lo enmarcaban. En el umbral había un hombre de pie. Iba vestido de paisano, pero su porte, y la tranquilidad con que desafió nuestra aproximación, puso de manifiesto que se trataba de un policía. Cuando hubo visto nuestras tarjetas de identidad nos permitió entrar. Nada más pasar por la puerta había otro policía, éste de uniforme, que había tenido la suerte de encontrar una silla de cocina donde instalarse. Estaba leyendo un libro, *Linda Goodman's Sun Signs*, en una edición en rústica, que ocultó cuando nos acercamos.

Los constructores estaban destripando toda la casa. Era peligroso caminar por ella. En la parte delantera faltaba un buen trozo de suelo, de manera que se veía el sótano. Sólo quedaban las escaleras para recordar que en otro tiempo había sido una bonita casa antigua. Dicky utilizó la linterna mientras nos abríamos paso entre los escombros, una mezcladora de cemento, madera rota, escaleras de mano y cubos abollados.

De la parte de atrás de la casa llegaron voces. Reconocí el acento de Edimburgo, delicado y notablemente refinado, de Squeaky King, del M15, una prima donna del servicio secreto. Había cuatro personas. Al único que no reconocí fue a un hombre alto de cara pálida que llevaba un sombrero de fieltro blando, un pañuelo de seda suelto y un abrigo de color *beige* que le sentaba bastante mal. El cuello blanco y duro y la corbata oscura lo identificaban como oficial de policía, un policía de alto rango que se había puesto un improvisado disfraz. Con él se encontraba uno de los médicos de la policía, un hombre al que yo conocía de los viejos tiempos. Lo reconocí por el espacioso maletín de cuero claramente gastado de ese tipo que los médicos suelen llevar consigo cuando van por ahí. También estaba Keith Golds, de la rama especial, un veterano muy astuto. Le guiñé un ojo a Keith. Me di cuenta de que llevaba allí mucho tiempo aguantando a Squeaky, que era quien estaba al mando técnicamente. Squeaky llevaba puesto su acostumbrado atuendo invernal, consistente en un abrigo corto de piel de oveja con el cuello de lana subido. En la cabeza llevaba una gorra a cuadros muy ajustada. Con la cara sofocada y los ojos entornados parecía un pregonero de hipódromo.

—Hola, Bernard —me saludó Squeaky con marcada falta de entusiasmo.

—Éste es el señor Cruyer —le dije.

Y le presenté a Dicky. O quizá fue al revés y a Dicky le presenté a King. Parece que siempre lo hago al revés. Y algunas personas, incluido Dicky, parece que algunas veces se lo toman como una bofetada a su orgullo.

—Enséñemelo —le pidió Dicky sin gastar mucho tiempo en cumplidos ni amabilidades.

En apariencia nosotros siempre nos llevábamos bien con los trabajadores del Cinco, pero Dicky y Squeaky se comportaban como virreyes encargados de defender la autoridad de sus jefes de tribu. Squeaky no disimuló los sentimientos que le inspiraba el hecho de que Dicky se entrometiera en el territorio del Cinco, mientras que Dicky trataba a Squeaky como un juez censuraría a un policía de tráfico pretencioso.

—Otra vez en la brecha, queridos amigos —comentó Squeaky abriendo camino.

Golds puso los ojos en blanco. Supongo que todos habían sufrido mucho por causa de Squeaky mientras nos esperaban.

Nos condujo al garaje, un edificio separado que, hasta que empezaron las obras, había estado conectado con el camino de la entrada mediante una zona de asfalto situada al lado de la casa. Lo habían convertido temporalmente en zona de almacenaje. Habían llevado uno de los cables eléctricos que los obreros estaban usando y habían instalado una bombilla desnuda para iluminarlo. Se veían algunos bidones de aceite vacíos, varios cofres de té y embalajes de madera, todo ello apilado lo más alto que se podía, por lo que arrojaba sombras alargadas.

—Aquí lo tenemos —nos indicó Squeaky como si fuese un ilusionista sacando un conejo del sombrero.

Los demás ya lo habían visto antes. Habían tenido la oportunidad de prepararse para ello. Pero incluso yo lo encontré espeluznante. Dicky volvió la cara y emitió un sonido de náusea que se convirtió en un carraspeo y luego en una tos. Sacó el bloc y enterró la cabeza en él.

Habían movido el cuerpo. Una silueta dibujada con tiza mostraba el lugar donde había caído para quedar tendido sobre una bandeja aceitosa. Todo se había derramado; el aceite viejo de color oscuro y la sangre reciente se habían vuelto pegajosos y formaban un extraño dibujo, como si fuese el mapa de un país mítico trazado en el suelo. Ahora el cadáver estaba tendido cerca y nos reunimos en torno a él como la gente en un funeral. La parte superior de la cabeza era un amasijo ensangrentado, las gafas de montura de metal estaban empotradas en la cara y el cráneo había sido golpeado brutalmente. Sólo era reconocible la parte inferior de la cara, llena de sangre. Tenía los labios delgados retorcidos en un rictus mortis. «Cuando un hombre nace, él llora y los demás ríen; cuando muere, él sonrío y los demás lloran», dice el viejo proverbio alemán. Pero los asistentes a aquel duelo no lloraban.

—¿Qué te parece, Doc? —le pregunté al ver que no se nos daba ninguna explicación.

—Desagradable, ¿verdad? —comentó el médico—. Recibió una docena de golpes o más con un martillo.

—Tenemos el martillo —nos dijo Squeaky.

—¿Cuál ha sido la causa de la muerte? —pregunté.

—El asesino blandió el martillo con una fuerza tremenda —me explicó el médico—. Un hombre verdaderamente diestro. Casi podemos descartar que lo hiciera una mujer, pues no creo que haya ninguna que tenga tanta fuerza.

—Estamos buscando a un campeón de tenis masculino que sea diestro, ¿eh, doctor?

—Yo sólo trato de ser útil —repuso el médico.

—Sólo dígame la causa de la muerte —le pedí hablando lenta y claramente—. Así, el señor Cruyer lo apuntará en su cuaderno. Y luego todos podremos irnos a casa y meternos en la cama.

—¿Cómo quiere que sepamos con cierta seguridad lo que pasó, o cuándo pasó? —Siempre empiezan escurriendo el bulto—. Hombre anciano, atacado brutalmente... podría haber sido un ataque al corazón... —Me dirigió una mirada rápida—. Lo que el profano llama un infarto de miocardio. O quizá sólo un susto de los de antes. Desde luego, tiene múltiples fracturas en el cráneo. Uno de los golpes del martillo le produjo un agujero profundo por encima del ojo. —Dejó de hablar mientras lo señalaba—. Eso es probablemente lo que le causó la muerte. El ojo de ese lado tiene la pupila reventada. Eso suele ser un punto clave. Pero tenga en cuenta que yo no soy más que un médico que receta píldoras. Será mejor que esperen el resultado de la autopsia.

—¿Estaba de pie?

—Sí. Debió de recibir un castigo horrible antes de caer. Por lo menos cinco golpes. Puede verse por las salpicaduras de sangre. Y recibió más golpes mientras estaba en el suelo. Esa parte del cráneo, la coronilla, sigue intacta.

—¿Y las manos?

—Tiene los dedos fracturados y cortes profundos. Trató de defenderse. Compruébelo usted mismo.

—¿Quién lo encontró?

El médico hizo una señal con la cabeza hacia el oficial de policía que se lo había contado a él.

—Dice que un muchacho de dieciséis años... un vecino, pues vive tres casas más allá. Por lo visto, los chicos vienen aquí a esnifar pegamento.

—¿Dónde está el chico ahora?

—Con sus padres y una agente de policía. Hemos tenido que darle un sedante.

—¿Hora de la muerte?

—No tengo ni idea, aunque creo que más bien ha sido hoy que ayer. Aquí hace un frío de narices. Creo que podemos situarla dentro de las últimas ocho horas.

—Muy bien —le dije.

Las cajas y los bidones de aceite estaban salpicados de sangre. Había una gran cantidad de sangre, pero las manchas se habían vuelto oscuras y marrones como la salsa de la cena de la noche anterior. Sin embargo, la mayor parte de las manchas que había por allí esparcidas formaban una banda de marcas a lo largo de las cajas que estaban a lo que habría sido la altura de la cabeza mientras el hombre se encontraba de pie antes de que lo mataran a golpes.

—Hay manchas de sangre y cabellos en el martillo —me comentó Squeaky—. Es un asesinato en toda regla. Ya hemos hecho todo ese trabajo a lo Agatha Christie antes de que llegaseis.

—¿Qué había en los bolsillos? —le pregunté.

—Alguien había metido la mano allí antes que nosotros —me contestó Squeaky.

—¿Tienes alguna idea de quién puede ser, Bernard? —me preguntó Keith.

—¿No había ningún documento en el cadáver? ¿No había nada de nada? —inquirí haciéndome el inocente.

—Por Dios, Bernard —intervino Squeaky con voz exasperada—. Es uno de los vuestros. ¿Por qué demonios no lo admites? Identifícalo y que esta gente empiece a limpiar todo este desorden. Trata de ser honrado y de cooperar un poco, por Dios. Si andamos haciendo el remolón por aquí una hora más, alguno de los periódicos echará mano del suceso. —Me miró y, ya más sereno, añadió—: No, no había ningún documento de identificación en el cadáver. Nada significativo. Billetes de autobús, calderilla, cincuenta libras esterlinas en billetes de diez. Keith va a llevarle la cartera y demás cosas al forense. Quienquiera que lo hiciera le repasó los bolsillos con mucho cuidado y atención.

—O puede que eso lo hicieran en otra parte y luego lo trajeran aquí.

—Bueno, no podemos descartar eso —me dijo Squeaky—. Pero tú no te lo crees y yo tampoco.

Dicky, que estaba tomando notas en el cuaderno, no levantó la vista.

—Es de nacionalidad alemana —comencé a decir—. De unos sesenta y cinco años. No es uno de los nuestros. Era piloto comercial y trabajaba por cuenta propia. Nosotros lo utilizábamos de vez en cuando para algunos trabajos por aquí cerca. No sé cuál es su verdadero nombre. ¿Resulta esto lo bastante honrado para usted, señor King? ¿He cooperado bastante?

—Nos servirá para empezar —respondió Squeaky, apaciguado quizá por el uso educado que hice de su nombre—. Entonces, ¿a ti qué te parece?

—¿Quizá un encuentro con alguien?

—Evidentemente —me confirmó Squeaky—. ¿Con quién? ¿Cuándo? ¿Y por qué aquí?

—Una obra como ésta no es un mal sitio —comenté.

—¿Y si los hubieran visto los obreros?

—¿Obreros británicos? —intervino Dicky—. ¿En invierno? ¿Cuándo has hecho obras por última vez, Squeaky? Esos personajes se largan a casa justo después de comer.

—Pero no fue premeditado —continuó Squeaky sin hacer caso de la frivolidad de Dicky—. El asesino ha debido de quedar cubierto de sangre.

Lo miré. Squeaky era un escocés astuto. Quizá estuviera tratando de sonsacarme.

—Yo estaría más convencido de que fue espontáneo si supiéramos con certeza que el asesino encontró el arma homicida aquí, en la obra —apunté.

La breve inspiración de Squeaky sirvió para indicar exasperación.

—Eso es verdaderamente enrevesado, Bernard. Sería un escenario muy complicado. ¿El asesino se presenta con el martillo, todo muy preparado para salir completamente salpicado de sangre? ¿Por qué no hacerlo más de prisa y en silencio? ¿Con una pistola con silenciador, por ejemplo? ¿O con un cuchillo? ¿O con las manos desnudas? La víctima no iba armada.

—Tiene usted razón, señor King —convine.

—¿Tenía algún pariente, algún amigo íntimo o socios de negocios que tú sepas? ¿Tenía esposa? ¿Alguna novia? —Hizo una mueca—. ¿Algún novio?

—Nadie —le respondí—. Era un solitario.

—Entonces, ¿estáis de acuerdo en que lo limpiemos todo? —nos preguntó Squeaky mirando a su alrededor—. Por cierto, encontramos esto allí, en el rincón. No creo que sirva para aclarar nada sobre el asesinato. —Sacó del maletín una bolsa transparente de ésas en las que se guardan las pruebas.

Dentro se encontraba la réplica de la Colt Navy del Sueco—. Supongo que alguno de los chicos que vienen por aquí la perdió.

—Claro, podéis limpiarlo todo. Por nosotros está bien, ¿verdad, Dicky?

—Agradecemos que nos llamaseis tan pronto —dijo éste poniéndose diplomático de repente—. No habría sido muy divertido que el director general lo hubiera leído en el *Daily Mirror* y hubiera querido saber qué había pasado.

Squeaky inclinó la cabeza sombríamente. Aquello no iba a salir en ningún diario a la mañana siguiente ni ninguna otra mañana. Eso era lo que la rama especial y la policía local estaban pergeñando juntos cuando nosotros llegamos.

Dicky se mostró muy profesional. Se aseguró de que no iban a alborotar y a hacernos esperar hasta la autopsia. Squeaky le prometió una copia de los preliminares, de todos los exámenes médicos: examen externo completo, gráfica dental, fotografías de la escena del crimen, huellas digitales... y cualquier otra cosa que la gente del Departamento de Coordinación del Cinco encontrase en la base de datos. Y Dicky lo quería todo a la hora en que acababa la jornada laboral al día siguiente.

—Y el informe en cuanto llegue —añadió Dicky con una autoritaria inclinación de cabeza.

Casi parecía que supiera de qué estaba hablando.

—¿Lo conocías? —me preguntó el médico cuando los demás dieron media vuelta y salieron de allí.

Me había quedado mirando fijamente el cadáver. Supongo que se había fijado en el modo como yo había estado esquivando a Squeaky, aunque luego se lo hubiera contado todo.

—Lo veía de vez en cuando desde hacía años —admití—. En realidad me sacó de apuros... un par de veces.

—Si hubiera sido un poco más joven, quizá podría haber vencido al asesino. Debía de ser un tipo duro. Pero a esa edad el cráneo se vuelve delgado y suele tener osteoporosis.

—Sí, hemos perdido a un tipo duro —reconocí—. El mejor piloto del mundo y valiente como nadie.

Que Bret estaba sentado en el Rolls, estacionado a la vuelta de la esquina, no era ningún secreto. Squeaky tenía fama de ser hombre de manual; no era en absoluto de la clase de hombres que se olvidarían de poner dos o tres hombres de vigilancia alrededor del lugar de la reunión. A mí no me cabía la menor duda de que nos estaban vigilando en aquel momento, con los ojos en

constante movimiento y con la barbilla metida en el cuello de las trencas negras mientras hablaban sin cesar por teléfono.

—¿Cómo ha ido? ¿Quiénes estaban ahí? —preguntó Bret.

Dejó de leer el *Economist* y dobló la esquina de la página para que le sirviera de punto. Me di cuenta de que lo único que Bret quería era una breve confirmación de que no había ocurrido nada catastrófico.

—Estaba Squeaky. Con Golds para que le diera la mano —le comunicó Dicky—. Y un médico... uno de los viejos compañeros de borracheras de Bernard, según creo. Así que tenemos línea interna si la necesitamos.

—¿Y cuál ha sido la conclusión? —quiso saber Bret.

—Era el piloto alemán...

—El Sueco —le corrigió Bret con suavidad.

—Lo llaman el Sueco —dijo Dicky.

Después de aclarar lo de los nombres, la curiosidad de Bret pareció disminuir.

—¿No ha habido ningún problema?

—Ya te dije que no había ninguna necesidad de venir, Bret. Mañana nos enviarán por fax toda esa basura médica por si quieres repararla.

—Si no hay problemas, no necesito ver nada de eso —sentenció Bret con énfasis—. Tengo la mesa del despacho enterrada debajo de montañas de trabajo.

Con esa confianza en sí mismo que proporciona la riqueza heredada, Bret puso fin a la conversación. Apagó la luz de lectura, metió el *Economist* por el lado del asiento, inclinó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos.

—Te dejaremos a ti primero, Bernard. Tu casa es la que está más cerca —me dijo Dicky.

Lo dijo en un susurro para no molestar a Bret.

Hasta entonces, la preocupación por la muerte del Sueco me había apartado de la cabeza el efecto que su muerte tendría en mis planes e ideas. Ahora las consecuencias cayeron sobre mí como una avalancha helada de nieve medio derretida. Ya no me iba a ir a Irlanda, ni a Cuba ni a Sudamérica. No me iba a ir a ninguna parte; me quedaría allí y aguantaría toda la mierda que al Departamento le diera la gana de verter encima de mí. No había modo de escapar a las consecuencias; eso era una verdad de la vida.

—Nos veremos mañana por la mañana —me dijo Dicky a modo de despedida cuando me dejaron a la puerta del edificio en el que estaba mi apartamento.

—Sí —convine—. Hasta mañana.

Cuando subí, el apartamento estaba oscuro y frío. Fiona se había marchado, pero no sin haberlo limpiado todo antes, de manera que la casa estaba como una patena. Había recogido los pedazos de papel de seda desechados, había fregado los platos y los había guardado, así como el cazo de la leche, una taza de café y el platito que había usado. Había quitado la colcha de nuestra cama de matrimonio. Le había puesto a la cama sábanas limpias y almidonadas, y las almohadas estaban colocadas para que yo me acostase. En la almohada de mi lado había colocado la camelia de tela como una prenda de amor. De pronto me asaltó la idea de que las lágrimas que había derramado eran por nuestro matrimonio.

Desde el piso superior de nuestro edificio del sSI puede verse todo Londres. El día estaba brumoso, el cielo lleno de nubes, magullado y maltrecho; se esperaba la lluvia de un momento a otro. La noche antes yo había estado mirando cómo las nubes aceradas se desplazaban velozmente por el cielo. Antes, aquella misma mañana, habían ido ya más lentas. Ahora estaban completamente quietas, ancladas y amenazadoras como una armada extraterrestre esperando la orden de invadir.

Fui el primero en llegar a la sala de conferencias número tres, sin contar a la señora galesa que prepara el té para tales reuniones. Ninguno de los demás llegó puntual. Bret llegó con el director general. Gloria, a la que habían nombrado para un puesto permanente como ayudante de Bret, llegó con la también recién nombrada secretaria de éste. Poco después llegó Augustus Stowe, el abrasivo australiano que antes hacía el trabajo de Dicky. Seguía intentando mantener organizado el Departamento de Operaciones, y las ojeras negras y todo su semblante en general mostraban el precio que estaba pagando por ello. No obstante, Stowe siempre era capaz de reunir energía, aunque fuese a su belicoso modo. Llegó dando palmadas y voceando:

—¿Por qué estáis todos sentados ahí a oscuras, idiotas? Que alguien encienda esa puñetera luz.

Dicky entró apresuradamente y sin aliento luciendo su nueva trenca de Armani. Fue la última persona en llegar. Era evidente que ni siquiera había tenido tiempo de asomarse a su despacho para tomarse la taza de café que le esperaba cada mañana a las diez y media. Le eché un rápido vistazo a su cara y me di cuenta de que perderse su habitual dosis de cafeína lo ponía de mal humor, le hacía sentirse rencoroso y le producía dispepsia.

—Me habría gustado que me lo hubieses recordado, Bernard —me dijo con un siseo mientras colgaba el impermeable en una percha de alambre y

retiraba la silla que le correspondía ante la mesa de conferencias.

Dicky odiaba poner su ropa en perchas de alambre, las había prohibido en su despacho y también en su casa.

Aunque Dicky, como los demás altos cargos del Departamento, a veces utilizaba la sala de conferencias número tres como un acogedor escondite, el resto de nosotros sabíamos que sólo era un lugar al que nos convocaban para que prestásemos testimonio o para interrogarnos sin piedad acerca de desgracias o desastres.

Aquel día no me encontraba de pie sobre el felpudo. Me encontraba entre las ocho personas importantes ante la pulidísima mesa de reuniones en forma de ataúd para discutir de la «política del Departamento». En cada puesto había un bloc de notas nuevo, un lápiz afilado y un vaso de agua. También había una copia del acta de la reunión anterior, y el orden del día de la que íbamos a celebrar. Mi nombre no aparecía en el orden del día, pero eso no significaba nada cuando Bret estaba en la presidencia. Se hallaba sentado enfrente de mí con un lápiz de oro en posición, un pesado lápiz de oro que hacía tintinear contra el vaso de agua cuando quería pedir orden, silencio y atención. Su nueva secretaria estaba sentada a su lado; era una muchacha morena que llevaba un conjunto *beige*, un collar de perlas y un reloj caro. Se encargaba de tomar apuntes a mano de la reunión. Aquello podría haber resultado una tarea imposible de no ser porque Bret pedía que algo no constase en acta con la frecuencia suficiente para que la muchacha pudiera seguir el diálogo. Delante de ella había una responsabilidad añadida: una bandeja con ocho tazas, los platitos y dos fuentes de pastas junto con una jarra de leche, una tetera y demás.

Al otro lado de Bret estaba sentada Gloria. Acababa de salir de la peluquería. Lo noté porque el pelo le brillaba de tanta laca como le habían puesto, y ella en casa nunca la usaba. Gloria llevaba un traje oscuro más bien varonil. Tenía la caja negra oficial de documentos: pedidos, normas, correspondencia, papel carbón para copias e incluso mapas. Se esperaba de ella que fuera sacando los papeles que Bret pudiese necesitar unos dos minutos antes de que éste supiera que los necesitaba. Y por alguna clase de milagro, Gloria lo lograba.

La sala de conferencias estaba tal como yo la recordaba, excepto por la ausencia de la gran caja de cigarrillos bañada en plata que antes había sobre la mesa y también de todos los ceniceros de vidrio. Recuerdo bien aquella caja plateada. Como la mayoría de los empleados, yo a menudo había utilizado la necesidad de un cigarrillo como excusa para retrasar la respuesta a una

pregunta y había estado revolviendo en aquella caja todo el tiempo que podía. Estaba seguro de que Bret había prohibido fumar en aquella habitación. Bret era un puritano. Cuando él dejaba de fumar, todo el mundo tenía que ponerse en fila detrás de él. Cuando cerraba los ojos, era de noche. Bret era un autócrata bienintencionado; un tirano liberal; un cruzado que se marginaba a sí mismo. La combinación de características opuestas es lo que le hacía ser tan americano y resultar tan difícil de entender a veces.

Aquella reunión se distinguía de otras de menor importancia por la asistencia del director general, sir Henry Clevemore. Iba acompañado de C, su queridísimo y viejo perro labrador negro que lo seguía a todas partes. Era el único animal al que se le permitía la entrada en el edificio. En una ocasión, mucho tiempo atrás, un visitante alemán describió a sir Henry diciendo que parecía un boxeador profesional sonado. El rostro venerable, el cutis moreno y el pelo largo conseguían engañar fácilmente a cualquier observador extranjero poco avisado. Pero nadie que tuviera experiencia de primera mano sobre el sistema de clases británico confundiría a sir Henry con nada más que lo que era: un miembro preeminente del sistema británico. La historia de la vida de sir Henry podría escribirse en una postal: Eton, los Guards mientras estuvo en el ejército, el White's Club, la Iglesia anglicana. Era un jinete de renombre y experto cazador del zorro. Estaba casado con una mujer perteneciente a una familia escocesa con título nobiliario y con relaciones palaciegas. Su figura alta y desgarbada, pues arrastraba un poco los pies, y los trajes a rayas de Savile Row que él hacía que parecieran de una tienda de Oxfam se veían con menos frecuencia por los pasillos del Departamento desde que el año anterior se había puesto enfermo. Pero contra todo pronóstico, sir Henry tenía la voz firme, sin la menor vacilación, y su mirada era rápida, lo mismo que su cerebro.

Bret también había envejecido, desde luego. Pero Bret era americano y ellos saben cómo mantener el tiempo a raya. Envejecía como envejecen las estrellas de cine, conservando la energía y la amenaza. La noche anterior, a medianoche, tenía una pinta espantosa, pero era debido a que estaba cansado y a que se habían desvanecido los efectos de su aparato de remar y de sus vitaminas. Sentado en aquel coche grande, con la luz cruda de la diminuta lámpara de lectura iluminándole la cara y las manos huesudas, estuvo a punto de convertirse en calabaza. Pero hoy, después de leer las páginas de deportes del *Herald Tribune*, había rejuvenecido. Me di cuenta de que estaba en el sendero de guerra y temí que me tuviera en el punto de mira.

Contribuir con ideas significativas en reuniones como aquélla no era algo en lo que yo hubiera sobresalido nunca. Y yo no habría estado allí de no ser porque Frank Harrington estaba decidido a aferrarse a la bien establecida tradición de que Berlín tenía que estar representado. Como Frank estaba en Berlín y yo me encontraba temporalmente en Londres, parecía sensato que Frank me enviase a mí para asistir en su lugar. Pero yo me limité a permanecer sentado mientras tenían lugar las conversaciones y se repasaban estadísticas sin hacer mucho más que levantar una mano en señal de asentimiento y reaccionar a las bromas familiares con una sonrisa de vez en cuando.

Bret había llevado la reunión a una velocidad como para romperse el cuello. Pasó la página del orden del día mientras Dicky todavía estaba hablando y pasó a tratar el siguiente y último asunto sin pausa ni disculpa, aparte de decir:

—Eso ya lo sabemos todos, Dicky. Lo hemos tratado una docena de veces.

Me di cuenta de que Dicky había llevado un grueso fajo de notas y documentos y que sólo había podido hacer referencia a la primera de ellas. Pobre Dicky, lo habían rechazado de plano. Y encima delante del director general. Seguro que a Dicky aquello no le habría gustado nada.

Augustus Stowe, que nunca dejaba pasar una oportunidad de frotar sal en las heridas, especialmente en las heridas de Dicky, añadió:

—Traes demasiado material a estas reuniones, Dicky. Y una gran parte no es más que basura para perder el tiempo.

Bret levantó en alto un dedo y le ordenó a la secretaria:

—No quiero que nada de esto conste en acta.

—No, señor Rensselaer —dijo la muchacha.

—Entonces, parece que esto es todo por hoy... —concluyó Bret mientras se inclinaba sobre las notas que había tomado la secretaria y se ponía a hacer señales a lápiz al lado de algunos puntos del orden del día que ni siquiera se habían propuesto para comentar. Luego echó una mirada en torno a la mesa —. A menos que haya algún otro asunto.

Con el tono de voz en que lo dijo ni siquiera Stowe se atrevió a sacar otros asuntos. Todos nos dábamos cuenta de que Bret estaba, como él decía, «preparado para la carga», y estaban contentísimos de poder escaparse.

Gloria recogió sus cosas y se marchó después de dirigirme la más diminuta de las sonrisas. Yo estaba a punto de seguirla cuando Bret dijo:

—¿Podrías esperar un poco, Bernard? Y tú también, Dicky. Hay un par de cosas...

Esperó hasta que la puerta estuvo cerrada.

—Se trata de lo de ayer noche, del hombre muerto. —Bajó la vista hacia el contenido pulcramente ordenado de su portafolios—. He creído oportuno que supierais que los soviéticos han estado en tratos con ese alemán renegado durante varios años; por lo menos durante dos años.

Bret lo dijo como un anuncio sorpresivo y repentino. Estaba claro que quería acabar con aquello de una vez por todas y rápidamente.

Bret me miró y esperó a que lo asimilara. Hice un gesto de asentimiento y me fijé en el modo como el Sueco, que había arriesgado la vida por nosotros en incontables ocasiones, había pasado a ser un renegado alemán. También me fijé en que Bret había hecho los deberes desde la noche anterior, cuando Dicky tuvo que aclararle lo del nombre cambiado.

—¿Bueno, qué te parece? —me preguntó Bret, que estaba esperando a que yo respondiera.

El director general estaba allí sentado mirando al vacío, como si aquella conversación no tuviera nada que ver con él.

—El Sueco necesitaba dinero desesperadamente —dije en su defensa.

Se hizo un silencio. Desde luego, lo que yo había dicho era bastante inoportuno.

—Muchos de los nuestros están desesperadamente necesitados de dinero —me aclaró Bret.

Y dejó sin mencionar las implicaciones de aquello.

—Pero él no era exactamente uno de los nuestros —le recordé—. Al menos, no en exclusiva. No le dábamos dinero suficiente para que trabajase en exclusiva para nosotros. Lo hacía con contratos. Era el mejor hombre de todos los que teníamos. Era de fiar. Nunca nos dejó tirados.

—No —reconoció Bret—. Los dejó tirados a ellos; ése fue el problema. Intentó venderles lo que por derecho les pertenecía. Y a ellos no les gustan esa clase de filibusteros. Por eso se lo han cargado.

—¿Podrías explicar eso, Bret, por favor? —le pidió el director general.

—Lo han matado —explicó Bret—. Traicionó a los soviéticos y ellos lo han matado.

—Ah, sí —dijo el director general.

Al oír la voz de su amo, C se despertó y comenzó a arrastrarse por debajo de la mesa hasta llegar a mis pies, contra los que se frotó mientras olisqueaba

y gruñía. Cerciorándome de que no se viera, le di al perro un firme empujón con el zapato, y el animal retrocedió unos pasos por debajo de la mesa hasta el lugar donde se encontraba Bret. Se tumbó dando un gruñido y volvió a dormirse. Bret adivinó lo que yo había hecho y me clavó una mirada acusadora. Supongo que le fastidiaba tener al perro de pronto descansando apoyado en sus piernas, pero no se quejó.

—¿Se me permite oír algunos detalles más sobre este asunto? —le pregunté.

—Enviaron aquí a un matón desde Dresden —me explicó Dicky con orgullo—. Hemos estado vigilando todo el circo desde hace días. Utilizaron a dos matones de aquí. Luego el tipo de Alemania llegó en un vuelo de madrugada para recibir informes de los dos matones. Llegó a Wimbledon en un coche alquilado, pagó a los dos matones ingleses y se volvió a Berlín antes de que la sangre del Sueco se hubiera secado.

—¿Dos matones? —repetí—. ¿Y dónde se limpiaron?

El razonamiento de Squeaky me había convencido de que aquello era demasiado torpe y embarullado para que fuera un trabajo hecho por un asesino a sueldo.

—No querían que pareciera el trabajo de un profesional —dijo Dicky—. Eso se especificaba claramente en uno de los mensajes que interceptamos. Es nuevo, de la Rusia de Gorby, de estos tiempos. No quieren que nadie sepa que siguen haciendo las mismas cosas desagradables que hacían en los viejos y malos tiempos.

Entonces asimilé las palabras de Bret.

—¿Lo habéis estado vigilando? ¿Me estás diciendo... que habéis dejado que maten al Sueco?

—Teníamos que dejar que lo hicieran —me aseguró Bret—. Sabíamos que estaban en pie de guerra. Creíamos que era un golpe contra alguno de los nuestros, tal como sonaban los mensajes. Luego ya vimos lo que era realmente. Si hubiéramos actuado siguiendo la información que teníamos, nuestra fuente se habría ido al carajo.

—¿Y tú también sabías todo esto? —Miré a Dicky para hacer de aquello algo personal—. ¿Lo sabías anoche, cuando estábamos hablando con Squeaky? ¿Conocías el plan, dejaste que todo ocurriera y luego te encargaste de filtrarlo a los del Cinco para que pudieran encontrar el cadáver?

—Creía que habías adivinado de qué iba todo esto —me respondió Dicky evasivamente—. Cuando le dijiste a Squeaky que no estabas convencido, pensé que debías de saber algo. Pensé que lo estabas llevando muy bien.

—No, lo decía de verdad —le expliqué—. Aquellos dos tipos vinieron a buscarme a mí. Estaban buscando al Sueco. Querían que los ayudase.

—¿Y qué ocurrió? —me preguntó Dicky.

—Les dije que ya los llamaría.

—Pues no has informado de eso —me dijo Bret muy de prisa.

—No —reconocí—. No sabía quiénes eran.

—¿De verdad? —quiso saber Bret. Por su cara adiviné que el chófer le había informado de mi pelea—. Pero para entonces tú ya sabías que había una alerta de seguridad personal que se extendía a todos los empleados. Y también sabías que el Sueco se encontraba en la ciudad haciendo negocios. Tuviste un encuentro con él. En una librería en Charing Cross.

Bret estaba tratando de desconcertarme.

—Pura rutina —le dije.

—No creo, Bernard —replicó Bret—. Más bien creo que fue para hablar de un trabajo que tú querías que te hiciera. ¿Se trataba de algún vuelo?

Lo miré directamente a los ojos.

—Cuéntamelo tú —le pedí.

Bret estaba bastante combativo, pero yo era capaz de aceptar el reto.

—Te hemos tenido bajo observación, Bernard —me explicó Bret—. Así que de nada sirve que te hagas el inocente. Te traes entre manos uno de tus viejos trucos. Y bien podrías mostrarte franco con nosotros.

—No tengo nada que decir —le aseguré—. ¿Qué pruebas tenéis? ¿Qué demonios se supone que he hecho? Me peleé con un par de atracadores y me reuní con un tipo cuyos servicios solíamos utilizar. ¿Y qué?

Bret permaneció tranquilo.

—Ése es justamente el problema —me dijo con suavidad—. Tienes la idea de que te estamos sometiendo a un juicio... El Departamento. Te comportas como si todo el mundo aquí tu viera que responder ante ti.

El director general habló. Aquello era una pequeña charada representada para que él la observase, desde luego. Una obra para la cual yo no había ensayado mi papel. El director general dijo con su voz profunda y aterciopelada:

—Su cuñado es un delincuente. Eso lo sabe todo el mundo. Pero eso no significa que ignoremos las acusaciones que expone contra usted.

—No sabía que mi cuñado hubiera expuesto ninguna acusación contra mí.

Le eché una fugaz mirada a Dicky. Éste me miró y sonrió con nerviosismo.

—No. Exactamente. Porque no vale la pena repetir las violentas acusaciones que ha hecho —dijo con calma el director general—. Pero ¿qué ha hecho usted para tranquilizarnos, Simmons? Muy poco. Confiéselo. ¿No ha estado insinuando que el Departamento tenía cierta clase de complicidad, por ligera y tangencial que sea, en la muerte de Tessa Kosinski?

Se hizo una pausa lo bastante larga como para tentarme a replicar.

—Hemos dejado morir al Sueco —dije—. Sabíamos que iban a asesinarlo y dejamos que ocurriera. ¿No es eso lo que acabamos de oír?

—Eso es completamente diferente —intervino Bret—. No había alternativa. Ésa es una comparación ridícula.

El director general ignoró tanto mi comentario como el de Bret. Luego habló:

—He decidido extraditar a ese americano llamado Thurkettle. —Sir Henry emitió aquel pronunciamiento de una manera augusta que no hacía referencia a otros hombres. No había que mencionar a Silas, y mucho menos la conversación que yo había mantenido con éste—. Cualquiera pregunta que le pueda venir a la cabeza la responderá la Junta de Investigación —me comunicó sin dejar de mirarme fijamente—. Es lo justo. Quizá deberíamos haberlo hecho así el año pasado, cuando ocurrió.

Los ingleses tienen una obsesión por lo que es justo, y el director general era muy inglés.

—¿Concederán los americanos la extradición de Thurkettle? —le pregunté.

—Se me ha asegurado que sí al más alto nivel —repuso el director general—. Pero una vez que comience el proceso, no se sabe dónde acabará. Los americanos protestarán si creen que a su hombre se le trata injustamente. Protestarán por cuestión de principios. —Olisqueó un poco—. Podríamos acabar en un tribunal abierto, y usted tendría que prestar declaración como testigo.

—Sí —dije.

—Usted vio disparar los tiros fatales, ¿no es así?

—Sí. Thurkettle la mató. Yo estaba allí.

—Si se llegase a un juicio público, usted sería el testigo de cargo...

El director general me miró fijamente, como si estuviese intentando recordar cómo me llamaba. Dicky se había puesto a mirar su abrigo, que estaba colgado en el perchero. Yo no podía verle la cara a Bret, que seguía sentado e inclinado con la mano tendida hacia la alfombra.

—Sé a qué se refiere usted.

Estaba recordándome que después de semejante exhibición yo no podría seguir siendo empleado del Departamento.

—Hay un axioma en Bengala —me dijo el director general—. Los rastreadores dicen que cuando un cazador ve por primera vez un tigre, el tigre ya lo ha visto a él cien veces.

—Ya lo sé —le dije—. Pero... ¿quién va a fiarse de lo que diga un tigre?

Aquello era una advertencia, desde luego. Me estaba diciendo que si me pensaba que iba dos pasos por delante de él y del Departamento, ellos irían tres pasos por delante de mí.

A través de la ventana ví que el cielo se había puesto aún más sombrío. Durante toda la mañana Londres había estado aguardando la lluvia, pero la amenazadora tormenta todavía no se había desencadenado.

—¿Vamos a enterrarlo? —quise saber—. Me refiero al Sueco. ¿Qué pasará ahora?

Bret abandonó lo que quiera que fuera aquello con lo que jugueteaba en la alfombra y se sentó erguido en la silla para mirarme de frente. Era evidente que ya había pensado en aquel problema. Repuso despacio:

—Cuando el forense acabe con el cadáver, si nadie lo reclama, el Departamento se encargará de que tenga un entierro eclesiástico en debida forma, y también una lápida... Algo tranquilo. Buscaremos una iglesia de pueblo lejos de aquí. Nosotros no dejamos tirados a los nuestros, si ésa es la miga de tu pregunta.

Sonreí. Durante un momento pensé realmente que Bret trataba de hacer un chiste inexpresivo. Yo creía que era sólo en los primeros fotogramas de las películas de la televisión donde unos ávidos agentes secretos representan unos bonitos funerales rurales para engañar a los matones del KGB.

—¿Quién elegirá los himnos? —pregunté.

—Puede usted marcharse ya, Simpson —me ordenó el director general.

Me levanté, contento de que al fin se me ofreciera una escapatoria.

—Samson —dijo Bret, que había vuelto a agacharse y quedaba escondido detrás de la mesa.

—¿Qué es eso, Bret? Habla más alto —le pidió el director general con esa voz alta que es síntoma de sordera.

—Se llama Samson —le repitió Bret con una voz que revelaba su mal humor.

Supuse que estaba intentando sacudirse los pelos del perro de la pernera del pantalón.

—*Charity, Charity* —comenzó a llamar el director general con esa firme voz de tenor bajo con la que siempre llamaba a su perro, a los taxistas y a cualquiera que se encontrase al otro lado de la línea telefónica—. *Charity*, ven aquí.

El perro gimió y se arrastró hacia su amo. Yo siempre le había oído llamar a su perro C y creía que se llamaba así por los augustos predecesores del Departamento. Ello demuestra lo fácil que es malinterpretar las cosas.

HOTEL HENNIG, Berlín

Cindy Prettyman había envejecido, igual que todos nosotros. La chica divertida, simpática y atractiva que yo había conocido en otro tiempo estaba ahora divorciada, se había convertido en una persona de mediana edad y dedicaba toda su energía a su carrera. Eso no significaba que no siguiera siendo una mujer atractiva. En algunos aspectos, la refinada confianza que había adquirido con sus responsabilidades y viajes la había hecho todavía más interesante. La penumbra del bar del hotel, iluminado sólo por dos pequeños apliques de pared y la luz parpadeante que salía del televisor la favorecían.

Después de saludarme, asumió una pose. Con una mano se abrió la gabardina forrada de pieles, lo que dejaba ver el traje de chaqueta a cuadros blancos y negros. Apoyó en las caderas los dedos pálidos bien extendidos, con uñas largas y pintadas de rojo, y dejó bien visibles una serie de pulseras y anillos y un moderno reloj. Era una broma, y yo sonreí ampliamente para hacerle ver que la había captado.

Cindy era la personificación de la mujer trabajadora y ambiciosa que lucha por sobrevivir en un mundo de hombres. Y su mundo era un mundo de triunfadores. Sin duda, la habilidad que ella tenía para ponerse provocativa y sensual constituía una valiosa parte de su repertorio.

—¡Cindy! Qué sorpresa más agradable —la saludé.

Cindy Prettyman me sonrió. Reconocí aquella expresión. Era la indulgente madre superiora y yo era el niño desaseado del coro. Su exmarido se había encaprichado locamente de ella, y yo siempre había intentado mirarla a través de los ojos de aquel hombre. Pero el viejo y romántico Jim era sobre todas las cosas un hombre pragmático. Se había acercado a otros lugares, a otras personas y a otras cosas. Y Cindy se había convertido en una extraña.

La voz de Cindy Prettyman, o Cindy Matthews, puesto que había vuelto a adoptar el nombre de soltera, me había dado un susto que me había hecho

salirme de la piel de un salto. Estaba sentado solo en el bar del hotel de Lisl Hennig, donde vivía, intentando ponerme al día en los periódicos alemanes mientras esperaba a que el camarero empezara su turno.

—Hola, Bernard. Pensé que a lo mejor te encontraba aquí.

Gran sonrisa.

—Sí —convine, aunque Cindy no tenía motivo alguno para pensar que yo estuviera en el bar del hotel Hennig, ni siquiera que estuviera en Berlín. Pero Cindy era así, combinaba el instinto del cazador con el pulso firme de un tirador.

—No has cambiado, Bernard.

Jim Prettyman había sido colega mío en el Departamento y además era un amigo. Me enseñó a jugar al *snooker* y también al billar. Y me ayudó a que aprendiese a perder con estilo. Todos jugábamos a las cartas en los viejos tiempos: Fiona, Cindy, Jim y yo. Todos éramos empleados de poca monta del Foreign Office, con pocas responsabilidades y menos dinero aún. Íbamos cada semana a unos billares del distrito sur de Londres. Después solíamos ir a cenar espagueti y un bistec al restaurante de Enzo, en la calle Old Kent. Pagaba el ganador.

Fueron tiempos felices, pero no duraron. Los ascensos de Jim lo llevaron al piso superior, donde pronto estuvo codeándose con Bret Rensselaer en el Comité de Operaciones Especiales. Luego consiguió un nuevo empleo en América, se cambió el nombre de Jim por el de Jay, se buscó una nueva esposa e hizo bastante dinero como para ponerse fundas en los dientes. Cindy, que ya se había convertido en una resuelta *apparatchick* de Whitehall, también se marchó de Inglaterra. Le ofrecieron un contrato para trabajar en la Comunidad Europea, o en la Comisión Europea, o en el Parlamento Europeo o en alguno de esos empleos bien remunerados en los que te pagan viajes en primera clase y te proporcionan otros lujos con los que sueñan todos los chupatintas del mundo. Mientras tanto, mi esposa Fiona había terminado su embrollo en Berlín Oriental, había regresado y había visto su nombre escrito en letras luminosas por encima del entoldado del Departamento. De los cuatro, yo era el único que no había cambiado, el único al que podía encontrarse en los mismos tugurios que frecuentábamos en los viejos tiempos. Y además llevaba puesto el mismo traje.

Cindy había envejecido, pero el sueldo parecía ayudarla a mantener a raya los estragos del tiempo. El cabello y la cara bien cuidados, las chucherías de oro y la gabardina, de gran estilo, forrada de pieles, que colgó en una percha y metió en el armario, contaban claramente su historia. Y se había afrancesado

lo suficiente como para creer que no merecía la pena gastarse el dinero en atuendos caros, en perfumes buenos y en cosméticos extravagantes a menos que éstos se notasen y quedasen bien a la vista. Me sonrió. Cindy era la imagen del éxito. Se quitó el pañuelo de la cabeza y sacudió ésta de un lado a otro para soltarse el cabello oscuro en el que se había hecho mechadas. También se había cambiado de peinado. Ahora lo llevaba cortado en un práctico estilo varonil, lo que significaba que tenía que dedicarle un mínimo de su valioso tiempo a los rulos.

—Es posible que tenga que venir a Berlín con regularidad en el futuro — me dijo.

—¿Es eso una amenaza o una penitencia?

Sacó del bolso grande de cocodrilo una pitillera de plata y un encendedor de oro. Había nacido en una región de Inglaterra situada al norte, cerca del río Humber, donde las minas de hierro se extendían convenientemente cerca de las de carbón y del flujo de la piedra caliza. Su padre se había criado en la época en que el acero era un bien precioso y Gran Bretaña parecía tener una interminable necesidad del mismo. Pero nada dura eternamente; ni siquiera los barcos de guerra o los imperios. Cindy se dio cuenta rápidamente de eso. No había perdido del todo el acento. O tal vez lo adoptaba ahora por mí, para demostrarme que sus logros no le habían hecho olvidar que era la misma muchachita cuyo padre era de izquierdas y bebía cerveza y cuya madre católica trabajaba en la lavandería.

—¿Qué te apetece tomar? —le pregunté.

Cindy encendió el cigarrillo con un elegante gesto, aunque un poco amanerado, y con el cigarrillo en la boca utilizó ambas manos para cerrar el bolso. Echó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos a medias cuando el humo le subió por la cara. Luego se quitó el cigarrillo de los labios y habló:

—¿Sería posible tomar una copa de champán?

Y arrugó la nariz de una forma que un día Jim Prettyman me dijo que era bonita.

En la pantalla de televisión que había por encima de la barra, dos médicos con batas blancas discutían en silencio.

—¿Qué te parece un buen vino de la casa? —le recomendé—. Es húngaro, pero no está mal. Las bebidas buenas las encierran con llave en la nevera cuando el camarero no está de servicio.

Me metí detrás de la barra, me agencí yo mismo una botella abierta de vino y regresé con un vaso para cada uno. Lo serví con mucho cuidado, pues

era consciente de que ella me estaba observando para comprobar hasta qué punto había envejecido.

—*Gesundheit!* —dijo Cindy, y sonrió antes de dar un sorbo de vino. Luego, como si reaccionase por el gusto que éste tenía, encorvó los hombros—. ¿Cuándo se anima esto? —me preguntó echando un vistazo al bar vacío.

El hotel Hennig había conocido días y noches notablemente más bullangueros, pero ahora era un lugar frecuentado sobre todo por hombres de negocios de no demasiado éxito, turistas a los que no les importaba tener que recorrer el pasillo para ir a buscar el lavabo y hombres y mujeres misteriosos que, por los motivos que fuese, preferían la oscuridad que proporciona este tipo de alojamientos pasados de moda. Los más sobrios de todos los que allí había eran los residentes ancianos que vivían de modo fijo y que estiraban los ingresos racionando la comida y la bebida. En conjunto, aquella clientela no era nada animada, al menos no lo era del modo que buscaba Cindy.

—Varía mucho —le contesté.

Y me hundí en el sofá a su lado.

—Tendría que variar muchísimo para ponerse ruidoso —comentó, y se echó a reír con una risa que insinuaba la clase de alaridos de colegiala que yo recordaba de los viejos tiempos.

—Supongo que sí.

—¿Por qué eres siempre tan cabrón? —me preguntó sin cambiar casi el semblante.

Se inclinó hacia delante, se quitó los zapatos y comenzó a darse masaje en los pies con delicados movimientos de los largos dedos. A través de la punta de la media pude ver que llevaba las uñas pintadas de dorado.

—¿Yo?

—Déjame ver a mi marido —me exigió con fiereza—. ¿Cómo puedes ser tan bestia?

—¿Te refieres a Jim? ¿A Jim, tu exmarido?

—Tú viniste a Berlín con él. Lo trajiste aquí. Lo sé. No lo niegues.

Habría negado incluso eso, pero entonces Cindy me habría hecho preguntas más difíciles, y no resultaba conveniente decirle que la policía secreta polaca me había sacado del expreso de Moscú y me había encerrado.

—Yo estaba en el mismo tren que él —admití—. Pero fue sólo casualidad.

—¡Madre de Dios! No les mientas a los viejos mentirosos, Bernard.

Volvió a tocarse el pie. Por encima de nosotros, a lo lejos, un médico musculoso corría atléticamente por un campo y se encaramaba a un

helicóptero que llevaba una cruz roja pintada. El piloto era una mujer rubia y joven.

—Creía que todo había acabado entre Jim y tú.

—Así es. Se largó con esa americana divorciada —me explicó con cierto desagrado delicado—. No tienes por qué ser tan sensible, Bernard. No vas a hacer que me salten las lágrimas como a una chiquilla.

—No —convine. Cindy rompiendo en llanto como una chiquilla era algo que se escapaba por completo a mi imaginación—. ¿Por qué, pues?

Cindy se puso en pie de un salto, lo que ponía en evidencia una vitalidad al parecer inagotable. Todavía sin zapatos, se acercó a la barra y se estiró por encima de la misma para agarrar por el cuello una botella de *whisky* escocés. La sacó del estante de un tirón mientras con la otra mano cogía unos vasos de vidrio. Luego buscó hielo en el congelador y echó unos cubitos en los vasos con gestos expertos, como lo haría un camarero. No debería haberme asombrado que ella adivinase dónde estaba todo guardado y le pusiera las manos encima con tan poco esfuerzo. Siempre había sido así.

—Voy a tomarme una copa de verdad —me anunció mientras arrojaba el vino húngaro por el fregadero—. ¿Te apetece un poco de *whisky* escocés?

—No, gracias. Seguiré con el vino.

—Odio el vino. Bebo demasiado vino allí donde trabajo. Los franceses no han oído hablar de otra clase de bebida. El vino se pone ácido en el estómago. Volvió a su posición inicial en el sofá.

—A algunas personas les ocurre eso —comenté.

Se sirvió una cantidad pequeña encima de los cubos de hielo y siguió echando mientras primero los cubitos se resquebrajaban y luego flotaban.

—Maldita sea, Bernard. Necesito ayuda.

Me pregunté qué sería lo que la estimulaba. ¿De dónde sacaría toda aquella energía?

—Yo no sé dónde está Jim —le dije—. Parecía muy enfermo la última vez que lo vi.

—Pues alguien se ha empeñado en impedir que me ponga en contacto con él —me dijo con resentimiento.

—¿Por qué? ¿Dónde está?

—¿Me estás escuchando, Bernard? Maldita sea, eso es lo que te estoy preguntando.

Estuve a punto de decirle que yo no sabía nada de Jim y tampoco sabía dónde lo había escondido el Departamento. Y ésa era la verdad. Pero tenía curiosidad por saber detrás de qué andaba Cindy.

—Bueno, quizá podría hacerle llegar un mensaje —comenté sin molestarme en pensar por dónde iba a empezar.

—No empieces a comportarte como un monstruo, Bernard. Esto es urgente. Hay otras personas que lo buscan. Vienen a verme, me preguntan por él y se ponen desagradables cuando les digo que no sé nada.

—¿Qué clase de personas?

—Americanos agresivos de Ginebra. Matones. —Se tocó la nariz con el dedo, doblándosela hacia atrás para mostrarme la clase de gorilas que eran—. No logro sacármelos de encima. Dicen que tienen autoridad para actuar. Supongo que Jim debía de ser socio de ellos en lo que quiera que sea que hagan. Me han insinuado que tienen dinero para él, pero quieren un archivador lleno de papeles de negocios que dicen que les pertenece. Uno de ellos es abogado. Dice que tiene un poder.

—¿Qué les dijiste?

—Les dije que no sabía de qué me hablaban.

—¿Gente de la CIA?

—Eso me pregunté al principio. —Dio un sorbo de *whisky*—. Pero no, no lo creo... —Hizo una mueca—. Tal vez.

—¿De qué papeles están hablando? Tú te separaste de Jim hace años.

—Esto ha sido reciente. Jim me llamó a mi despacho. Salió de la nada y me cargó con ese archivador. Material secreto, me dijo que era. Yo estaba en Bruselas. Él iba de camino a Washington. ¿Qué podía hacer yo? Me explicó que era muy secreto. Lo decía como si la seguridad del mundo libre dependiera de mí. Me dijo que lo recogería la próxima vez que viniera a Europa. —Lo pronunció imitando el ligero acento americano que Jim había adquirido desde que vivía allí—. Pero nunca volvió a buscarlo. Probé a llamarlo a todos los números de teléfono que tenía suyos, pero no conseguí ponerme en contacto con él. Luego llevé la caja a un almacén con algunos muebles que me dejó mi madre. Y me olvidé de ella. Hasta el mes pasado, que saqué mis cosas del guardamuebles; el alquiler del almacén, el seguro y todo eso me estaba costando una fortuna. La semana pasada, cuando oí que había venido a Berlín y que el querido Bernard estaba con él en el tren...

—¿Quién te dijo eso?

—No importa quién me lo dijera. Tú encárgate de que Jim llame a mi secretaria y que quede para ir a recoger ese puñetero archivador. O que le diga si está de acuerdo en que se lo lleven sus compañeros de juegos. Por escrito. Tiene que darme el permiso por escrito. Está en la caja fuerte de mi despacho,

ése es el único sitio que se me ocurrió, y está ocupando un espacio que necesito. Y además pesa una tonelada.

—¿Y eso cuándo fue? ¿Cuándo exactamente te llevó Jim el archivador?

—Hace unos meses. ¿Cuándo fue...? No tengo aquí la agenda. Fue cuando hubo todo aquel jaleo tan espantoso en Berlín; sí, el verano pasado. Cuando mataron a tu cuñada en Berlín.

—Jim está enfermo, Cindy. Muy enfermo.

—En la riqueza y en la pobreza, en la salud y en la enfermedad. Sí, así es como me casé con él. Pero Jim tenía otras ideas, así que me dio el pasaporte. Jim no me da dinero, Bernard, ni un penique. Yo me gano la vida, y no es fácil. Francamente, no me importa lo enfermo que esté, no quiero implicarme.

—Veré qué puedo hacer.

—Si no, lo que haré será tirar sencillamente ese puñetero archivador a la caldera. O se lo daré a los nuestros, a seguridad. Tal vez sea eso lo que tendría que haber hecho desde el principio. Para empezar, no debí aceptar que me lo diera. Esos hombres, los amigos de Jim, me dijeron que él sabía dónde encontrarlos. Por lo visto, tienen una oficina en Ginebra. Jim trabajaba allí con ellos. Al menos eso fue lo que me dijeron. Puedes apostar a que hizo alguna clase de trato; ya sabes la afición que Jim le tiene al dinero. Pero yo no voy a dárselo a esos tipos. Si es material secreto, yo podría ir a la cárcel.

Jim Prettyman siempre había apostado a lo grande. Había empezado por códigos y claves, luego operaciones especiales y fondos secretos. A mí nunca me habían notificado oficialmente que Jim seguía trabajando para el Departamento, pero aparentemente todo indicaba que así era.

—Creo que es mejor que conserves el archivador, Cindy —le recomendé—. Puede que contenga algo de importancia crucial, algo que tenga que ver con trabajos que Jim hace para el Departamento de vez en cuando.

Cindy entornó los ojos y dijo:

—Me pregunto cuánto tardarás en averiguarlo. —Apuró el *whisky*, miró el reloj y se puso los zapatos. Al parecer había decidido marcharse—. Nunca debí dejarle que me entregara esa caja, el muy cabrón.

—Él sabe que tú eres blanda, Cindy.

No sonrió.

—Pídeme un taxi, ¿quieres, Bernard? Tengo una montaña de trabajo que debo tener preparado para la reunión que tengo por la mañana.

Llamé por teléfono mientras miraba cómo Cindy se ponía la gabardina y se miraba al espejo que había detrás de la barra. De modo que Prettyman le

había dejado un archivador justo después de la noche que saqué a Fiona de la República Democrática Alemana. Sabía a qué se refería cuando decía un archivador. Era una caja fuerte de las que proporciona el gobierno con una combinación en la cerradura. Si hubiera sido un archivador normal de oficina, ella me habría descrito el contenido, no el peso.

Si había que creer al Sueco, aquella noche Prettyman tenía que volar con él. Pero en lugar de él apareció Cindy. ¿Habría volado ella? ¿Estaría metida en aquello con el Sueco? De la tontería de la bicicleta no había que hacer caso. Según mis cálculos, habrían cabido por lo menos dos pasajeros. Sospechaba que los dos asientos eran para Prettyman y Thurkettle. O para los señores Prettyman. ¿Cómo encajaba el archivador en aquella historia? ¿Y qué habría en él? ¿Quizá una camisa limpia, cepillo de dientes y maquinilla de afeitar? ¿Billetes usados? ¿O Thurkettle descuartizado? ¿Cuentas del Diner's Club de Jim? ¿Soberanos de oro? El problema era que Cindy no tenía fama de ser un testigo desinteresado. Aquel cuento podía ser solamente su complicada manera de localizar a Jim para ponerle el arma en el pecho y pedirle la pensión.

Cindy, tras colocarse la gabardina a su gusto, el sombrero y el cabello, y después de aplicarse el toque de barra de labios color naranja y de apretar los labios un momento, se apartó del espejo para decir:

—He visto en Londres a esa despampanante rubia tuya. Tengo que reconocer que estaba preciosa, y estuve charlando con ella un rato. Está bastante preocupada por ti; quería saber si yo creía que eras feliz.

—¿A Gloria? ¿La has visto? ¿Y qué le dijiste?

—¿Cómo iba yo a saber si eres feliz o no? Le expliqué que ahora no te veía casi nunca. Esa chica debe de ser la única jovencita del mundo que no ha descubierto que tú te enamoraste de ti mismo hace mucho tiempo y que nunca te serás infiel. —Esbozó una sonrisa para suavizar aquella apreciación—. Esa pobre chica está loca por ti, Bernard. ¿Así que debo entender que tu aventurita amorosa va viento en popa?

—Estoy con Fiona.

—¡Qué hombres! —Volvió a mirarse en el espejo y se peinó con la punta de los dedos—. También ví a Fiona, en Roma; la fiesta de alta seguridad. Traje de Chanel y bolso de Hermes. Qué mujer. Unos hijos encantadores, un marido deseable y una tarjeta Visa oro. ¿Qué más podría pedir una chica? Llevaba a un comisionado de cada brazo, pero reservó una palabra o dos para mí, que soy tan poca cosa. Hay que ver qué éxito tienes, Bernard. ¿Qué se siente... al tener a dos mujeres asombrosas enamoradas de ti locamente,

desesperadamente? —Al ver que yo no respondía, Cindy se dio la vuelta, me miró y añadió—: Dímelo sinceramente. Me gustaría saberlo.

—Déjalo, Cindy.

—Es esa modestia tímida lo que las atrae, Bernard. Eso y los hoyuelos. ¿O es el desafío? ¿El desafío de intentar expresar un poco de afecto del solitario más egoísta del mundo?

—¿Vas a volver ahora a Bruselas? —le pregunté.

Cindy sonrió. Yo había sido incapaz de ocultar en mi voz la esperanza sincera de que se fuera directamente al aeropuerto y abandonase la ciudad para siempre.

—No, Bernard. Me alojo con Werner y Zena en su maravillosa casa nueva. Estaré en la ciudad unos cuantos días.

—Oh, estupendo —le dije.

Había olvidado que ella conocía a Werner de los tiempos en que estábamos juntos en Londres. Cindy era una amiga leal y concienzuda. O una calculadora que establecía contactos y era capaz de reunir a mil personas para cualquier causa que quisiera nombrar, dependía de si oías hablar de ello a Cindy o a Jim.

—¿Te he llamado cerdo machista?

—Buena suerte, Cindy —le deseé mientras ella salía muy airosa del bar y levantaba el brazo en un gesto de despedida verdaderamente regio.

Suspiré. La doctora rubia se había quitado la bata blanca y debajo llevaba ropa interior de encaje. Su musculoso colega le estaba aplicando el boca a boca.

Cindy tenía razón: el *whisky* escocés era mejor que el vino húngaro.

El retrato de presentación de Frank Harrington será exactamente así, si Gainsborough consigue bien el claroscuro. Frank había acercado el sillón a la ventana y estaba leyendo el *Spectator*. Levantó la vista. En aquel momento, cuando sus ojos se encontraron con los míos, Frank era el mismo de siempre, sincero, paternalista y caballero. El traje que vestía, que sin duda procedía del mismo taller de sastre que los trajes de su padre y de su abuelo, era perfecto en todos los sentidos. La habitación estaba bastante sombría, y las facciones huesudas de Frank se veían iluminadas de lado por el gris cielo invernal de Berlín. Llevaba el cabello liso y cepillado sobre esa cabeza alargada que es la marca distintiva de los ingleses entre los vecinos del continente. La frente despejada y el áspero bigote militar lo convertían, inconfundiblemente, en un caballero.

—Estuve intentando localizarte —me dijo Frank con un aire engañosamente remoto. Y añadió en tono de queja—: Durante toda la mañana.

—He estado haciéndole un encargo a Dicky. Y todavía no he terminado.

—Pensé que sería algo así.

Frank dio unos golpecitos en el cristal de la ventana con la punta del dedo para no hacer ruido. Seguí su mirada. Al fondo del jardín cubierto de escarcha blanca, cerca de los manzanos, Tarrant, el ayuda de cámara de Frank, estaba hablando con uno de los jardineros. Se hallaban de pie a la puerta del taller de Tarrant, y el aliento se les condensaba debido al frío del aire. Con ellos se encontraba un niño que iba envuelto en un abrigo y llevaba un gorro de pieles blanco. Acariciaba una de las maquetas de locomotoras de Tarrant.

Poco a poco, Tarrant había ido tomando posesión del pequeño edificio de ladrillo que había al fondo del jardín. En tiempos de mi padre se guardaban allí el cortacésped y otras herramientas, y era un refugio donde los jardineros podían esconderse para fumar y comerse el almuerzo. Ahora las herramientas del jardín se habían relegado a un cobertizo de madera, había sólo un jardinero y éste solía almorzar nada más que un bocadillo de salchicha con curry. El edificio de ladrillo se había convertido en el cuarto de juegos de Tarrant. Había instalado allí un banco de trabajo muy complicado en el que había un torno, varias taladradoras, herramientas eléctricas y todo lo necesario para construir y trabajar en aquel extenso repertorio suyo de maquetas de trenes a escala. Tarrant le cogió la locomotora al niño y volvió al banco. Pasaba allí mucho tiempo; siempre se refería a aquel lugar como «el taller» y afirmaba estar haciendo reparaciones de la casa. Frank lo llamaba «la casa de pan de jengibre».

—Nunca sé bien para quién trabajo —le comenté poniéndome a la defensiva al ver que Frank ni siquiera se daba la vuelta para mirarme.

—Es que aquí nadie lo sabe —me dijo Frank—. Berlín siempre ha sido así. Ya era igual cuando tu padre hacía el trabajo que hago yo ahora.

—Ojalá estuviese más claro —observé.

Ya era bastante malo tener que andar corriendo por la ciudad para hacer uno de los recados tontos de Dicky como para encima, y a consecuencia de ello, tener que ir luego a enfrentarse al humor helado de Frank.

—Pues ahora no es buen momento —me aseguró Frank sin dejar de mirar por la ventana.

Desde luego, se refería a que Dicky ni siquiera había sido confirmado en su puesto, y era reacio a tomar decisiones. Y, por otra parte, Frank era

demasiado viejo y estaba demasiado cerca de la jubilación para meterse en nuevas peleas con nadie de Londres. Mientras tanto, yo tendría que intentar trabajar para cumplir los descoordinados deseos de ambos.

—¿Adónde se van las moscas en invierno? —me preguntó Frank—. ¿Te has preguntado eso alguna vez? En mis tiempos jóvenes había una canción que trataba de eso, una canción de *music-hall*.

Yo no sabía cómo tomarme aquella pintoresca digresión entomológica. Puede que fuera una pregunta retórica. Frank era una de aquellas personas exasperantes que revelan sus verdaderos sentimientos sólo después de envolverlos en prolongadas anécdotas y parábolas laberínticas.

—No —repuse después de un largo silencio.

—Pues acaban en los huecos que quedan entre los dobles vidrios. Mira, ven, te lo enseñaré, hay docenas de moscas aquí. Están todas muertas.

Volvió a dar unos golpecitos en la ventana. No era a Tarrant y al jardinero a quienes había estado mirando: había estado mirando las moscas muertas. Frank era como uno de esos actores solemnes que, después de haber dedicado mucho tiempo y muchas representaciones a asimilar un papel, dicen que tienen derecho a la propiedad sobre el mismo. Era el hecho de haber representado el papel de la quintaesencia del inglés lo que permitía a Frank representar convincentemente el papel de sí mismo. Pero ahora, como cualquier gran actor que se acerca al final de su carrera, su técnica no tenía a dónde ir más que a la parodia.

—Si te resulta urgente, puedo posponer el trabajito de Dicky —le ofrecí.

—¿Cómo podrán meterse ahí esas moscas? Eso es lo que no consigo averiguar. Debe de ser un modo endiablado de acabar. Láminas de vidrio a cada lado de uno, pero sin escape posible. Ni entrada ni salida.

—¿Quieres que hable con los de mantenimiento de la casa? A todas las ventanas les hace falta una limpieza. La nieve nos echa encima todo el humo de ese asqueroso *Braunkohl*.

Frank no hizo caso de mi sugerencia. Quizá le parecía que yo me estaba poniendo sarcástico. O puede que las dos vías de entrada pero ninguna de salida de Frank fueran una manera de decirme algo de una manera sutil.

—¿Qué es exactamente lo que estás haciendo para Dicky? —me preguntó.

—Uno de los científicos alemanes que desertó el mes pasado los tiene a todos hablando de minas de uranio.

—¿Minas de uranio en Alemania?

—Sí, a unos treinta kilómetros al sur de Chemnitz. Se llama Schlema.

—¿Es cierto, entonces? ¿Uranio? Nunca antes había oído hablar de ello.

—Pues lo hay a toneladas. En las estribaciones de las montañas Erz. Minas de mena. Los alemanes las llaman «montañas de mena». Hay estaciones de esquí y también muchas fuentes termales. Supongo que el balneario era un modo de atraer allí turistas cuando la nieve desaparecía.

—¿Uranio?

—Allí hay una mina. No es ningún secreto. En la época en que era un lugar de moda, de vacaciones, se llamaba Oberschlema y se anunciaba como un *Radiumbad: das starkste Radiumbad der Welt*, y se garantizaba que hacía bajar la presión sanguínea alta, que aliviaba el reuma y que hacía que uno volviese a sentirse joven si tenía dinero suficiente para pasar una temporada allí. Y si a uno no le importaba resplandecer en la oscuridad.

—¿Y qué se propone Dicky? —preguntó Frank con una voz que sugería que no le importaba mucho.

Pero yo conocía demasiado bien a Frank y sabía que no era así; le gustaba estar siempre al corriente de todo lo que Londres hiciera en su parcela.

—Allí hay uranio, desde luego, y todo el que sacan va a parar a la URSS. Por lo menos así era antes. —Me encogí de hombros—. Quizá resulte difícil confirmar qué está pasando allí ahora. No tenemos a nadie de confianza cerca, por lo menos que yo recuerde. Ahora lo estoy comprobando.

Frank suspiró.

—¿Es que nuestros amos han vuelto a esos alborotos acerca de si los rusos siguen fabricando armas atómicas? Yo creía que eso había quedado aclarado el año pasado.

—Aquello fue una disputa sobre bombas; esto es una disputa acerca de proyectiles de artillería.

Frank me miró y luego asintió como si estuviera pensando en otra cosa.

—Tú procura tener contentos a los de Londres —me indicó con vaguedad.

El armamento era una de las cosas de las que Frank procuraba mantenerse al margen. Se llevaba bien con el ejército, pero no creía que proporcionar esa clase de información estuviera dentro de nuestras obligaciones. Lo llamaba «tasación» y mantenía el criterio de que el ejército tenía que ser capaz de manejar aquello sin nuestra ayuda. Ellos tenían sus agregados militares y sus oficiales de enlace que se dedicaban a olisquear alrededor del ejército ruso todo el tiempo.

—¿Qué quieres, Frank? —le pregunté.

—¿Qué quiero?

—Dices que has estado intentando localizarme.

—Oh, eso. Sí, bueno, estaba pensando en aquel asunto de Londres... en ese pobre diablo, el piloto que mataron. Ese que era amigo tuyo.

No reaccioné a lo de «amigo tuyo», pero pude detectar cierta desaprobación subyacente en la voz de Frank.

—El funeral se celebró ayer —me informó Frank—. Nosotros lo organizamos. Nadie ha reclamado el cuerpo.

—Eso he oído decir.

—¿Tú lo viste inmediatamente después de que ocurrió? —quiso saber Frank—. ¿Estuviste charlando con Squeaky?

—¿Que si charlé con él? ¿Tú has intentado charlar con Squeaky alguna vez?

—¡Ja! —exclamó Frank sin humor alguno—. Ya sé a qué te refieres. Ese hombre siempre ha sido así, un poco abrasivo. Bueno, ¿has charlado con alguien, con quien sea?

—¿En la escena del crimen? —le pregunté. Frank asintió—. ¿Eso ha ido diciendo Dicky?

—Dice que tú te quedaste allí un rato después de que él se fue.

—No salí de la mano de Dicky, si es a eso a lo que te refieres. Conozco al médico. Intentaba que me diese la oportunidad de verlo otra vez en otro sitio con la esperanza de que pudiera ser más explícito.

—¿Pero has vuelto a verlo?

Frank abrió una caja de marquetería de marfil y latón que tenía en un estante debajo del alféizar de la ventana. De la caja sacó la ajada pipa Dunhill y la bolsa de tabaco de hule amarillo. Había reducido el consumo a tres pipas al día de su tabaco especial, y si yo no me iba de allí pronto, me encontraría en el otro extremo para recibir el humo de una de las tres.

—Pues no —repuse.

—La Central de Londres ha recibido una petición oficial para que nosotros aclaremos lo que vamos a hacer con George Kosinski. Los del Cinco lo quieren. Están furiosos.

—¡Oh, Dios mío! Entonces, es eso.

—Le dije a Dicky que no podías haber sido tú el que había soltado la liebre.

—El médico no forma parte del Cinco, es sólo el médico. Nosotros también utilizamos sus servicios.

—La carta oficial del Cinco iba dirigida al director general, naturalmente. Así que Dicky tendrá que meterse en todo el meollo y explicar las cosas para

que el director general, a su vez, pueda montar, aunque sea con alfileres, alguna clase de explicación servil y rastrera.

—A Dicky se le dan bien esas cosas —le comenté.

Frank llenó la cazoleta de la pipa con aquella mezcla marrón oscuro que le gustaba quemar. Apareció la súbita llamarada chisporroteante de una cerilla cuando le prendió fuego a la pipa. Cuando la tuvo encendida exhaló el humo y, con una sonrisa de satisfacción, me preguntó:

—¿A Dicky? ¿Qué se le da bien lo servil y rastrero? ¿O que se le da bien cargar con las culpas?

—Es inútil que Dicky intente colgarme a mí el mochuelo en esta ocasión, Frank —le aseguré—. Entregué un informe después de que me enviaron a ver a George Kosinski. Y está archivado como es debido. En él recomiendo que se le ponga en libertad de inmediato. No conseguiremos sacarle nada teniéndolo encerrado en Berwick House. Ya conoces a George.

—No, no conozco a George. Háblame de él.

—Es un hombre reflexivo, santurrón, de ideas fijas y con más de un toque del Antiguo Testamento.

—Entonces..., ¿por qué el hecho de tenerlo encerrado e interrogarle no va a llevarnos a ninguna parte?

—Porque es un mojigato. Muy devoto. Siempre va a misa por la mañana temprano haga el tiempo que haga. Le perdona a su mujer sus muchos pecados. Y sigue perdonándola cuando sigue pecando de forma implacable. No se mostrará ansioso, enfadado ni arrepentido. Verá Berwick House como la oportunidad de vivir la vida meditativa y enclaustrada que en secreto siempre ha anhelado.

—¿Eso es lo que piensas de verdad?

—Desde luego.

—No conozco a George Kosinski. Para ti es casi un pariente, claro. —Ahora estaba fumando tan contento, removía la cazoleta de la pipa con la hoja de una navaja y cuidaba la combustión de cada hebra de tabaco con todo el cariño amoroso de un ingeniero de locomotoras. O de un incendiario devoto. Luego me miró—. Esto es extraoficial, Bernard. Estrictamente *sub rosa*. Si se lo cuentas a alguien, yo lo negaré.

—De acuerdo, Frank.

—Si quieres saber mi teoría, fue George quien organizó el asesinato de su esposa.

—¿George? ¿Que él hizo matar a Tessa?

—No tenía intención de disgustarte, Bernard.

—No estoy disgustado. Es que no soy capaz de seguir tu razonamiento.
Frank asintió.

—Porque estás demasiado cerca, desde luego. Pero George tenía el móvil, y también tuvo la oportunidad. Y sabemos que tenía dinero suficiente.

—¿Para pagar a un matón?

—Desde luego. Tú mismo me lo contaste, tú viste cómo le disparaban. Dijiste que fue un loco americano quien lo hizo. Un asesino profesional, ¿no? ¿O es que tienes la teoría de que el americano la mató por ciertos motivos personales de los que no estamos enterados?

—No lo sé —le dije.

Durante un momento tomé en consideración si era conveniente contarle a Frank la conversación que había mantenido con tío Silas. Pero mejor me la guardaba para mí solo.

—Te he impresionado, ya lo veo. No era ésa mi intención, muchacho.

—Desde luego, fue un asesino a sueldo —insistí tenazmente. Luego admití—: Pero podría haber habido algo entre Tessa y el americano, si tenían un asunto amoroso. Creo que quizá ella estaba consiguiendo drogas de ese tipo. Pero...

No lograba poner mis ideas en orden.

—Venga, Bernard. Olvídate de todas esas excusas dudosas. ¿Cuándo vas a empezar a considerar los hechos con serenidad? Hacía mucho tiempo que Tessa engañaba a su marido. Tenía un amante tras otro. Tú me lo has contado, y además era del dominio público. El fin de semana en que la mataron estuvo engañando a su marido con otro hombre, ¿no es verdad?

—Bueno, en Berlín compartía una habitación de hotel con Dicky Cruyer —le dije a Frank para ver cómo reaccionaba.

Pero no hizo caso de la referencia a Dicky.

—¿Cómo crees que debía de sentirse George? Pregúntate eso a ti mismo. Eso es una humillación que sobrepasa cualquier límite.

—George es católico.

—Eso no lo convierte en un santo. Sólo hace que sea alguien que no está en situación de librarse de una pesadilla por medio del divorcio.

—No, George no.

Aun así... ¿Podría ser que George hubiera hallado un modo de ponerse en contacto con Thurkettle y le hubiera pagado por ir mucho más allá de lo que Silas quería?

—No, el bueno y decente de George no. ¿Quieres empezar a utilizar el cerebro, Bernard? Tu cuñado lleva años implicado a fondo con agencias de

espionaje polacas. Ya viste qué poco esfuerzo le costó ponerse en contacto con ese matón exagente de la CIA llamado Timmermann y emplearlo para que fuera a indagar en el complejo que el KGB tiene en Magdeburgo. Sabe Dios cuánto dinero le pagaría.

—No sabemos si fue George quien lo envió allí —apunté, aunque sin poner mucho entusiasmo en ello.

—Lo que sabemos es que Timmermann murió allí. También sabemos que Timmermann era la clase de sinvergüenza que hace cualquier cosa por dinero, y sabemos también que George admitió que le había pagado... —Frank hizo una pausa—. Eso me lo dijiste tú, Bernard. George reconoció que lo había contratado.

—Sí. Para investigar. Para averiguar lo que le había pasado a Tessa.

Frank se quitó la pipa de la boca y dedicó toda su atención al tabaco que ardía lentamente en ella.

—Yo no estuve presente en la reunión que se celebró entre Timmermann y George. Y tú tampoco, Bernard.

No le contesté. Permanecí allí sentado mientras Frank expulsaba hacia mí el humo del tabaco de pipa.

—Reflexivo, santurrón, de ideas fijas y con un toque del Antiguo Testamento —comentó Frank finalmente—. Justo lo más apropiado para alguien que planeara el asesinato premeditado de una esposa infiel y tuviese intención de que lo llevara a cabo un tercero. Y el asesinato habría de cometerse durante el fin de semana en que ella estaba pecando.

—Sí, Frank, de acuerdo. No hace falta que me dibujes una gráfica. Todo muy propio del Antiguo Testamento. Tienes razón. Es posible.

Lo dije de un modo que significaba que a mí me parecía improbable en extremo. Frank ya había comprendido que yo no estaba convencido, pero aquella concesión que acababa de hacerle lo satisfizo.

—¿Piensas ir allí? —me preguntó. Y al ver mi desconcierto añadió—: ¿Vas a ir a ese lugar, a Schlema? Por encargo de Dicky. ¿Vas a ir al lugar del radio?

Frank había puesto el dedo en algo que yo había empujado hasta el fondo de mi mente y que todavía seguía allí. Dicky era bastante retorcido. Había sólo un paso de decir «¿Qué te parece lo de Schlema?» a «¿Por qué no cruzas al otro lado y echas un vistazo, Bernard, muchacho?».

—No —le contesté con firmeza—. No tenía intención de ir allí personalmente.

—Siempre es malo que a uno se le dé bien algo que no quiere hacer. — Miró un rato por la ventana—. O que a uno se le dé bien hacer algo peligroso. A mi cuñado Alistair le pasaba una cosa así. Era piloto de bombarderos durante la guerra. Fueron los pioneros; estaban cubiertos de medallas. Dios sabe cuántos bombardeos llevó a cabo. Era el mejor, así que siempre lo enviaban a él. Una y otra vez, sin parar, hasta mucho después de que estuvo ya quemado. No disfrutaba haciéndolo.

—No recuerdo haber conocido a tu cuñado.

Conocía a Frank de toda la vida, pero hasta aquel momento nunca había oído hablar de su cuñado. Qué extraño que algunos aspectos de la vida de los que conocemos tan bien permanezcan como un libro cerrado. Pero en este caso quizá no fuera tan extraño. Pasarse la vida allí, en Berlín, con amigos alemanes no era algo que animase a nadie a contar historias sobre parientes próximos que habían triunfado bombardeándoles las ciudades hasta convertirlas en escombros.

—¿Por eso tu hijo quiso ser piloto? —le pregunté.

En contra de los consejos de Frank, su hijo se había hecho piloto de líneas aéreas. Su prometedora carrera acabó de un modo triste y consternador unos años después al no superar el reconocimiento médico.

—Sí. Mi chico asimiló con entusiasmo todos esos anhelos de volar que estudió en el colegio. Fue tanto culpa mía como de cualquier otro. Yo siempre le estaba contando historias de Alistair. Alistair era un hombre encantador. No, tú no llegaste a conocerlo, Bernard. La palmó en aquel gran ataque a Nuremberg, en marzo del cuarenta y cuatro. Una verdadera masacre para los bombarderos. Mi hermana volvió a casarse antes de que pasase un año con un hombre del mismo escuadrón. Era sólo una niña; vivía sólo para Alistair. Cuando llegó el telegrama comunicándole la muerte de su esposo casi se muere de pena. Creo que intentaba encontrar algún fragmento de Alistair en el hombre con quien se casó. Quizá lo encontró, no lo sé. Todavía siguen casados.

—¿Cómo puedes estar seguro de que a tu cuñado no le gustaba bombardear? A algunos hombres les gusta ser héroes.

—A Alistair no. Dejó un diario encerrado en la taquilla de su dormitorio. El ordenanza tenía la llave y me lo envió. Gracias a Dios que no se lo mandó a Emma. Era la crónica de un tormento disimulado. No sólo para él, sino para los hombres que mandaba salir cada noche de misión. Pobre Alistair. Acabé quemando el diario.

—Si tiene que ir alguien, será mejor que vaya yo —dije después de reflexionar sobre las alternativas—. Actualmente no hay nadie a quien me sintiera contento de enviar.

—Tú te quedarás aquí —me aseguró Frank—. Eso se lo pienso dejar bien claro a Dicky y a cualquiera de Londres que me lo discuta. Tú resultas mucho más útil aquí. No quiero que vayas a revolver en esas puñeteras minas de uranio. Creo que es demasiado peligroso y tú ya has hecho bastantes, muchos más de los que sería suficiente, de esos trabajos.

—No hay nadie más que sirva. Tú lo sabes.

—¿Qué quería esa malvada mujer?

—¿Qué mujer?

—La del bar del hotel de Lisl, la de anoche. Venga, hombre. No es que nadie te esté espiando. Pero pasaba casualmente por allí cuando ella salía. No me reconoció, gracias a Dios. Sé que todos dicen que es muy trabajadora y sorprendentemente eficiente, pero yo no puedo soportarla.

—¿Te refieres a la señora Prettyman?

Proporcionaba cierto alivio saber que el trabajo de red de Cindy no se extendía a la oficina de Frank.

—Lleva una semana metiendo la nariz por Berlín. ¿Qué se trae entre manos, Bernard?

—Quiere hablar con su marido.

—¿Qué marido? ¿Su exmarido? Si te refieres a ese tipo, Prettyman...

—Sí, quiere hablar con él. Dice que tiene una caja llena de papeles que le pertenecen.

—Yo trataría ese asunto con cierta reserva. Tiene fama de causar problemas. Y ésta es una pelea doméstica. —Frunció los labios—. ¿Qué demonios está haciendo aquí?

—Dice que la han enviado aquí a trabajar —le respondí—. Sólo durante unos días.

Me di cuenta de que Frank se estaba acalorando y yo quería difuminar su enfado. No le dije que se alojaba en casa de los Volkmann. Bastantes problemas tenía ya Werner para encajar en el dominio de Frank sin necesidad de aquello.

—¿Sabes que fue al funeral de tu amigo el piloto?

—No, no lo sabía.

—En Inglaterra. Estuvo hablando allí con todo el mundo. Anduvo haciendo preguntas y se convirtió en un fastidio. Dicky envió a alguien para

que hiciera un vídeo de todos los asistentes al duelo. Y dice que ella fue la única sorpresa.

—Comprendo.

—Tú insistes en pensar que Dicky es tonto de remate. Hiciste un chiste acerca de él porque había organizado un funeral para ver quién asistía. Pero a veces unas estrategias tan obvias resultan muy eficaces.

—Sí —concedí comenzando a sentir desinterés.

—¿Qué motivo tenía? ¿Qué interés podía tener? ¿Crees que mantenía algún tipo de relación próxima con el piloto? ¿Hay un aspecto de seguridad?

—Como te digo, tiene mucho interés en establecer contacto con su marido. Supongo que se enteró del funeral de Sueco, pues por lo visto siempre se entera de lo que pasa, y esperaría que Prettyman apareciera por allí también.

—No me gusta como suena eso. No me fío de esa mujer. Averigua qué se propone.

—Preferiría ir detrás de lo de *Radiumbad*.

—Ya lo creo que sí —me concedió Frank—. Cualquiera lo preferiría.

—¿Y el informe para Dicky?

—La mina de uranio de Dicky puede esperar de momento. Pondré a Werner en ese asunto. Nosotros tenemos tareas más urgentes. Se lo diré a Dicky.

—De acuerdo.

—Mi hijo ha decidido irse a vivir a Melbourne.

—¿Ah, sí?

—A Australia.

—Sí.

Miré a Frank. Chocheaba cuando se trataba de su hijo. Que le dijeran que planeaba irse a Australia debía de haber sido una de las peores cosas que le habían sucedido nunca.

—Lo echaré de menos.

Era un eufemismo. La relación de Frank con su esposa se había enfriado hasta tal punto que ella se pasaba casi todo el tiempo en Inglaterra. Él vivía sólo para su hijo.

—El mundo se ha hecho pequeño —le comenté—. Hoy en día la gente vuela por el mundo de un lado a otro todo el tiempo.

—Mi hijo me dijo eso mismo.

Frank abrió una carpeta marrón y se puso a mirar las cartas que aguardaban para que él las firmase.

Lo interpreté como una señal para que me retirase y volví a mi despacho para ver la tarde de trabajo que me esperaba. Los cielos oscuros del invierno en Berlín resultan opresivos. Encendí las luces de la mesa, los fluorescentes del techo y todas las demás luces que encontré, incluidas las del pasillo. Mi secretaria me miró mientras lo hacía. Si le sorprendió verme hacer aquello, no dio muestras de ello.

—¿No le dan ganas de irse a vivir a algún sitio dónde durante todo el año el sol le queme la piel hasta que se le caiga a tiras? —le pregunté.

—Oh, no, Herr Samson. Eso provoca cáncer.

La secretaria ya lo había abierto todo. Cuando me senté vino a ponerse al lado de mi escritorio, de pie, para asegurarse de que yo no echase las cosas difíciles a la caja de asuntos pendientes. Era muy alemana.

Lo repasé todo rápidamente. Al fondo de la bandeja había un sobre abultado de papel manila color marrón. No era correo interno. Lo habían echado al correo en Londres utilizando una larga tira de sellos conmemorativos de Navidad. El sobre ya estaba abierto, así que saqué el contenido. Una lluvia de pétalos de rosa cayó sobre mi mesa. Estaban tiesos, marrones y muertos, y había un quebradizo trozo de tallo y una hoja rizada con los bordes chamuscados. Miré dentro del sobre. No había nada más. Sólo algunos restos más de mis rosas. No habían muerto de muerte natural; no habían tenido tiempo suficiente para ello. Aquéllos eran pétalos de rosas rojas que habían sido chamuscados, o quizá rescatados en el último momento de una hoguera. Me pregunté qué pensaría mi secretaria alemana de aquel mensaje tácito. La miré, pero no daba la menor señal de lo que le pasaba por la cabeza.

Le dicté la correspondencia diaria con Londres. Cuando terminamos le pregunté:

—¿Nos han llegado los informes policiales que pedí, los de la noche que murió la señora Tessa Kosinski?

—Creí que ya había terminado usted de leerlos.

—¿Aquello era todo?

—Traeré la carpeta —me ofreció.

—No se moleste. No había casi nada. Me gustaría extender más la red. — Me acerqué al mapa que había en la pared de mi despacho—. Mire todas esas jurisdicciones... El tiroteo tuvo lugar aquí. Supongamos que alguien salió de la Autobahn por cualquiera de estas salidas. Aquí, aquí o aquí.

—¿Todas las jurisdicciones? ¿En ciudades y pueblos también? ¿Todos?

—Sí.

—¿Puedo preguntarle qué buscamos?

—No lo sé exactamente. Borrachos. Conducción peligrosa. Camiones mal aparcados. Accidentes. Desgracias. Objetos perdidos y hallados en la carretera o cerca de ella. Cualquier cosa que se salga mínimamente de lo corriente.

La secretaria tomó nota.

Pensé en los posibles movimientos de Thurkettle.

—¿Qué habría hecho yo si hubiera sido él?

—No lo sé, Herr Samson.

Había hablado en voz alta sin darme cuenta. Yo no conduciría hacia el Este, ¿no es eso? Sería demasiado peligroso dirigirse al Este después de un tiroteo que había abatido a dos hombres importantes de la Stasi. ¿Qué fugitivo se dirigiría hacia un lugar rebosante de policías que exigían interminablemente documentos firmados y sellados? No, yo mejor conduciría por la Autobahn hacia el Oeste. Haría frío y estaría oscuro. ¿Cómo me siento? Me siento fatal. Conduzco muy de prisa, pero no tanto como para que me pongan una multa o como para llamar la atención de otros usuarios de la carretera. Estoy eufórico, pero me encuentro fatal. Apesto a miedo, a sudor, a polvo y a sangre derramada. Necesito algún lugar donde esconderme aunque sólo sean cinco minutos para poner en orden las ideas. Pero no hay nadie en quien pueda confiar. Así que necesito una casa vacía, no un piso, una casa, una casa aislada. Como lo más difícil me gusta hacerlo cuanto antes, querría cruzar la frontera antes de parar. Elegiría un lugar solitario justo después de cruzar la frontera en la República Federal y cerca de una salida de la Autobahn. ¿Por qué cerca de una salida? Porque podría decidir volver a la Autobahn. Es de noche, tal vez decida poner tantos kilómetros por medio como pueda. Pero luego se me ocurrió otra idea. Si estaba sucio y ensangrentado y llamaba la atención, quizá querría tener algún lugar para lavarme antes de pasar por el punto de control.

Tendría que tener una cita con la persona que me pagaba. Me pagarían, me cambiaría de ropa, cambiaría de identidad y cogería los billetes o cualquier otra cosa que necesitase. Los golpes eran siempre así. Siempre había alguien esperando en el lugar de la cita. Y si no había alguien, por lo menos sí que había un lugar, un refugio. Yo no había oído nunca de ningún asesino a sueldo que trabajase sin un respaldo. Y nunca había oído de ningún asesino a sueldo al que se le hubiera pagado el ciento por ciento por adelantado. En algún lugar tenía que haber habido un contacto aquella noche. Y eso significaba que podía existir la posibilidad de que algún policía o algún

vecino curioso hubiera visto lo que había pasado. En algún lugar tenía que haber alguna pista, pero yo no tenía ni idea de lo que podía ser.

Y entonces se me ocurrió una posible solución.

—Tiene que ser uno de esos vehículos de *camping* —le dije a la secretaria—. Ésa es la clase de cosa que estoy buscando.

Eso podía colocarse donde conviniera. Podía utilizarlo para lavarse y cambiarse de ropa. Y luego podía usarlo como vehículo en el cual reemprender el viaje bajo un nombre diferente y con todos los papeles necesarios.

—Una autocaravana —repetí en voz alta.

Por eso había utilizado una motocicleta para ir al lugar del tiroteo y para marcharse de él. El plan empezaba a cobrar sentido para mí.

—Pediré una persona para que ayude.

—Estacionada durante toda la noche en algún tramo aislado de carretera cerca de una de las salidas, pero no en la Autobahn, donde algún policía podría pararse e inspeccionarla. —Parar en la Autobahn en la República Democrática Alemana estaba prohibido—. Hable con todos los policías de Alemania Occidental que patrullaron en coche aquella noche por cualquier parte en las cercanías de las rampas de salida. Pedir informes escritos fue un error. Hable con ellos por teléfono. Hable con ellos en persona.

La parte de la República Democrática Alemana tendría que abordarla yo mismo.

—¿A qué distancia de la Autobahn? ¿A un kilómetro? ¿A cinco kilómetros? —me preguntó la secretaria.

—No quiero que se extienda demasiado; si no, tendrá que ponerse en contacto con demasiados policías. Dígales que estamos buscando a un asesino múltiple, no quiero que piensen que lo que buscamos son multas.

—Solicitaré ayuda.

—Cinco kilómetros. Empiece inmediatamente. Lo que busca son los policías del turno de noche. Coja a todo el personal que necesite... dentro de lo razonable —añadí enseguida por si se le ocurría hacer alguna locura, como pedirle ayuda la secretaria de Frank. O directamente a Frank.

CLUB HORRIDO, Berlín-Tegel

Tegel, el tercer aeropuerto de Berlín Occidental, se construyó de una forma muy apresurada. En un vengativo intento de exprimir a los ejércitos angloamericanos y de echarlos de la “isla” capitalista que desfiguraba su dominio comunista, los rusos bloquearon de repente los enlaces por carretera con Occidente. Lo cortaron todo, incluso los suministros de paquetes para alimentar a niños hambrientos que pretendía enviar la Cruz Roja suiza, paquetes que esperaban desde hacía mucho tiempo. Las fuerzas aéreas de Estados Unidos, la RAF y un variado surtido de vuelos civiles abastecieron la ciudad por aire. En aquel clima febril de resentimiento y odio se construyó el nuevo aeropuerto. Se materializó allí, en la llanura de Tegel, al borde de un sector de la ciudad que los americanos y los británicos habían cedido a los franceses para que éstos pudieran hacer el papel de conquistadores. El aeródromo entró en funcionamiento al cabo de poco más de ocho semanas, y se construyó con ingenieros americanos que dirigían a jornaleros alemanes, casi todos los cuales eran mujeres. Sin previo aviso se decidió volar dos postes de radio del ejército rojo que estaban en línea con la zona de aproximación. Los generales rusos, muy enojados, exigieron una explicación. El comandante francés les contestó de un modo encantador que lo habían hecho todo con dinamita.

Eso fue en 1948. Ahora, casi cuatro décadas después, estábamos sentados en lo que había sido el despacho del director de las obras durante los trabajos de construcción. Nos encontrábamos en una caseta cuyos últimos restos habían sido una pared gravemente agrietada y el bloque de hormigón de la base. La vieja caseta había permanecido abandonada y descuidada al borde de la pista de Tegel hasta que Rudi Kleindorl llegó y decidió que quería conservarla. Rudi era un excéntrico; en otro tiempo había sido soldado profesional y se había con vertido en un patriota que hacía propaganda de sí

mismo y que declaraba tener un apego sentimental a aquel lugar. Había colgado un cartel en la pared en que se aseguraba que aquél era el último vestigio de un milagro de la construcción. Ahora, decía el cartel de Rudi, estaba casi olvidado por completo, incluso por los que acudían allí.

—Entonces, ¿qué es lo que le está pasando por la cabeza a Frank? —quiso saber Werner después de que yo le conté lo de Cindy, y la reacción de Frank ante la súbita intrusión de ésta en lo que Frank consideraba su feudo personal. Al ver que me encogía de hombros, Werner cambió la pregunta—: Bueno, ¿qué dio a entender? ¿Cree que Cindy va a matar a Jim Prettyman?

La pesada ironía de Werner parecía ir dirigida tanto a mí como a Frank. Como tenía a Cindy de huésped en su casa, había decidido defenderla. Se levantó y se acercó a la nevera para buscar una botella de agua mineral con gas. La alzó en el aire para enseñármela; le dije que no con la cabeza. Era lo bastante parecido a un club, y lo bastante alemán, para que aquella clase de sistema de “sírvese usted mismo y ya me pagará lo que ha cogido” pudiese sobrevivir. Tal vez era eso lo que atraía a Werner a aquella gran barraca prefabricada, medio oculta entre los árboles de Jungfernheide.

—¿Matar a Jim? Dios mío, no creo —le respondí fingiendo que no había advertido la indirecta que iba dirigida a mí—. ¿Por qué dices eso?

—Era una broma.

—Sí, bueno, Jim Prettyman sabe dónde están enterrados todos los cadáveres —le informé—. Y no quedan muchas personas que conozcan la verdadera historia que se esconde detrás de lo que ocurrió la noche que Tessa murió.

—¿Eso es lo que dice Cindy?

—¿Cindy? Ella no sabe nada de eso, excepto que Jim le dejó una caja de papeles al día siguiente.

—Bueno, pues entonces..., ¿qué quería?

—Quiere más espacio en la caja fuerte de su oficina. Me parece que esperaba que yo le pidiera el archivador y le diese una recompensa o algo así. Ya sabes cómo es.

—¿Y por qué no lo hiciste?

—Con Cindy no. Con ella nada es simple. Puedes apostar a que había alguna clase de trampa con cebo y todo. Yo le cojo el archivador y ella nos sale con una demanda para que se la reconozca oficialmente como la esposa de Jim.

—Jim volvió a casarse.

—En México. Cindy se ha informado de que los matrimonios mexicanos no tienen validez bajo la ley inglesa. Le gustaría ver anulado ese matrimonio. Ello le daría luz verde para emprender una acción legal contra el Departamento.

—Sí, ahora lo recuerdo. ¡Y en qué lugar dejaría eso a Prettyman!

—Exacto. Es una mujer retorcida —le aseguré.

—Antes te caía bien.

—¿Sí?

—Siempre estabas diciendo lo inteligente y atractiva que era. Asegurabas que ella era el cerebro que había detrás de todo lo que hacía Jim Prettyman.

—No, Cindy no.

—Últimamente no te gusta ninguno de tus antiguos amigos, Bernie. ¿Qué te ha pasado? ¿Por qué estás tan cáustico? ¿Por qué sospechas de todo y de todos?

—¿Eso hago? Pues no soy el único afligido por ese mal —le aseguré—. Hay una especie de epidemia de recelo y desconfianza. Y parece que es contagiosa. Y todos la padecemos: tú, yo, Fiona, Gloria y todo el Departamento. Frank tiene la idea descabellada de que George hizo matar a su mujer porque la Iglesia no permite el divorcio. Incluso cuando el gatito jubilado de mi suegro cae muerto panza arriba, tengo que escuchar una teoría de conspiración a medio cocer.

—Sí, pero los gatos tienen siete vidas —me recordó Werner—. Y eso significa que ha tenido que haber otros intentos serios previamente.

—Se lo diré —le aseguré—. Así tendrá algo más por lo que preocuparse.

La conversación se interrumpió mientras un jumbo de la British Airways aceleró con estruendo e hizo que todo retumbase en los alrededores; las botellas de la barra traquetearon y las polillas se agitaron y salieron del cuello de piel del abrigo negro de Werner, que le llegaba por el tobillo. Se oyeron golpes suaves en el tejado al caer sobre él nieve de los árboles que había por encima de nosotros.

Supongo que todos los aeropuertos tienen escondites como aquél: lugares adonde el personal que está de servicio puede escaparse del trabajo el tiempo que se tarda en tragarse una copa y fumarse un par de cigarrillos. Pero aquella caseta prefabricada no se contentaba con ser un refugio destartado para el personal del aeropuerto. Pretendía ser un club. La decoración estaba ideada para hacerlo parecer un lugar privado y exclusivo para pájaros intrépidos que se reunían allí para intercambiar historias sobre Richthofen. El nombre bastaba para decir lo que era: el Club Horrido. El término “horrido” había

entrado en el folklore alemán como la palabra que empleaban los antiguos pilotos de combate de la Luftwaffe para proclamar que habían derribado a un avión enemigo. Los tebeos para niños y los historiadores militares románticos la habían ratificado así. Y lo mismo había hecho Rudi, a quien no había nada que le gustase más que leer libros de guerra. Pero como yo ya le había dicho, ninguno de los pilotos de combate de la Luftwaffe a los que yo les había preguntado recordaba que nadie hubiera dicho nunca *horrido*; decían simplemente *Abschuss*. Rudi se había limitado a sonreír. Como tantísimas personas que habían luchado en la guerra, Rudi había desarrollado una actitud posesiva hacia ella. Era propenso a menospreciar cualquier cosa que yo dijera acerca de ese período como ejemplo del sentido del humor inglés, que él tanto admiraba.

Rudi había decorado el club con cualquier clase de chatarra que encontró. Había maquetas de aviones, etiquetas de equipaje y reproducciones de color sepia de fotografías y carteles antiguos. En el techo había clavados dos grandes trozos de tela que llevaban los redondeles de la RAF y otro con una insignia de la cruz negra alemana.

En el rincón, tomando cerveza, estaban sentados dos policías y dos ingenieros de Luftansa. Rudi también se encontraba sentado allí. Habían estado hablando del partido de fútbol que habían visto el sábado anterior. Ahora la discusión había terminado tan de repente como suelen agotarse tales conversaciones. Apuraron las cervezas, miraron el reloj de pared, un viejo reloj de sala de operaciones de la RAF con triángulos de colores, y se marcharon.

Rudi se acercó a saludarnos y a invitarnos a una copa. Tenía por lo menos cien años, era un gigante con la cara de facciones muy marcadas, la nariz rota y los pómulos maltrechos. El pelo, del que podía decir que era suyo, y el erguido porte militar iban bien con la tarjeta que me dio y en la que se anunciaba su nuevo club. Como no había decidido un nombre que ponerle, la tarjeta sólo llevaba impreso el nombre de Rudi, Rudolf Freiherr von Kleindorf, la dirección y el número de teléfono. Debajo del nombre, unas letras pequeñas de imprenta afirmaban que era coronel de infantería retirado, *ausser Dienst*. Muchas veces me había hecho yo la promesa de investigar a aquel viejo tunante y borrar de un golpe aquellas pretensiones de título aristocrático y de rango militar. Pero Rudi era muy viejo; un día no demasiado lejano quizá me alegraría de que a los viejos se les consientan tan a menudo aquellas pequeñas vanidades.

Escuchamos la extravagante descripción que Rudi hizo de su nuevo club, cuyo mensaje estaba adornado con divertidos cotilleos y con los escándalos que formaban parte permanente de la alta sociedad de Berlín. Cuando por fin Rudi se marchó, el club estaba vacío, a excepción de Werner y yo.

—¿Con qué frecuencia vienes aquí, Werner?

Me pregunté si sería un lugar al que iba para refugiarse de Zena; y de Cindy también.

—Tú también vienes —me dijo Werner.

—No demasiado a menudo. Nunca me ha gustado esta parte de la ciudad.

Por la ventana se podía ver el bosque. En invierno, a aquella hora del día siempre había una bruma blanca que se metía entre los árboles.

Ello me hizo recordar un día hacía mucho tiempo, cuando iba al colegio, en que fui allí de excursión. Uno de los profesores, Herr Storch, un nazi impenitente, nos habló a la clase del extenso vertido de proyectiles de artillería que se habían escondido entre los árboles de Jungfernheide durante las últimas semanas de la guerra. Debía de haber sido un día de bruma exactamente como aquél. El vertedero estaba guardado por una docena o así de muchachos de las Juventud Hitlerianas. Iban de uniforme y estaban orgullosos de los nuevos cascos de acero que habían recibido del almacén de ropa del ejército de Spandau, junto con diez cohetes antitanques *Panzerfaust Klein 30* que sólo eran efectivos cuando se usaban a una distancia de treinta metros. Acompañando a los muchachos iban tres hermanos ancianos llamados Strack. Eran de por allí, guardabosques a los que habían entregado rifles Model 98 y brazaletes Volkssturm. Las armas, a las que el entrenamiento de rifles lanzagranadas había echado a perder eran prácticamente inútiles y no se podía disparar con ellas.

También allí aquel fatídico día se averió una ambulancia de tres toneladas, una Opel Blitz. El cambio se había atascado a medio camino en la posición de tracción en las cuatro ruedas, y el vehículo había quedado atascado en la zanja cubierta de malas hierbas, de la cual el conductor había intentado salir marcha atrás. El conductor era una voluntaria civil. Herr Storch la describió con mucha claridad: vestía un moderno abrigo, sombrero y guantes de gamuza, y sólo se la distinguía por su brazalete *Im Dienste der deutschen Wehrmacht*. De pie alrededor de la ambulancia había ocho enfermeras de una unidad quirúrgica, ninguna de las cuales llevaba ropa de abrigo.

En ese punto del relato, el profesor Herr Storch le dio un puntapié a la zanja en el lugar en que se había atascado la ambulancia Opel para

convencerse a sí mismo de que todo ello había ocurrido.

Las enfermeras iban a un *Feldlazarette* del noveno ejército de Busse, en Storkow. Todo fue en vano, porque los hombres de Busse ya no estaban allí; los tanques del primer frente ucraniano de Koniev, que se dirigían al norte, habían aplastado y luego olvidado el hospital de campaña móvil. Storch nunca había sido de la clase de hombres que aceptan órdenes, ni siquiera sugerencias, de una mujer. Así que pocas probabilidades había de que la enfermera de la unidad, una mujer de pelo canoso que había pasado con mucho la edad de la jubilación, requisara el vehículo de Storch, un camión de seis ruedas en el que él estaba cargando raciones y municiones de rifle. Storch era en aquella época teniente de un regimiento de señales de la Luftwaffe al que habían obligado a engrosar la filas de la infantería. No pensaba dejarles el camión a las enfermeras. Dar semejante paso habría sido invitar a la ejecución a cualquiera de las “cortes marciales volantes” que se veían rondando por las calles interrogando sin parar tanto a viejos como a jóvenes, a personas de alta posición y a personas humildes, a todos ellos con igual ferocidad.

Mientras Storch estaba discutiendo con las enfermeras, unos indeseables desconocidos salieron de entre la bruma. Eran la “punta” de un batallón de reconocimiento blindado del duodécimo cuerpo de tanques de escolta. Aquella era la otra punta del ataque. El ejército del mariscal Zhukov, que se dirigía al sur para cruzar el canal y descender sobre el complejo industrial de Siemensstadt. Una gran proporción de soldados de a pie estaban luchando borrachos de aguardiente que habían conseguido en un saqueo. Algunos estaban heridos y otros iban cargados con el peso de incongruentes surtidos de tesoros domésticos que habían cogido de botín. Todos estaban hambrientos, y habían saltado con júbilo sobre la inesperada abundancia de raciones del ejército alemán. También habían caído sobre incontables toneladas de municiones escondidas bajo redes de camuflaje. Y con mayor júbilo aún habían saltado sobre las enfermeras.

Storch saltó a la zanja para mostrarnos cómo él había conseguido sobrevivir. Desde allí había visto cómo mataban a los hombres de Volkssturm, había presenciado las muertes crueles de los muchachos de las Juventudes Hitlerianas y las repetidas y brutales violaciones de las enfermeras. Contaba la historia con una intensidad tal que llegó a horrorizarnos a mis compañeros de clase y a mí.

—La derrota es una vergüenza —gritaba mientras las lágrimas le rodaban por las mejillas—. Y una vergüenza es tener que contemplar cómo unos bárbaros deshonran a tus mujeres mientras tú no haces nada, nada,

absolutamente nada para defenderlas. Vergüenza y miedo. Y yo no hice nada, ¿me oís? ¡No hice nada! ¡Nada! Eso es una derrota.

¿Qué trataba de decirnos? Nosotros, que éramos simples colegiales, mirábamos a Storch con una consternación que en nada ayudaba a que pudiéramos comprender aquello mejor. Yo era el único bárbaro extranjero de la clase, y los ojos húmedos y muy abiertos de aquel hombre me estuvieron mirando fijamente durante tanto tiempo seguido que los niños, que al principio habían vuelto la cabeza para mirarme también ellos, desviaron los ojos hacia otra parte porque estaban llenos de confusión y de vergüenza. Nunca alcancé a comprender por qué nos infligió aquel trauma emocional que todos compartimos aquel día, pero siempre, después de aquello, incluso el nombre de aquel lugar bastaba para causarme un dolor lleno de aprensión y tristeza.

—¿Me estás escuchando? —me preguntó Werner levantando la voz lo suficiente como para sacarme de mi ensimismamiento.

—Sí —repuse mientras la voz de Storch me resonaba en la memoria y se iba desvaneciendo poco a poco.

—Me gustan los aviones —admitió Werner—. ¿Te acuerdas de todas aquellas maquetas que construí?

—Creí que se las habías comprado a aquel escultor de tallas de madera —le dije.

—¿A Peter el *Negro*? —inquirió Werner mostrando una gran agitación—. ¿De qué estás hablando? Mis maquetas eran inmensamente mejores y mucho más detalladas que aquellas fortalezas volantes que construía él. Aquellas maquetas tuyas talladas toscamente eran sólo para vendérselas a los soldados americanos.

—¿Ah, sí? —pregunté inocentemente.

—No seas estúpido, Bernie. Mi Dornier X tenía todos los motores. Podías levantarle las cubiertas y ver los detalles que había en el interior.

Ahora empleaba un tono apasionado y la voz le temblaba a causa de la indignación. Era facilísimo alterar a Werner, pero yo siempre me sentía culpable después de hacerlo. Sólo nuestros amigos más íntimos son vulnerables de una forma tan inmediata a nuestras tomaduras de pelo.

—¿Aquel hidroavión tan grande? Sí, aquél era bueno, Werner. Me acuerdo de él. Lo tuviste durante años.

—¿Qué vas a hacer respecto a la Matthews? —me preguntó Werner a modo de revancha.

—Nada —repuse—. Frank espera que tú la sigas. Él te preguntará qué está pasando.

—No puedo empezar a interrogarla. Es una invitada, y además muy amiga de Zena. Frank me ha dejado el problema de las minas de radio encima de la mesa. Me dijo que tú ibas a hacer una cosa urgente para él. Pensé que se refería a lo de Cindy.

Listo, el viejo Werner. Pero paré aquel golpe.

—Frank no sabe que se hospeda en tu casa. —Me bebí la copa que Rudi me había puesto tan amablemente a la fuerza y le dije—: No hace tanto tiempo, Werner, yo miraba las estrellas en el cielo por la noche y me preguntaba cómo habían llegado a formar una configuración tan armoniosa. Todo parecía ir a la perfección. Estaba enamorado de Gloria como un tonto y empezaba a creer, contra todas las expectativas razonables, que ella estaba profundamente enamorada de mí. Mis hijos parecían haber superado la impresión que supuso la marcha de su madre. Gloria, los niños y yo compartíamos todos nuestro desaliñado nidito de amor del extrarradio con esa clase de felicidad tonta que yo nunca había conocido antes. Fiona había desertado por voluntad propia. Y creía que, con un poco de suerte, no volvería a ver nunca a mi suegro. Mi cuñado George estaba haciendo las maletas para convertirse en una especie de rico exiliado en Suiza a causa de los impuestos, y yo me alegraba de decirle *auf Wiedersehen* y buena suerte. Mi empleo parecía estar asegurado. Estaba en Londres, y esa elusiva pensión para la cual yo no era candidato oficialmente parecía quedar a mi alcance. Tú estabas aquí, en Berlín, feliz como una alondra, remozando el hotel en compañía de tu encantadora Ingrid. ¿Te acuerdas de aquellos tiempos, Werner? Aquellos días elíseos.

—Los campos Elíseos eran la morada de los dichosos después de la muerte —afirmó Werner, que siempre sabía encontrar el modo de echar un jarro de agua fría sobre mi euforia.

—He dicho: “¿Te acuerdas de aquellos tiempos?”.

—No. ¿Qué te ha puesto Rudi en la copa?

—Mira la situación de ahora, Werner. Gloria me odia. Fiona realiza la mayoría de las comidas en un avión o en otro y está demasiado ocupada para dejar de trabajar diez minutos y hablar conmigo. A mis hijos los ha secuestrado mi suegro. El empleo que tengo pende de un hilo. La probabilidad de que yo consiga entrar en algún plan de pensiones es prácticamente nula. Mi suegro cree que alguien intenta envenenarlo. A mi cuñado se le considera un agente enemigo...

—¿Y yo? —me preguntó Werner cuando vio que se me iba apagando la voz.

Supongo que adivinó que intentaba hallar algún modo aceptable de describir la reconciliación a la que había llegado con su esposa, la fiera de Zena.

—Ninguna noticia es buena noticia, Werner —le dije.

—Tienes razón —convino con aire fúnebre.

Se había dado por vencido, ya no intentaba convencerme de que Zena no era tan mala como yo pensaba.

—¿Sabes dónde está Jim Prettyman? ¿Qué has oído por ahí?

—¿Soy amigo tuyo?

—A veces creo que eres mi único amigo.

—Pues yo creo que eso raya ya en lo paranoico —me aseguró Werner—. Tienes cientos de amigos, demasiados, aunque la mayor parte sean especímenes de los bajos fondos. Y hay más personas que te apoyan de las que puedes contar. Todos citan sin cesar tus sabias palabras y relatan tus hazañas. En serio, Bernard, tienes muchos amigos.

—No creo.

Werner me miró, apuntó cuidadosamente y luego me dio en el ojo con una musgosa mata de Schiller:

*«Freudlos in der Freude Fülle,
Ungesellig und allein,
Wandelte Kassandra stille
In Apollos Lorbeerhain^[1]».*

—No necesito poesía, Werner.

—Para la clase de trabajo que haces, tienes un instinto que envidio. Y con los años te he visto combinar ese instinto con unos grandes poderes de deducción y sacar así a la luz lo que parecía imposible —me aseguró Werner.

—Ahora estoy deprimido.

—Pero tú te esfuerzas poco por ver las cosas desde otro punto de vista. Quizá sea por eso que aplicas esos poderes en tu trabajo: esa determinación inflexible y tozuda. Pero en momentos como éste te mutila el razonamiento.

—¿Es eso lo que me sucede ahora?

—Estás obsesionado con descubrir algún oscuro secreto de la muerte de Tessa Kosinski. Por lo menos pareces obsesionado con ello. Lo sacas a relucir

en la conversación cada vez que te veo. Pero ¿quién estuvo presente en aquel tiroteo? Tú.

—No sólo yo, Werner.

—Fiona ha reprimido todos los recuerdos que tenía de aquella noche — me recordó Werner—. No recuerda nada. Ni cien psicoanalistas trabajando día y noche lo harían aflorar a la memoria consciente de tu mujer en cien años.

—¿Quién lo ha dicho?

—Los psiquiatras lo dijeron. Tú lo dijiste. Me contaste que Bret te dijo exactamente eso en California después de una de las sesiones informativas.

—Oh, sí. Me había parecido reconocer la florida sintaxis de Bret. Ahora me acuerdo. Pero tienes que tener en cuenta lo traumatizada que estaba Fiona al encontrarse de repente en medio de un tiroteo. Ha estado trabajando detrás de una mesa de despacho toda su vida. No estaba preparada para presenciar aquel derramamiento de sangre especialmente desagradable.

—Nadie está nunca preparado para presenciar algo así. Pero tú lo manejaste con tu habitual eficiencia sobrehumana. Escribiste un informe detallado y respondiste a preguntas acerca de ello durante semanas.

—No comprendo adónde quieres ir a parar, Werner.

—Estaba oscuro. El caos. Estabas preocupado por Fiona, y también por Tessa. Hubo muchos disparos. Murieron hombres. Tú le disparaste y mataste a aquel hombre del KGB llamado Stinnes, y también al hombre que llevó consigo.

—Kennedy, el amante de Fiona.

—Kennedy, sí. Y luego empujaste a Fiona al interior de la furgoneta, la pusiste en marcha y escapaste de allí. Pero nadie, ni siquiera tú, sale de un tiroteo completamente ileso. Cuando llegaste a Occidente te encontrabas en estado de *shock*. Tú mismo me lo contaste.

—Hubo mucha sangre. Fiona estaba cubierta de sangre. Tener allí a Fiona fue lo que me lo hizo tan terrible. Tienes razón, no estaba preparado para ello.

—¿Te dio algún sedante el médico del ejército británico?

—Yo estaba muy nervioso. Me dijo que me harían falta unas cuantas píldoras mágicas si tenía que volar hasta el otro lado del Atlántico.

—Entonces, ¿recuerdas las píldoras?

—Pues claro que sí. ¿Acaso no te hablé yo de ellas? Si no, ¿cómo ibas a haberte enterado?

—¿Dónde está el arma que utilizaste?

—Era la Webley Mark VI de mi padre.

—Sí, pero... ¿dónde está?

—No sé. Nunca antes había utilizado una de esas viejas armas de los tiempos de la guerra. Las balas salen de ella a cámara lenta, giran sobre sí mismas y después se abren con el impacto. Aterrizan como un proyectil de artillería y abren un gran agujero en el cuerpo de cualquier hombre, Werner. Funcionaba bien, pero era espantoso de mirar.

—¿Cuántas balas disparaste?

—No lo sé con seguridad.

—¿Una? ¿Dos? ¿Tres? ¿Cuatro?

—¡Te he dicho que no lo sé!

—No te alteres, Bernard.

—Sé lo que estás pensando.

—¿Ah, sí? ¿Qué estoy pensando?

—Lo que pretendes es decir que yo maté a Tessa.

—Bueno, ¿no cabe dentro de lo posible? Estaba oscuro, sólo había la luz de los faros de los coches. Y luego alguien los apagó a tiros. Estaba oscuro y todo lleno de barro. La gente corría. Había mucha confusión... Intenta recordar.

—Tú no estabas allí, Werner. Thurkettle le disparó a Tessa. Yo lo vi.

—Poco a poco, Bernard. Vamos a intentar imaginar las cosas. Se hicieron muchos disparos aquella noche, pero en realidad no sabemos quién disparó cada uno de ellos. Tú disparaste, Thurkettle disparó y es posible que los demás también disparasen. Tú te marchaste en la furgoneta con Fiona. Thurkettle se marchó en su motocicleta, se fue a Londres y les contó lo que vio. ¿Cómo encaja su relato con el tuyo?

—¿Está en Londres Thurkettle?

—Bien podría ser. Estoy jugando a hacer suposiciones.

—¡Caray, Werner!, no me importa lo que Thurkettle les esté contando en Londres. Nadie me obligará a confesar que yo maté a Tessa. Ella siempre fue maravillosa, amable y muy animada. Cuando Fiona se fue, Tessa me ayudó con los niños. No se me ocurriría matarla.

—¿No se te ocurriría? ¿Es que no se te podría ocurrir? ¿Nunca? ¿Ni aunque hubiera muerto como resultado de un accidente completamente comprensible? Estamos hablando de un accidente, Bernard.

—¿Fue eso lo que dijo Thurkettle?

—Tessa estaba colocada... drogada hasta las cejas aquella noche. Iba bailando entre el barro, daba vueltas con su vestido de seda y cantaba. Ésas son palabras tuyas, Bernard.

—No estoy seguro...

—Tú llevaste allí a Tessa en aquella furgoneta —me recordó Werner—. De no haber sido por eso, no habría estado allí para que la matasen.

Di una sacudida como si me hubieran propinado una bofetada en la cara. Era cierto. Tessa se había subido a la furgoneta que yo utilizaba aquella noche. Yo la había llevado hasta el lugar del tiroteo y, por lo tanto, a la muerte. Era la culpa que se derivaba de aquello lo que no me permitía el sosiego. Tessa había ido a Berlín con Dicky y compartía con él la habitación del hotel. Pero yo no podía liberarme de aquella sensación de que su muerte era responsabilidad mía.

—Bernard, si tú mataste a Tessa, tienes que hacerte a la idea de una vez. Nadie va a acusarte de nada. Londres daría un gran suspiro de alivio. Todos saben que no lo habrías hecho intencionadamente.

—¿Quién tiene mi Webley?

—No lo sé.

—Pero... ¿la tiene alguien? Era la pistola de mi padre. ¿Han estado jugando los de la República Democrática Alemana con informes de balística falsos?

—He oído decir que Thurkettle se llevó consigo la Webley de tu padre cuando regresó —me informó Werner.

—¿Por qué coño iba a hacer eso?

—La utilizaste para matar a rusos. Era una pistola del ejército británico con unas marcas determinadas que llevarían directamente hasta tu padre. Dejarla en el lugar del tiroteo habría sido una locura.

—¿Eso es lo que el Departamento cree que ocurrió? ¿Que yo los maté a todos?

Miré a Werner; a menudo se enteraba de lo que decía la gente mucho antes que yo.

—No sé lo que creen —me dijo Werner—. Probablemente estén tan desconcertados como yo. No saben qué pensar.

—¿Dónde está Thurkettle ahora?

—No lo sé.

—El Departamento anda detrás de él. Quieren que se enfrente a mi cara a cara.

—Bernard, si Thurkettle se esconde es porque está asustado.

—¿Asustado de mí, quieres decir?

—Desde luego. Míralo desde su punto de vista.

—¿Que yo maté a Tessa?

—Y él es el único testigo. Sí. ¿Qué probabilidades tendría si tú lo desafiases en una investigación del Departamento? Así es como debe de verlo él.

Me recosté y me froté las manos. Tenía las palmas sudorosas y noté que tenía la cara sofocada y ardiendo. Debía de parecer realmente culpable.

—Eso es una tontería, Werner. No sé con quién habrás estado hablando, pero es todo mentira. En cualquier clase de investigación puedo aclarar todos los detalles. Lo recuerdo todo con tanta claridad como si hubiera pasado ayer. Por lo menos recuerdo todo lo importante. Cuando traigan a Thurkettle me enfrentaré a él. Te demostraré cómo son las cosas.

—Yo no contaría con encontrar a Thurkettle —me recomendó Werner—. Cuando un hombre así quiere desaparecer, no hay manera de volver a encontrarlo.

Me quedé allí sentado largo rato.

—Pensaba escaparme —le confesé finalmente. Werner asintió con la cabeza—. Iba a llevarme a los niños y también a Gloria. Lo tenía todo planeado. La República de Irlanda y la conexión con Aeroflot: de Shannon a Cuba. Y desde La Habana un barco hasta... Bueno, no sé bien hasta dónde.

Werner me miró fijamente.

—¿Te has vuelto loco, Bernie?

—Habría salido bien —protesté.

—¿Se lo habías preguntado a los niños? —No esperó respuesta; sabía que yo no les había hecho confidencias—. Habría sido un fracaso —añadió en voz baja.

—No lo creo.

—¿Y Gloria? ¿Hablaste con ella del asunto?

—No —respondí.

—Todo ha terminado, Bernard. Vi a Gloria en Londres. Es feliz. No hay ningún hombre en su vida. A veces va a cenar con Bret; supongo que los dos se sienten un poco solos en algunas ocasiones. Pero ví que está contenta viviendo la vida ella sola. Te mencionó en la conversación, me contó lo contenta que estaba de que trabajases en Berlín. Me dijo que eras un hombre brillante y que esperaba que causaras una gran sensación. Lo decía completamente en serio. No había rencor ni mala voluntad en ella, Bernie. Pero ya no formas parte de su vida. Ni tampoco parte de su futuro. Será mejor que lo afrontes.

Sentí que las palabras de Werner me quitaban la vida. Noté que me ponía enfermo.

—Tú no la conoces, Werner —le dije sumido en la desesperación—. Y de todos modos... —Di un sorbo del contenido de la copa y recobré la compostura—. Gloria y yo; sí, eso se acabó. Se acabó del todo. Ahora cuéntame algo que yo no sepa.

—Entonces, ¿qué pasa, Bernie? ¿Qué es esta locura tuya? ¿Se trata en el fondo de algún tipo de resentimiento y envidia por el éxito de Fiona?

—¿Envidia? Venga, Werner.

—¿O es odio? ¿Odias a Fiona? Quizá lo haces sin comprender siquiera que la odias. Ella te quiere mucho. Es como yo, no se le da bien decir las cosas, pero te quiere, lo sé.

La tranquila voz de Werner y el tono considerado que estaba empleando hicieron que me mostrara cauto. Aquél era Werner, el psicólogo infantil famoso en todo el mundo. Le respondí con la misma calma.

—Pues a mí no me lo parece —le aseguré—. Fiona está enamorada de su trabajo. Se alegraría de verme huir con Gloria, incluso con los niños. Eso le permitiría tener más tiempo para las reuniones y para escribir informes.

—Frank adivinó que ibas a escaparte —me comentó Werner.

—¿Frank? ¿Cómo sabes tú que lo adivinó?

—Me mandó llamar. Y tú sabes la sorpresa que debió de causar eso. Frank y yo nunca nos hemos llevado bien. Me dijo que le gustaría que yo fuera a Londres para hablar contigo. No me explicó de qué. Luego, cuando se enteró por Bret de que tú te habías visto con el Sueco, Frank me dijo que estuviera en el Café de Leuschner al día siguiente por la mañana. Llegué temprano y Frank ya estaba esperándome. No sé cuánto tiempo llevaría esperando, pero ya se había tomado un par de cafés, panecillos y algunas cosas más. Estaba muy alterado; llenó la pipa de tabaco y la guardó sin fumársela. Ya sabes cómo es cuando se pone nervioso. Me dijo que el Sueco estaba muerto y que, bueno, que al fin y al cabo ya no había necesidad de que yo hablase contigo. Me aseguró que ibas a estar bien.

—Frank me conoce hace mucho tiempo.

—Ése es el problema —me aseguró Werner—. Que nos conocemos todos demasiado bien.

—No tengo intención de quedarme sentado ante lo que se me avecina, Werner —le dije—. Yo no le disparé a Tessa. Y puedes ir a decírselo a quienquiera que te lo pregunte.

Werner se puso en pie, enorme y amenazador. Nunca lo había visto antes de aquella manera. No levantó la voz, que sonó suave como un susurro, pero por primera vez en mi vida lo encontré intimidante.

—Muy bien —dijo.

Hizo que sonara como si estuviese bajando el telón en una obra de Chéjov.

No me moví. Werner cruzó el local y se acercó a una fotografía de Richthofen, que estaba de pie entre un grupo de pilotos cochambrosos delante de un biplano Albatros. Werner se tomó su tiempo contemplando la fotografía, como si estuviese tratando de reconocer quién era Goring. Werner caminaba cojeando. Hacía mucho tiempo le habían roto la pierna unos matones del otro lado del Muro. Y a veces la pierna le molestaba; cuando el tiempo era frío como entonces, o cuando él se inquietaba emocionalmente. No dije nada. Werner estaba de espaldas a mí, mirando la foto con la pierna ligeramente doblada, como yo había visto que hacía cuando le dolía. Era mejor dejar que se calmase.

Por fin Werner se dio la vuelta y me miró. Tal vez había estado contando hasta diez.

—¿Has hablado con Silas Gaunt? —Lo preguntó con voz desenfadada, pero no pudo disimular hasta qué punto le interesaba saber qué había pasado en aquel encuentro—. ¿Te ha proporcionado alguna información nueva?

—Sí, hizo que aumentase mi desconcierto.

Werner continuó hablando en voz baja.

—Bueno, quizá no se te haya ocurrido, Bernie, pero si el Departamento estuviera desesperado por tapar la matanza legal de esa pobre mujer, y hubiese hecho venir a un matón carísimo que llegó, hizo el trabajo que tenía que hacer y desapareció, no estarían falsificando documentos, retorciéndose, mintiendo y tomándose de forma absurda todas las demás molestias que tú les atribuyes, ¿no te parece?

—Quizá —convine.

—No... simplemente te matarían. Si ésa es la manera como hacen las cosas, eso es lo que te harían. De ese modo acabarían de una vez por todas y de una forma limpia y rápida. Y les saldría relativamente barato.

Seguí sin moverme. Werner se quedó mirándome durante lo que me pareció mucho tiempo, una eternidad. Le devolví la mirada fija y por fin salió andando con paso majestuoso, sin que al parecer le disminuyera aquella terrible ira. El largo abrigo negro y la cojera añadieron un aspecto siniestro a aquella salida suya en cierto modo teatral.

Poco después de que se marchó Werner, un hombre llamado Joschi, cuyo apellido nunca averigüé, apareció de pronto detrás de la barra. Era un individuo bajo y melancólico que había perdido a sus padres en la guerra. Había pasado la niñez en un orfanato de Silesia. En las últimas semanas de la guerra, Joschi, con otros internos, emigró hacia el oeste caminando penosamente con el ejército rojo detrás de ellos, muy cerca. Trabajó en una fábrica de porcelana que dirigían los comunistas en Dresden hasta que hacía dos años consiguió escapar de la República Democrática Alemana. Ahora insistía en darme las gracias por haberle conseguido un empleo y poder trabajar para Rudi allí, en el Horrido. En realidad, yo no había hecho más que mencionar su nombre en una época en que Rudi estaba buscando un esclavo honrado que no se quejase y que trabajase las veinticuatro horas del día por un salario como para morirse de hambre.

—¿Aguardiente, Herr Samson?

Estaba de pie con una copa y una botella en las manos dispuesto a servírmelo.

—No, gracias, Joschi. Ya he bebido bastante.

—¿Whisky escocés? ¿Un coñac de siete años?

—Gracias, pero no.

—Tiene buen aspecto, Herr Samson.

—Tú también, Joschi.

Le agradecí aquel comentario para darme ánimos, pues por lo que me habían dicho varios amigos sin pelos en la lengua, yo parecía definitivamente agotado.

—¿Sabe si se puede fabricar una pistola de plástico, Herr Samson? —Titubeé y lo miré—. Unos clientes estuvieron discutiendo anteayer por la noche sobre eso en la barra. Uno de los policías del aeropuerto, ese tipo joven tan voceras... ese que siempre discute... que lleva una barba recortada. El que le va enseñando a todo el mundo las dianas de papel del campo de tiro. Me parece que usted lo conoce. Se apostó cincuenta marcos a que puede hacerse una pistola de plástico. Los demás no estaban de acuerdo. Yo le dije que conocía a una persona que entendía de esas cosas.

—¿Cómo empezó la discusión? —le pregunté.

—Llegó un paquete para el señor Volkmann... hace ya mucho tiempo... Una entrega por mensajero. Era una pistola de plástico. Yo le dije que era de juguete.

—A mí también me parece que debía de tratarse de un juguete —le aseguré—. Tal vez me tome ese aguardiente.

Me sirvió la copa y di un sorbo. Joschi levantó la suya y brindó por nuestra salud. Me di cuenta de que me estaba diciendo algo importante. Aquélla era la manera que Joschi tenía de pagarme la deuda que pensaba tenía conmigo. Pero yo no sabía hasta dónde se me permitía llegar haciendo preguntas.

—¿Hace mucho tiempo? —le pregunté.

—Aquella vez que hubo tanto alboroto y usted se marchó a alguna parte para recuperarse.

—Y ese policía que piensa que pueden fabricarse pistolas de plástico, ¿qué es lo que dice?

—Dice que las ha visto. Que ha visto pistolas americanas de plástico con balas triangulares también de plástico que encajan muy bien en la recámara. Las hacen para pasarlas por las máquinas de control de seguridad de los aeropuertos.

—¿Y qué querría Werner hacer con ella?

Werner no tenía ningún interés especial ni necesidad alguna de una pistola, y mucho menos de una para fines específicos. Me preocupaba que pudiera estar metido en algo que le ocasionase problemas. Había una parte reservada en su carácter; yo lo sabía desde que pasamos juntos la infancia. Pero estaba seguro de que no había nada que a mí no me confiase, al igual que yo no tenía secretos para él.

—Recibimos un montón de paquetes raros aquí, detrás de la barra, Herr Samson. El jefe a veces mira lo que contienen; le gusta asegurarse de que no sean drogas. Desde luego, el nombre de Herr Volkmann nunca se pronunció.

Asentí. Cualquiera de los miembros de las tripulaciones que llegaban podía atravesar el aeropuerto y pasar por la misma alambrada rota que utilizaban los ingenieros que estaban de servicio y el personal de las oficinas cuando se dejaban caer por allí para tomarse a escondidas una copa. En cierto modo, yo le había seguido el juego a Joschi. Ahora él sabía que a mí no me habían entregado aquella pistola, y que tampoco había llegado a manos de Werner sabiéndolo yo y con mi aprobación.

—No se lo digas a nadie, Joschi —le pedí—. Es un juguete, estoy seguro. Si se lo dices a alguien, quizá le estropees una bonita sorpresa a otra persona.

—Entonces..., ¿les digo que es imposible?

—Sí, puedes creer en mi palabra. Ese pobre tipo ha perdido el dinero de la apuesta.

COLNBROOK, INGLATERRA

Era un lugar extraño para encontrar a Prettyman, que estaba gravemente enfermo. Jim era rico. Era «un consejero financiero y de negocios excepcional» sin nombre, según un artículo sobre uno de sus clientes que había aparecido publicado en el *Wall Street Journal*. A Jim le gustaban los números, y el talento matemático que poseía le había capacitado para adaptarse sin esfuerzo a la dirección informatizada. En la actualidad era un hombre muy solicitado, consejero de media docena de compañías internacionales, aunque al mismo tiempo condescendía para hacer algún trabajo ocasional para el Departamento. Yo esperaba encontrar a Jim Prettyman enfermo, escondido entre médicos que buscaban un diagnóstico, lindas enfermeras y especialistas de cara fúnebre ataviados con batas blancas. Habría ido a buscarlo a una gran *suite* particular de la Clínica Mayo, en el último piso de un hospital de la calle Harley con cocina de tres tenedores o en uno de esos hospitales lujosos de Suiza en los que las mejores habitaciones tienen vistas de los Alpes.

Pero el caso era que había escogido una casa a las afueras de Colnbrook, no lejos de Heathrow, el aeropuerto más importante de Londres. La atribución de Heathrow como el aeropuerto con más tráfico del mundo era algo cuestionable, pero desde luego no se podía cuestionar que era el mayor del mundo. Hangares para aviones y cobertizos para reparaciones, áreas de servicio, aparcamientos de alta seguridad, depósitos de distintos medios de transporte, almacenes de mercancías y oficinas para las legiones que trabajaban con los procesadores de textos se extendían a lo largo de kilómetros en todas direcciones.

No hacía tanto tiempo, los vociferantes habitantes de las proximidades del aeropuerto organizaban continuamente manifestaciones en protesta por el ruido y las inconveniencias que sufrían. Pero con el tiempo descubrieron que

sus casas se habían convertido en alojamientos deseables para los empleados bien pagados de las líneas aéreas. Pronto algunos agentes inmobiliarios especializados empezaron a interesarse por aquella zona, convenientemente cercana al centro de Londres, donde podían quedar disponibles casas en arrendamiento por cortos períodos para extranjeros acaudalados. Y ahora Jim Prettyman, londinense de nacimiento, se hallaba en aquella categoría de extranjero acaudalado: un visitante cansado y rico que buscaba un lugar donde descansar la cabeza.

La casa que había alquilado era de las típicas que se construyeron en el sur de Inglaterra entre las dos guerras, pero estaba amueblada y equipada para satisfacer los requerimientos más exigentes de los extranjeros. La casa tenía instalado un sistema de calefacción que suministraba el calor. En algún lugar del sótano se oía la caldera, que rugía como el motor de un reactor antiguo y hacía temblar toda la casa. Entre las demás instalaciones se hallaban dos lavavajillas alemanes, un reluciente congelador tipo cofre y un frigorífico de dos puertas con dispensador de hielo y de agua fría. La cocina era como el interior de una nave espacial, todo un despliegue de batidoras, mezcladoras, picadoras, una cafetera que suministraba vapor para hacer espuma en la leche y un complejo de hornos, unos de microondas, otros de turboventilador y otros con difusor de calor que preparaban la cena con sólo tocar un botón.

—Me alegro muchísimo de que haya venido, señor Samson. Jay necesita que lo animen.

Por un sistema de altavoces ocultos salía una versión suave pero animada de *La viuda alegre*.

Yo había visto a la señora Prettyman en fotografías. Recordaba que Jay tenía grandes retratos en color de su esposa con marcos caros en el despacho de Washington. Las fotografías siempre mostraban a una mujer elegantemente vestida con vestidos camiseros muy adecuados para los calurosos veranos de Washington. En las imágenes siempre tenía una amplia sonrisa de estrella de cine y pose atlética. El hecho de que perteneciese a una acaudalada familia, y también que su padre ocupara un cargo importante en el Departamento de Estado, había posibilitado que Jim, al que toda la familia había tomado afecto, encontrase apoyo en su carrera. No era pues de extrañar que en las fotografías Jim también saliera siempre sonriendo.

Al cogerme el abrigo y el sombrero, ella me dijo:

—Desde luego, está muy medicado. Tengo café hecho. ¿Quiere un poco?

—¿Qué está medicado? ¿Café? Sí, por favor.

—Tiene que seguir una estricta medicación. Una enfermera viene tres veces al día. Es una persona encantadora, australiana. En la clínica no quisieron darle el alta y dejarlo a mi cuidado a menos que aceptase la condición de que una auténtica enfermera bien cualificada lo atendiese.

—¿Y va mejorando?

Me miró con el entrecejo fruncido.

—No, no va mejorando, señor Samson... ¿Puedo llamarte Bernard? Pensé que lo sabías.

—No —reconocí—. Es decir, sí. Sí, claro, por favor, llámame Bernard.

—A mí mis amigos suelen llamarme Tabby, que es diminutivo de Tabitha.

—Tabby. Es un nombre muy bonito. Bueno, entonces, ¿Jim no mejora?

Tabby hizo un movimiento con la mano para invitarme a que tomase asiento en uno de los taburetes tapizados con mucho relleno que había junto al mostrador para desayunar. Una «cocina abierta», era como llamaban a aquello los agentes inmobiliarios en los prospectos.

Había una cafetera de vidrio en la placa caliente de la máquina de hacer café. Cogió dos tazas decoradas de un estante y sirvió café en las dos. En la mía había representada una mujer prerrafaelita de vivos colores que se estaba ahogando en un río azul. Ofelia, supongo. El café también estaba aguado.

—No se espera que viva más de tres meses —me confió.

—No tenía ni idea. Sabía que estaba enfermo, desde luego... yo venía con él en el tren.

—Quería estar en Inglaterra otra vez. Al norte de Londres, me dijo, pero esto fue lo mejor que pude conseguir, pues no disponía de tiempo.

—¿Tres meses?

—Como mucho. Jay no lo sabe, naturalmente. Cree que está recuperando fuerzas, al menos las suficientes para reanudar el tratamiento. Pero me ha parecido mejor que tú sepas cómo está la situación.

—Gracias. ¿Se lo dices a todos sus amigos?

Me pregunté si Cindy estaría enterada de aquel alarmante pronóstico.

—No ha visto a ningún amigo. Pocas personas saben dónde está Jay. —Soltó una risita, como si tener a Jim escondido le hiciera mucha gracia—. Me sorprendió que tú nos localizases y dijeras que querías venir. —Sonreí y asentí con la cabeza. Bebimos unos cuantos sorbos de café. Luego me explicó —: Jay tiene altibajos. Hoy parece tener uno de los días buenos.

Se mostraba muy comedida, sin artificios: no iba maquillada ni llevaba adornos, ni siquiera reloj; lucía un vestido de algodón, y tenía el cabello

cortado como una colegiala. Pero hacía gala de una elegancia natural, sin esfuerzo aparente, que le otorgaba cierta autoridad e importancia. Supongo que aquello era un atributo de su influyente procedencia familiar. Bret tenía aquella misma clase de aplomo.

—La enfermera bajará dentro de un momento —me dijo—. Siempre hace lo mismo. Suele tardar unos veinte minutos. Háblame de ti, Bernard. ¿Estás casado?

—Sí —repuse.

—Eso es maravilloso.

En teoría, y sobre el papel, la segunda señora Prettyman era justo aquello de lo que yo solía huir corriendo, pero tengo que admitir que la encontré inteligente y encantadora, tal como me dijo Werner que yo veía a Cindy en los viejos tiempos. Decidí que Jay tenía suerte de haber encontrado una compañera que fuera tan leal y generosa hasta el final de su vida, porque Tabby me dijo que, a pesar de dos matrimonios fracasados y de tener hijos ya adultos, Jim «había sido por fin su verdadero amor».

—Nos entendemos muy bien, ¿sabes? —me explicó—. Mis otros maridos no tenían demasiado afán por decir la verdad: ni a mí ni a nadie. Pero Jay es sencillamente maravilloso. Nos lo contamos siempre todo.

—¿De verdad?

Jim Prettyman estaba en posesión de algunos secretos muy oscuros que el Departamento le había confiado. Resultaba difícil creer que Tabby tuviese conocimiento de todos ellos. Y en cualquier caso, Jimjay no era precisamente célebre por decir siempre la verdad.

Se inclinó hacia mí para comprobar que mi taza de café estaba vacía y me sirvió más.

—No digo que no fuera la religión la que lo hizo. Pero Jay dice que no tiene nada que ver con eso.

—¿Qué religión?

—Ha vuelto al seno de la Iglesia. ¿No lo sabías?

—¿A la Iglesia católica?

Me acordé del rosario que Jim apretaba constantemente en el tren.

—Sí. Yo no soy católica. Me educaron como presbiteriana. ¿Tú qué eres?

—No estoy seguro —respondí—. Depende del problema en que me encuentre.

—Se ve que Jay tenía remordimientos por haber animado a su primera esposa para que no fuera a misa. Él nació católico romano. Toda su familia

era católica. El hecho de haber tenido una infancia católica parece dejar una profunda huella en las personas, ¿no te parece?

—Sí, supongo que sí.

—Es un consuelo. Le ha ayudado a soportar esta terrible enfermedad. No puede ir a misa, desde luego, pero el sacerdote de aquí viene a verle a menudo. Es un escocés encantador. Jay espera con ilusión esas visitas, y al padre le gusta tomarse un *whisky*. Se pasan horas charlando.

—Eso está bien —observé.

Pero no estaba bien. No me gustaba nada lo que estaba oyendo. No me gustaba la idea de que Prettyman le confiase secretos a su esposa, ni que se pasara horas de charla con un sacerdote mientras se tomaba un par de vasos de *whisky*.

Quizá aquellas reservas se me notaron en la cara, porque Tabby me dijo:

—¿Hace poco que has visto a la primera esposa de Jay?

—Pues sí, hace poco.

Tabby pareció inquietarse al oírlo:

—¿No habrás venido aquí debido a ella?

—No.

—Le está haciendo chantaje a Jay, ya lo sabes, ¿verdad, Bernard?

—Hablar de chantaje es una acusación muy seria, Tabby. Espero que sepas lo que dices.

Sonrió.

—Así tendría que ser, Bernard. Soy doctora en Derecho Internacional y tengo diez años de experiencia como abogada en Washington.

Touché.

—Bueno, ¿y qué clase de chantaje le hace?

—Será mejor que juegues limpio conmigo, Bernard. ¿Cuál es tu punto de vista? ¿Dices que no actúas para la primera señora Prettyman?

—Por supuesto que no —le aseguré.

—Pero sí que has hablado con ella. ¿Sabes si va a ir a verte otra vez?

—No si yo la veo venir, porque me esconderé.

—De acuerdo. Me has convencido. Yo estaba muy bien dispuesta a mostrarme amable con ella, soy comprensiva, pero no hace más que crear problemas.

Tabby me ofreció más café levantando la cafetera con la mano, y yo negué con la cabeza.

—¿Qué clase de chantaje? —repetí.

—Quizá sería mejor que se lo preguntases a Jay. Se trata de su exesposa.

Tabby me había advertido que las inyecciones y las demás drogas que le estaban dando ponían a Jim eufórico, pero yo no estaba preparado para aquella transformación. La última vez que lo había visto había sido en el expreso de Moscú tendido como un cadáver y sólo medio vivo, pero ahora encontré a un Jim lleno de ganas de pelea.

—Bernard, sinvergüenza, ¿dónde te has metido?

—He estado por ahí tratando de encontrarte —repuse.

—Inglaterra es maravillosa, Bernard. —Jim tenía un plato de uvas a su lado, y entre unas palabras y otras se iba metiendo algún grano en la boca—. Verde, fresca y muy hospitalaria. No me había dado cuenta de cuánto la echaba de menos hasta que he vuelto esta vez.

Miré por la ventana. A mí no me parecía que fuese tan estupenda: había demasiados ladrillos y coches y faltaban árboles y hierba.

—Los aviones casi no nos molestan —me estuvo diciendo—. Despegan por el otro lado; si no sopla el viento en esta dirección, apenas los oímos.

Me ofreció uvas, pero le dije que no con la cabeza.

El dormitorio estaba equipado con un surtido equipo médico de esa clase que reluce en los escaparates de los proveedores médicos de la calle Wigmore de Londres. Jim no estaba en la cama. Vestía una bata de algodón a rayas y se encontraba sentado en un sillón con una manta color crema que le cubría las piernas. A pesar de sus modales animados, tenía el cutis tan blanco como el yeso, igual que siempre. Mantenía sobre las rodillas un cuaderno abierto cuyas páginas estaban cubiertas de números garabateados. Se fijó en que yo lo miraba y me dijo:

—Parece que últimamente no soy capaz de leer, Bernie, no puedo concentrarme. He empezado a hacer juegos de números... recordar los viejos tiempos me anima. —Dio unos golpecitos en el cuaderno—. Me estaba acordando de cómo conseguimos descifrar el bloc aquel de un tiempo —me explicó—. Fue el punto más alto de mis tiempos en el Departamento.

Se quedó mirándome fijamente. Tenía los ojos brillantes y activos, de una manera que no era natural. Supongo que era debido a los medicamentos.

—He oído hablar de eso —comenté.

—Todo el mundo decía que los blocs soviéticos de un tiempo eran indescifrables, ¿no es cierto? Nadie quería saber nada del asunto. Yo afirmé que valía la pena intentarlo, pero nadie quería saber nada.

Levantó el cuaderno para que yo pudiera ver las líneas de números que había escrito, pero me resultaba difícil comprender lo que había estado

haciendo. ¿Era un galimatías o algo genial? Ni siquiera era capaz de leerlo bien. Quizá aquellos garabatos también tenían que ver con la medicación.

—Considera el problema —empezó a decir Jim como si se dirigiese a todo el mundo, más que a mí—. Cuarenta y ocho grupos de cinco dígitos. Cada una de las páginas de cada bloc era diferente, con la única excepción de la hoja correspondiente en el otro extremo del bloc. Imposible de descifrar. Eso me aseguró Bret. Me dijo: «En dos palabras, Jim: im posible».

—Sí —convine—. Bret siempre ha tenido un gran sentido del humor.

Y Jim siguió sin pausa:

—¿De dónde salen los blocs de un tiempo y todos esos códigos inteligentes que cambian constantemente? Eso es lo que les pregunté. No están escritos a mano, ¿verdad? Todos ellos están impresos, y si están impresos supongo que deben de hacerlos con una máquina de imprimir. No van a tener a miles de impresores rusos puestos allí de pie dándole vueltas a una manivela para cambiar los números uno a uno, ¿verdad? Lo más seguro es que utilicen una máquina de imprimir que cambia los números o las letras automáticamente. Y esa máquina de imprimir tiene que estar programada. Y ese orden, la secuencia en la que las máquinas cambian las cifras, por fuerza tiene que poder descifrarse, exactamente igual que puede descifrarse cualquier otro código.

—Fue todo un triunfo —le dije.

No había manera de hacerle callar; era mejor dejar que siguiera. Mientras Jim hablaba yo me puse a mirar por la habitación: la cama con control electrónico, las cuñas de acero inoxidable, el carrito médico y los estantes para medicinas y jeringas. Todo ello me hizo preguntarme si Tabby sería la clase de mujer que, en una etapa avanzada de la vida, después de haber pasado por los comités de caridad, las clases de piano y la historia de la pintura del Renacimiento, descubre la necesidad de representar el papel de Florence Nightingale con cualquier pariente que tenga a su alcance. Bueno, quizá fuese así, y quizá aquello les venía bien a ambos.

—Y después descubrí que ya lo habían hecho antes, durante la guerra —seguía diciendo Jim—. Desde luego, me tomé la molestia de repasar los números atrasados del *American Mathematical Monthly*. Encontré los ejemplares publicados en el verano de 1929, cuando la idea se estaba discutiendo por primera vez en el Hunter College de Nueva York. Pero luego, el comentario casual de uno de los veteranos me puso sobre la pista de lo que nuestro Denniston y la sección diplomática habían estado haciendo en la calle Berkeley, en Piccadilly, aquí mismo, en Londres, durante la guerra. Los blocs

alemanes tenían ocho líneas de seis grupos de cinco cifras. Eso me dio que pensar, claro está.

Me dirigió una mirada burlona.

—Claro está —convine.

Al decirlo intenté hacer ver que yo era alguien que sabía cuántas líneas de grupos de seis cifras había tenido siempre un bloc de un tiempo alemán de la época de la guerra. Y alguien que se lo imaginaba del mismo modo que se lo estaba imaginando él.

—Evidentemente, utilizaba doscientas cuarenta ruedas —me dijo.

—Claro.

—Cuando fui a ver al viejo y le mostré el modo en que se habían estado descifrando durante la guerra los blocs de un tiempo, al principio no se lo quería creer. Pero cuando le hablé de ello, acabó por ceder.

—Me lo imagino.

—El viejo estaba extasiado, tanto que me concedió todo lo que le pedí.

—Fue un triunfo, Jim.

—Me salió perfecto. Los americanos se volvieron locos, Langley abrió un departamento nuevo entero para ocuparse de ello. Invirtieron millones de dólares.

—Y eso les devolvió la fe en nosotros —observé.

—Yo habría ganado la medalla de Oficial de la Orden del Imperio Británico, y puede que incluso una condecoración mayor, de no haber obrado nosotros tan en secreto. Eso me dijo el viejo, y después Bret me repitió lo mismo.

—Puede que incluso una de caballero.

—Una de caballero no, Bernie —me contradijo mientras volvía bruscamente a la realidad—. Tampoco tienes que exagerar. —Me miró—. Y ahora dime, ¿qué has venido a pedirme en realidad?

—¿Por qué iba a venir a pedirte algo?

—Venga, Bernard. Tú no haces visitas de cumplido y no te gustan las uvas. Si vienes aquí, al lado equivocado del aeropuerto, es porque buscas algo. —Quizá le pareció que estaba siendo demasiado ofensivo, porque acto seguido añadió—: Nadie del Departamento hace visitas de cumplido. No viene en el manual de entrenamiento, ¿verdad?

—Cindy ha ido a verme. Me ha dicho que le habías dejado un archivador. Quiere librarse de él.

Se tragó la uva que estaba masticando y apartó a un lado el resto.

—¿Librarse de él?

—Me ha dicho que ya lo ha cuidado tiempo suficiente.

—¿Eso te ha dicho?

—Sí. Eso fue lo que dijo. ¿Es que no es verdad?

—Es muy animada, ¿verdad?

—Sí que lo es —convine con énfasis.

—Ella me lo robó. Me robó ese archivador. La llevé en el coche a su apartamento de Bruselas y, cuando la ayudé a subir las maletas del maletero hasta el edificio, se llevó el archivador junto con el resto del equipaje. No me di cuenta hasta que llegué al aeropuerto. La llamé desde la sala de pasajeros en tránsito, pero estaba comunicando.

—¿Y no hiciste nada al respecto?

—¿Qué iba a hacer? ¿Decirle al Departamento que dejé que mi exmujer me robase un archivador secreto? Venga, me habrían arrancado las pelotas. Y si descubren lo ocurrido, todavía me lo harán. Tienes que recuperarlo, Bernard.

—De acuerdo. ¿Crees que me lo entregará sin más?

—No, Cindy no. Cindy no da nada gratis. ¿Dónde lo guarda?

—Me dijo que en la caja fuerte de su oficina.

—¿En Bruselas?

—¿Cuántas oficinas tiene?

—¿Qué te ha parecido a ti? Cuando la viste, ¿qué pensaste de ella?

—Que tenía muy buen aspecto —repose con cautela. La experiencia me decía que por mucho que los hombres criticasen a sus exesposas, aquello no era una invitación para que los demás hicieran lo mismo—. Con mucho *glamour*, muy atractiva. —Pero también hablar demasiado bien de las exesposas tiene sus peligros, así que añadí—: Claro que todos nos hacemos viejos.

—¿Todavía sigue usando tanto maquillaje? Agita las pestañas postizas y lleva las mejillas llenas de colorete como una furcia. ¿Sigue empapándose de perfume? Le dije que exageraba; olía como la sección de perfumería de Harrods.

—¿Tú le dijiste eso?

Aquella conversación me parecía una treta peligrosa.

—Tenemos que recuperar esa caja —dijo Jim.

—¿Qué hay dentro? —le pregunté.

—No estoy seguro.

—¿Que no estás seguro? Creí que era algo que tú querías y necesitabas.

—Me ordenaron que no la abriera hasta después de recibir la orden explícita de abrirla. Me imaginé que contendría órdenes de alguna clase.

—Es grande y pesa mucho —le recordé.

—Y puede que también haya una pistola o algo así. Yo tenía la llave y la combinación, pero perdí las dos cosas. Y luego pensé que a la mierda.

—Comprendo.

Jim me miró.

—¿Has informado de esto?

—¿De qué?

—No seas memo, Bernard. ¿Has informado de lo que te ha dicho Cindy? De que ella tiene el archivador.

—Por supuesto que no. Quería hablar contigo primero.

—Siempre he dicho que eres el más listo de todos —me aseguró—. Más astuto, más retorcido y con más alcance de miras que todos los demás.

—Pues haz correr la voz —le dije—. O puede que no.

Jim sonreía; puede que hubiera cierto margen de admiración en aquella mordaz descripción, pero no sé hasta qué punto. Él estaba resentido. Estaba indignado del mismo modo que lo habría estado yo si él hubiera intentado utilizar conmigo el truco que yo estaba utilizando con él.

—No —repitió—. Si hubieras hecho ese informe no tendrías nada con que poder amenazarme, ¿verdad?

—No seas así, Jim.

—De manera que ahora sois dos los que me estáis retorciendo el brazo. Cindy y tú: las dos personas más cercanas a mí en los viejos tiempos.

—Oh, claro. *Et tu, Brute*. Pero César no había traspapelado ningún archivador, amigo mío. —Le devolví el cuaderno lleno de números—. Haré lo posible con tal de recuperar ese archivador, Jim. Si yo estuviera en tu lugar, desde luego lo recuperaría. Aunque tuviera que pagarle alguna pensión. A la larga quizá resultase barato. Los idus de marzo han llegado, Jim. Es una mala época del año.

—Pero todavía no han pasado. Sí, bueno, pues me importa un rábano. Vuelve y diles todo lo que sabes. Y manda a Cindy a la mierda. Yo ya no trabajo para el Departamento. Me importa un comino lo que os pase a cualquiera de vosotros.

—Cindy me explicó que habían ido a pedírselo dos hombres. Me dijo que eran americanos de Ginebra. Socios tuyos en algunos negocios.

—¿Y tú la creíste? Por Dios, Bernard. ¿Cómo has permitido que te tome el pelo de ese modo? Los dos hombres eran mi abogado y su socio. Yo los

mandé a hablar con ella, pero se hizo la niña perdida con ellos. Es demasiado astuta para decir nada que un abogado pueda utilizar.

—Ojalá vosotros dos hicierais que las historias que contáis coincidieran —dije—. Estoy seguro de que no te gusta todo este bullicio.

—No me sobra dinero para darle a Cindy. ¿Sabes lo que cuesta estar enfermo en estos tiempos? ¡Una fortuna!

—Debiste haber aprovechado para estar enfermo cuando podíamos permitirnoslo en los viejos tiempos.

—Sí, ése fue un gran error —convino con tristeza—. ¿Por qué tienes tanto interés por ese archivador? ¿Qué esperas encontrar dentro? Dímelo sin rodeos.

—Erase una vez un hombre llamado Thurkettle, un pistolero a sueldo que asesinó a mi cuñada...

—Un momento...

—Nada de momentos, Jimmy. Yo estaba allí y lo vi. Ese tipo le disparó a Tessa Kosinski en la Autobahn y luego fue a reunirse contigo para tomar un avión y ponerse a salvo. Y como estoy al corriente del modo en que el Departamento hace las cosas, sé que alguien debió de darle instrucciones...

—Al ver que Jimmy estaba a punto de interrumpirme de nuevo, añadí rápidamente—: Y ese alguien eras tú.

Jim se humedeció los labios. Pensé que iba a decir algo interesante, pero se limitó a coger un vaso de agua y beber algún trago.

—Sigue.

—Cindy fue en coche hasta el avión y el Sueco le entregó la caja. Mientras tanto, tú le pagaste a Thurkettle y le ayudaste a desaparecer.

—No, Bernard.

—No me digas que no. Tú le entregaste el dinero y le proporcionaste su nueva identidad. Y él estaba tan satisfecho que te regaló el broche de zafiros que había arrancado del cadáver de Tessa Kosinski.

—Estás equivocado.

—Oh, seguro. Bueno, le podrás explicar lo equivocado que estoy a la Junta de Investigación. Washington ha accedido a extraditar a Thurkettle. Así que no imagines que podrás huir otra vez a América y escapar de sus garras.

—¡Extraditar a Thurkettle! —Se echó a reír con desdén—. ¿Cómo lo van a hacer? ¿Resucitándolo? Thurkettle está muerto. Muy, muy muerto. Sí, yo fui al lugar de la cita, la rampa de salida de Ziesar, y ví a Thurkettle. Pero estaba muerto.

—Si Thurkettle está muerto es que tú lo mataste. ¿De dónde sacaste el broche de Tessa? Por fuerza se lo tienes que haber robado a él después de liquidarlo.

—Yo no le robé nada. No lo toqué.

—Bueno, vamos a jugar a tu manera, Jim. Tú llegas y te encuentras a tu contacto muerto. Seguro que lo tocarías. Tendrías que estar loco para no registrarle los bolsillos. Londres querría pruebas de que alguien había dado en el blanco correcto. Necesitarías saber si llevaba una pistola en el bolsillo. Una pistola podría meterte en muchos problemas en esa jurisdicción. O hacer que te echasen.

—De acuerdo, miré en sus bolsillos.

—¿Y encontraste el broche de zafiros?

—Sí, sí, de acuerdo. Lo encontré en el bolsillo. Eso fue un error tonto. — De pronto Prettyman se puso rígido. A veces darles un susto a los sospechosos hace que se paralicen así—. Tengo el broche aquí —me confié en un susurro—. No le habrás dicho nada a Tabby, ¿verdad?

—¿Decirle algo? ¿Y por dónde iba a empezar? Eres un delincuente muy complicado y además haces un doble juego; no sabría cómo abordar el asunto.

—Yo no sabía que el broche era de tu cuñada. Te juro que no lo sabía.

—Eso habría sido diferente, ¿verdad? Tú eres el hijo de puta que hizo que la mataran. Y luego mataste al asesino a sueldo que la mató.

—Te aseguro que no.

—No, tú no. Tú sólo esperaste a que Thurkettle llegase al lugar de la cita y le diese un infarto.

—Yo no era más que un contacto. Deja que te lo explique. Lo primero que oí fue que Silas Gaunt quería hablar con alguna clase de asesino a sueldo. Aquélla no era una petición tan asombrosa. El Departamento a menudo me utiliza para establecer contacto con personas que resultan difíciles de encontrar o con instituciones esotéricas. Así que arreglé el encuentro. No sabía de qué iba todo aquello.

—¿Que Silas Gaunt habló de hecho con Thurkettle? ¿Cuándo? ¿Dónde?

—¿Cómo iba yo a saber que Silas se estaba volviendo majara? Nadie me dijo que estaba loco. Pronunciaban su nombre en susurros, como si fueran a canonizarlo. Me dijeron que era un viejo héroe infalible. Me explicaron que nada importante se decidía hasta que aquel oráculo que se encontraba en los Costwolds se pronunciaba al respecto.

—¿Cómo sabes que se está volviendo loco?

—¡Exacto! A mí también me pilló por sorpresa. Todos decían que era el director general quien se estaba volviendo majara, ¿no? Ahora queda claro que era Silas Gaunt quien estaba saliéndose de madre; el director general lo único que hacía era campaña para intentar limitar el daño.

—¿Saliéndose de madre?

—Todos los síntomas estaban ahí desde hacía siglos, pero nadie lo afrontaba. Primero oí decir que Silas Gaunt estaba enfermo y en cama. Luego le dio una especie de frenesí porque el ayuntamiento de su localidad le dijo que talase todos los olmos que tenía. Quizá hubiera otros síntomas de deterioro físico. Quién sabe qué estaba incubando en el cerebro. Lo que sabemos seguro es que ahora lo han encerrado.

—Silas está sano y salvo y vive en Whitelands —le informé.

—Pues lo mantienen muy en secreto.

—¿Dices que Silas le dio instrucciones a Thurkettle? ¿Estás seguro?

—¿Seguro? ¿Que si estoy seguro? Lo arreglé personalmente. Llevé a Thurkettle al hotel Hilton, en Park Lane. No se me permitió estar presente en la reunión, desde luego.

—Silas Gaunt nunca le habría revelado su identidad a un asesino a sueldo.

—¿Qué tenía que perder? Estaba organizándolo para que a Thurkettle también lo matasen. Y de todos modos, ya te lo he dicho, Silas estaba loco.

—No te creo. Conozco a Silas Gaunt de toda la vida. Hace poco que lo he visto...

—Me da igual lo que tú creas. Si vas detrás de él como has venido detrás de mí, no lo encontrarás jamás. Porque por fin lo han encerrado en una especie de granja de recreo especial que el Departamento utiliza para personas que tienen en la cabeza secretos de Estado.

—Eso no será difícil de comprobar —le indiqué.

—No, no es nada difícil —convino Jim—. Compruébalo. Y te encontrarás con que te estoy diciendo la verdad. —Alargó el cuello hacia mí y me miró fijamente—: Te lo juro por Dios.

—Mira, Jim. Thurkettle mató a Tessa Kosinski; yo estaba allí, y lo vi. Pero tú mataste a Thurkettle. Tú cogiste la pistola que Werner Volkmann te entregó, una pistola especial de plástico. Esperaste en el lugar de la cita a que llegase Thurkettle en su motocicleta BMW. Nadie le paga a un asesino a sueldo por adelantado, así que tendría que verse contigo en alguna parte para cobrar el trabajo. Tú liquidaste a Thurkettle, cogiste el dinero, abandonaste la moto, tiraste la pistola y te marchaste en coche. Lo que me imagino es que tú te marchaste en alguna clase de vehículo de *camping*.

—Así que ésa es tu teoría, ¿eh? ¿No es algo que viste en televisión ayer por la noche, ya tarde?

Prettyman entornó los ojos. Quizá no estaba mirándome fijamente, sino que sufría dolores.

—Y eso no es todo —continuó—. Tu Cindy estaba allí. A veces sospecho que esa bronca interminable vuestra que tanto os gusta a los dos exhibir delante de todos no es más que una tapadera. Me parece que los dos habéis estado de acuerdo todo el tiempo hasta ahora. Ella te llevó en un coche a la cita con Thurkettle. Necesitabas que alguien te llevase hasta allí, porque después de matar a Thurkettle tenías que llevarte su vehículo. Puede que Cindy te ayudase a cometer el asesinato y luego se marchase para encontrarse con el Sueco y su avión. Recogió el archivador de manos del Sueco y se lo llevó consigo. Ahora tenéis una especie de pelea a ver quién se queda con el archivador. O puede que no tengáis ninguna pelea, puede que eso también sea un timo que tramáis entre los dos.

—A lo mejor ni siquiera existe el archivador —sugirió Jim.

—Ya se me había ocurrido —convine.

—Muy bien, Bernard. Muy lógico, pero demasiado barroco para una película de Hollywood. ¿Ayudar Cindy a cometer un asesinato? ¿Hablas en serio?

—Tú le llevaste el dinero a Thurkettle. Mucho dinero, porque los golpes así, los que realizan los profesionales, cuestan mucho dinero. Tendrías que llevarte de vuelta alguna especie de recibo, por muy disfrazado que estuviera el papeleo. Tendría que haber un papel para que algún contable en algún lugar de Whitehall pudiese hacer sus sumas. Y en algún lugar también tendría que haber algún informe.

—¿Y eso es lo que te crees que vas a encontrar en el archivador? —Emitió una risita forzada—. Eres un gracioso, Bernard, en serio. Lamentarás haber empezado esta tontería.

—No vamos a jugar a la verdad o las consecuencias, Jim. Las amenazas hacen jirones las amistades.

—De manera que te has dado cuenta de eso, ¿eh, Bernard? Te ha costado mucho tiempo, ¿no? Y te ha costado también perder muchos amigos.

—Jim, viejo amigo, ya es demasiado tarde para preocuparse por eso. En este momento me interesa más el archivador que Cindy quiere venderte.

—¿De verdad? Eres muy listo, Bernard. Y casi, casi tienes razón. Pero nada de tapadera. Cindy y yo no nos llevamos bien y eso es auténtico. Tu mayor error consiste en creer que yo maté a Thurkettle. Tienes razón en que

tenía una autocaravana esperándole. Me dijeron que no le dejase marcharse en ella, así que Cindy estaba conmigo para llevarse la autocaravana. Pero cuando me encontré a Thurkettle muerto, en lugar de eso la mandé al avión. También estás equivocado en lo del dinero. Yo no tenía dinero para Thurkettle, sino una orden de arresto. A Thurkettle le habían dicho que lo llevaríamos en avión hasta un lugar que él había elegido en Alemania. Pero mis órdenes decían que yo tenía que volar con él a Inglaterra, hasta una pista de aterrizaje militar en Dorset. Iban a ponerlo a enfriar. Yo no tenía dinero para él, y así era como iba a lograr que subiera al avión en lugar de irse con la autocaravana. Y no me dijeron que le tomase declaración. En realidad, lo que me dijeron fue que no hablase con él de ningún trabajo que él hubiera hecho, ni le dejase que me contara nada acerca de la operación ni de las órdenes que tenía.

—¿Por qué intentas zafarte del asesinato de Thurkettle? —le pregunté—. Tiene tus huellas por todas partes.

—No me crees, naturalmente. La verdad no encaja en tu teoría, ¿no es eso? Bueno, puedes seguir sin creértelo todo el tiempo que quieras. La verdad es que a mí me engañaron. Nos engañaron a todos. A Thurkettle lo engañaron más que a nadie: a él el engaño le costó la vida. Pero Cindy no sabía nada del asunto; ella estaba esperándome en la Autobahn y no le dije que había encontrado muerto a Thurkettle. Sí, registré el cuerpo de Thurkettle para cogerle las llaves del coche. Cogí la autocaravana, pasé por el punto de control y conduje toda la noche hasta un piso franco que conocía en Düsseldorf. Me escondí allí y me quedé esperando instrucciones. Creo que eso es lo correcto, según dice el manual. —Sonrió. Cómo les gustaba a aquellos puñeteros oficinistas jugar al agente en activo—. Dos días después empezaron a sonar los timbres de alarma en Londres. Como yo estaba plantado en Düsseldorf y el Sueco había llegado a Inglaterra con los asientos del avión vacíos, Silas Gaunt comprendió que su artimaña se había desbaratado. Nada había salido como él lo había planeado. Desde el punto de vista del Departamento, aquello era un desastre total.

Asentí y lo repasé todo mentalmente. La historia que contaba Prettyman tenía una veta de verdad entretejida. Las buenas historias de tapadera siempre la tienen. Pero me fijé en que a Cindy no podían citarla para que corroborase la versión de Jim sobre la muerte de Thurkettle.

¿Fue un embrollo o un triunfo de encubrimiento? No importaba el modo como Jim intentase torcer la verdad. Prettyman estaba inventando una historia

para soltarse del anzuelo. Supongo que no quería ir a misa y explicar que cargarse a un colega a sangre fría formaba parte de su pasado mal empleado. Pero mirándolo de otro modo, Jim había hecho más o menos lo que le habían ordenado, y el Departamento había sacado de ello más o menos lo que pretendí a. Silas lo había organizado de modo que nadie supiera la historia completa. Sólo un maníaco o un genio podía haber programado una operación tan compleja, y Silas era una mezcla de ambas cosas. Felicidades, tío Silas. ¿Qué había sido un desastre? Un par de desastres más como aquél y a Jim le darían la medalla que con tanto desespero anhelaba.

Quizá Jim se dio cuenta de la clase de dudas que yo tenía, porque dijo:

—Puede que todo estuviera planeado así.

—¿Estaba el dinero de la liquidación esperando en la autocaravana?

—No. La registré al día siguiente. Era evidente que lo de la autocaravana lo había organizado el propio Thurkettle. Había planeado coger el dinero y huir, pero yo no tenía dinero para él. Dentro de la autocaravana encontré un billetero con una tarjeta Amex, una Visa y otras tarjetas de plástico, un poco de calderilla y todo eso. Todo estaba bajo un nombre escandinavo, no a nombre de Thurkettle, así que supongo que iba a cambiar de identidad. No había pasaporte alguno; debía de haberlo escondido en otra parte. Había hecho todos los preparativos para escapar, pero para hacer los cálculos necesarios había partido de los planes que otra persona había hecho para él.

—Eres un cabrón de sangre fría —le dije—. Le registras los bolsillos, le robas un broche y se lo regalas a una chica con la que te habías encaprichado. Todo eso apesta. Tú apesta.

Me pregunté qué más habría robado del cadáver y que yo nunca sabría. No pude evitar preguntarme si Prettyman habría desobedecido las órdenes y habría matado a Thurkettle para robarle el dinero que le habían pagado por el golpe. No me habría extrañado en él si necesitaba desesperadamente el dinero. Y los honorarios por un trabajo arriesgado y peligroso como aquél debían de tener seis cifras.

—Sí, pero el hedor proviene del Departamento —apuntó Prettyman—. Y ni siquiera les salió bien.

—¿Ah, no?

—Creyeron que podrían hacer pasar el cadáver quemado de Tessa Kosinski por el de tu esposa mientras vosotros dos escapabais. Eso fue una idea estúpida. Yo podría habérselo dicho si me lo hubieran consultado. No puede quemarse bien un cuerpo en el incendio de un coche con unas cuantas latas de gasolina.

—¿Por qué no?

—Hace falta una temperatura de aproximadamente mil grados centígrados para reducir a cenizas los huesos grandes.

—Un cadáver no tiene que convertirse en cenizas para que resulte imposible de identificar —observé.

—No, pero ése no era el problema. Querían un cadáver que sí se pudiese identificar, un cadáver que se pareciera a otra persona específica. Lo que hizo Thurkettle fue inútil. No ardió bien. Tienes que tener en cuenta que en el intestino de un cuerpo humano hay mucha agua. Yo ví el informe de Alemania Oriental sobre el cuerpo de Kosinski.

—¿Cómo tuviste acceso a eso?

—A través del Departamento. ¿A ti no te lo enseñaron?

—No —repuse.

—La carne y la piel estaban ennegrecidas, las piernas estaban quemadas, pero el abdomen y los órganos internos, los pulmones, el hígado y demás, estaban prácticamente intactos, y eso había impedido que la parte superior del cuerpo ardiera bien... ¿Te está afectando esto, Bernard?

—No. Sigue.

—Es tu cuñada, ya lo sé.

—Te he dicho que sigas.

—El hecho de que la parte superior del cuerpo no ardiera bien hizo que el cráneo estuviera demasiado bien conservado como para engañarlos. La tapa del cráneo había desaparecido, pero el seno frontal estaba intacto. Y a Fiona la habían tratado por un problema de sinusitis. Tenían radiografías de su cráneo.

—Y quemaron otro cráneo en sustitución del suyo con el cuerpo. Un cráneo que habían preparado y que tenía todo el trabajo de dentista hecho para que pareciera el de Fiona.

—Eso no podría engañarlos ni por un momento. Las cavidades de los senos son tan identificables como los dientes. Y de todos modos, la mayor parte de ese trabajo de dentista fue una pérdida de tiempo y de esfuerzo. La mandíbula inferior se separó del cráneo y se quemó; la parte superior fue más difícil de emparejar. —Se frotó las manos—. No, todo fue para nada.

—¿Qué te ha pasado, Jim? En los viejos tiempos nunca habrías ni considerado la posibilidad de tomar parte en un asunto tan sucio como ése.

—Eso era en los viejos tiempos —respondió mientras se miraba las manos. Las tenía torcidas, pálidas y llenas de manchas; las manos de un hombre enfermo—. Ahora vivimos en un mundo diferente, Bernard. En los

viejos tiempos todo era un juego divertido y se nos daba bien jugar a eso. Pero el mundo se ha hecho profesional, Bernard. Me dices que apesto, y puede que sea cierto. Es porque el Departamento me llamó para que hiciera el trabajo sucio. Yo lo hago para que personas como tú, sir Henry, Silas Gaunt y todos los demás santurrones contemporizadores podáis conservar las manos limpias y mantener la conciencia en buena forma diciéndome a mí que apesto.

—No se puede racionalizar el asesinato —le dije.

—Yo nunca he matado a nadie —me aseguró Prettyman—. Ahí es donde pongo el límite. Y en lo referente a las drogas también. Nunca me enteré de que Thurkettle le estaba suministrando drogas a Tessa para tenerla dominada. Pero ya he acabado con todo eso. He hecho las paces con Dios. Pronto me reuniré con mi creador y por fin seré libre. —Metió la mano en el bolsillo superior de la bata y sacó el broche de zafiro—. Cógelo; dáselo a Fiona o a George. Yo no lo quiero.

Me pasó el broche. Estaba cuidadosamente envuelto en un pañuelo blanco de seda. Ya debía de tener decidido dármelo, por eso se lo habría metido en el bolsillo antes de que yo llegase. Supongo que Jim había estado allí sentado toda la mañana ensayando aquella historia suya. Me pregunté cuántas cosas habría cambiado ante mis preguntas.

Desenvolví el pañuelo y miré el broche. El zafiro estaba rayado, pero el tono azul claro era luminoso y líquido como un vaso de agua de montaña. El brillo de los diamantes era muy diferente; una luz muy dura, como el rayo de una lámpara de arco de carbono. Era fácil comprender por qué la gente se obsesiona con esas piedras. De pronto el broche me recordó a Tessa, incluso llegué a oír su voz. Lo envolví y me lo guardé en el bolsillo.

—Se lo enviaré a George; supongo que es el pariente más próximo.

—La linda enfermerita canadiense me contó lo que tú le habías dicho.

—Ella creía que te había tocado en una rifa.

—Yo no sabía que fuera tan valioso. Ni de dónde procedía. Sólo quise vaciarle los bolsillos a Thurkettle. No sé ni por qué no lo tiré en aquel momento. Quería regalarle algo a la muchacha canadiense. Era una chiquilla muy agradable.

—Sí, todas lo son, Jim. Pero no se lo digas a Tabby, ¿no es eso? —le dije.

Me dirigió una sonrisa de hombre a hombre. Me daba pena, del mismo modo como me daría pena cualquiera que viviera sus últimos días cerca del aeropuerto de Londres. Pero él era un canalla y me estaba utilizando de yunque sobre el que forjar sus recién calentados recuerdos dándoles una forma que resultara conveniente para él. Yo ya me había hartado. Me levanté

y me despedí. Por el equipo de alta fidelidad de la planta baja una soprano cantaba de un modo exuberante. En aquellas circunstancias no me parece que *La viuda alegre* fuera una elección acertada por parte de Tabby como música de fondo.

—¿Eso era todo? —me preguntó Jim con evidente alivio.

A pesar de mis negativas, él seguía pensando que el Departamento me había enviado para sonsacarle.

—Ya me has dicho todo lo que necesito saber, Jim —le aseguré—. Y además lo has hecho muy bien. Estás en camino de recibir una medalla.

Sonrió con recelo.

¿Qué parte de todo aquello podía creerme? ¿Estaría Thurkettle muerto en realidad? Ni siquiera estaba convencido del todo de que Jimjay estuviera enfermo. Si a la semana siguiente casualmente me tropezara con Jim y Thurkettle jugando juntos un arduo partido de *squash*, Jim simplemente me dirigiría una tímida sonrisa y me daría otra larga explicación.

UNA de las rampas de salida de la Autobahn.

República Democrática Alemana

La mejor manera de comprobar qué había de cierto en la historia de Prettyman era ir a la rampa de salida que me había indicado y ver qué podía encontrar allí. Estaba prohibido salir de la Autobahn, así que no le comuniqué a Frank mis intenciones.

Me llevé conmigo a Werner. No le había contado mi encuentro con Prettyman, pero él sabía que yo había estado siguiendo todas las pistas que había podido encontrar. Cuando llegamos a la rampa de salida de Ziesar, yo ya me había formado una idea bastante clara de lo que Thurkettle necesitaba para una cita que no llamase demasiado la atención.

—Esto le iría bien, Werner —dije mientras bajaba la ventanilla y echaba un vistazo alrededor.

Aquello era Alemania en su expresión más rural. En el aire flotaba el olor de lignito recién extraído. Desde la crisis del petróleo de 1973 la Unión Soviética se había vuelto más posesiva con el petróleo. La República Democrática Alemana producía su propia energía y pagaba el precio en docenas de minas de *Braunkohl* a cielo abierto. Eso producía cicatrices en el paisaje, y aquel combustible sólido de baja calidad contaminaba el aire, tanto antes como después de ser quemado.

Werner no me contestó. Parecía pensar que estábamos cazando gansos, aunque era demasiado educado para decirlo con esas palabras exactas. Pero aquél era el lugar perfecto para llevar a cabo un encuentro secreto de cualquier tipo. La confluencia era amplia, quedaba oculta a la vista y estaba protegida de las inclemencias del tiempo, aunque su situación era muy cercana a la autopista. Aproximé el coche, que era el Mercedes de Werner, muy viejo ya, al borde de la calzada, que estaba cubierto de hierba, y utilicé los prismáticos para explorar los alrededores. A dos o tres sembrados de

distancia ví a dos agricultores que aventaban un montón de estiércol con horquillas.

—Vamos allá, Werner —le indiqué al tiempo que me bajaba del coche.

Me abroché bien el abrigo para protegerme de la constante y húmeda nevada que no había dejado de caer ni un solo instante desde que salimos de Berlín. Era mejor acercarse a aquellos hombres a pie. Hasta que hubiera olfateado bien la situación de aquel remanso de paz adormilado, prefería que ellos no vieran la matrícula de Berlín Occidental que llevaba el coche.

La temperatura parecía ser de bajo cero, pero eso era difícil de reconciliar con el aguanieve. Caía sin tregua y se agitaba en pequeñas tempestades que me azotaban dolorosamente la cara, como si me estuviese afeitando con una navaja oxidada. El viento era del norte, que es el peor viento, porque al norte de aquel lugar el mundo es llano, tan llano como el extenso fondo del mar, que es lo que había sido antes. Desde allí hasta el mar Báltico se extendía la llanura alemana del norte. Aquello era el campo de batalla de Europa, un ruedo donde ejércitos invasores habían maniobrado y habían luchado desde que los germanos se impusieron a los eslavos y empezó su historia conocida. No era de extrañar que el muro que dividía el imperio soviético de las fuerzas de la OTAN estuviera tan cerca de aquel lugar.

Al acercarnos, los dos hombres dejaron de trabajar. Se apoyaron en los largos mangos de las horquillas y se quedaron mirándonos mientras avanzábamos, contemplándonos con ese recelo que los moradores del campo reservan para los visitantes de aspecto urbano. El abrigo largo y negro de Werner no era la clase de prenda que se encuentra con frecuencia en el campo alemán a menos que se sea el propietario de un circo ambulante de esos que suelen ser empresas familiares (unos cuantos leones sarnosos, una cebra y un número de trapezistas) y que todavía se encuentran de gira por Europa del Este de pueblo en pueblo.

—Buenos días —les saludé.

Los dos hombres hicieron una casi imperceptible inclinación de cabeza. Metí la mano en el bolsillo y saqué media botella de aguardiente. Le quité el tapón de rosca y les ofrecí un trago. Sólo después de que ellos hubieron bebido di yo un trago. Me calentó la garganta. Le pasé la botella a Werner, quien fingió beber un poco. A Werner no le gustaba beber, y aborrecía en particular el aguardiente de manzana.

Me tomé mi tiempo con unos preliminares sobre el tiempo y el cambio de estaciones, y luego les pregunté si se acordaban del mes de junio pasado. ¿Habían visto un coche o alguna clase de furgoneta o autocaravana

estacionada en el sembrado de al lado? O en algún otro lugar cerca de la Autobahn. Algún día del verano pasado. No les dije la fecha exacta, pues era mejor reservar un hecho conocido para cotejar la información.

—Sí —dijo el mayor de los dos hombres—, de color verde oscuro. Era una especie de furgoneta.

El más joven añadió:

—Estuvo allí dos días y dos noches. No había nadie dentro. Fuimos a verla de cerca. Tenía cocina y una cama mullida. No se acercó nadie. Luego, un par de días después, desapareció. Se fue durante la noche.

El hombre joven tenía la voz más amable y daba la impresión de ser más complaciente que su padre. Los dos se parecían, excepto en la estatura. El hombre mayor era más bajo, tenía profundos surcos en el rostro sin afeitar y reflejaba resignación en el semblante.

El hombre más joven estaba recién afeitado y llevaba el pelo cortado en ese estilo que los alemanes suelen imaginarse que es americano. La ropa, aunque la de ambos era igualmente vieja, se veía más limpia en el hijo que en el padre. Debajo del impermeable el muchacho llevaba unos pantalones de tela vaquera de estilo occidental.

—Pensamos que quizá se había averiado en la Autobahn y estaba esperando a la grúa —me explicó—. Pero parecía estar en perfecto estado.

El muchacho no tenía miedo, resultaba casi desafiante en su voluntad de ayudarnos. Aquellos dos alemanes personificaban la historia de su país. El viejo cauto era un producto típico del racionamiento de la guerra, de la escasez de la posguerra y de los rigores del Estado policial. El muchacho confiado era alto y estaba en buena forma, un beneficiario del Estado del bienestar, pero inquieto y descontento.

—Se parece a lo que ando buscando —les dije.

—¿Son de la policía? —me preguntó el joven.

Había estado observando mi trenca inglesa y el sombrero impermeable con todo el interés que produce vivir en una sociedad donde las cosas importadas son prácticamente inalcanzables. El muchacho tenía unos dieciocho años y era lo bastante fuerte para hacer el trabajo en una granja en la que había pocos instrumentos mecánicos.

—No, trabajo para una compañía de seguros de Stuttgart —le mentí—. Soy perito. Mi trabajo consiste en asegurarme de que a mi compañía no la estafen con reclamaciones falsas. —Aquella explicación pareció convencerlos de que yo no era peligroso. Los visitantes más peligrosos eran sin duda los comunistas ávidos procedentes de Occidente: sindicalistas, activistas y

algunos entrometidos. Aquéllos eran los que probablemente informarían de cualquier falta de entusiasmo que vieran en ciudadanos lo bastante afortunados como para vivir en el paraíso de los trabajadores—. Soy capitalista.

Aquella solía ser la mejor manera de tranquilizar a los habitantes del paraíso.

—Allí es donde estaba —me indicó el muchacho señalando con el dedo—. Un Volkswagen. No era nuevo. Tenía matrícula de Berlín Occidental.

Así que Thurkettle había aparcado la autocaravana debajo de los árboles. Había abandonado la salida de la autopista y había ido hasta el lugar donde los abedules plateados brotaban de entre la rebelde aulaga. Era una tierra de arena, abedules y hayas; el paisaje en que yo me había criado y que me hacía sentir en casa.

El muchacho intuía que había dinero en aquello; lo noté por la manera como me miraba. Estaba intentando sacar el tema del pago. En Occidente lo hubiera pedido sin rodeos. La reticencia de allí era no sólo el legado del Estado socialista, sino que se remontaba a la vieja Alemania donde cualquier mención del dinero llevaba encima un estigma. Hoy día el personal de los hoteles y otras personas que entran en contacto regularmente con occidentales ya han olvidado aquellas delicadezas. Pero allí en el campo se conservaban esos modales.

—¿Vieron ustedes algo más en aquel lugar? —les pregunté—. Cualquier cosa. —Los dos hombres se miraron y luego dijeron que no más bien con demasiado énfasis. Lo dejé correr—. El sujeto reclama un reloj de pulsera, un reloj muy caro.

Asintieron, pero no parecían convencidos. Supongo que les extrañaba que la compañía de seguros hubiera tardado tanto en investigar la reclamación. Por fortuna, en el Este hay una visión predominante de que el capitalismo occidental se mueve siempre de un modo extraño e inexplicable.

—Nosotros no nos acercamos allí, a la carretera —dijo el más joven. Sonrió mostrando los dientes desiguales y apretujados. De no haber sido por eso habría sido un joven guapo. Europa del Este todavía no había descubierto la ortodoncia. Como no tenían elecciones como es debido en las que competir, sus líderes no necesitaban dientes y cabello. Luego añadió—: Las tierras son propiedad del Estado.

En otro tiempo habría dicho «propiedad del pueblo», pero ahora sólo los miembros del partido se aferraban a aquellas nociones tan idealistas. Todo fingimiento había desaparecido: tierra y pueblo eran propiedad del Estado, ¡y

ay de aquel que lo olvidase! Pronto el Estado reclamaría del modo más inmediato al muchacho. Era evidente que esperaba que lo llamasen para cumplir el par de años de servicio militar obligatorio.

Asentí. Las tres largas Autobahnen que unían Alemania Occidental con Berlín estaban sujetas a unas leyes complejas y a algunos acuerdos internacionales. A los occidentales se les permitía utilizarlas, aunque sujetos a inspecciones en cada extremo del viaje. Pero incluso deambular a unos pocos metros de la carretera era un delito grave. La clase de delito que yo estaba cometiendo ahora.

—No, nosotros no nos acercamos nunca —insistió el más viejo para ratificar la afirmación del hijo.

Resultaba evidente que los dos hombres eran arrendatarios agrícolas, lo cual era lo más cercano al capitalismo a lo que podía llegar la República Democrática Alemana. El Estado seguía siendo el único propietario de la minúscula parcela que cultivaban, aunque a ellos se les permitía trabajarla y vender lo que producía como ganancia. Pero sólo había que mirarlos para darse cuenta de que, después de pagar los impuestos y el alquiler, las ganancias eran muy pequeñas. El gobierno quería aliviar la escasez de alimentos, pero no quería que nadie empezase a pensar que el capitalismo era algo deseable.

—Oh, por cierto —les comenté yo como si estuviese buscando algo más que añadir—. Se me había olvidado decirles que hay una recompensa.

Les pasé la botella de aguardiente para una segunda ronda, y nos quedamos allí contemplando la llanura interminable, los escasos camiones y coches que pasaban de vez en cuando por la Autobahn y el humo que se elevaba de la chimenea de lo que debía de ser la pequeña granja de ladrillo que habitaban. No había ningún lugar donde refugiarse del frío. El aguanieve me agujoneaba la cara y hacía que las manos se me pusiesen rojas. Me eché el aliento en los dedos en un intento de activar la circulación; los dos hombres, sin embargo, apenas parecían notar el viento ni el hielo mojado que les chorreaba por la cara.

—¿Recompensa? —repitió el hijo.

—Doscientos marcos occidentales —le indiqué.

—¿A cambio de qué? —preguntó el padre, cuya cautela quedó de manifiesto por el modo en que le puso la mano en el brazo a su hijo para detenerlo.

—Por cualquier cosa material que podamos encontrar... por cualquier prueba sólida que convenza a mi compañía de que el ladrón estuvo aquí.

Los dos hombres se miraron. Saqué la cartera y la abrí como quien no quiere la cosa para dejar al descubierto un montón de billetes de Alemania Occidental.

—Bueno, también había una motocicleta —me informó el hijo—. Los restos de una motocicleta... está muy quemada, no queda gran cosa de ella.

—Encuéntrame un pedazo y cien marcos serán tuyos —le aseguré al muchacho.

Me llevaron a una zanja situada cerca del lugar donde habían dicho que había estado estacionada la autocaravana. Un grupo organizado de búsqueda hubiera tardado horas, quizá días, en encontrarla.

—La vimos arder —me explicó el muchacho.

—La encontramos cuando ya estaba quemada —dijo el padre en franca contradicción con el hijo—. Estaba exactamente así cuando la encontramos.

Comprendí por qué el padre había cambiado la versión. Habían saqueado la moto. La habían despojado de cualquier parte valiosa que pudiera transportarse y esconderse. Quizá el incendio había sido el modo de disfrazar la magnitud del hurto.

—¿Tienen tiempo para ayudarme? —les pregunté—. Pago a veinte marcos occidentales la hora. —Ninguno de los dos me contestó. Ya sabíamos todos que aquélla había sido una pregunta retórica—. Quiero buscar en la zanja.

Los dos hombres utilizaron los ganchos de desenterrar patatas y empezaron a golpear las profundidades ocultas de la zanja en un intento de encontrar cualquier cosa que se hubiera desprendido de la moto.

—¿Te das cuenta ahora de lo que pasó, Werner? Thurkettle vino en la motocicleta, la arrojó aquí y después se fue en una autocaravana.

Me asomé a lo que era un canal de drenaje para ver mejor la moto. Con el tiempo se había asentado más profundamente en la tierra y bajé a la zanja para examinarla más de cerca. Aunque los restos estaban dañados hasta el punto de ser prácticamente inservibles, la estructura todavía no se había puesto vieja. Aparté unas zarzas para ver el motor; habían arrancado todos los accesorios eléctricos. La moto era ancha y achaparrada, una muy potente de marca BMW. No era de ésas tan caras y lujosas de Occidente en las que a los ciudadanos de la República Democrática Alemana les gustaría gastar su dinero; y que jamás abandonarían junto a la carretera.

—Es una belleza —comenté.

Los dos hombres me miraron sin cambiar la agria expresión del rostro. Werner sonrió. A pesar de que yo trataba de permanecer frío y guardar la compostura, supongo que se me notaba lo complacido que estaba. A Werner le gustaba decirme que yo me comportaba con frecuencia como un colegial. Sin duda alguna, en algún momento en el futuro me citaría los hechos que estaban teniendo lugar aquel día como prueba de ello.

—¡Una belleza! —repetí.

—Te estás poniendo perdido de barro —me indicó Werner.

Nueva tenía que haber sido una máquina impresionante, con cromados brillantes y pintura reluciente. El motor debía de haber sido tan potente como el de muchos coches pequeños. Ahora la estructura estaba retorcida y llena de burbujas causadas por las quemaduras. El depósito había contenido suficiente combustible para hacer una hoguera feroz. Ambas ruedas habían desaparecido, y el fuego había acabado con todas las partes del motor que no estaban cubiertas de barro seco. Sólo las piezas pequeñísimas de plástico pesado permanecían para mostrar los lugares donde habían ido las tuercas que sujetaban el sillín y las cajas de equipaje a la estructura.

Saqué mi cámara Olympus e hice algunas fotografías del siniestro. La cámara era muy pequeña, y con los años de uso yo había descubierto que podía hacer las fotos y volver a esconder la cámara antes de que nadie advirtiese lo que estaba haciendo. Y así ocurrió entonces.

—Registren toda la zanja hasta la rampa —les pedí.

—Vámonos de aquí mientras aún podemos —me sugirió Werner hablando inglés en voz baja.

Eso me hizo enfadar. Aunque lo dijo en inglés, el tono de su voz bastó para crear cierta ansiedad en aquellos dos hombres. Por suerte, la idea del dinero les hizo continuar.

Cada uno de los dos hombres llevaba un *kartoffelhacke* de tres pinchos que habían estado usando para darle vueltas al estiércol. Arrastraban los pinchos por el canal de drenaje, retorciéndolos para desenredar las raíces y las zarzas y desalojar los terrones y la tierra arenosa. Conocían bien el trabajo de limpiar zanjas y asumían automáticamente posiciones como pareja: el viejo delante y el muchacho detrás para cavar a más profundidad. A fin de justificar la razón de aquel registro meticuloso, les expliqué de nuevo que estábamos buscando el reloj de pulsera. Werner refunfuñó en voz baja. Estuvo a punto de decir algo, pero cambió de idea, y en vez de eso sonrió.

Cualquier otro comentario sarcástico de Werner quedó silenciado cuando la horquilla del viejo topó con el maletín de cuero. A aquellas alturas los dos

hombres habían cogido la fiebre de hallar tesoros escondidos.

—Cincuenta marcos —dije cuando el viejo la sacó para que yo la inspeccionase.

Le di el dinero.

Era un maletín Samsonite para documentos de estructura metálica. La estructura estaba sólo ligeramente corroída, y el exterior de imitación de cuero estaba poco afectado por los meses que había pasado en la zanja. Aparte de una rascada larga y una abolladura grande en la parte inferior, si se hubiese limpiado, no se habría visto más estropeado que la mayoría de los maletines que se ven cada mañana en los trenes de cercanías cuando la gente se desplaza para ir al trabajo. No estaba cerrado, pero había el suficiente óxido en las bisagras para hacer que costase trabajo abrirlo. El interior estaba un poco viscoso debido a la capa de moho; toda clase de gusanos, lombrices y otros animales por el estilo habían hecho allí su hogar. Pasé la mano por la tela del forro, que estaba en proceso de podredumbre. Werner me miraba. Allí no se vio nada hasta que comencé a arañar el forro con las uñas. Arranqué la etiqueta de su sitio y la rompí tirando de ella. La «etiqueta» era un pedacito de un billete de cincuenta dólares americanos. Se lo puse a Werner debajo de la nariz.

—¿Qué te dice esto, Werner?

—Que lo has conseguido, Bernie —me dijo con tanto entusiasmo como fue capaz de reunir—. ¿Cómo lo has sabido? —Y entonces se le encendió una lucecita—. ¿Es que has hablado con Prettyman?

—Sí —confesé.

—¿Cómo estaba?

—Demasiado tarde para dulces, aunque demasiado pronto para flores.

—¿Ocurre algo malo? —quiso saber el mayor de los dos hombres, que había estado esforzándose por seguir nuestra conversación en inglés.

—Este caballero es mi socio de Dresden —le expliqué—. Tuvimos un desacuerdo e hicimos una pequeña apuesta acerca de la solución de este misterioso asunto. Ahora está enfadado al ver que mi teoría era cierta. Es mal perdedor.

—Miren —nos dijo el joven.

Había continuado hurgando en la zanja mientras yo examinaba la cartera de documentos. Estaba a unos diez metros de distancia de mí. Levantó la horquilla. En la punta de los dientes había un gran trozo de tejido en descomposición, un tejido a rayas semejante a tela de camisa.

—Aquí hay algo. *Gott!*

Los agricultores están acostumbrados a la vida y a la muerte, pero ninguno de nosotros estaba preparado para los restos humanos que encontramos en la punta de la horquilla. Si echamos un costado de buey en una zanja en un día cálido de junio, al cabo de una semana hiede; las moscas descienden sobre él, y lo mismo hacen ratas y todos los demás animales carroñeros del campo; al final llegan los gusanos.

—Es Thurkettle —dije.

Llevaba allí mucho tiempo.

—¿Cómo sabes quién es? —me preguntó Werner.

—Cuando lo saquemos, lo verás.

—No —repuso Werner—. Es demasiado arriesgado.

No hice caso de la advertencia de Werner. El cuerpo pesaba mucho. Un cadáver antiguo y marchito como aquél normalmente hubiera sido ligero como una pluma, pero Thurkettle pesaba mucho. El abrigo se había solidificado con la tierra, de modo que un peso extra de barro se le había pegado. Si el cadáver no hubiera llevado puesto un guardapolvo de nailon antibalas, nunca lo habríamos levantado intacto. Pero el grueso nailon había desafiado los ataques de los roedores y la degradación de la naturaleza. El plástico tejido estaba tan robusto e intacto como el día en que se fabricó el guardapolvo. Combinando el esfuerzo de los cuatro, cogimos el plástico de los brazos y de las piernas, levantamos los restos mortales de Thurkettle y lo sacamos de la zanja como si fuera un saco de carbón. Resoplando por el esfuerzo, lo dejamos sobre el terraplén. Los dos campesinos se miraron y luego me miraron a mí. El mayor de los dos hizo la señal de la cruz. Me arrodillé. Algunas partes del cadáver estaban roídas hasta el hueso. Faltaba la mitad de un brazo. Y poco quedaba de la cara, de manera que los dientes estaban al descubierto.

Procuré cerrar la conciencia al asco que los restos humanos siempre causan y empujé mi navaja dentro del cuerpo para localizar la columna vertebral. Yo había visto antes muchos restos, pero siempre en la mesa adecuadamente drenada del depósito de cadáveres, con un café caliente y un cigarrillo no muy lejos y los forenses para hacer el trabajo difícil. Ahora tenía que hacerlo yo todo por mi cuenta. Las partes jugosas de los órganos internos habían desaparecido hacía mucho. Las ratas habían ido primero a por las exquisiteces: el hígado, los riñones, el estómago y también los ojos.

La posición del cuerpo era la de un hombre que se encoge al recibir un golpe; esa postura defensiva que algunos cuerpos asumen al morir. Ahora pude ver lo que había traído consigo el tiempo. Parte del tejido muscular

seguía intacto, seco y duro como granito. Las contracciones musculares habían distorsionado el esqueleto. Hundí más la navaja. Qué manera de morir. Ningún hombre merece quedar reducido a un horrible revoltijo de huesos viejos y cuero como aquél.

—Ya has encontrado lo que buscabas —me indicó Werner sin placer—. Vámonos.

—Tengo que saber la causa de la muerte —le expliqué.

—Seguro que no se murió de viejo —dijo Werner.

—No —convine—. Y si le dispararon, quizá encuentre la prueba de ello en el esqueleto.

Miré a los campesinos. El descubrimiento del cadáver los había atemorizado. Lo que había empezado como una manera divertida de ponerle las manos encima a un poco de dinero occidental se había convertido en una pesadilla que probablemente terminaría delante de la Stasi, sometidos a un interrogatorio. Me di cuenta de lo que les pasaba por la cabeza.

—Concédanme sólo un minuto más —les pedí al tiempo que cerraba la navaja y la guardaba.

Cerré los ojos y metí las manos entre los restos. Estaba todo duro y lleno de huesos. Con los dedos encontré y palpé la columna vertebral, la pelvis y los omóplatos.

—Sí, Werner. Sí, Werner, sí. —Podía palpar lo que andaba buscando, los bordes toscos que había en los huesos. Aquello no era obra de las ratas, no era que lo hubieran roído—. Ha recibido una descarga de balas —le expliqué.

Cuando volví a examinar el guardapolvo más de cerca encontré los agujeros de balas en sus posiciones correspondientes. Había por lo menos seis, estaban muy juntos y las quemaduras de alrededor podían verse todavía.

—Bueno, me conformo con eso —dije, y me puse en pie.

—¿Disparos? —preguntó Werner.

—Seis balas, quizá más. Dos de ellas probablemente lo bastante altas para alcanzar el corazón.

Le di la vuelta al cadáver con el pie. Nada habría podido convencerme de que volviera a tocar el cadáver con otra cosa que no fuese la punta del zapato. Estaba a punto de darle un último empujón que volvería a hacerlo caer en la zanja, cuando en el fondo de la misma distinguí lo que parecía ser un retazo de tela de un color verde vivo.

—¿Qué es eso? —pregunté en voz alta.

Pero mientras lo estaba diciendo supe lo que era. El cadáver había estado descansando sobre una fortuna de dólares en billetes. Docenas y docenas de

billetes de cincuenta dólares. Protegido por el peso y por el guardapolvo de nailon, el dinero se había conservado fresco y nuevo. Eché una rápida ojeada a los demás. Ninguno de ellos quería meter la mano a tientas entre los gusanos para coger el dinero. Ya estábamos hartos de aquello. Sin más titubeos le di un suave puntapié al cadáver. Cayó de espaldas pesadamente en la zanja produciendo un chapoteo, una protesta que pareció salir de la boca del muerto.

—Desapareció. Se acabó todo —les dije a los dos hombres. Les entregué el resto del dinero de Alemania Occidental que tenía, unos trescientos marcos—. Ahora márchense a casa —les indiqué—. Y no vayan por ahí gastándose el dinero y llamando la atención. ¿Comprenden? Olvídenlo todo. No se lo cuente usted a su esposa. No se lo cuente a los vecinos. No se lo cuenten a nadie. Nosotros nos marcharemos ahora. Y no volveremos nunca. —Durante unos instantes permanecieron allí completamente paralizados. Creí que iban a causarnos algún problema. Me inventé una historia para ellos—. Fue su esposa quien lo hizo —les expliqué—. No es mala persona, pero él le pegaba. Ahora ella intenta cobrar el seguro de vida que tenía este hombre. Váyanse a casa y olvídenlo todo. En el Oeste estas cosas pasan a veces.

Me dio la impresión de que habían transcurrido varias horas antes de que los dos hombres se mirasen y sin hablar dieran media vuelta y echasen a andar en dirección a su casa y a sus campos. Me imaginé que iban a alejarse andando hasta que no pudiéramos oírlos y que luego se pondrían a hablar del asunto. Mientras yo seguía tratando de decidir qué hacer, Werner fue tras ellos. Lo estuve observando mientras se paraba y les hablaba. No pude oír lo que les decía, pero ellos dos asintieron con la cabeza. Cuando Werner regresó me dijo:

—Todo está arreglado.

Para entonces yo estaba tan entusiasmado que no me importaba nada aparte de demostrar mi teoría.

—Mira, Werner —le indiqué, pues había divisado ya el descubrimiento más concluyente de todos—. No quería que esos campesinos vieran esto.

Volví a bajar a la zanja y utilicé una rama para enganchar el hallazgo que había hecho. Quería mostrarle a Werner lo que era, pero no la levanté muy en alto por si los campesinos giraban la cabeza para mirarnos.

—¿Qué es? —preguntó Werner—. ¿Es una pistola?

—Es el último eslabón que nos lleva a Prettyman —le expliqué—. Ésta es la pistola que mató a Thurkettle.

—Pues hay que ver qué pistola más rara —observó Werner—. Parece de juguete.

—Sí, así es. Vivimos en una época en que las pistolas de juguete parecen de verdad, y las pistolas de verdad parecen de juguete. Pero una pistola de plástico como ésta resulta mortal. Es desechable y no tiene partes metálicas, de manera que puede pasar por los controles de los aeropuertos. En todos los puntos para asirla está arreglada para que nunca pueda encontrarse en ella ninguna huella. Las cajas triangulares de cartuchos encajan muy bien, y se suministran en tiras cortas. Fuego rápido: aprietas el gatillo y dispara como una metralleta. Debí imaginarme lo que sería cuando ví las rascadas en el fondo del maletín. —Dejé la pistola de plástico blanco al lado del mismo—. Cuando se dispara, la bala de metal rompe el envase triangular de polietileno. Un disparo debió de hacer el corte que hay en el fondo del maletín. Toda la historia está aquí, delante de nosotros, Werner.

—¿Vas a llevarte la pistola? —preguntó Werner.

—Bueno, es una prueba —le dije—. Ya ves lo que pasó. Prettyman vino aquí para encontrarse con Thurkettle y pagarle. Es posible que se pelearan, bien fuese por el dinero o por lo de ir en avión en lugar de dejar que Thurkettle se marchara por su cuenta en la autocaravana. Prettyman sostiene el maletín así... como una bandeja. Lo levanta en alto con una mano para disimular la pistola que tiene debajo. Recuerdo que tú lo hiciste cuando tuvimos aquel problemilla en Dresden, allá por... bueno, no me acuerdo cuándo fue... Prettyman dispara la pistola a quemarropa. No es precisamente un buen tirador, pero con el cañón de la pistola casi tocando las tripas de Thurkettle no hacía ninguna falta que lo fuera. Thurkettle cae al instante y él echa el cuerpo a la zanja. Prettyman debía de tenerlo todo planeado de antemano. Yo creo que engatusó a Thurkettle para que se pusiera cerca de la zanja a fin de no tener que arrastrar el cuerpo hasta aquí.

—Haces que parezca que tiene mucha sangre fría —comentó Werner como si no estuviera convencido.

—A Prettyman lo conozco muy bien, Werner. Tiene sangre fría. Estamos hablando de un cabrón que le registró los bolsillos a Thurkettle y cogió el broche de zafiro de Tessa. Y luego se lo regaló a su amiguita en Moscú.

—Si es que era el mismo broche.

—Yo no cometo errores de ese tipo, Werner. Reconocí el broche de Tessa en cuanto le puse los ojos encima. Y Prettyman confesó que lo había cogido. Se lo guarda en el bolsillo, tira la pistola y el maletín a la zanja, salta a la

autocaravana, vuelve a la Autobahn y se dirige al Oeste. ¿Que si tiene sangre fría? Ya lo creo que tiene sangre fría.

—Muy inteligente, Werner. Pero... ¿no se te está olvidando una cosita?

—¿Qué?

—Dices que se va de aquí en la autocaravana. ¿Y el coche en el que vino? Los campesinos no vieron ningún otro coche estacionado por aquí. Y si no había ningún coche, ¿cómo se las arregló Prettyman para llegar hasta aquí?

—Con la señora Cindy Prettyman. Ésa es la respuesta a tu pregunta, Werner. Para mí cada pieza ha encajado en su lugar. Hablé con el Sueco antes de que lo matasen. Me dijo que una mujer fue a verlo aquella noche. Ella recogió el archivador del que tanto ha estado hablando de manos del Sueco. Era para Prettyman. Su paga, sin duda. El Sueco le pidió que se identificase y ella le mostró un pasaporte británico a nombre de la señora Prettyman. Yo diría que eso es bastante concluyente, ¿tú no? Cindy trajo a Jim aquí y luego fue hasta el lugar donde estaba el avión mientras Prettyman se marchaba en la auto-caravana Volkswagen.

—¡Vaya! —exclamó Werner.

—Sí, tu amiga, la señora Prettyman. Tú te piensas que ella es todo dulzura, luz y luminosidad, pero esa mujer siempre ha sabido cuidarse.

—No puedes probar nada de eso.

—La autocaravana ya no está aquí, Werner —le comenté con sarcasmo.

—Pero el Sueco ya está muerto. A él ya no podrás sacarle nada.

—No necesito hacerlo —le dije—. Sé exactamente lo que necesito saber. Sé que el tío Silas le dio instrucciones a Prettyman y que éste envió a Thurkettle a esa misión.

—Si llevas esa pistola de plástico a Londres, te apuesto todo lo que estés dispuesto a apostar a que Londres te acusará a ti del asesinato.

—¿A mí?

—Bernie, hace tiempo que sospechan que tú estás muy implicado en todo esto. Te lo dije una vez y vuelvo a repetírtelo ahora: creen que tus locas acusaciones están hechas para encubrir tu culpabilidad. Tú lleva esa pistola, explícales dónde la hemos encontrado y dirán que fuiste tú quien organizó el asesinato de Thurkettle. Dirán que dejaste aquí la pistola y planeaste esta excursión para que yo presenciara el «descubrimiento» y así te respaldase.

—¿Me están tendiendo una trampa?

—No, Bernie. No digo que los de la Central de Londres quieran tenderte una trampa. Pero ante ellos todo esto te hará parecer culpable. Yo creo en tu teoría sobre Prettyman. Hubo un momento en que pensé que te estabas

volviendo loco, pero ahora te creo. Y estoy seguro de que no conseguirás que tus argumentos sean más convincentes si llevas este maletín y esta pistola de plástico y se los enseñas. Necesitas personas que presten testimonio. Y si eso no puede ser, necesitas declaraciones firmadas de testigos. Una pistola sin huellas y el relato de dónde la encontraste, no creo que signifiquen mucho. Déjalo correr, Bernie. Ya sabemos lo que pasó. Ahora déjalo correr.

Quizá Werner tenía razón. Era un hombre sobrio y tenía la cabeza clara de un modo en que yo no la tendría nunca. A menudo era capaz de ver las cosas con más claridad que yo. Volví a dejar caer la pistola y el maletín en la zanja y los pateé para que se hundieran y quedasen bien ocultos. También ví que había otro artefacto de metal allí. Werner no lo había visto. No lo empujé ni lo saqué de donde estaba medio escondido en la tierra. Era la pistola Webley de mi padre.

—Vámonos de aquí —le pedí—. Ya he tenido bastante de esto por hoy.

—Lo has hecho, Bernie —me dijo Werner para darme ánimos.

Llegamos al coche y Werner se puso al volante. Me senté al lado y él puso en marcha el motor.

—¿Crees que esos dos campesinos informarán de lo sucedido? —le pregunté.

—No —repuso Werner—. No pasará nada.

Cuando llegamos a lo alto de la rampa y nos metimos entre el tráfico de la carretera para regresar a Berlín, empezó a caer súbitamente un diluvio de aguanieve que oscureció el parabrisas. Werner accionó el mando que aumentaba la velocidad del limpiaparabrisas.

—¿Qué les has dicho? —le pregunté.

—Les he dicho que eras un forastero liante, pero que podían coger tu dinero occidental y quedárselo. Les he dicho que soy de la policía secreta y que tengo la misión de vigilarte. Les he dicho que si hablaban con alguien de lo que habían visto, yo me encargaría de que fueran a parar a un campo de prisioneros.

—¿Extranjero? ¿Y se lo han creído?

Lo miré. Tenía una expresión solemne mientras miraba fijamente a la carretera y a la ventisca que oscurecía el parabrisas y abofeteaba el coche.

—Tú crees que tu alemán es perfecto —me comentó Werner—. Pero tienes un acento inglés que podría cortarse con un cuchillo sin filo. Cualquier alemán se da cuenta.

Hice amago de propinarle un capón. Werner sabía cómo provocarme.

—¿Cómo puedes estar tan seguro de que se han creído que eres de la policía secreta?

—¿No tengo pinta de serlo?

—Supongo que sí.

—Les exigí uno de los billetes de cincuenta y me lo metí en el bolsillo. Eso los convenció. Conocen la técnica de un hombre de la Stasi cuando la ven.

—Brillante, Werner. Eso ha sido un golpe genial. Y no olvides que me debes cincuenta marcos.

No había acabado de decirlo cuando un coche de la policía con las luces destellantes se acercó por la Autobahn a toda velocidad a nuestro coche.

—Deben de haber telefonado —comenté con ansiedad.

—Mira a ver si baja por la rampa —me dijo Werner.

—No lo veo. Está demasiado atrás y hay demasiada nieve.

—Aceleraré.

—Eso no nos servirá de ayuda, Werner. Si esos dos cabrones han decidido dar la alarma, nos estarán esperando para detenernos en el control.

—No pasará nada —me aseguró Werner.

En los viejos tiempos habríamos disfrutado con aquel peligro, pero los viejos tiempos ya habían pasado. Werner había empezado a sudar y yo lanzaba tacos. No decíamos gran cosa, pero los dos estábamos pensando en la clase de espantosas e inculminatorias acusaciones que iban a presentar en el juicio antes de que el fiscal manifestase su veredicto indiscutible. Si los policías del control nos hubieran hecho bajar del coche y nos hubieran acosado a preguntas, no sé hasta qué punto hubiéramos podido guardar la compostura.

Pero el caso es que, sin salir de la garita, nos hicieron señas con la mano para que pasásemos. Uno de ellos apretó la nariz contra el vidrio y levantó los pulgares indicando que daba el visto bueno. Al fin y al cabo, habría algo que decir en favor de la ventisca y el aire helado.

No sé cuál de los dos dio el suspiro de alivio más grande mientras cruzábamos el control y entrábamos en Nikolassee, que quedaba muy cerca de la nueva casa de Werner. Detuvo el coche cerca de la estación.

—Le prometí a Zena que compraría naranjas y leche —me comentó. Zena era una maniática de la salud—. ¿Por qué no vienes conmigo a casa? Tomaremos café y nos relajaremos un poco.

—Prefiero volver a casa y ducharme.

El calor del coche había hecho que me diera cuenta de la costra de suciedad que tenía en las manos y de las apestosas asaduras donde había estado metiéndolas.

Werner me miró a mí y luego a mi abrigo y mis manos, que estaban muy manchados.

—Te llevaré —me dijo.

Antes de que arrancase el motor le hablé.

—No has sido del todo franco conmigo, Werner.

—¿Qué te pasa?

—Esa pistola. Esa pistola de plástico. La tenías tú.

—¿Qué pistola?

—No te hagas el inocente conmigo, Werner. Somos amigos, ¿no es eso? —Sonrió con nerviosismo. Añadí—: Recibiste un paquete que contenía esa pistola.

—No puedo contestarte a eso, Bernie. Se trata de un asunto oficial.

—Esa pistola de plástico que has fingido no haber visto nunca en tu vida, fuiste tú quien la entregó. Actuaste de buzón. Tú cogiste la pistola y se la entregaste a Jay Prettyman.

—¿Y quién lo dice?

—Yo lo digo.

—No —repuso Werner.

—¿Cómo que no? ¿Qué eres, el abogado de Prettyman? ¿Qué te ha entrado? ¿Por qué no me dices la verdad? Esa pistola de plástico es el eslabón que queda para poner a Prettyman allí, en la Autobahn; se encontró con Thurkettle y lo mató.

—Ya sabes cómo funcionan estas cosas —me comentó Werner con una voz calmada y baja que no era natural en él—. Se trata de algo secreto, Bernie. No puedo confirmártelo sin quebrantar todas las promesas que hice.

—Anda y que te jodan, Werner. No eres más que un cabrón mojigato.

—Lo has resuelto todo con una habilidad sobrehumana —dijo Werner sin reflejar nada de la ira que yo le había mostrado—. Puedes estar contento de ello.

—Cogeré un taxi —le indiqué.

Y salté fuera del coche y eché a andar.

—Se te olvidan los prismáticos —me gritó Werner.

Volví y subí al coche. Werner puso el motor en marcha sin decir una palabra. Me llevó al centro de la ciudad, al hotel de Lisl. No volví a hablarle, excepto para darle las gracias cuando bajé del coche.

Sabía que con él no iba a llegar más lejos. Tendría que conformarme con aquella afirmación gruñona. Werner tenía una vena testaruda que era infranqueable. Siempre había sido así, desde que íbamos juntos al colegio.

OFICINAS del sSI, Berlín

Incluso antes de la primera guerra mundial, el chiste que habla de «contar las albóndigas y dividir por diez» ya andaba por ahí de boca en boca. Las disposiciones del Afrika Korps de Rommel habían sido traicionadas varias veces por un «recuento de albóndigas», y sin duda todos los beligerantes, en un momento u otro, habían infiltrado espías en el abastecimiento de alimentos del enemigo con el mismo efecto. De manera que supongo que no tenía que haberme sorprendido demasiado cuando las preguntas de Londres sobre las minas de radio de Schlema se resolvieron por medio de un método de inteligencia más viejo todavía que hacer sonar las trompetas ante las murallas de Jericó.

Larry Bowers, empleado del Departamento con contrato indefinido, me lo había anunciado. Bowers era un tipo enigmático. Se trataba de un joven guapo licenciado en Oxford que siempre aterrizaba con buen pie. Durante mucho tiempo yo lo había tenido por una persona que estaba corriendo una aventura de posgraduado, una persona que quería cumplir con su obligación de servir a la Corona antes de marcharse para empezar de verdad su vida profesional, alguien que acabaría con una docena de puestos de dirección poco exigentes y un Rolls-Royce con matrícula personal. Pero me había equivocado. Larry Bowers se había enamorado perdidamente de Alemania y decidió quedarse allí. Era ésta una atracción fatal, como yo sabía por propia experiencia. Y para las personas como Bowers, que podían circular libremente del Oeste al Este protegidas por su identificación militar, Berlín no tenía rival. Aquélla era la única ciudad del mundo con tres teatros de ópera de renombre, una docena de orquestas sinfónicas, teatros de todas formas y tamaños, incontables *cabaret*, tres universidades e incluso dos zoos.

Larry Bowers me dejó el informe sobre la mesa el martes por la tarde. Cierta agente cuyo nombre no se mencionaba había llegado a Schlema y

había tenido acceso a las cocinas de la cantina de los mineros, incluso había sobrevivido a las comidas. Bowers traía el informe pulcramente mecanografiado. Lo había encuadernado con unas tapas de un color amarillo vivo y había puesto su nombre mecanografiado en la portada con letras lo suficientemente grandes y claras como para que pudieran verse desde el otro extremo de la oficina. Encuadernadas en la parte de atrás del informe había fotocopias de algunos documentos del contable de la mina: cuentas de los alimentos, licencias, documentos de los víveres y albaranes de entrega. El informe era todo lo extenso que podía ser, aparte de que no mencionaba el nombre de Werner Volkmann, quien había suministrado una parte considerable del material y había sido el principal contacto para el informante. A mí me caía bien Larry Bowers, pero podía ser muy exagerado cuando se trataba de poner de manifiesto los méritos.

Leí atentamente el informe. Las remesas de harina, café y patatas para el mes de noviembre eran todo lo que necesitábamos. No había registradas cerveza ni agua mineral, pero las cifras bastaban para convencer a cualquiera de que no había más que treinta o cuarenta hombres y mujeres que comían en la cantina de los mineros cada día, y eso incluía al personal de la cocina. La mina de uranio estaba evidentemente siguiendo un programa de conservación y mantenimiento. Hombres de seguridad para manejar las bombas y los ventiladores, para mantener lubricadas las cintas transportadoras y hacer funcionar de vez en cuando los ascensores. La República Democrática Alemana no era célebre por tener una tecnología minera que ahorrara mano de obra. Aunque lo hubiera sido, una mina así no puede explotarse con turnos de una docena de trabajadores más o menos.

A mediodía Frank entró en mi despacho a toda prisa, como yo estaba seguro de que haría. Agitaba en el aire su copia abreviada del informe.

—¿Les digo a los de Londres que ahí no están haciendo nada? —me preguntó poniéndose el papel a la altura de su cara para poder leerlo sin las gafas.

—Eso es —le contesté mientras le pasaba unas cuartillas adicionales llenas de números.

—Archívalas —me dijo sin cogerlas para mirarlas.

Frank era un viejo y astuto zorro. No iba a decirle a Londres que si, en su opinión, las minas de Schlema no estaban produciendo uranio era porque se basaba en una especie de «cálculo de albóndigas». Y si se aseguraba de que yo archivase las anotaciones siempre podría negar que estaba al corriente de

la fuente de información. Si los cálculos resultaban incorrectos, sería yo quien se enfrentaría a las enojadas preguntas de Londres acerca de dicha fuente.

—¿Vas a ir a la fiesta que da Werner para inaugurar la casa? —me preguntó Frank.

—Sí.

—No tienes que contestarme de ese modo tan circunspecto. Yo también voy a ir. Por lo menos, pensaba ir. Me preguntaba qué clase de reunión será. ¿Grande? ¿Pequeña? ¿Muy formal? ¿Con traje de etiqueta? ¿Sentados? ¿Qué tiene planeado?

Tardé un momento en digerir aquel demoledor giro en redondo de la siempre turbulenta historia social de la oficina de Berlín. Hacía mucho tiempo que Frank Harrington buscaba lo que yo había oído describir como una *vendetta* contra Werner. Un obstáculo adicional a aquella relación provenía del breve pero intenso asunto amoroso que Frank había tenido con Zena. No había sido una de aquellas aventuras de Frank de súbete los pantalones y sal corriendo. Había ido muy en serio. Hasta le había encontrado a ella un nido de amor, una cómoda casa escondida en el barrio frondoso de Lübars, al norte de Berlín, en las afueras.

—No es que el motivo de que dé una fiesta sea para inaugurar la casa —le informé.

—Yo creía...

—Se trata del nuevo club de Rudi Kleindorf. Y ésta es una fiesta de lanzamiento para el club. Los decoradores no han terminado su trabajo en los locales del club. Rudi convenció a Werner para que la hiciera en su casa y aprovecharse para hacer a la vez la fiesta de inauguración.

—Ya me había fijado en que aparecía el nombre de Kleindorf en letra pequeña. ¿Así que es eso?

—Invitaciones en color con los cantos dorados... Puedes apostar a que han enviado muchas. Me imagino que ninguna imprenta querrá hacerlas de doce en doce.

—Tú siempre con tu faceta de detective, Bernard —me dijo Frank, aunque no con gran admiración precisamente.

—Lo intento, Frank.

—Hiciste bien en hacer que Werner volviera con nosotros y que lo pusieran en nómina —me comentó Frank—. Al principio tuve mis dudas, sobre todo porque tuviera un despacho, pero decidí dejar que lo hicieras a tu manera. —Hizo una pausa significativa durante la cual yo pudiera preocuparme por lo que vendría a continuación—. Y ha salido muy bien, ¿no?

—Sí —convine.

Estuve tentado de comentar cómo las manos desnudas, huesudas y callosas de Werner habían sacado del fuego las castañas de Schlema. Y de preguntarme en voz alta por qué su nombre no salía en ningún lugar de aquel informe. Pero no lo hice.

—No quiero ofenderlo —dejó caer Frank con vaguedad.

Me di cuenta de que buscaba una excusa para ir a la fiesta. A Frank le encantaban las fiestas. Le encantaba planearlas, darlas y asistir a ellas. Le encantaba hablar de ellas y oír hablar de ellas. Eso era un elemento que le hacía muy influyente y efectivo en Berlín, porque aquella era la ciudad más importante en cuestión de fiestas de todo el mundo. Nada de Nueva York, París o Londres. Sólo había que ver los complicados trajes de disfraces que había en las tiendas de Berlín cuando las celebraciones de *Fasching* traían consigo la temporada de las fiestas, para saber que aquél era el lugar donde las fiestas se habían refinado hasta la categoría de arte para derrochadores. La temporada de fiestas era siempre la mejor época del año para Frank. Recuerdo a un visitante en el despacho de Frank preguntándole qué hacían en Inglaterra en *Faschingszeit*. Frank le había respondido que comían tortitas, que lo llamaban el día de las tortitas. El visitante alemán se echó a reír francamente, demasiado francamente. Yo lo conocía bien; sus padres habían muerto los dos en el ataque aéreo de la RAF sobre Dresden en 1945. Yo conocía Alemania lo suficientemente bien como para saber que algunos alemanes recordaban el martes de carnaval más que nada como el aniversario de aquella noche.

Había otro motivo para el interés de Frank por la fiesta de los Volkman. Y éste era que le proporcionaría la ocasión de ver a Zena otra vez. Ésta había estado ausente, en Suiza, durante un tiempo bastante largo; quizá Frank todavía seguía enamorado de ella. Tenía cierta práctica en esa alquimia que transmuta amantes en amigos.

—¿Te has enterado de que Rensselaer y su séquito están en la ciudad? O, por lo menos, vienen de camino —se corrigió mientras miraba el reloj—. Han acabado ya en Frankfurt.

—¿Bret? ¿Quieres decir aquí, en Berlín?

—Ojalá no me refiriese a Berlín, ojalá me refiriese a Tombuctú. Esta ciudad está atiborrada de forasteros en este momento. ¿Sabes cuánto tiempo se ha pasado Lydia, mi secretaria, al teléfono, buscando habitaciones de hotel para todos ellos? Se ha visto obligada a suplicar.

—¿Y durante cuánto tiempo se quedará?

Lo dije como una pregunta inocente.

—En vez de volver a Londres directamente, decidió de repente que le convenía más dar un rodeo por aquí y traer consigo a su séquito. Supongo que lo hace con la intención de exhibir la metodología yanqui, pero yo lo llamo pérdida inútil de tiempo y de esfuerzo.

—Come demasiado azúcar —comenté.

Frank asintió sin oír lo que yo había dicho.

—El Steigenberger. Bret especificó que quería el Steigenberger; Dicky exigió el Kempf. —Hizo un gesto con la pipa—. Tendrán que aguantarse con los hoteles que se puedan conseguir. Y quizá acabe siendo una pensión en Rudow.

Frank siempre se guardaba su desprecio más cáustico para Rudow, una zona residencial común y corriente que formaba la punta sureste del Berlín capitalista. Yo me preguntaba cuál sería la causa de aquella antipatía. ¿Estaría asociado Rudow con alguna de las desafortunadas aventuras amorosas de Frank?

—¿Dicky Cruyer también viene? —le pregunté.

Seguro que Dicky no se conformaría con la clase de pensión que se ofrecía típicamente en Rudow. Frank asintió.

—Sí. ¿Cómo se supone que voy a poder agasajar a tantas personas si me avisan con tan poco tiempo? Mi cocinera ha ido a pasar unos días con su hija casada, y Tarrant está aún recuperándose de esa condenada gripe intestinal que corre por ahí. No puedo recibirlos a todos en mi casa.

—Entonces..., ¿te los vas a llevar a la fiesta de Werner?

Frank me miró y le sostuve la mirada con solemnidad. Finalmente dijo:

—Eso me resolvería un problema.

—A ellos les encantará —le aseguré—. Habrá música, baile y champán. Y además una comida maravillosa. Werner no habla de otra cosa.

—Creía que se encontraba ausente —comentó Frank, a quien no se le pasaba por alto lo que ocurría en la oficina.

—Ha estado ausente. Pero sólo un día. Ya ha vuelto.

—La conferencia de la OTAN que tenía Bret estaba programada para que continuase durante el fin de semana, con una cena de etiqueta el sábado —recordó Frank—. Pero la delegación francesa armó un alboroto a causa de la agenda y se marchó ayer por la mañana. Los yanquis dieron un confuso comunicado de prensa para decir que continuarían las reuniones a nivel de ministro, ya sabes lo mentirosos que son, y ahí acabó la reunión.

—La mayor parte de la gente adivinará que fue un plantón de los franceses. Hubo una discusión con ellos la última vez. Fiona estuvo allí.

Frank suspiró. La prolongada operación política de Moscú que consiguió sacar a Francia de la OTAN fue el mejor honor de batalla del KGB. Nunca se mencionaba sin que ello tuviera resonancias de nuestro fracaso.

—Sí. Debe de haber modos mejores de tapar las grietas. —Frank tenía fama de ser un experto en tapar los desastres administrativos—. Todos tendrán trajes de etiqueta y esas cosas —añadió como si estuviera exponiéndome su caso.

—Es una idea realmente brillante, Frank. Llévalos a la fiesta de Werner.

Cuando volví a mi despacho tenía un fax en la bandeja. Era la copia de otro informe policial acerca de los movimientos del tráfico en la Autobahn de Berlín Occidental el día siguiente a la muerte de Tessa. Describía accidentes de tráfico, vehículos abandonados y misteriosos desconocidos que vagaban en las cercanías de las salidas de la Autobahn. Huellas de neumáticos de autocaravanas y restos de comidas campestres. Desde luego yo ya había encontrado todo lo que buscaba cerca de las salidas de la Autobahn, pero no quería poner en circulación un mensaje para cancelar mis peticiones. Ni siquiera quería confiarle a mi secretaria que ya había encontrado lo que buscaba. No había manera de suspender la búsqueda sin que se me hicieran preguntas que no me interesaba responder. Puse los informes y los fax en el cajón y los hojeé para que pareciera que los había estado estudiando.

Luego volví a la habitación que tenía en el hotel de Lisl para cambiarme de ropa y arreglarme para la fiesta de Werner. Era una ocasión para la que había que ponerse elegante. Werner se había mudado a una de aquellas casas señoriales antiguas de Wannsee. Una casa de cualquier forma y tamaño resultaba llamativa y era señal de éxito en una ciudad donde la mayoría de la gente vivía en pisos. Y aquella casa era verdaderamente extraordinaria. Desde la terraza se veía una panorámica de las aguas del Wannsee y se divisaba hasta el bonito islote de Schwanenwerder, donde Goebbels, el ministro nazi de propaganda, había vivido durante la guerra. Yo conocía aquellas casas de Wannsee y había visitado muchas de ellas. Me gustaban. A veces he pensado en lo que yo habría disfrutado de haber tenido una profesión como la de arquitecto. Le había hablado de ello a mi padre cuando estudiaba en el colegio, pero mi padre me había explicado que la vida de los arquitectos era precaria. Para él, trabajar para el gobierno era la encarnación de la seguridad. Me preguntaba qué diría ahora si todavía siguiera vivo.

Pero el interés que yo tenía por los edificios todavía me acompañaba. En más de una ocasión, el hecho de ser capaz de adivinar de dónde emergían

unas escaleras que llevaban al piso superior, o cuál era el camino más corto para llegar a un tejado, o dónde encontrar una salida de incendios para volver a la planta baja, me había salvado de serios problemas. Aquella noche no tuve dificultades en adivinar el trazado de la casa nueva de Werner. Pasé con el coche junto a un cartel que decía que no se entrase y encontré un sitio para aparcar en la parte de atrás. Entré por una puerta de servicio que había en la terraza.

Werner había elegido aquella casa no sólo porque fuera muy espaciosa y tuviese mucha luz, sino también por su historia. Como les sucedía a muchas casas de aquella calle tan cercana al lago, corrían rumores acerca de su historia. Los agentes de la propiedad inmobiliaria de Berlín habían descubierto que haber tenido a un nazi como morador en otro tiempo no detenía a los futuros clientes. No era algo para incluirlo en los folletos, desde luego, pero susurrar al oído una palabra acerca de algún tristemente famoso miembro de la guardia negra del Tercer Reich algunas veces podía ser el empujón final para una venta.

Las habladurías decían que aquella casa en particular había sido ocupada en otro tiempo por Reinhard Heydrich. Además de ser el espíritu del mal que había detrás de Himmler, Heydrich había sido un notable atleta, campeón de esgrima. La extensa sala que daba a la terraza era el punto en el que se basaba la pretensión de que aquél había sido su antiguo hogar. Se decía que la habían construido para satisfacer la necesidad de Heydrich de tener un salón de esgrima. La gran sala se había restaurado para convertirla en algo parecido a lo que debió de ser en sus orígenes, en el siglo XIX, y podía dividirse en dos mediante unas puertas plegables muy bien decoradas. O, como aquella noche, toda la planta baja podía convertirse en un salón en el que podían bailar cien invitados sin chocar con las mesas cargadas de comida exquisita ni tropezarse con los arreglos florales enormes, y sin que los músicos le metieran a uno el codo en el ojo. Lo que quiero decir es que era grande.

Siguiendo la intención de Rudi de hacer que parte de los gastos pudiesen deducirse de los impuestos, oficialmente la fiesta se celebraba para inaugurar el nuevo club de Rudi en Potsdamerstrasse. Había letreros que anunciaban el club, que ahora se llamaba *Gross und Klein*, que quiere decir alto y bajo, o adultos y niños. También hacía referencia al apodo de Rudi Kleindorf: *der grosse Kleine*. Personalmente, yo prefería el lugar cuando era un tugurio sombrío llamado Babilonia, pero a Werner nunca le había gustado aquel nombre. Decía que Babilonia tenía malas connotaciones para un judío. Yo me preguntaba cuáles serían esas connotaciones. O cómo aquellas connotaciones

podían ser más turbadoras que vivir en Wannsee, a un tiro de piedra del lugar donde se celebró la infame conferencia, y vivir en una casa donde al bajar para comer algo a media noche uno podía codearse con un demonio necrófago rubio elegantemente uniformado con sangre en las manos.

Me preguntaba si el cambio de nombre del club era una indicación de que Werner había invertido dinero en la nueva singladura. Yo confiaba en que no. La antigua Babilonia había quebrado porque le debía dinero a la mayor parte de los proveedores. No veía yo por qué al nuevo club iba a irle mejor. Pero ya estaba bien para Rudi, que utilizaba el club como guarida para sus amigotes y base para sus actividades de negocios turbios. En el salón delantero había un esbozo del aspecto que tendría el nuevo club. Rudi se encontraba de pie al lado del mismo y le hablaba de su nuevo local a todo el que quería escucharle.

Pude ver todo aquello cuando entré por la ventana de la terraza, y también lo oí. La banda de cinco miembros, veteranos de las previas excursiones de Rudi por la vida nocturna de Berlín, había aumentado con unos cuantos músicos de pelo blanco. Se estaban dando el gustazo de tocar música *kitsch* de los años treinta, más de acuerdo con su avanzada edad y más en línea con las clases de baile que yo había tomado que su habitual repertorio en el Babilonia. Cuando cerré detrás de mí la puerta del balcón de la terraza estaban entrando en el coro final de *Sweet Lorraine*.

Una vez dentro del salón principal miré a mi alrededor. La decoración que habían instalado para aquella fiesta me dejó sin respiración. Yo sabía que la casa era una maravilla. Werner me había enseñado las fotografías y el informe del arquitecto, y habíamos estado hablando de la oferta y de la contraoferta. Iba preparado para ver la casa, pero no para la decoración. Era evidente que la habían instalado sólo para la fiesta y que al día siguiente la desmantelarían. Aquello era lo que yo llamaba alto nivel de vida en plan llamativo.

El tema de la fiesta, como se hacía constar en las invitaciones impresas, eran «Los dorados años veinte». Su ambigüedad había dejado a los invitados con la incertidumbre de si responder con un disfraz apropiado para el Berlín de los años Weimar o simplemente llevar algo dorado puesto. Muchos habían hecho ambas cosas. Había abundancia de vestidos de lamé dorado y abundantes joyas de oro, porque aquello era Berlín y la ostentación rimbombante era de rigueur. Incluso había una chaqueta de esmoquin de lamé dorado, aunque quien la llevaba era un tenor de ópera, por lo que no fue una sorpresa en absoluto; y también había un reluciente conjunto de pijama dorado que llevaba puesto una flaca señora mayor que hablaba de cocina por televisión. En las paredes había una gran profusión de papel dorado y adornos

dorados de muchas clases. Colgaduras doradas que pendían del techo imitaban la forma de la araña de vidrio que Werner había comprado en una subasta y que había convertido en la pieza central del salón. Los rayos en movimiento procedentes de agrupaciones de focos estaban dirigidos hacia arriba; parcheaban el techo falso con su luz y creaban nubes doradas que flotaban en él.

Mirando todo aquello empecé a comprender lo que la extravagante Zena hacía por Werner. Zena era el catalizador que le permitía a Werner derrochar el dinero de las maneras en que a él le gustaba hacerlo. Tales relaciones simbióticas no eran infrecuentes. Muchos maridos de clase media compraban un gran Volvo o un Mercedes alegando que su estructura a prueba de impactos protegería a sus familias. Instalaban ordenadores de la más alta calidad porque ello ayudaría a sus niños en el colegio, y unos equipos de alta fidelidad como para romper los tímpanos a fin de reproducir *buena* música. Para ayudar a sus hijos con la historia viajaban a Egipto en primera clase y se aseguraban de que las pirámides seguían junto al Nilo. Y del mismo modo, Zena le proporcionaba a Werner una razón fundamental para el estilo de vida excesivo que a él le gustaba.

Hubo un tiempo en el que me hubiera preocupado porque Werner gastase dinero de un modo tan temerario. Porque Werner me confesaba periódicamente que estaba al borde del colapso financiero. Al principio me sentía halagado con esas confidencias, al tiempo que me sentía alarmado por él. Pero con los años había llegado a comprender que la idea que Werner tenía de la pobreza no era la misma que tenía yo. Werner se alarmaba cuando el interés de su capital era absorbido por la inflación, o cuando sufría cualquier enfermedad financiera de las que periódicamente azotan a los ricos. Para la gente como yo, tener suficiente en la cuenta de ahorros para hacer frente a facturas inminentes produce una embriagadora sensación de opulencia. Con Werner no era lo mismo. Desde la primera vez que tuvo un coche, Werner siempre iba a una gasolinera y llenaba el depósito a rebosar. Y además hacía que le comprobasen el aceite; y con frecuencia preguntaba si los neumáticos estaban lo bastante gastados como para que fuese necesario cambiarlos. Werner simplemente no sabía que había personas que compraban gasolina, cerveza o leche de litro en litro. O que se las arreglaban con los mismos neumáticos hasta que se gastaban al máximo.

La pista de baile estaba llena y había mucha gente que llegaba, pero yo conseguí divisar a Werner y a Zena subiéndome a una maceta de madera en la que crecía un helecho de un tamaño monstruoso. Por encima de las cabezas ví

hasta el vestíbulo principal. Werner y Zena estaban en el gran salón de forma ovalada y saludaban formalmente a los invitados uno a uno mientras los hacían pasar por la puerta principal. Aquello era una escena teatral. La segunda lámpara, una araña enorme que se encontraba en el pasillo de la entrada, estaba colgada de manera que la amplia escalera se curvaba alrededor de ella siguiendo la pared hasta la balaustrada del rellano del piso superior.

Werner me saludó con la mano y se inclinó para decirle algo al oído a Zena. Ésta miró hacia arriba con fuego en la mirada. No le parecía bien que los invitados entrasen por su cuenta por la puerta de atrás. Quería que los invitados llegasen de dos en dos, como los animales cuando subieron a bordo del Arca de Noé. Y los quería en la puerta principal, donde podía inspeccionarlos de cerca, asegurarse de que se hubieran lavado las manos y la cara y decirles lo adorable que era tenerlos allí con ella.

Los dos estaban muy bien. Zena tenía el cabello oscuro enroscado hacia arriba y tachonado de joyas. Llevaba puesto un vestido sencillo de seda color crema; era largo y escotado para que el collar de brillantes y la pulsera a juego resplandecieran sobre aquella piel bronceada. Cuanto más morena estaba, más se gustaba. Se había criado en la época en que los viajes al extranjero eran una rareza muy solicitada. Pero un bronceado como el de un salvavidas de las playas de Malibú resultaba incongruente en una persona vestida como un delicado figurín Meissen.

Werner vestía una chaqueta de seda de color crema, pantalones negros, una camisa de etiqueta con chorreras y pajarita negra. Supongo que era consciente de que parecía el director de una banda de música, de esos que salen en las películas antiguas de Hollywood que ponen en la televisión por la tarde. Aquel efecto se vio reforzado más cuando la orquesta empezó a tocar los primeros compases de *Laura*, la empalagosa melodía del viejo Mercer. Werner me miró de nuevo y me dirigió una sonrisa, como si le diera apuro. Agité ante él una batuta imaginaria.

Mientras avanzaba entre los bailarines hacia las mesas donde estaba dispuesta la comida, alguien de repente me agarró por detrás por las dos manos y dijo:

—Tú no te escapas tan fácilmente, cabrón.

Me di la vuelta para ver quién era y me encontré cara a cara con Gloria, muy cerca de mí. El asombro debió de notárseme en la cara, porque ella se echó a reír.

—¿No te habían dicho que vendría? Estoy con Bret. Estuvimos todos en la conferencia de la OTAN. Frank Harrington nos ha traído aquí. —Me agarró por la cintura y añadió—: Baila. Abrázame fuerte y baila.

—Gloria...

—Cierra la boca. No digas nada. Sólo abrázame muy fuerte. Baila... y no choques con nadie.

Salimos a la pista de baile. Si habíamos chocado con otras parejas no se debía únicamente a mi torpeza, sino también a que ella siempre bailaba con los ojos fuertemente cerrados.

Un vocalista cantaba en un inglés inseguro *Ella te dio tu primer beso...*

—¿Se supone que ésta es una fiesta de disfraces? —me preguntó Gloria.

—De los dorados años veinte.

—Ojalá lo hubiera sabido antes y hubiera tenido tiempo de disfrazarme.

—Tú eres los dorados veinte —le dije.

Y era cierto. El cabello, en contraste con el vestido, resultaba de un brillante color dorado, y Gloria parecía ahora más joven que nunca.

Me dirigió una amplia sonrisa con los labios apretados.

—Te he echado de menos, Bernard.

—Ya no sirve de nada fingir. Tengo que hablar contigo. Debemos...

Levantó una mano y la puso sobre mis labios.

—No lo estropees. Sólo por esta noche, finjamos un poco. No hablemos, limitémonos a fingir.

—De acuerdo.

Seguimos bailando. Gloria estaba suave, cálida, fragante, delgada y encantadora. Por alguna clase de milagro, mis pies daban en el sitio justo en el momento justo. Ninguno de los dos pronunciaba una palabra.

Habría seguido bailando allí pero la música se detuvo: *Ves a Laura en un tren que pasa...* Abrazaba a Gloria con una desesperación que no podía frenar. *Era Laura, pero ella es sólo un sueño.* Cuando la música acabó, mi ensueño tocó bruscamente a su fin, pero me quedé cerca de Gloria, muy cerca.

Bret Rensselaer no dio muestras de percibir mi desesperación cuando se aproximó a nosotros; llevaba su copa en equilibrio entre dos copas de champán para nosotros.

—¿No os parece que es una fiesta fenomenal? Qué sorpresa. Estaba diciéndole a mi viejo amigo Werner que esto tiene que ser la fiesta del año.

Bret parecía diez años más joven. Aquellas hebras doradas en su cabello plateado me recordaban al tipo duro y rubio que había estado a punto de morir

después de aquel tiroteo en una estación de ferrocarril abandonada de Berlín. También me lo recordaban la sonrisa abierta y aquella radiante confianza en sí mismo. Supongo que el nuevo puesto de adjunto le había proporcionado una nueva vitalidad. O puede que siguiera flotando en la euforia que sigue después de escaparse furtivamente al otro lado del Atlántico para pasar un fin de semana con un asiento de primera fila en la Super Bowl. O quizá estaba comiendo demasiado azúcar.

Bret señaló hacia las mesas llenas de comida, que desde que la música había cesado habían desaparecido tapadas por los invitados ávidos, que llenaban los platos a rebosar.

—¿Habéis probado esos pasteles caseros hechos con semillas de amapola? —nos preguntó Bret—. Son estupendos. Parecen caseros. ¿Cómo los llamáis en alemán?

—¿No se llaman *mohnklosse*? —apuntó Gloria.

—Sí, pero aquí en Berlín los llaman *mohnspielen* —la corregí en plan pedante—. A Werner le gustan mucho. Dicen que era lo que más le gustaba a Hitler para picar.

—Sí, bueno, yo siempre he dicho que tenía buen gusto —observó Bret—. Me refiero a Werner.

—¿Qué significa *mohnspielen*? —preguntó Gloria infantilmente molesta por mi corrección.

—*Mohn*; *Mond*. Luna, Amapola. Es una especie de doble sentido propio de Berlín que lo convierte en juguete de la luna.

—Eres una enciclopedia viviente —comentó Gloria.

Como no tenía ninguna ambición inmediata de ser una enciclopedia viviente, di un sorbo de champán, asentí y sonreí. Y me maravillé de cómo la vida puede pasar del cielo al infierno en tan breve espacio de tiempo.

—¿Y ahora trabaja contigo, Bernard? —me preguntó Bret para demostrar que estaba al corriente de todo lo que sucedía en el Departamento—. ¿En nómina?

—¿Quién, Werner? Sí. —Y perversamente añadí—: Todo fue idea de Frank.

—Menuda juerga —comentó Bret, que sabía muy bien lo enconadamente que Frank se había opuesto a que se emplease a Werner—. Y la clase de música que a mí me gusta.

Supongo que fue una grata sorpresa para cualquiera que se esperase una velada a base de conversaciones sobre trabajo y de fumar pasivamente con Frank Harrington. Pero no había manera de equivocarse en cuanto al cambio

de fortuna de Werner. Hacía veinticuatro horas yo habría apostado un millón de libras contra un botón viejo de camisa a que Bret no se acordaba de que Werner Volkmann existía. Y ahora era el viejo amigo de Bret y estaba recibiendo espaldarazos de tres estrellas por sus mohnspielen caseros.

Werner, viejo amigo, lo conseguiste, pensé. Frank podía fingir que aquello era una reconciliación poco entusiasta, una rehabilitación o un lugar conveniente donde descargar las visitas no deseadas. El hecho era que Bret Rensselaer, nada menos que el director general adjunto, le estaba dando a Werner la codiciada garantía de buen gobierno de la casa escrita a mano y en pergamino. Y lo estaba haciendo en público y de una manera que yo rara vez había presenciado.

Mientras hablábamos, Frank se había acercado a nosotros. Estuvo escuchando las continuas alabanzas que Bret hacía de la fiesta de Werner, pero, a juzgar por la sonrisa y los movimientos afirmativos que hizo con la cabeza, creyó que aquélla era la forma, llena de tacto y a su manera, que Bret tenía de darle las gracias a él por la idea de llevar a las almas errantes de Frankfurt a aquella velada dorada de Berlín.

—Tengo entendido que los gabachos han estado dando guerra otra vez — comentó Frank.

—No ha sido toda la culpa de los franceses —repuso Bret con diplomacia—. Uno de mis paisanos empezó la pelea.

—Hacía un tiempo asqueroso —comentó Gloria con intuición femenina—. Y todos estaban de mal humor.

—Uno de los representantes de Londres tenía nombre irlandés, y nuestro interpretillo alemán de la barba hizo un chiste acerca de por qué la República de Irlanda no es miembro de la OTAN —observó Bret—. Uno de los muchos hombres que había de la CIA no entendió que era un chiste, y se puso a la defensiva. Dijo algo acerca de que Francia tampoco era miembro de la OTAN ... Hubo una pequeña pelea. Todos bañados en sonrisas e inclinaciones de cabeza, pero se pusieron condenadamente despreciativos. Después incluso le oí decir a uno de los italianos que la única manera de definir a un francés era como una persona que sabe distinguir a Hitler de Napoleón.

Volvió a empezar la música, y Bret invitó a bailar a Gloria.

—No te importa que me la lleve, ¿verdad, Bernard?

—¿Dónde has dicho que estaban los pastelitos de semillas de amapola, Bret?

Gloria me dirigió una breve sonrisa de consolación.

¿No es un día encantador para ser atrapado por la lluvia? Siempre me gustó esa melodía. Astaire y Ginger Rogers bailando en el estrado de la banda de música barrida por la lluvia, donde nadie podía alcanzarlos. Fui a comer algo. No perdí mucho tiempo en mirar cómo bailaban Gloria y Bret, pues no quería perseguirla. Y si yo era lo bastante viejo como para ser su padre, Bret lo era para ser su abuelo. De todos modos, ella sabía que no podíamos continuar. Lo sabía ella y lo sabía yo. Aquella inesperada aparición suya me había desequilibrado, y tenía miedo de cometer un error allí; de hacer algo o decir algo que, en vez de curar las heridas, nos dejara lisiados a los dos para siempre.

—*Aal grün* —me gritó Werner desde el otro extremo de la mesa cuando iba a servirme ensalada de patata—. Nada de ahumada, sólo fresca. —Werner sabía que me gustaba la anguila. Me serví un poco en el plato intentando mantenerla separada de las lonchas de albóndigas de jamón fritas con setas silvestres. Era una cena de bufet. Con platos y cubiertos de verdad, pero con mesas tambaleantes y sillas pintadas de dorado que había suministrado la empresa de comidas—. Ven a sentarte aquí —me pidió Werner—. No te he visto en toda la noche.

—Estaba bailando.

Eché una ojeada para ver dónde se encontraba Gloria y capté un atisbo de su cabeza dorada y de la cabeza plateada de Bret. Hacían buena pareja. Habrían parecido padre e hija si no hubieran estado bailando tan juntos.

—¿Con Gloria? —me preguntó Werner—. Oh, sí, os he visto bailando a Gloria y a ti. Maravilloso, Bernard. Parecías muy feliz, como un muchacho enamorado.

—¿Alguna objeción? —quise saber.

—No, supongo que no. Pero el amor es como el sarampión; cuanto mayor te coge, más graves son las consecuencias.

—¿Hay algo que se pueda tomar para eso?

—Sólo los votos matrimoniales.

—¿Fue eso lo que te dijo Zena a ti? —le pregunté con mucha educación.

Me dirigió una minúscula sonrisa para mostrar que me perdonaba por el mal humor.

—Zena cree en el matrimonio —me indicó—. Todas las esposas creen en el matrimonio.

—Supongo. No veo por ninguna parte a Cindy Prettyman. ¿Ha vuelto a Bruselas?

—Está arriba, en su habitación —me dijo Werner—. Se encuentra mal. Le he subido comida, pero no quiere comer nada. Me ha asegurado que si come, vomitará.

—¿Por qué se encuentra mal?

—Le ha sucedido algo en el trabajo. Un atraco. Estaba hablando por teléfono con su oficina y de pronto se echó a llorar. Luego ha estado tumbada en la cama llorando. Le he dado un somnífero, pero no parece que le haga ningún efecto. Dice Zena que es mejor dejarla en paz.

—¿Y si pruebas con un bote entero de somníferos?

—No tienes que comportarte como un cerdo malhumorado todo el tiempo, Bernard —me espetó Werner con rigidez—. Puedes tomarte una noche libre y tratar de ser humano.

—Lo intenté una vez, pero no me gustó.

—Si, como de costumbre, tienes que ponerte en plan desagradable, ve a hacerlo con los soldados que están sentados en la cocina, todos ellos adornados con cinturones y pistolas relucientes. Se ponen en medio continuamente, se comen los *petits fours* y fastidian a los que suministran la comida.

—¿Soldados?

—Boinas rojas. ¿Crees que debería pedirle a Bret que les dijera que se fueran?

—Si son boinas rojas, no —le aconsejé—. Bret se ha convertido hoy día en un agente de primera categoría. Y en situaciones como ésta tienen que ponerle escolta policial militar y civil. Lo más probable es que tengas un autobús lleno de kripos uniformados delante de la casa.

—¿Para qué? ¿Quién va a querer asesinarlo?

—No es sólo eso. No pueden arriesgarse a que suceda nada. Supón que lo detuviera un policía... por estar borracho o algo así. Y no está en terreno propio. Tu casa se encuentra en el sector americano. Si hubiera alguna clase de altercado, si le dieran un puñetazo en la nariz o algo así, a todos los implicados los podrían arrastrar a los barracones y mantenerlos bajo custodia militar de Estados Unidos mientras se examinaban las identificaciones y se redactaban los cargos en tanto todo se resolvía. Sería un apuro enorme para todos los implicados.

—¿Por eso no le darás un puñetazo en la nariz esta noche?

—Muy gracioso, Werner.

Werner me acompañó a la terraza; él iba delante.

Aquella noche se desafiaba el crudo tiempo invernal de un modo típicamente *Berlinerisch*. Los colores soleados y las flores recreaban las fiestas veraniegas al aire libre. La terraza donde se habían instalado las mesas estaba cubierta con una carpa. Era una estructura provisional inteligentemente diseñada sostenida por columnas romanas hechas de chapa de madera dura cuya superficie era de papel de aluminio dorado. Del techo bajo caían frondosas enredaderas y flores auténticas que llegaban hasta las mesas y servían de decoración para éstas. Algunos calefactores ocultos caldeaban el ambiente lo suficiente como para que las mujeres pudiesen llevar los hombros desnudos, y varios altavoces emitían una música suave y vagamente clásica.

—No le hables a Zena de los boinas rojas —me pidió Werner—. Le prometí que me libraría de ellos.

—No, descuida —lo tranquilicé.

Y respiré hondo al ver que me estaba guiando hacia una mesa a la que Zena se encontraba sentada con una elegante selección de amigos suyos.

—¡Bernard! ¡Qué alegría!

—Estás arrebatadora —le dije.

Hice una inclinación de cabeza cuando me presentó a todos los que estaban sentados a la mesa como un muy viejo amigo de su marido. Zena no podía decir con más claridad que yo no era cosa suya.

—Ponte aquí, a mi lado —me indicó Zena—. Tengo que hablar contigo.

Ocupé el asiento vacío que era evidente que estaba reservado para Werner mientras éste se apretujaba en un banco que había para sentarse al otro lado de la mesa. Saludé a los demás invitados, que me dirigieron inclinaciones de cabeza. Había un agente de fusiones y adquisiciones de Deutsche Morgan Stanley y una dinámica distribuidora de Merrill Lynch. También se encontraban allí un hombre barbudo que diseñaba vestuarios para la ópera, la esposa del distribuidor de vinos de Werner y una joven que poseía una peletería en Ku-Damm. Me esforcé por recordar sus nombres, pero no se me dan demasiado bien las finuras sociales; en eso se mostraban de acuerdo Fiona y Gloria.

Probé la anguila. Estaba muy buena.

—Tendrías que comer ensalada —me dijo Zena.

—Ya lo hago normalmente —le respondí—. Pero estas albóndigas tienen un aspecto delicioso.

—La comida berlinesa ha sido cosa de Werner —me explicó Zena. Werner me miró y asintió—. No es muy sana... con todos esos platos alemanes tan pesados y anticuados. Y Werner ya está excesivamente gordo.

—Es una casa preciosa, Zena —observé.

Un camarero servía vino a todos los que estaban sentados a la mesa. Miró a Zena para cerciorarse de que lo estaba haciendo bien; ella los tenía a todos bien enseñados.

—Desde aquí puede verse el agua —me indicó Zena.

—Sí —convine.

En realidad yo no podía ver el lago. Las ventanas estaban empañadas, de manera que las luces del jardín parecían borrones de colores. Más lejos también se veían luces, luces de más allá del agua, o quizá luces de embarcaciones. Durante el día la vista tenía que ser maravillosa.

—Cindy está aquí —me informó Zena.

Lo dijo casi como un siseo.

—¿Dónde?

—En la cama.

Tal como Zena lo dijo, se hubiera pensado que yo estaba al corriente de todo acerca de Cindy y de su indisposición.

—¿Está enferma? —le pregunté.

—En cierto modo. Lo que está es muy enfadada, Bernard. Enfadadísima.

—Siento oír eso —dije.

Quizá aquella expresión de condolencia se estropeó por el enorme bocado de *schinkenknodel* que yo estaba masticando; o quizá Zena no escuchaba mis respuestas.

—Sí, lo sé todo —me confió Zena. Me dirigió una mirada de fiero desagrado antes de sonreírles a todos los que estaban reunidos alrededor de la mesa y pedirle a Werner que fuera a buscar otro plato de ensalada de langosta para el anciano banquero. Luego, volviéndose de nuevo hacia mí, me dijo al oído—: Está trastornada por lo que has hecho.

—Yo no he hecho nada —le indiqué—. Por lo menos no le he hecho nada a Cindy Prettyman.

—Se llama Matthews. Ya no está casada con ese espantoso amigo tuyo.

—Matthews, quería decir... Mira, Zena, no sé qué te habrá estado contando Cindy...

—Cuando Cindy se enfada... se enfada de verdad. Y es probable que haga algo desesperado.

—Sí, eso me lo imagino.

—Tienes que subir a hablar con ella. Dile que lo sientes. Arréglalo. Devuélvele lo que quiera que sea eso que le robó su marido de la oficina.

—Le llevaré un poco de anguila.

—Acábate la comida y yo te acompañaré a su habitación —me dijo Werner.

Había vuelto con un plato de lonchas de salchicha en vez de la langosta, y ahora daba la impresión de querer escapar antes de que comenzasen a hacerle preguntas sobre aquel fallo suyo.

Dejé lo que me quedaba de comida y me levanté de la mesa. Mientras atravesábamos el salón de baile, muy concurrido, Werner me dijo:

—Rudi te estaba buscando.

—No habrás puesto dinero en ese maldito club, ¿eh, Werner? —le pregunté.

—Sólo unos peniques —repuso Werner—. Rudi me dijo que quería más accionistas esta vez. Decía que acudiría más gente y apoyarían más el negocio si habían invertido en él.

—¿Y ha encontrado a esa gente?

—Todo el mundo ha comprado acciones del club —me explicó Werner moviendo la mano en el aire—. Casi todos los que han venido esta noche han comprado por lo menos una acción. Las invitaciones se enviaron sólo a algunos amigos muy especiales y a aquellas personas que han comprado alguna acción.

—Eres un genio, Werner —le dije mientras él saludaba con la mano y sonreía a sus agradecidos invitados—. ¿Por eso no está aquí Tante Lisl?

—Veo que estás de un humor de perros esta noche, Bernie. Sabes que yo nunca dejaría de invitar a Tante Lisl. Pero al parecer no se encontraba muy bien. Y es la noche que juega a las cartas.

Un cuarteto de cuerda había estado interpretando a Mozart mientras los invitados comían. Ello había proporcionado un cambio de ritmo que relajaba a los comensales y les animaba a masticar veinte veces cada bocado antes de tragar. Pero ahora la banda de música de baile regresaba de dondequiera que hubiera estado cenando y hubo un toque de trompeta que les dio la vuelta a los estómagos de los presentes.

Mientras los músicos se instalaban para llevar a cabo una velada de arduo trabajo, los camareros se encargaban de retirar las mesas de caballete y de plegarlas a fin de dejar más sitio para bailar. Los invitados estaban de pie por allí hablando, riendo, fumando, bebiendo y planeando toda clase de cosas malas para la salud. En varias ocasiones a Werner lo detuvieron algunos invitados que querían felicitarlo por la fiesta, así que tardamos un buen rato en cruzar la pista de baile. Con una copa en la mano, fui siguiendo a Werner desde el gran salón de baile hasta el vestíbulo principal, que se encontraba

brillantemente iluminado, y luego nos dirigimos a la escalera, curvada y amplia. Comprensiblemente reacio a apresurarse para hacerle una visita a Cindy, Werner se paraba frecuentemente para charlar, pero finalmente empezó a subir la escalinata principal y yo lo seguí.

Cuando estaba a la mitad de la escalera miré hacia abajo. Divisé a Frank Harrington cerca de la banda de música. Se hallaba de pie hablando con Zena, que estaba arrebatadora aquella noche, pues el vestido y las joyas la transformaban en una princesa de cuento de hadas. No en una princesa de verdad; Berlín estaba bien provisto de esa clase de nobles y ninguna de ellas se parecía a Zena. Ésta tenía todo el fulgor de Hollywood y el porte imperioso propio de una estrella de cine que la convertían en el centro de toda la atención. Frank y ella se estaban riendo. Zena le mostraba la palma de la mano como si lo que decían tuviera algo que ver con la buena ventura. Me pregunté qué le estaría diciendo a Frank. Éste no solía reírse de aquel modo.

—Qué multitud —comentó Werner.

—Es como el último rollo de *Sunset Boulevard* —comenté en un intento sin significado por pensar en algo que decirle a un hombre que está viendo cómo su esposa se lo pasa evidentemente tan bien al lado de otro hombre.

—¿Qué? —preguntó Werner.

—Nada.

Luego, como si el comentario que yo había hecho se estuviese convirtiendo en realidad, una mujer empezó a bajar la escalera pisando con los modales lentos y deliberados de alguien que se encuentra bajo el objetivo de una cámara de cine.

—*Scheisse!* —exclamó Werner.

Entonces la reconocí. Tenía el pelo espantoso, pero no más desaseado que algunos cabellos que yo había visto salir de peluquerías muy caras. Llevaba un camisón fino de volantes transparente con un complicado estampado de orquídeas que habría pasado fácilmente por un traje de noche carísimo. Iba descalza, pero ya había visto por lo menos a una invitada bailando sin zapatos. Hasta los movimientos de sonámbula de aquella mujer no eran exclusivos de ella. Lo único que la distinguía de las demás invitadas era la brillante pistola que sostenía en alto mientras bajaba la escalera.

—¡Cindy! —la llamó Werner.

—Quítate de en medio —le gritó Cindy con una voz que parecía un graznido.

Movió la pistola ante él. Era una Walther. La reconocí como la Model 9 que Werner le había comprado a Zena pero que nunca le había dado. Aquel modelo siempre tenía mucha demanda porque los timadores de los bares de Ku-Damm se las vendían a los turistas crédulos junto con toda clase de documentación inteligentemente falsificada para demostrar que aquella era la pistola que había poseído en su momento Eva Braun.

—Bájala —le gritó Werner.

Cindy estaba en la parte superior de la escalera. Más allá de sus hombros ví que había algunos invitados que se encontraban de pie junto a la balaustrada de la escalera. Al presentir el peligro, empezaron a retroceder hasta que desaparecieron. Abajo, en el vestíbulo, los invitados también se alarmaron al ver que Cindy blandía la pistola. Por el rabillo del ojo ví que la multitud empezaba a retroceder empujándose unos a otros, pues buscaban la protección de la pared o de los quicios de las puertas.

Me detuve y me quedé inmóvil. Lo mismo hizo Werner. Cindy levantó la pistola con cuidado y precisión hasta la altura de los ojos. Sólo era una pistola para llevar en el bolso, pero he visto otros cañones de pistola además de la Lone Ranger y sabía que un agujero que midiera sólo 6,35 milímetros podía, a aquella distancia, poner fin a una prometedor carrera.

—Ese maldito marido mío y tú os habéis aliado, ¿verdad? —me gritó Cindy.

Werner se acercó más a la pared tratando de aproximarse a Cindy por un lado para poder quitarle la pistola. Pero ella no estaba dispuesta a permitir que eso pasara. Se situó con la espalda pegada a la pared y fue bajando los escalones de uno en uno. Yo también descendí un escalón. Werner hizo lo mismo. Todos nos movimos a la vez. De no ser porque estaba muerto de miedo, habría considerado la escena casi cómica.

Sin avisar, Cindy apretó el gatillo. Yo había tenido la esperanza de que el arma no estuviera cargada, pero sí disparó; se oyó el ruido de vidrios rotos en algún punto por debajo de mí, a mi espalda.

—Ya tienes lo que quieres, ¿no es eso? —gritó Cindy con voz ronca.

Tenía los ojos enrojecidos e inyectados en sangre. Ahora que estaba más cerca de ella me pareció que tenía un aspecto feroz. Se había puesto un montón de maquillaje en la cara, pero la obra de pintura no estaba terminada. Las lágrimas habían hecho que se le corriera el rímel de las pestañas, de modo que la mitad inferior de la cara estaba llena de vetas onduladas semejantes a mármol de color gris y negro.

—¡Ladrón! ¿Estás satisfecho ya? Cerdo. Te voy a matar.

—Escucha, Cindy... —dijo Werner.

Cindy se volvió hacia él bruscamente y apretó el gatillo. Werner estaba cerca, pero ella se apresuró demasiado y erró el disparo. La bala dio en la pared junto a él y arrancó un pedazo grande de una de las molduras. El yeso se hizo añicos y los trozos salieron dando vueltas por el aire y fueron a parar en medio de un gran estruendo sobre el suelo de mármol del vestíbulo. Oí un chillido lejano, el grito de un hombre y los sonidos suaves del llanto histérico de una mujer.

Sin apuntar bien, le arrojé el vaso que llevaba en la mano. Fue un acto completamente instintivo, y como la mayoría de los actos instintivos, resultó muy poco efectivo. Los cubitos de hielo salieron por el aire y rebotaron en el suelo, y el *whisky* me salpicó por encima. El vaso no hirió a Cindy, porque lo vio venir y lo esquivó antes de volver a disparar.

Este disparo sí dio en el blanco, pues hirió a Werner en la cabeza, quien gritó y se llevó la mano al cráneo. El grito fue muy fuerte y sonó muy cerca, y el impacto empujó a Werner hacia atrás. Perdió el equilibrio y cayó en el suelo cuan largo era. Se enroscó, se movió ligeramente a un lado y cayó de cabeza; rodó por la escalera y pasó junto a mí.

—¡Werner!

Traté de sujetarle al pasar, pero todo estaba sucediendo con demasiada rapidez para mí. Como un tonto, volví la cabeza para verlo caer. Abrió mucho los ojos mientras caía; tenía la cara apretada por el dolor y ví que el enojo se le reflejaba en la mirada. El grito que dio fue estridente, y acabó en un sonido ahogado al aterrizar al final de la escalera. Werner se puso a dar patadas al aire. Al darme cuenta de que le estaba dando la espalda a aquella loca, me di la vuelta rápidamente, y entonces ví a un hombre vestido de uniforme caqui que bajaba a saltos la escalera. Se le cayó la gorra, que tenía la parte superior de color rojo, y rodó escaleras abajo. La gorra sirvió para distraer la atención, pues todas las miradas la siguieron mientras el soldado saltaba. Con los brazos muy abiertos trató de sujetar y aprisionar los brazos de Cindy, pero ésta fue demasiado rápida para él. Cuando el soldado saltaba sobre ella, Cindy se apartó a un lado también de un salto y se golpeó la espalda contra la pared, lo que produjo un chasquido audible. Levantó la pistola y volvió a disparar. Como había calculado mal el salto, el soldado movía los brazos en el aire y trataba de cogerse con las manos a la alfombra o a la barandilla para evitar caer escaleras abajo, como le había ocurrido a Werner. Pero lo que asió fue la parte inferior de las piernas de Cindy. Era un hombre corpulento y se agarraba con fuerza. Su peso bastó para hacer que Cindy le acompañara en la caída. A

Cindy se le doblaron las piernas al ceder sus rodillas. Dejó escapar un grito de dolor y de miedo y cayó de bruces como la estatua de un tirano.

Cindy no podía escapar del abrazo del soldado mientras, retorciéndose y dando vueltas, los dos se agarraban a la alfombra de la escalera, y también el uno al otro, presas del pánico que produce la caída libre. Pasaron junto a mí golpeándose, chocando contra la pared, contra el hierro forjado y contra la escalera, hasta que los dos acabaron hechos un montón encima de Werner. Estaban inmóviles; los tres tirados al pie de la escalera como un gran montón de ropa esperando a ser planchada. La cabeza de Werner se movió y emergió de aquella confusión de miembros y torsos. Él seguía sujetándosela con las manos; tenía el cabello, la cara y los dedos tan ensangrentados que era difícil distinguirlos. El rostro del soldado estaba lleno de sangre por todas partes, y lo mismo el camisón de Cindy.

Durante un momento la casa quedó silenciosa. Luego todos empezaron a hablar a la vez. Dos ágiles camareros se apresuraron a socorrer a los heridos mientras un par de soldados rápidos de pensamiento se llevaban de allí a los demás. Cuantos más soldados se apelotonaron alrededor de los cuerpos, más ocultos quedaron éstos a la vista. La banda empezó a tocar muy bajito *Mister Sandman*. Las luces se atenuaron hasta quedar reducidas a un suave resplandor, de manera que la única iluminación era un foco que quedaba justo sobre Frank Harrington. Éste cruzó el salón con paso majestuoso; llevaba un cigarrillo colgado de los labios y aplaudía de un modo cálido y entusiasta. Otras personas se unieron a los aplausos. Luego cesó la música con un pequeño redoble de batería y Frank se puso de pie en una silla. Comenzó a pronunciar un discurso en el que afirmaba que «la atracción más original» había sido verdaderamente una espléndida sorpresa, típica del imaginativo decorado de gala de los señores Volkmann. Hubo gritos de aprobación y más aplausos aquí y allá. Se oyó una voz que gritó en inglés:

—¡Muy bien! ¡Muy bien!

Frank parecía disfrutar con aquel improvisado papel de maestro de ceremonias. Miró a su alrededor, sonriendo radiante a los rostros que se habían vuelto hacia él, pues ya se había convertido en el centro de atención. Continuó hablando. A Frank se le daban bien los discursos después de las cenas, y ahora utilizaba fragmentos de algunos que yo había oído muchas veces antes. Todo ello pronunciado en la versión de alemán que hablaba Frank Harrington. No podía decirse que cometiera faltas de sintaxis, pero su anticuado alemán tenía el sabor de años ya muy remotos en el pasado. Si había algo que pudiera convencer a los invitados de que realmente habían

presenciado una charada y no un tiroteo era Frank con aquel discurso suyo dicho en su raro alemán *Kaiserliche*. Luego alguien empujó a Zena para que se adelantara, y Frank les dijo a todos lo preciosa que estaba la anfitriona. Zena sonrió con lúgubre satisfacción y todos aplaudieron. Algunos de los presentes estaban enterados del idilio de Frank con Zena, y me dio la impresión de que la mayoría de las aclamaciones jocosas procedían de ellos.

Cuando Frank acabó sus elogios no quedaba ni rastro de Werner, de Cindy ni del policía militar herido. Los músicos tocaban más fuerte y más de prisa que en toda la noche; los camareros servían medidas más generosas que antes, y ambas actividades probablemente se debían a una indicación de Frank. Los invitados bailaban, reían y coqueteaban. Sólo la parte rota de la moldura quedó allí para demostrar que «la atracción más original» de la noche había tenido lugar realmente.

No me permitieron ver a Werner hasta pasada la una de la madrugada. Estaba en la Steglitz Clinic, en el hospital de la Free University. Había poca luz, todo estaba silencioso y se percibía el olor inconfundible a anestesia, antisépticos y desinfectantes que se mezclan y flotan en el aire en esos establecimientos médicos. A esa hora yo era la única persona que había en la sala de espera. Frank le había sonsacado un pronóstico optimista a uno de los médicos importantes y después había llevado a Zena a casa antes de ir a la oficina para llamar por teléfono a Bret y a otras personas que esperaban se las mantuviese informadas. A Frank le echarían la culpa de aquel tonto fiasco. No era culpa suya, pero así era como funcionaba el sistema. Incluso podía hacer que a Frank le llegase la jubilación antes de lo previsto.

Me quedé esperando. El cirujano acabó de coser y por fin se apiadó de mí al ver que llevaba allí tanto tiempo. Salió y me dio un informe detallado del trabajo quirúrgico que había hecho en el cráneo de Werner. Conmoción cerebral grave y extensos cortes, pero probablemente no había fracturas. Por la mañana le harían un escáner de la cabeza y después le harían más pruebas. El cirujano tenía ese acento inconfundible de Berlín con el que los cómicos bávaros hacen reír en los clubes de Múnich. Al oír aquel acento respondí utilizando las ges suaves y la voz chasqueante que había adquirido cuando era colegial en las calles de Berlín. Me respondió con un acento aún más pronunciado cuando me dijo que Werner tenía muchas contusiones en la parte superior del cuerpo, y que también se había hecho daño en el tobillo, quizá una pequeña fractura. Después de otro intercambio de frases en aquel dialecto cada vez más abundante, sonrió y me dijo:

—Cinco minutos, no más. Ese hombre tiene mucha suerte de estar vivo.

Werner estaba incorporado en la cama. Le habían puesto anestesia local mientras le cosían el surco que le había hecho la bala por encima de la oreja. Ahora que le habían limpiado toda la sangre de las manos y de la cabeza, ví que tenía mucho mejor aspecto de lo que había supuesto cuando lo ví tendido en el suelo al pie de la escalera. Pero tenía la cara muy magullada y estaba empezando a hinchársele. Según el médico, pasaría cierto tiempo antes de que le permitieran levantarse de la cama. Le habían afeitado el pelo de media cabeza para poder acceder a la herida. Medio calvo, le habían tapado los puntos sólo con una gasa rectangular sujeta con tiras de esparadrapo rosa.

—Me tenías preocupado, Werner —le comenté—. No sabía si traerte revistas eróticas o una corona de flores.

—Cuando me vaya de este mundo no será por un disparo de pistola de señora.

—No te hagas el macho, Werner.

—¿Qué le ha pasado a Cindy Prettyman?

—Bueno, está aquí, en la clínica. Pero está dormida. Uno de los soldados le dio un sedante fuerte en la ambulancia y se le olvidó apuntarlo para que lo supiesen en el hospital. Y el médico que la reconoció le dio otra dosis. De manera que está bien dormida. El médico dice que no estará en condiciones para que la interroguen hasta mañana bien avanzado el día. Puede que incluso hasta pasado mañana.

—Yo tengo la culpa —me dijo Werner.

—Tú no podías saber que Cindy se iba a volver loca hasta ese punto.

—Ella creía que Jim Prettyman y tú erais los que habíais organizado el robo que tuvo lugar en su oficina. Pensó que tú tenías el archivador.

—No, yo no tengo el archivador —le aseguré—. Jim Prettyman debe de haberlo organizado. Jugó con mucha tranquilidad, pero era su archivador. Yo no tenía que haberle dicho que Cindy lo guardaba en su oficina. Ha sido culpa mía. Debí de ponerme a hablar por teléfono en cuanto me fui. Jim sabe dónde encontrar matones y ladrones. Parece que es su especialidad.

—¿Jim lo tiene?

—Estoy seguro de ello. Pero no puedo evitar preguntarme si fue oficial. Me pregunto si hablaría con alguien en Londres acerca de ello. Es un archivador oficial y el Departamento debe de tener interés en él.

Miré a Werner burlonamente. Tardó mucho en responder.

—Yo fui a Bruselas. Yo le robé el archivador de la caja fuerte. —Sonreí inexpresivo—. ¿Lo habías adivinado?

—Me costó algún tiempo hacerlo. Pero cuando Cindy empezó a disparar comprendí lo que había pasado en realidad. Y tú eras el único que estaba al corriente de dónde estaba Cindy durante todo el tiempo. Tú sabías que mientras estuviera en Berlín no iría a su oficina. Y tú tuviste una oportunidad perfecta para sacar un molde de las llaves de Cindy.

Werner esbozó una sonrisa sombría. Ambos nos conocíamos demasiado bien.

—¿Por qué me engañaste diciéndome que creías que lo había robado Jim Prettyman?

—Quería saber qué tal de bueno eres diciendo mentiras.

—¿Qué has querido decir con eso de que lo comprendiste cuando Cindy empezó a disparar?

—Cindy estaba en la escalera. En aquel punto puede que creyera que era Jim Prettyman quien lo había hecho. Luego nos vio a ti y a mí juntos en la escalera delante de ella. Ella me había dicho que el archivador estaba en la caja fuerte de su oficina. Tú habías estado un día ausente de Berlín. Cindy se figuró que yo te había dicho que fueras a robar el archivador.

—¿Quieres decir que tenía intención de dispararme? —me preguntó Werner al tiempo que fruncía el entrecejo mientras trataba de decidir si prefería el papel de espectador inocente herido o el de blanco.

Se tocó la cabeza con la punta de un dedo. Supongo que el hecho de fruncir el entrecejo le había causado algo de dolor; o puede que estuviera pensando.

—Ese disparo iba dirigido a ti. Claro que lo hizo adrede —le dije alegremente—. Por eso yo sigo de una pieza y tú tienes un agujero en el cráneo. Cindy iba a liquidarme a mí. Pero luego cambió de opinión y dirigió de nuevo todo su enfado... hacia ti. Tú eras quién había entrado en su despacho y le había robado la hucha. Era un asunto personal.

—¿Qué va a pasar ahora?

—Si dependiera de Frank, la encerrarían para el resto de su vida.

—Ya lo sé. La odia —dijo Werner al tiempo que asentía con la cabeza.

—Eso es decir poco. Frank considera el tiroteo y todo el follón como una afrenta personal. Pero ya sabes cómo funciona Frank. No permitirá que la acusen de intento de asesinato, ni de agresión corriente ni de aguafiestas. Tirará de algunos hilos en Bruselas y hará todo lo posible para que la despidan. Frank opina que fue una humillación para él que todo ocurriera mientras Bret estaba en la ciudad.

—No se escapan tan fácilmente. Las personas que estuvieron allí averiguarán lo que pasó realmente.

—Es posible, pero llevará tiempo. Y los editores de periódicos rechazan las noticias pasadas de fecha.

—¿El boina roja está de una pieza?

—No volverá al equipo de gimnasia. Tiene una fractura múltiple de costillas bastante grave, y una conmoción cerebral leve. Pero se pondrá bien. Mañana lo repatriarán en avión. El cirujano cree que será un trabajo bastante sencillo. Los policías militares son todo hueso.

—¿Y Cindy Prettyman también?

—Los borrachos rebotan como pelotas de goma, Werner. Cindy tuvo suerte. Por razones de seguridad, a esos boinas rojas no se les dijo a quién estaban protegiendo. Sólo les dijeron que en el coche que utilizaba Bret iba un político VIP. Se imaginaron que cualquier tiroteo probablemente sería un atentado contra la vida del hombre al que protegían. Si el salto en el aire de ese policía no hubiera dado resultado, había un francotirador apuntando a Cindy dispuesto a matar de un disparo a la señora Prettyman.

Se abrió la puerta, entró el cirujano y dijo que yo no debía cansar más al paciente. Se estaba tomando un gran interés personal en el bienestar de Werner. Me pregunté qué le habría dicho Frank al médico.

—No han querido dejar que Zena entrase a verme —me comentó Werner mientras me ponía el abrigo.

—Sí, bueno, es que Zena no habla el alemán de Berlín tan bien como yo —le dije con el acento más fuerte que pude.

El médico hizo un gesto de asentimiento. Creo que estaba empezando a pensar que era el blanco de mi sentido del humor en lugar de formar parte de él.

—No me has preguntado si he abierto el archivador —me dijo Werner mientras me dirigía a la puerta—. No sabes qué puede haber dentro.

—No se te ocurra abrirlo, Werner. Sí que sé lo que hay dentro, créeme.

—Pues dímelo.

—Eso echaría a perder la diversión.

—¿Qué diversión?

—La diversión de ver si lo que le entregas a Bret encaja con lo que yo imagino.

Werner me miró y añadió:

—Es el mismo archivador. No lo he sustituido por otro. Coge las llaves de mi mesa. El archivador está en la oficina, dentro de mi archivador grande.

—Pues que siga allí.

—Siento mucho lo que ha pasado... y también haberte sacado de la fiesta —se excusó Werner—. Sé que querías acompañar a Gloria a su hotel.

—Gloria tenía a Bret y a los *mohnspielen* —le recordé—. No se puede tener todo.

—Se acabó, ¿verdad? —me preguntó Werner. Ojalá yo pudiera ver dentro de la cabeza de Werner con la misma facilidad que él ve dentro de la mía—. Lo de Gloria y tú se acabó.

—Trata de dormir un poco, Werner —le sugerí—. Ese agujero que tienes en la cabeza está haciendo que el cerebro te empiece a traquetear.

Cuando llegué al hotel ya era muy tarde, pero Lisl estaba despierta todavía. Se encontraba sentada en la cama con una mañanita de volantes sobre los hombros; leía los periódicos y oía discos viejos. Parecía que le gustaba dormir en la habitación de la planta baja a la que se había mudado; eso no sólo le ahorra tener que subir todas aquellas escaleras para ir a acostarse, sino que era una manera de estar en el centro de todo, de todas las idas y venidas del hotel.

Mientras cruzaba la puerta principal oí a la inmortal Marlene cantar *Das war in Schöneberg*. El tocadiscos nuevo de Lisl había hecho revivir toda su nostalgia y el entusiasmo por la música con la que había crecido. Werner le había regalado el tocadiscos, pues a ella se le estaba haciendo demasiado difícil darle vueltas a la manivela de la vieja máquina que prefería. Werner había estado buscando por todas partes hasta que encontró una máquina eléctrica capaz de reproducir sus rasposos y viejos discos de setenta y ocho revoluciones por minuto. Entré en la habitación de Lisl para darle las buenas noches. Por mucho que su capacidad auditiva se deteriorase, siempre era capaz de oírme cuando pasaba de puntillas por delante de su puerta si intentaba subir sin presentarle mis respetos.

—¿Ha estado bien la fiesta, *Liebchen*?

—Te han echado de menos, Lisl. Todo el mundo preguntaba dónde estabas.

—No mientes demasiado bien, cariño. Quizá sea mejor que te atengas a la verdad. Dale a tu pobre vieja Tante Lisl un beso como es debido, no uno de esos besitos rápidos ingleses.

Frunció la boca y cerró los ojos como una niña.

—Bueno, había una estupenda banda de música y baile y auténtica comida alemana —le expliqué mientras la cogía por los hombros huesudos y

me inclinaba para darle un beso—. Pero sin ti aquello no era nada.

—Le presté a Richard, mi inteligente y joven cocinero.

—Eso ha sido muy amable de tu parte, Tante Lisl —le dije—. Todos hablaban de la comida.

—Pues Zena no estaba muy segura de que fuese así —me comentó Lisl—. Quería comprar platos preparados en Ka-De-We, fíjate. Pero la comida de calidad siempre cuesta un buen dinero. Werner debería ser más cuidadoso con el dinero. —Miró la hora—. ¿Ha durado la fiesta hasta tan tarde?

—Werner tropezó con la alfombra de la escalera —le mentí—. Tuvieron que llevárselo para hacerle pruebas.

—Oh, Dios mío. Las veces que le he dicho que no beba. Cuando seas el anfitrión, Werner, mantén la cabeza despejada. Se lo he repetido una y otra vez.

—Cálmate, Lisl. No estaba borracho. Ya conoces a Werner, nunca bebe. O casi nunca. Tropezó en la escalera y se torció el tobillo. No es nada, pero Zena quería asegurarse, así que lo convenció para que fuese a hacerse unas radiografías. Está pasando la noche en la Steglitz Clinic. Sólo eso.

Me pareció que era preferible hablarle del estado de Werner antes de que se enterase por otros.

—¿En la Steglitz Clinic? Tengo que ir. Tráeme la bata que está colgada en la puerta, sé bueno.

Se retorció en la cama para poder verse la cara en el espejo y decidir si el maquillaje era apropiado para ir de visita al hospital en mitad de la noche.

—Ahora está dormido —le expliqué—. Le han dado sedantes y no sé qué más para hacerle dormir. No te dejarían verle. De todos modos, no es nada.

—Si no es nada, ¿crees que vendrá a tomar café y *kipferl* mañana, como habíamos quedado?

Yo no sabía que Werner le había prometido ir a verla al día siguiente, y traté de pensar en algún motivo convincente para justificar que no iría.

—*Nit kain entfer iz oich an entfer* —dijo Lisl.

Aquello era un proverbio yiddish: No responder es ya una respuesta.

—Seguro que sí, que vendrá mañana —le dije sin demasiada convicción.

—Siempre detecto cuando me mientes, *Liebchen*. Es algo que veo en tus ojos. Tu Lisl siempre lo sabe. ¿Por qué no me ha llamado por teléfono ese muchacho tonto? ¿Por qué no me llamaste tú cuando le pasó?

—Werner está bien, Lisl. Sólo es un pequeño esguince. Zena alborota mucho cuando se trata de Werner, se preocupa demasiado por él.

—Debería haberme llamado —insistió ella con petulancia.

—Bueno, me hizo prometer que yo te lo diría en cuanto volviera a casa — le mentí.

—Incluso una copita puede ser demasiado. Y Werner no puede beber; ya lo sabe.

—Tengo que acostarme, Lisl. Buenas noches. Nos veremos en el desayuno.

—Sí, ya sé que debe de ser aburrido para ti estar hablando con una vieja fea.

—Eres un encanto.

Le di otro beso y eché a andar para escaparme.

Lisl me miró.

—Muy bien, entonces. Lo llamaré mañana a primera hora al hospital.

—Buenas noches, Lisl.

—Ah, se me olvidaba, Bernd, cariño. Ha llegado un fax para ti. El teléfono sonó durante la cena. La chica estaba sirviendo a unas personas que llegaron tarde, así que le fue imposible atender la llamada. La persona que llamaba no hablaba alemán. Hice que mi amigo Lothar se pusiera al teléfono y se las entendiera con quién llamaba. Habla un inglés precioso. Estábamos jugando a las cartas aquí. ¿Hice bien?

—¿Cómo está Lothar?

—No demasiado bien, cariño. Se ha visto obligado a dejar de fumar.

—Una lástima —observé.

Pero puesto que Lothar tenía unos doscientos años, una prohibición de fumar parecía una restricción sin importancia que deberían haberle hecho hacía mucho tiempo.

—Le dio a la señora extranjera que te llamaba el número de fax de aquí. Sé que me has dicho que no dé nunca ese número como una manera para que te localicen, pero Lothar me dijo que era una emergencia.

Cogí la hoja impresa que Lisl me tendía. Como era de esperar en un hombre que había servido lealmente en el Ministerio del Interior del Partido Nazi, Lothar Koch había registrado pulcramente la fecha, la hora y sus iniciales en la hoja de cubierta y había escrito «Herr Bernd Samson» en el lugar apropiado. «Querido Herr Samson, el fax adjunto le fue enviado esta noche a las 21:30 horas. Quien le llamaba dijo que era una emergencia. Espero haber actuado de acuerdo con los deseos de usted».

El fax tenía una hoja. Era de la señora Prettyman y estaba escrito a mano con letra buena y firme, una letra con esos grandes rasgos de caligrafía del colegio que son característicamente americanos.

Querido Bernard:

Tengo que darte la terrible noticia de que mi querido Jay murió ayer por la mañana. El médico y el sacerdote estaban con él. Fue un pacífico final a su sufrimiento, y en cierto modo para mejor. Jay disfrutó mucho con la visita que nos hiciste y tenía mucho interés en volver a verte. Le aseguré que volverías para verle y se murió con esa idea. Me hizo prometer que te enviaría este mensaje sin demora. Quería que te dijese que tenías razón en lo que le dijiste. Adivinaste lo que sucedió. Él estaba completamente solo aquella noche en Alemania. Lo hizo todo tal como tú se lo describiste; no había nadie con él. Espero que comprendas el mensaje. Lo he escrito exactamente como Jay me pidió que lo hiciera.

Te ruego que transmitas la noticia de su fallecimiento a aquellos amigos o parientes suyos con los que puedas ponerte en contacto.

Atentamente,

Tabby Prettyman

Lo leí dos veces.

—Gracias, Lisl.

Hasta entonces yo había tenido la certeza de que Prettyman había matado a Thurkettle. Pero aquella confesión en el lecho de muerte me conmovió. Hizo que me preguntase si aquello sería el gesto final de Prettyman de compasión terrenal: declararse culpable por un asesinato que no había cometido.

—¿Un amigo ha muerto? —Lisl estaba revolviendo entre su preciada colección de discos y pasaba rápidamente con los dedos las esquinas de las fundas de papel, que estaban muy manoseadas. Por fin encontró lo que buscaba. Luego me miró—. ¿Se trata de alguien que conozco?

A mí no me cabía la menor duda de que, en compañía de Herr Koch, Lisl había sometido el mensaje por fax a un examen profundo.

—Sí, se trata de una muerte. Estaba muy enfermo. No, no era nadie a quien tú conozcas.

—¿Era muy religioso?

—Tan religioso como pueda serlo un pecador arrepentido —le contesté.

Lisl asintió con la cabeza en un gesto lleno de sabiduría. La abracé fuerte y le di otro beso. La quería muchísimo. Le deseé buenas noches. Mientras yo subía por la escalera, Marlene empezó a cantar *Durch Berlín fließt immer noch die Spree*. Todas aquellas canciones de *cabaret* inolvidables tenían

siempre una melancolía subyacente. Me pregunté si sería eso lo que les gustaba a los berlineses.

RESIDENCIA del sSI, Berlín

—Esto no va a convertirse en una investigación —dijo Bret, que estaba de pie al extremo de la mesa del comedor de la residencia de Frank Harrington.

Tenía apoyados ligeramente los dedos sobre la pulida superficie, de modo que los reflejos parecían grandes arañas rosadas. Detrás de mí oí que Frank Harrington daba un hondo suspiro. Werner, sentado a la mesa justo enfrente de mí, se encogió unos centímetros dentro del cuello de la camisa. Tenía un aspecto fatal. No tenían que haberle dado el alta en la clínica. Los demás también tenían un aspecto sombrío. Todos sospechábamos que Bret tenía intención de que aquello se convirtiera precisamente en una investigación.

—Esto no es oficial, y nada de lo que se diga aquí constará en acta.

Bret esbozó una sonrisa con aire severo. Tenía la chaqueta colgada en el respaldo de la silla y se había desabrochado el chaleco. La experiencia me había enseñado que aquella aparente dejadez era mala señal; solía ser un aviso de que Bret estaba inquieto y se sentía beligerante. Mientras nos miraba a todos añadió:

—Ni siquiera se recordará. Ya comprenderéis que ésta es una reunión secreta.

Bret se sentó. Dicky Cruyer se tocó la muñeca con los dedos para mirar el reloj. A petición de Bret, Dicky se había quedado en Berlín para asistir a aquella reunión. Quería que todos supiéramos que tenía asuntos urgentes y apremiantes en otra parte. La vestimenta de Dicky últimamente había tomado un giro náutico: un suéter azul oscuro de marinero Guernsey y un pañuelo de lunares rojos atado al cuello. Estaba sentado bien retirado de la mesa, con un lápiz de madera muy afilado en la mano. Tenía la cabeza ladeada y los ojos fijos, como un gorrión cuando escucha a ver si se acerca algún lejano depredador. Augustus Stowe también estaba allí, hinchado a reventar de impaciencia e importancia. Corrían rumores de que estaba tratando de hacer

arreglos para cambiar el puesto con Dicky. Delante de cada asiento había un bloc de notas y un lápiz. En una mesita situada a mi espalda había una bandeja con vasos y una botella de agua mineral con gas para quienes quisieran tomar ese refresco tan espartano. Nadie quiso. En el centro de la mesa había dos macetas a las que habían metido en casa para que pasasen el invierno. No tenían flores, sólo hojas verde oscuro. Iba a ser una de aquellas sesiones que Bret llamaba «informales» porque él realmente no sabía que para todos los demás aquellas conversaciones en lenguaje rudo, con Bret en el asiento del conductor, eran paseos con guante blanco.

Como si Bret lo hubiera organizado todo de antemano, la tensión que había creado aquel semblante suyo tan serio se relajó durante unos instantes mientras se servía el café y pasaban una bandeja de galletas digestivas. Componente esencial de la dieta del inglés, las diferentes clases de galletas digestivas, unas con tocosco contenido de avena, otras finas y otras con una gruesa capa de chocolate puro o con leche, son tema de animada conversación en casi todas las reuniones departamentales de cualquier tipo. Y a veces es el tema más memorable.

—Estamos contemplando un éxito actual —comenzó a decir Bret continuando con el papel de líder desde el lugar que ocupaba en la silla. Nadie habló y él prosiguió—: Todos estamos enterados de algún aspecto del plan a largo plazo en el cual Fiona Samson tuvo una parte vital. Puede que ninguno de vosotros conozca la historia completa, y así es precisamente como debe ser. —Bret rechazó las galletas con un gesto de la mano, se sirvió crema en el café y bebió un poco. Su descortés confianza en sí mismo con respecto a las galletas digestivas revelaba sus orígenes transatlánticos—. Pero hubo algunas pequeñas dificultades... pequeñas dificultades y tragedias. No voy a mencionar nombres, y tampoco quiero repartir las culpas, pero sé que algunos de vosotros habéis atisbado ciertos episodios feos. Y muchos otros quizá los hayáis adivinado. Algunos de vosotros os habéis hecho preguntas para las cuales no tenéis respuesta. Quiero expresar lo mucho que agradezco la confianza y la dedicación que habéis puesto en el Departamento ante esa dolorosa duda.

Todos los allí reunidos guardamos silencio. Era una oportunidad para que cada cual se preocupase en privado. Dicky empezó a morderse las uñas. Cogí otro par de galletas mientras razonaba que quizá la bandeja no volviera a pasar por mi sitio.

—Pero las cosas salieron mal —continuó diciendo Bret—. Cuando hay que trabajar sobre el terreno nos tenemos que enfrentar al desastre y

aprendemos a vivir con él. Pero cuando la responsabilidad de los fallos llega hasta Londres, cuando la catástrofe en que se convierte cualquier operación se debe a fallos en la manera de proyectarla, e incluso a una estrategia fundamentalmente equivocada, tenemos que reconocer que la culpa está allí donde se originó: en la Central de Londres.

Bret bebió un poco de café y nos dejó recobrar el aliento, aclararnos la garganta y preguntarnos adonde querría ir a parar. Frank alargó la mano un poco para empujar un posavasos hacia Augustus Stowe, que estaba a punto de poner la cafetera antigua de plata directamente sobre la pulida superficie de la mesa. Para Bret estaba bien hablar de los desastres de Londres. Bret había estado residiendo en California, donde nos había tomado declaración a Fiona y a mí el tiempo suficiente para permanecer fuera de la línea de fuego. Había elegido justo el momento apropiado para regresar y asumir el papel de fiscal, juez, jurado y también de oficial de libertad condicional. Pero nadie expresó en voz alta nada de eso. Todos nos pusimos a masticar nuestras galletas digestivas, engullimos el café y estuvimos pensando en nuestras cosas en un silencio que fue roto sólo por los murmullos rituales que se producen cuando se bebe café.

Si no hubiera sido porque Bret empezó a hablar de nuevo, creo que todos nos hubiéramos quedado allí sentados, inmóviles y sin hablar.

—Sé que no hay nadie en esta habitación que pueda negar con sinceridad que tiene una deuda de gratitud con Silas Gaunt. Silas nunca ha perseguido la gloria. Nada nos muestra con más claridad el carácter de ese hombre que el modo en que se marchó del Departamento sin reconocimiento de ninguna clase. Ni se le nombró caballero, ni se le dio la medalla de Caballero del Imperio Británico, ni siquiera se le entregó la carta estándar de recomendación que les damos a los empleados de categoría inferior. Y, sin embargo, no hay duda de que con un poco de cabildeo habría obtenido el reconocimiento que merecía. Pero como quizá todos sepáis, o quizá no, Silas Gaunt pidió que no se le diera nada para poder continuar en cercana asociación con el Departamento. Y, por razones obvias, el Departamento tendría que cortar toda conexión con cualquier empleado honrado. —Mientras Bret respiraba hondo se oyeron algunos sonidos evasivos procedentes de los reunidos—. Y, sin embargo, Silas ha estado trabajando para nosotros, y muy de cerca. Incluso continuó trabajando cuando ya estaba viejo y mal de salud. Ha sido culpa de todos. Docenas de personas mantenían contactos regulares con él. Cualquiera de ellos podría haber dicho basta. Cualquiera de ellos podría haber señalado que Silas ya no era el estratega

omnipotente de largas miras que había sido en otro tiempo. Pero Silas nunca se contentó con glorias pasadas, sino que siempre estaba mirando al futuro. Retrospectivamente es evidente que Silas Gaunt pensó que el Departamento estaba languideciendo y moviéndose cada vez más hacia atrás en nuestra guerra particular con los soviéticos. Decía que no habíamos sabido mantenernos al día. Me lo dijo a mí, se lo dijo a todos aquellos sobre los que podía influir. Por desgracia no distinguía entre estar al día y hacernos más operativos. Nuestro papel tradicional de recoger información y nada más se convirtió a sus ojos en una restricción insoportable. Quería que el Departamento tuviese un papel más activo, aunque eso significase que fuera más violento.

Bret colocó las manos en posición de oración y se recostó en el respaldo durante diez segundos para dejar que pensáramos en lo que acababa de decir. Bret había llegado todo lo lejos que podía llegar, más lejos de lo que yo había oído en mi vida llegar a un alto funcionario cuando se trataba de personalizar los defectos del Departamento.

—Ahora he puesto en juego algunos frenos y determinados equilibrios que harán imposible que esto vuelva a suceder —nos aseguró Bret—. Ni siquiera los altos cargos podrán dar instrucciones de manera extraoficial a nadie comprometido en una tarea que pudiera ser operativa. Los contactos de Silas Gaunt con el Departamento se han cortado ya... se han convertido en cosa del pasado. Hemos eliminado cualquier resto que quedase de todas aquellas estratagemas a las que Silas Gaunt tenía acceso. De manera que ahora empezamos de nuevo.

Bret nos miró a todos para ver cómo habíamos recibido su monólogo. Augustus Stowe se removió en la silla como si tuviera un calambre. Era difícil saber a ciencia cierta cuántos de los presentes comprendían plenamente lo que Bret nos estaba diciendo. Werner parecía medio dormido, probablemente como resultado de los calmantes que estaba tomando. Frank no paraba de manosear con ansiedad las hojas de las plantas que habían metido dentro de la casa para que pasasen el invierno. Creo que había notado que había un poco de pulgón. Dicky estaba sentado con ambas manos en los bolsillos del pantalón, como si estuviera resuelto a dejar de morderse las uñas.

—Bernard ha estado implicado personalmente en todo este episodio —afirmó Bret—. Bueno, nadie le culpa por quebrantar unas cuantas normas llevado por la necesidad de encontrar respuesta a ciertas preguntas que lo mantenían despierto por las noches. —Me dirigió una mirada y luego añadió—: Cuando fuiste a la rampa de Ziesar la semana pasada y encontraste el

cuerpo en descomposición de Thurkettle, pusiste en su lugar la última pieza del rompecabezas irregular.

Todos se volvieron a mirarme.

—¿Y quién te ha dicho que yo estuve allí? —le pregunté con una voz aguda que se reservaba el derecho de negar que aquello fuera cierto.

—No te sulfures, Bernard. No es más que el procedimiento estándar. Werner tiene órdenes estrictas de mantenerme informado de cualquier acontecimiento grave que ocurra... No, no, no. Es un amigo leal tuyo, te lo digo yo. Pero también es un empleado leal del Departamento.

Werner me miró y se encogió de hombros. Bret era consciente de que yo difícilmente podía enfadarme en un momento como aquél. No era el momento oportuno de golpear a Werner en la cabeza ni de empezar a discutir los detalles más finos del asesinato de Tessa. Y Bret lo había preparado muy bien. Nos tenía a todos convencidos de que su único deseo era sacar a la luz la verdad. Y allí estaba invitándome a decir lo que yo desease.

—Prettyman mató a Thurkettle —dije.

Bret titubeó largo rato y luego habló:

—Sí, ya lo comprendo. Pero... ¿puedes explicarnos por qué lo hizo?

—Prettyman no hizo más que lo que Silas Gaunt le ordenó que hiciera.

—Pero... ¿incluso matar?

—No hace tanto tiempo, tú me enviaste a Washington con el encargo de convencer a Prettyman para que volviera a Londres y se enfrentara a una investigación... se había extraviado dinero y Prettyman conocía el asunto.

—Después... —dijo Bret.

—Claro —le interrumpí—. Después todo se suavizó. No faltaba ningún dinero. Se trataba de fondos para sobornos. Era una explicación creativa a fin de autorizar dinero para las operaciones de Fiona en el Este.

—Pero ya veo que no te lo crees —apuntó Bret.

—Lo que hago es adivinar. Me parece que Prettyman se aseguró de que unos cuantos peniques acabasen en su bolsillo. Creo que Silas Gaunt se enfrentó a Prettyman con pruebas de ese delito, y utilizó esas pruebas para chantajearle y obligarle a hacer cualquier cosa que el Departamento necesitase hacer.

—Un momento —dijo Bret—. ¿Estás insinuando que a Prettyman se le tendió una trampa? Si eso crees, oigamos lo que tienes que decir.

Bret conocía perfectamente todos los trucos para presidir una reunión, y el truco número uno era permanecer en el lado de los ángeles.

—¿Si insinúo que Prettyman fue tentado, deliberadamente tentado, a robar para poder atrapararlo? —le pregunté—. Sí, eso es lo que creo. Prettyman era un hombre perfecto para lo que querían: inteligente, rápido, sin escrúpulos y ambicioso. Sí, estoy seguro de que lo utilizaron como blanco. Pero tenía que haber una manera de cortar con él. Los chantajistas tienen que conceder siempre a sus víctimas un resquicio para que vean la luz que brilla al final del túnel.

—¿Y cuál fue en este caso?

—Siguiendo instrucciones de Silas Gaunt, Prettyman buscó a Thurkettle, un asesino a sueldo del que había oído hablar a sus amigos de la CIA, y organizó el asesinato de Tessa Kosinski. Prettyman acordó pagar personalmente a Thurkettle. Pero lo estaba esperando con una pistola y, cuando llegó el momento, en lugar de pagarle lo mató.

Bret emitió un extraño sonido antes de hablar.

—Eso quiere decir que un asesino a sueldo es tan estúpido que permite que su cliente lo mate. ¿Acaso un asesino a sueldo no sospecharía que su cliente podría querer matarlo? ¿Y no habría tomado precauciones al respecto?

—Pero Prettyman dejó bien claro que él no era más que el mensajero —le expliqué—. El dinero no era suyo, y tampoco era él quien había designado a la víctima. Prettyman era sólo el intermediario. Esa manera de trabajar le daría confianza a un asesino a sueldo como Thurkettle. Recuerda que, por lo que se sabe, Thurkettle siempre había trabajado para organizaciones. Así fue como Prettyman oyó hablar de él. Siempre le habían pagado debidamente y siempre había tratado con intermediarios. Uno no va y da un golpe para la CIA o para el gobierno británico y vuelve preocupado por si lo matan.

—¿Ah, no? —preguntó Bret.

—Bueno, si tío Silas se está volviendo loco, puede que sí —convine—. Pero ya conoces a Prettyman, era muy enclenque y parecía incluso más débil de lo que era. No es fácil pensar que un chupatintas pálido como él vaya a dispararle a un asesino a sueldo a sangre fría. A mí me costó bastante tiempo hacerme a la idea. Pero, desde luego, eso fue lo que hizo que todo se le pusiese tan fácil.

—Entonces, para ti la historia está completa, Bernard —dijo Bret.

—Casi —le respondí, y él hizo un movimiento con la mano para urgirme a que continuase hablando—. Siempre queda en el aire la manera de llevar a Tessa Kosinski al lugar de la Autobahn donde la asesinaron. Desde aquella fiesta en Berlín en la que estaba se trasladó en la furgoneta que yo conducía. Pero ¿cómo la convencieron para que subiera a ella? Yo hice todo lo que pude

para que se bajase. El segundo misterio es cómo llegó a estar en Berlín, para empezar.

—Estaba con Dicky —me indicó Bret—. Eso es así, ¿no es verdad, Dicky?

Éste se irguió en la silla, un poco sobresaltado, y dijo en un susurro:

—Sí, Bret.

—¿Pero por qué? —insistí.

—Le ahorraré a Dicky el apuro de tener que revelar todos los detalles. A Tessa le regalaron dos billetes de avión de ida y vuelta de Londres a Berlín en primera clase. Se supone que iban acompañados de los saludos de la British Airways. Por si acaso era necesario algún aliciente más, un amigo suyo llamado Pinky recibió instrucciones de enviarle unas entradas muy solicitadas para la ópera. Y ese mismo fin de semana a Dicky se le dijo que asistiera a una reunión en Berlín. Dicky pasaba mucho tiempo con Tessa y todo salió redondo.

—Entonces..., ¿le ordenaron a Dicky que llevase a Tessa a Berlín? —insistí.

Bret miró a Dicky, cuya cara se puso de un rojo brillante.

—Sí —repuso Dicky.

Supongo que no podía decir otra cosa; estoy seguro de que Bret ya sabía la respuesta correcta.

—Eso todavía deja en el aire la pregunta de por qué subió a mi furgoneta —repetí.

Dicky, contento ahora de pasar a otro tema que no fuera la habitación de hotel que había compartido con Tessa, comenzó a explicarse.

—Eso fue una casualidad. Estaba muy colocada cuando subió a tu furgoneta. Intenté hacerla bajar, pero tú me diste un puñetazo en la cara, Bernard.

—Lo siento —me excusé—. La furgoneta se puso en marcha y se me escapó la mano.

Dicky nunca había mencionado hasta aquel momento mi único ataque sobre su persona. Había ocasiones en las que hasta había pensado que se le habría olvidado. Dicky decidió no seguir con el asunto.

—Pero poco después de que os marchasteis, ese hombre, Thurkettle, llegó a la fiesta. Se puso a buscar a Tessa por todas partes. Había quedado en que la llevaría de paquete en la moto. Cuando se convenció de que se había ido en tu furgoneta, subió a la moto y salió en tu persecución.

—Muy bien —intervino Bret—. Y ahora dinos, Bernard, ¿cuál era para Prettyman la luz al final del túnel?

—El Sueco estaba esperando a Prettyman en el avión con una caja que iba a resolver de una vez todos sus problemas. Aquél iba a ser el último trabajo que Prettyman haría para Silas Gaunt. Y lo fue.

—Y las pruebas de su conducta ilegal... ¿vas a explicarlas o qué?

—Tengo mi propia teoría acerca de lo que había en la caja —dije.

—Envié a Werner a buscarla —dijo Bret.

—Querrás decir que lo enviaste a robársela a la señora Prettyman —le corregí—. Y usó las propias llaves de Cindy Prettyman. Eso estuvo de miedo, Werner.

Werner sonrió. No le importaba lo sarcástico que me pusiera, pues él sabía que había sido una operación con éxito. Y era consciente de que si había que medir los puntos positivos, él tenía más que yo.

—Bernard sabe lo que hay en el archivador —explicó Bret con un matiz de sarcasmo—. El resto de los mortales tenemos que adivinarlo. Les pedí a los de Londres que buscasen el número de referencia en el registro, pero dicen que no hay constancia de que ese archivador haya sido expedido nunca.

Nunca habían expedido el archivador. Realmente inteligente, tío Silas.

—Entonces, ¿cómo vais a mirar lo que hay en su interior? —les pregunté.

—Vamos a romperle la cerradura —me explicó Bret—. Entonces veremos qué hay dentro. El viejo yanqui sabelotodo, ¿no es así como se me conoce?

Yo había dicho algo en esa línea a toda clase de personas de vez en cuando, así que no me encontraba en posición de negarlo entonces.

—Yo que tú no forzaría esa caja, Bret.

—Pues ya lo he hecho —me informó Bret con una sonrisa presumida—. Tarrant lo tiene en su taller. Estoy esperando a que lo suba aquí y nos enseñe lo que contiene.

—No, Bret, no —insistí.

Me puse en pie de un salto tan rápidamente que tiré al suelo la silla, que cayó hacia atrás, y la oí chocar contra la mesita que contenía la bandeja con los vasos. Todo el conjunto fue a parar al suelo en medio de un estruendo de vidrios rotos.

—¿Adónde vas? —me gritó Bret.

Como todas las casas viejas de Berlín parecidas, aquélla tenía una escalera en la parte de atrás para que los criados pudieran moverse por la casa sin estorbar. A aquella escalera se accedía por unas puertas sin pomos ni

cerraduras, unas puertas diseñadas para armonizar con el decorado de la pared y para que no se notasen a primera vista. Yo conocía bastante bien aquella casa, por lo que pasé por la puerta y fui a dar al rellano situado en lo alto de una estrecha escalera de madera. No me esperaba encontrar a un anciano sentado con pose regia allí, en el rellano de los sirvientes del piso superior, que estaba lleno de corrientes de aire. Y aquel desconocido tampoco estaba preparado para mi súbita irrupción a través de la pared.

—¡Auu! —gritó el anciano al mismo tiempo que se ponía en pie de un salto.

Era la reacción al aterrizaje de una de mis botas sobre su rodilla artrítica, y al tirón de mi mano extendida, que se colocó con firmeza alrededor de su cuello.

No me detuve para estrangularlo. No había tiempo. Bajé corriendo por la escalera, y cuando ya estaba en el rellano siguiente caí en la cuenta de que el hombre con el que me había tropezado era el director general. Estaba sentado en una silla antigua, con una manta de lana sobre las rodillas y unos auriculares en las orejas. Había estado escuchando todo lo que Bret y los demás decíamos, por supuesto. ¡El director general en persona nos estaba espiando con micrófonos ocultos! De manera que así era como se hacía; y no le habían comunicado a nadie que el director general había venido a hacer una de sus contadas excursiones visitando aquel puesto avanzado del Imperio. El puñetero Frank y sus macetas. Y yo que creía que lo que había descubierto era que tenían pulgón.

Desde arriba me llegó un grito lejano mientras el director general se levantaba del lugar donde yo lo había dejado espatarrado en el suelo. Pero para entonces yo estaba bajando la escalera corriendo tanto como podía. El cerebro me había resucitado. Me pregunté qué estaba haciendo. ¿Por qué corría frenéticamente por toda la casa, tan preocupado por Tarrant? Yo odiaba y despreciaba a Tarrant. Siempre había mostrado una hostilidad altanera hacia mí y hacia todo lo que yo decía y hacía. Pero ¿cómo iba a detenerme allí mismo, en mitad de la escalera, y dar la vuelta para decirles a los demás que había cambiado de opinión? Recordé las palabras de Frank en una reunión anterior: siempre es mala suerte ser bueno haciendo algo que uno no quiere hacer... o en algo peligroso. Bueno, papaíto Frank, tú lo dijiste todo.

Bajé precipitadamente el último tramo de escalera, empujé las puertas y salí al vestíbulo. Resbalé en la alfombra y estuve a punto de caer al suelo. Luego, tras recuperar el equilibrio agarrándome a la mesa del recibidor, eché a correr por el salón e irrumpí por la puerta del jardín en un gran invernadero.

Hileras de macetas estaban colocadas cerca de la luz y todo el lugar olía a cebollas y a manzanas que se almacenaban allí en invierno. Tiré de la puerta que daba al exterior para abrirla con tanta fuerza que el cristal se rompió. Y me encontré en medio del crudo aire frío del jardín. Seguí corriendo por la vereda y rodeé una carretilla, mientras el hielo y la grava rechinaban y crujían bajo mis pies.

—¡Tarrant, deténgase! —grité sin dejar de correr.

Abrí violentamente la puerta del santuario de Tarrant, quien se encontraba de pie ante el banco de trabajo. Tenía una mano levantada mientras bajaba la palanca de un taladro eléctrico con intención de hacer otro agujero en el archivador de acero que estaba sujeto en el torno.

Agarré a Tarrant por los hombros y le di la vuelta. Luego utilicé ambas manos para agarrarlo por la cintura, empujarlo por la puerta y sacarlo al jardín. Salió despedido, tocando apenas el suelo con los pies. Yo salí detrás de él sin dejar de pensar en todo el tiempo lo tonto que iba a parecer si mis cálculos resultaban erróneos.

Pero no hacía falta que me preocupase por eso. Al tiempo que Tarrant y yo caíamos sobre el césped cubierto de escarcha y rodábamos sobre la nieve, mientras él protestaba a gritos, se oyó la explosión.

El cuarto de juegos de ladrillo que tenía Tarrant era justo lo que el Semtex necesitaba. Sirvió para sujetar lo suficiente la fuerza de la explosión y para producir un estruendo que resonó por todo el vecindario. La puerta del taller ya estaba abierta, pero la fuerza de la explosión la arrancó de las bisagras y la lanzó por la hierba como una rueda rectangular. La ventana desapareció en medio de una llamarada roja y se convirtió en un montón de vidrios rotos y leña.

—Oh, Dios mío —gritó Tarrant—. Me muero.

Me quedé donde estaba sobre el suelo frío. Ahora que todo había pasado me di cuenta de que estaba tiritando, y no era del todo debido al frío. También sentí una poderosa necesidad de vomitar. Enfadarme y comenzar a insultar a Tarrant me permitió vencer aquellos síntomas.

—¿Cómo lo has adivinado? —me preguntó Bret después que me hube tomado una buena dosis de alcohol y hube permitido que el médico de cabecera de Frank me examinase.

Estábamos solos Bret y yo. Y no nos hallábamos sentados cerca de ninguna maceta de Frank.

—No había otra explicación.

—Ah, sí, lo de Sherlock Holmes: cuando has eliminado lo imposible, la explicación improbable que queda debe de ser la correcta.

—Algo así —acepté.

Bret no era admirador de Sherlock Holmes; su tema favorito de lectura eran las páginas de deportes del *International Herald Tribune*.

—Pero ¿por qué esperar tanto antes de confiarnoslo? —quiso saber.

Estaba afligido. A Bret se le daba bien ocultar las emociones, pero siempre le consternaban las oleadas de violencia que traían el contrapunto discordante a la armonía formal de la vida de despacho en Whitehall.

—Necesitaba saber quién más estaba al tanto del secreto —le expliqué—. Tenía que ver cómo Werner, Frank y tú veíais cómo se deshacía todo. Y quería ver cómo reaccionabais todos ante la perspectiva de abrir el archivador. Quería averiguar quién estaba metido en esto con Silas.

—¿Y lo has averiguado?

—Bueno, al salir me topé con el director general —le confié en un susurro.

Bret reconoció aquella broma con una de sus conocidas sonrisas vacilantes.

—¿Sabía Prettyman lo que había en la caja?

—Eso me pregunto. Debía de tener alguna clase de preocupación al respecto. Pero ¿qué podía hacer?

—Podía tener esperanzas de que su esposa lo forzase —me sugirió Bret.

—Es tentador pensar que quería que ella lo robase y lo abriera a la fuerza. Pero cuando ves lo difícil que resultaba abrirlo sin llave, queda claro que si a alguien le estallaba al abrirlo, no sería a la señora Prettyman sino a algún desgraciado técnico de Bruselas. Y no estoy seguro de que Prettyman intentase eso con su exesposa. Ya me sorprendió que encontrase el valor de matar a Thurkettle.

—Bueno, las exesposas a veces generan unas motivaciones a ese respecto considerables —comentó Bret, que había sufrido de angustia crónica por su exesposa—. ¿Y qué fue lo que lo hizo explotar? Tarrant llevaba peleándose con el archivador media hora.

—Alguna clase de fusible compuesto. Un temblor no hubiera sido apropiado. Tenía que ser un fusible que pudiera soportar un tratamiento brusco. Yo apuesto a que se trataba de un fusible sensible a la luz: una célula fotoeléctrica preparada de tal manera que la luz la activase.

—Nunca había oído hablar de un artilugio así.

—La Luftwaffe los utilizaba ya en las bombas de tiempo retardado que dejaron caer sobre Londres durante la guerra. Las ponían en el circuito de demora como respaldo. Si el fusible de tiempo fallaba, el que era sensible a la luz haría explosión cuando el equipo de retirada de bombas la desmantelase para ver el interior.

—¿Un fusible secundario?

—Dos fusibles estarían muy en armonía con el propósito del invento.

—¿Sí?

—Estaba diseñado para asegurarse de que el Sueco, su avión y Prettyman desaparecieran para siempre. Con Thurkettle ya muerto, eso habría eliminado cualquier posibilidad de que la verdad saliera a la luz.

—Silas Gaunt —comentó Bret con tristeza—. Bueno, hablemos claro. Silas Gaunt organizó el asesinato de Kosinski y el de Thurkettle. Y luego quiso asegurarse de que los asesinos estuvieran todos muertos también. Fue casi el perfecto...

—¿El crimen perfecto? —apunté.

—La solución perfecta —afirmó Bret.

—¿Qué pasará ahora?

—Bueno, nadie salió herido —me recordó Bret—. ¿Qué quieres que pase? ¿Quieres demandar tú a Silas Gaunt? —me preguntó en tono cáustico.

—Él no fue el único —le expliqué—. Simplemente es el único que cargará con la culpa. Le echarán encima a Silas Gaunt todos los errores y crímenes que ha cometido el Departamento. Lo mismo hicieron con mi padre.

Bret no discutió mi veredicto.

—Nunca lo soltarán.

—Creo que él ya lo sabe —comenté.

—Está gravemente perturbado —me aseguró Bret.

—Pues cuando yo lo ví me dio la impresión de que estaba muy en sus cabales.

—Ya lo sé. A veces parece absolutamente normal. Nadie sospechó la verdad durante mucho tiempo. Simplemente perdió toda noción del bien y el mal. En algunos aspectos, yo culpo al director general. Le puso demasiadas cosas sobre los hombros a Silas Gaunt en una época en la que éste tendría que haber estado descansando y recibiendo asistencia psicológica.

—Me dijiste que querías verme, Bret —le recordé—. ¿Querías decirme algo más?

Bret me miró de un modo muy solemne y dijo:

—El fin de semana pasado le pedí a Gloria que se casara conmigo.

—Felicidades, Bret.

—Me contestó que sí.

—Eso es estupendo.

De manera que aquella expresión de sus ojos no se debía a que comiera demasiado azúcar.

—Así son las cosas, Bernard. Nada de fines de semana en hoteles en el campo, nada de andar viéndonos a escondidas. Quiero que ésta sea la única cosa que yo haga justo como es debido. Amor y cariño. Para lo bueno y para lo malo; y fueron felices y comieron perdices, y todo eso. —Se miró las manos. En lo que probablemente era una señal significativa de lo que tenía en lo más recóndito de la mente, le dio la vuelta al solitario que llevaba en un dedo para que pareciera una alianza—. Ya dijo Freud que un hombre puede estar enamorado de una mujer muchos años sin darse cuenta de que está enamorado.

—Sí, bueno, cuando lees todos esos libros suyos, puedes decir que tenía un montón de cosas en la cabeza.

—He pensado que debíamos dejar claros nuestros planes contigo primero. A Gloria también le pareció bien. Uno de los motivos por los que he venido a Berlín ha sido para poder verte y cerciorarme de que no te parecía mal.

—Yo no soy tu futuro suegro, Bret. Tú hazlo como quieras. Gloria se merece un respiro.

—Le dije que no quería una esposa que estuviera suspirando por otro tipo. Ya tuve una de esas esposas la última vez. Gloria me dijo que no había ningún otro.

—Tiene razón en lo que a mí concierne. Era algo evidente desde el principio. Yo sabía que no funcionaría; los dos lo sabíamos. —Le dirigí una sonrisa sincera y le tendí la mano para estrechar la suya de un modo adulto, tranquilo y digno—. Felicidades, Bret. Estoy seguro de que todo saldrá bien. Eres un hombre con suerte. Gloria es una chica estupenda.

—Sea como sea, la amo, Bernard. La necesito.

—Soy un hombre casado, Bret —le recordé para frenar aquella confesión.

—Ya lo sé. A ti también te saldrá todo bien, Bernard. Fiona es muy especial. Todos los matrimonios pasan por malas rachas en alguna ocasión.

—¿Y cuánto dura?

—Mira, por si te sirve de algo, te diré que el Departamento tiene pensado ofrecerte un contrato en toda regla... con pensión y todo eso. —Hice un gesto de asentimiento—. El Departamento te debe eso por lo menos. Y yo también te debo mucho.

—¿Tú? ¿Qué me debes?

—¿Se te ha olvidado la noche en que acudí a ti en el hotel Hennig? Aquella noche, cuando los del Cinco enviaron a un agente K7 a amonestarme y a ponerme bajo arresto domiciliario. Llamé por teléfono al director general...

—Y casualmente el director general se encontraba en un tren hacia Manchester —continué yo—. Sí, me acuerdo. El director general se pone convenientemente inquieto cuando hay algún jaleo desagradable a la vista.

—Yo estaba desesperado. Sabía que tú eras el único que no me entregaría, Bernard.

—Estabas corriendo un riesgo.

—No. Estaba seguro de que a ti no te importaría ponerte en una situación peligrosa por mí, Bernard. Tú siempre haces lo que te parece más conveniente. Te he maldecido por eso muchas veces. Pero también lo admiro. Por eso quiero hacer todo lo que a ti te parezca bien.

—Vale, Bret.

—Tocaré todas las teclas que haga falta para conseguirte el puesto de Frank cuando éste se vaya. Y no porque te deba un favor, sino porque creo que eres el mejor hombre para ese puesto. Supongo que Frank dimitirá y se irá a Australia con su hijo. Ya sabes lo que Frank siente por él. —Le di las gracias con una inclinación de cabeza—. Naturalmente, no te lo puedo prometer. Quizá para entonces ya me hayan dado el pasaporte. Mi contrato se hizo sólo con un apretón de manos. Cuando consigan a alguien más joven y más apropiado para el puesto de adjunto, volveré a California.

—¿Con Gloria?

—Pues claro. Yo siempre tendré allí mi hogar. Gloria nunca ha estado en California, pero estoy seguro de que le encantará. Sé que hay una grandísima diferencia de edad, pero...

—Olvídalo. Seréis muy felices juntos —le aseguré—. A Gloria le gustan los hombres mayores.

—Tú siempre tienes una respuesta, Bernard.

—Los que siempre tenemos una respuesta nos equivocamos en un buen número de ocasiones.

—Pero no tienes por qué equivocarte en todas. Eres el hombre más afortunado del mundo, Bernard. Te lo digo porque estás casado con Fiona.

—Pero ella está casada con su trabajo —le recordé.

—Lo que pasa es que vosotros dos no os comunicáis en absoluto, ¿no es cierto? No podrías estar más equivocado acerca de Fiona. Mira, me he pasado

mucho tiempo preocupándome por esto... preocupándome por si lo correcto sería enseñártelo o no. Pero no veo otra alternativa.

Bret sacó una hoja de papel del bolsillo. Se trataba de una carta. El membrete era de «La Buona Nova», la finca de California donde Fiona y yo habíamos pasado mucho tiempo rindiendo cuentas a Bret. La nota estaba bastante arrugada, como si la hubieran leído, releído, doblado y vuelto a doblar muchísimas veces. Y la letra era de Fiona.

Querido Bret:

No puedo seguir día tras día hablando de mi pasado. Al principio esperaba que ello se convirtiera en una especie de terapia que me curase y me hiciese volver a comportarme con entereza. Pero no ha sido así. Tú eres una persona considerada y amable, pero cuanto más hablo de ello, más me desanimo. He perdido a Bernard. Ahora me doy cuenta. Y cuando perdí a Bernard perdí también a los niños, porque ellos lo adoran.

No ha sido culpa de Bernard, no ha sido culpa de nadie excepto mía. Debí comprender que Bernard encontraría a otra mujer. O que otra lo encontraría a él. Y debí comprender que Bernard no es de la clase de hombres que saltan a la cama y vuelven a salir de ella. Bernard es un hombre serio. Bernard nunca lo confesaría, pero es un romántico. Eso fue lo que me hizo enamorarme de él, y lo que me hace seguir enamorada. Y ahora es serio y romántico y está locamente enamorado de Gloria, y yo sé que nunca seré capaz de competir con ella. Es joven, espléndida, dulce y buena. E inteligente. Quiere a nuestros hijos y por lo que he oído no dice más que cumplidos acerca de mí. ¿Qué puedo yo ofrecerle a él que sea mejor? Bernard la ansia todo el tiempo, y quizá haga bien en amarla. Lo conozco tan bien que puedo leer todos los pensamientos que lleva escritos en la cara. Y eso me destroza. Bernard se siente desolado por estar separado de ella. El otro día me dio dinero y dentro había una fotografía de Gloria doblada. Supongo que la tiene con el dinero para que yo no la vea. La puse en el suelo del vestidor y él la encontró allí y creyó que yo no había llegado a verla.

Fue mi aventura con Kennedy lo que destruyó nuestro matrimonio, desde luego. Me comporté como una tonta. Pero Kennedy nunca hubiera llegado a ser una «Gloria» en mi vida. Estaba enamorado de Karl Marx. Pronto adiviné que me estaba espionando, y que todo lo demás era secundario ante lo que él consideraba su «deber». Y yo era consciente de que si él descubría que

yo seguía trabajando para la Central de Londres me entregaría sin el menor asomo de titubeo, sin ningún momento de remordimiento.

Aprendí que las pruebas insoportables de la vida se presentan en forma de recuerdos, no de experiencias. La noche que murió Tess, cuando ví que Bernard le disparaba a Kennedy... las confusiones, los gritos, la carretera débilmente iluminada, mis temores. Todo eso anestesió mis emociones y mis sentimientos. Durante unos días fui capaz de enfrentarme a ello, pero cuando los recuerdos de aquella noche me visitaron, lo ví por primera vez. Por primera vez sentí que la sangre caliente me salpicaba. Por primera vez el odio y la desesperación eran tan evidentes que pude oler la emoción. Y cada vez que vuelven los recuerdos se hacen más terribles. Como todos los intrusos, llegan inesperadamente por la noche. Me sacan a rastras lentamente de un sueño pesado inducido por los medicamentos y me llevan a un estado intermedio de pesadilla en duermevela del cual lucho por despertar.

Después de que empezaron las pesadillas, ví a Bernard de otro modo, de un modo nuevo. Bernard me daba todo lo que tenía para dar. Durante toda nuestra vida de casados le había culpado por no ser más extravertido en una época en que debía de estar dándole las gracias por no cargarme nunca con el infierno por el que él estaba pasando. Bernard se ha pasado la vida entera haciendo un trabajo para el que en realidad no está capacitado. No es un hombre duro. No es insensible. No es violento. Tiene el cerebro más rápido y más sutil que nadie que yo conozca. Y por eso decidió que debía guardarse todas las pesadillas para sí mismo. Ahora he descubierto lo mucho que cuesta estar solo con semejantes terrores. Pero para mí es demasiado tarde.

¿Cómo voy a poder hacer que Bernard vuelva a quererme? No me digas que no puedo. La vida sin Bernard no merecería la pena vivirla. Nadie lo amará nunca como yo lo he amado. Y como lo amo. Y como lo amaré siempre.

Buenas noches, Bret. Gracias por mucho más de lo que yo podré nunca expresar.

Fiona

Doblé la carta y se la devolví a Bret.

—Te estoy agradecido, Bret —le dije.

—Todavía no lo entiendes, ¿verdad? —me dijo Bret—. ¿Es que no sabes leer?

—Sí que sé.

—Cuando llegué a su habitación, Fiona se había tomado un montón de pastillas. Se las había ido dando el médico, dos o tres cada vez, y ella las había guardado. Y además se había bebido media botella de vodka.

—¿Fiona? ¿Vodka y píldoras?

—Tú estabas en Santa Bárbara aquella noche. La metí como pude en el coche y la llevé al hospital. Se portaron de maravilla. Hicieron todas esas cosas que hacen y consiguieron salvarla. Yo conocía al director del hospital. Les dijimos a todos que había ido allí a hacerse unas pruebas.

—Sí, recuerdo cuando le estaban haciendo pruebas. ¡Dios mío! ¿Por qué no me dijiste la verdad?

—Le prometí a Fiona que no te lo diría. Y ahora estoy rompiendo aquella promesa. Pero ¿cómo voy a quedarme mirando y dejar que os destrocéis el uno al otro? Os tengo demasiado aprecio a los dos para permitir eso sin hacer algo.

—Yo la amo, Bret. Siempre la he amado.

—Tú eres un bruto enconado. Olvídate de todo eso de que eres un romántico, eso no es más que una medida de cuánto te quiere. Tú eres brutal.

—¿Con Fi?

—¿No te das cuenta de lo que le estás haciendo? Fiona no está casada con su trabajo, Bernard. Lo dejaría mañana mismo si tú le dieras la clase de comprensión y amor que necesita. Es una mujer, Bernard, es tu esposa. No es un amigote de borracheras. Trabaja sin parar porque tú la sacas de tu vida. ¿No te das cuenta, Bernard? ¿No alcanzas a verlo?

—¿Cómo sabes tú...? ¿Cómo sabes cómo se siente?

—Habla conmigo porque no puede hablar contigo. Tú eres un conversador elegante, Bernard, un *beau parleur*. Puedes salir de cualquier situación hablando si se te mete en la cabeza. Fiona no es así. Cuanto más importante es una cosa para ella, más callada se muestra. No puede expresarte sus sentimientos más profundos. Le encantaría tener a los niños con ella todo el tiempo, pero tú también tienes que estar junto a ella. No para pasar el tiempo con ella, sino para estar con ella en espíritu. ¿Cómo puedes pretender que se dedique a ti mientras tú sigues enviándole a Gloria rosas rojas de tallo largo?

—Espero que tengas razón, Bret —le dije—. Anoche le escribí a Fiona una carta larga. Quiero empezar de nuevo.

—¡Bien! Eso está bien, Bernard. Que por lo menos algo bueno salga de todo este embrollo.

—Le he pedido que se venga a vivir conmigo a Berlín. Y que enviemos a los niños a una escuela alemana. Que crezcan como crecí yo.

—Saltará de alegría cuando se entere, Bernard. Estoy seguro de que lo hará.

Fiona tenía razón. Y la felicidad también viene más a menudo de los recuerdos que de las experiencias. Y la mía, mi felicidad, venía desde hacía mucho tiempo en forma de un día perfecto. Yo estaba con mis amigos del colegio, Werner y Axel. Fuimos corriendo por el canal y luego lo seguimos hasta llegar a Lützowplatz. Yo corrí sin parar hasta que llegué a la oficina que mi padre tenía en Tauentzienstrasse. Era un caluroso día de verano. Sólo Berlín disfruta de días así de bonitos. Abrí el escritorio de mi padre y encontré la tableta de chocolate, su ración, que siempre dejaba allí para mí. Siempre me la guardaba. Aquel día había dos tabletas, por eso lo recuerdo tan bien. Compartimos el chocolate entre los tres y luego trepamos por la montaña de escombros. Llenaba el centro de la calle hasta una altura de tres pisos. Desde arriba, sentados en un pedazo de caja, nos dejamos caer por la empinada cuesta saltando entre nubes de polvo. La siguiente parada era la clínica, donde los ladrillos, las botellas y los pedazos de madera que se rescataban de entre los escombros se limpiaban, se escogían y se colocaban con tanto cuidado como sólo los alemanes saben dar a tales cosas. Trabajábamos allí una hora cada día después del colegio. Luego nos fuimos a nadar. El cielo estaba azul y Berlín era verdaderamente la gloria.

—Espero que así sea —dije.

Notas

[1] Triste allí, donde el gozo abundaba,
Sin amigos e incomprensida,
Caminaba Casandra, rodeada de temores <<